



ZOË FERRARIS

Buscando a Nouf



Lectulandia

Tres días antes de su boda, Nouf Shrawi, hija de una de las familias más influyentes de Arabia Saudí, desaparece. Diez días después, encuentran en el desierto el cadáver de la joven de apenas dieciséis años. La autopsia revela que estaba embarazada de varias semanas y que la causa de la muerte fue la deshidratación. Nayir al-Sharqui, guía del desierto que participó en la búsqueda de la muchacha, no parece muy convencido con la versión oficial de los hechos, especialmente cuando todo apunta a que un miembro del poderoso linaje, muy interesado en cerrar el caso a toda prisa, podría estar implicado en la desaparición y muerte de la joven.

Lectulandia

Zoë Ferraris

Buscando a Nouf

ePub r1.0

Titivillus 15.05.2018

Título original: *Finding Nouf*
Zoë Ferraris, 2008
Traducción: Raquel Galindo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Antes del anochecer, Nayir llenó su cantimplora, enrolló una alfombra de rezo, se la colocó bajo el brazo y se dirigió a la duna al sur del campamento. A sus espaldas se oían las risas que provenían de una de las tiendas; imaginó que sus hombres estarían jugando a cartas, probablemente al *tarneep*, y pasándose el *siddiqi*. Durante los años que llevaba viajando por el desierto había aprendido que era imposible prohibir a la gente que hiciera lo que quisiera. En el desierto no había ley, y si los hombres querían alcohol, bebían. Le repugnaba pensar que la mañana del viernes, el día santo, se levantaran con el cuerpo corrompido por la ginebra. Pero Nayir no decía nada. Tras una semana de búsqueda en vano, no estaba de humor para discusiones.

Caminó por la duna a paso lento y se detuvo al llegar a la cresta. Desde allí la vista del desierto era espectacular, un mar ondulante de dunas bajo el sol dorado del atardecer. Una mancha en el paisaje capturó su atención: media docena de buitres planeaba sobre el cadáver de un chacal. Esa era la razón por la que se habían detenido: una pista falsa.

Hacía dos días que habían renunciado a rastrear el desierto y habían decidido seguir la pista de los buitres, pero todas las bandadas de rapaces les conducían al cadáver de un chacal o de una gacela, lo cual suponía un alivio y una decepción al mismo tiempo. Aún así, Nayir mantenía la esperanza de encontrarla.

Sacó la brújula, encontró la dirección de La Meca y extendió la esterilla. Destapó la cantimplora y olió el contenido. Era un gesto automático de precaución. El agua tenía un olor metálico. Bebió un trago y se arrodilló en la arena para realizar sus abluciones, con cuidado de no derramar ni una gota. Se frotó los brazos, el cuello y las manos y, al terminar, cerró bien la cantimplora y disfrutó un breve momento del frescor del agua sobre la piel.

Se incorporó e inició sus oraciones, pero su mente siempre regresaba a Nouf. Intentó, por decencia, no evocar su cara, ni su cuerpo; pero cuanto más se esforzaba, más vívida se volvía su imagen. La imaginó caminando por el desierto, inclinada contra el viento, con su túnica negra golpeándole los tobillos bronceados. «Alá, perdóname por imaginar sus tobillos», pensó, y justo después añadió: «Al menos creo que todavía está viva».

Cuando no rezaba, fantaseaba sobre ella. La veía de rodillas metiéndose arena en la boca pensando que era agua. La veía tumbada de espaldas, con un teléfono móvil ardiente que le dejaba una marca en la mano, o bien imaginaba que los chacales despedazaban su cuerpo. Mientras rezaba, intentaba que el miedo no le dominase y pensaba que Nouf todavía luchaba por sobrevivir. Esa noche su mente tuvo que luchar más que nunca para intentar creer en lo que parecía un caso sin esperanza.

Al terminar de rezar se sentía más cansado que antes. Enrolló la alfombrilla y se

sentó en la arena al borde de la colina, contemplando las dunas que rodeaban el valle. El viento acariciaba la arena del desierto y los finísimos granos volaban con elegancia; la tierra parecía despojada de su propia piel mediante un suave susurro. Las formas de las dunas cambiaban constantemente a merced del viento. Se alzaban en altos picos o bien ondeaban como el rastro de una serpiente. Los beduinos le habían enseñado a interpretar la forma de las dunas para predecir cosas tan prácticas como la posibilidad de una tormenta de arena o bien en qué dirección soplaría el viento al día siguiente. Algunos beduinos creían que la forma de las dunas encerraba un significado profético. En ese momento, la arena que tenía enfrente formaba una serie de elegantes medias lunas que se sucedían hasta el horizonte: significaba que iba a haber algún cambio.

Se acordó de la fotografía que llevaba en el bolsillo y, tras comprobar que nadie se acercaba por la colina, la sacó y se concedió el raro placer de estudiar el rostro de una mujer.

En el centro de la foto, Nouf ash-Shrawi sonreía feliz mientras cortaba un trozo de pastel en la fiesta de cumpleaños de su hermana menor. Tenía una nariz larga, ojos negros y una sonrisa maravillosa. Resultaba difícil imaginar que solo cuatro semanas después de que fuera tomada esa instantánea hubiera huido, nada menos que al desierto, dejándolo todo atrás: un prometido, una vida llena de lujos y una numerosa y feliz familia. Incluso había abandonado a su hermana de cinco años, situada a su lado en la fotografía, donde la miraba con ciega adoración. «¿Por qué?», se preguntó. Nouf tenía solo dieciséis años y toda una vida por delante. ¿A dónde habría ido?

Cuando Othman le llamó para comunicarle la desaparición de su hermana, Nayir se sorprendió. Nunca había notado a Othman tan débil. «Daría mi propia vida con tal de encontrarla», afirmó. Siguió un largo silencio; Nayir sabía que Othman lloraba, pues había oído que su voz se quebraba. Nunca antes le había pedido nada, así que le prometió que le ayudaría.

Durante años había conducido a los Shrawi por el desierto. En realidad había llevado a muchas familias como la de los Shrawi y todas eran iguales: ricos y pomposos, desesperados por demostrar que no habían perdido nada de su condición de beduinos, aunque, para la mayoría de ellos, los oscuros pozos de petróleo del país fueran más sugerentes que su superficie. Pero Othman era distinto.

Era uno de los pocos hombres que amaba el desierto tanto como Nayir, y que lo conocía lo suficiente como para disfrutar de sus aventuras. No montó un camello hasta que le explicaron cómo debía bajarse, nunca se había quemado por el sol ni se había perdido. Gracias a su amor por el desierto, él y Nayir entablaron fácilmente una amistad que con los años se volvería más profunda.

Por teléfono, Othman estaba tan afligido que no había conseguido hilvanar más que fragmentos inconexos. Su hermana había desaparecido. Se había escapado. O quizás la habían secuestrado. Dada la riqueza de la familia, cabía la posibilidad de que alguien pidiera un rescate. Aún así, los secuestros no eran algo común, y todavía

no habían recibido ninguna petición de rescate. Había pasado solo un día, aunque pareciese mucho más tiempo. Nayir tuvo que indagar para obtener información sobre lo ocurrido. Nadie sabía exactamente cuándo se había marchado; se habían dado cuenta de su desaparición durante la tarde. La habían visto por última vez por la mañana; le había dicho a su madre que iba al centro comercial a cambiar un par de zapatos. Sin embargo, por la tarde descubrieron que faltaban otras cosas: una furgoneta y la túnica negra nueva que guardaba para su luna de miel. Cuando notaron que faltaba un camello en el establo, dedujeron que había huido al desierto.

Su desaparición les había cogido a todos por sorpresa.

—Era feliz —dijo Othman—. Estaba a punto de casarse.

—Tal vez estuviera nerviosa por el matrimonio —sugirió Nayir.

—No, ella deseaba casarse.

Si sabía más detalles, Othman no parecía estar dispuesto a contarlos.

Nayir pasó todo el día siguiente con los preparativos. Rechazó la sustanciosa paga que le ofreció la familia y solo aceptó una pequeña cantidad para los gastos. Alquiló cincuenta y dos camellos, convocó a todos los hombres del desierto que conocía e incluso contactó, en vano, con el Departamento de Servicios Especiales del Ministerio del Interior para intentar que la localizaran por satélite. Esos dispositivos estaban reservados para otros usos. Aún así, consiguió reunir un equipo de búsqueda y rescate de cuarenta y tres hombres y una unidad de beduinos a tiempo parcial que se negaron a examinar la fotografía de Nouf, alegando que no era necesario puesto que solo un cierto tipo de mujer podía huir al mayor desierto del mundo esperando una mejora en su vida. Creían que Nouf había escapado con un amante americano para evitar un matrimonio de conveniencia. Era difícil de entender por qué todos apoyaban esa teoría. Había habido algunos casos de chicas saudíes que se habían enamorado de hombres americanos y resultaban lo suficientemente escandalosos como para permanecer en la memoria colectiva. Sin embargo, no eran tan frecuentes como parecía y, por lo que Nayir sabía, ninguna saudí se había fugado al desierto.

Los Shrawi le habían pedido que concentrara la búsqueda en un área del desierto partiendo de As-Sulayyil. Posicionaron otras unidades de búsqueda en el norte y el noreste y una en el sureste. Hubiera querido tener más libertad para ampliar las operaciones como él quería, pero se encontraba rodeado de extraños que ni siquiera se molestaban en comunicarse con él, de modo que ignoró las reglas. Si Nouf se encontraba en el desierto, sus posibilidades de sobrevivir disminuían con cada hora de luz. No era momento para formalidades, como si la búsqueda fuera un banquete de bodas y los invitados tuvieran que sentarse donde pudieran. Además, su equipo era grande, y aunque por lo general no se ocupaba de rescates o búsquedas, sabía lo que estaba haciendo. Había crecido en el desierto. Su tío Samir, la persona que le había criado, tenía amigos extranjeros: académicos, científicos y hombres que iban a estudiar el mar Rojo, las aves y los peces, o el estilo de vida de los beduinos. Nayir había pasado veranos enteros trabajando en excavaciones arqueológicas para

Europeos ricos que buscaban la tumba de Abraham, o bien los restos del oro que los judíos habían transportado desde Egipto. Había transcurrido inviernos agarrado a la joroba de algún camello, traqueteando sobre la arena cerámicas y cantimploras. Había sido arquero, halconero, superviviente, capaz de encontrar el camino a casa sin necesidad de nada más que un turbante, agua y el cielo. No era beduino de nacimiento, pero se sentía como el que más.

Nunca había fracasado en su búsqueda de extranjeros perdidos. Si Nouf había huido, cabía presumir que no deseaba que la encontraran. Durante diez días habían rastreado las dunas en *jeep*, camellos, aviones y motos, y en varias ocasiones se cruzaron, lo cual constituía un alivio, visto lo difícil que era encontrar un ser vivo en medio de aquella inmensidad de arena. Aún así, no habían encontrado a Nouf, y los informes que le llegaban a Nayir de sus hombres sugerían teorías alternativas, como que había tomado un autobús nocturno hacia Muscat o un vuelo a Ammán.

Maldijo la situación. Cabía la posibilidad de que no estuviera en el desierto. Quizá, tras una noche al descubierto, había pensado que era demasiado incómodo, o sucio, y se había marchado a otra parte. Pero Nayir temía que se hubiera quedado en el desierto y quizás en aquel momento fuera ya demasiado tarde. Bastaban solo dos días para que un hombre muriera en el desierto; una chica de familia rica que quizás nunca había salido de una habitación con aire acondicionado seguramente resistiría menos.

El atardecer tiñó el paisaje de una suave luz anaranjada. Un brusco siroco despertó en Nayir una profunda nostalgia que iba más allá de su preocupación por Nouf. Últimamente se preguntaba qué era lo que le faltaba en la vida: quería una esposa. Irracionalmente pensaba que no solo había perdido a Nouf, sino que había perdido cualquier posibilidad de encontrar una mujer. Cerró los ojos y rogó de nuevo a Alá. «¿Cuál es tu plan para mí? Confío en ti, pero soy impaciente. Por favor, revélame tus intenciones».

Escuchó un grito detrás de él. Se metió rápidamente la fotografía en el bolsillo, se levantó y vio a uno de sus hombres al pie de la colina que señalaba hacia un par de faros que se veían a lo lejos. Nayir recogió la esterilla y la cantimplora y se apresuró a bajar de la duna. Alguien estaba llegando y tuvo la amarga premonición de que traía malas noticias. Corrió duna abajo y esperó a que el *jeep* llegara al campamento y se detuviera tras la tienda mayor.

Nayir no reconoció al joven conductor. A juzgar por los rasgos afilados y la piel oscura, parecía beduino. Llevaba una cazadora de piel sobre una túnica polvorienta, y cuando bajó del vehículo miró a Nayir con aprensión.

Él le dio la bienvenida y le tendió la mano. Sabía que era demasiado grande e imponente como para hacer que su interlocutor se sintiera cómodo, pero lo intentó. El chico, nervioso, se presentó como Ibrahim Suleiman, hijo de uno de los dos siervos de los Shrawi. Los hombres se reunieron a su alrededor esperando noticias, pero Ibrahim se mantuvo de pie, en silencio, y Nayir entendió que deseaba hablar en

privado.

Acompañó al chico a una de las tiendas, rogando que los hombres no la hubieran utilizado para beber. El mejor modo para desacreditarse completamente era hacer entrar a un hombre en una tienda que apestara a alcohol. La puerta de la tienda estaba abierta y una suave brisa cargada de arena circulaba por su interior.

Una vez dentro, Nayir encendió una lámpara, ofreció al chico un cojín para sentarse y empezó a preparar el té. Se abstuvo de hacer preguntas, pero se apresuró con el té, pues estaba ansioso por oír las noticias. Una vez listo, Nayir se sentó junto a su huésped y esperó a que él bebiera primero.

No hablaron hasta la segunda taza. Sentado con las piernas cruzadas, Ibrahim se inclinó hacia delante y apoyó la taza sobre su rodilla.

—La han encontrado —dijo, con la mirada baja.

—Ah, ¿sí? —La tensión lo abandonó tan rápidamente que le dolió—. ¿Dónde?

—A unos veinte kilómetros al sur del campamento de los Shrawi. Estaba en un *uadi*.

—Ha habido hombres apostados en esa zona durante una semana. ¿Están seguros de que es ella?

—Sí.

—¿Y quién la ha encontrado?

—No estamos seguros. Alguien que no trabajaba para la familia. Viajeros.

—¿Y cómo te has enterado?

—Alguien vino a nuestro campamento y nos comunicó la noticia; se lo había dicho otra persona. —Ibrahim tomó otro sorbo de té—. Dijo que los viajeros la habían traído desde Jeddah. Estaba ya muerta.

—¿Muerta?

—Sí. —Ibrahim volvió a sentarse—. La llevaron a la oficina forense, en Jeddah. No sabían quién era.

La búsqueda había finalizado. Pensó en sus hombres. Se preguntó si se sentirían defraudados o aliviados. Probablemente sentirían un gran alivio. No sabía qué decirles sobre la chica. Le resultaba extraño, porque el equipo de búsqueda de la familia se había apostado cerca de los *uadi*, los cauces secos. El grupo de primos y sirvientes casi debía de haber topado con ella, pero no la encontraron, como tampoco encontraron a los viajeros que al parecer habían llevado el cuerpo a la ciudad antes de que los Shrawi se hubieran dado cuenta de que habían pasado por allí.

—Y la familia, ¿cómo se enteró? —preguntó Nayir.

—Alguien de la oficina forense conocía a la familia y les llamaron para darles la noticia.

Nayir asintió; todavía se sentía entumecido. Le extrañaba que hubieran encontrado el cuerpo en el radio de búsqueda de los Shrawi. Tendría que comprobarlo. La información no era demasiado fiable.

La tetera estaba vacía. Lentamente, Nayir se levantó y se acercó al fogón. Llenó

el cazo de agua y encendió una cerilla con un movimiento nervioso, quemándose la punta del dedo. El dolor fue como una chispa en su interior que le provocó una rabia repentina, feroz. Sentía una gran necesidad de encontrarla. «Perdona mi orgullo», pensó. «Debería pensar en la familia». Pero no podía.

Se sentó de nuevo.

—¿Se sabe cómo murió?

—No. —En sus ojos se reflejaba una triste resignación—. Un golpe de calor, supongo.

—Es una muerte terrible —dijo Nayir—. Sigo pensando que hubiéramos podido hacer algo.

—Lo dudo.

—¿Por qué? —preguntó Nayir—. ¿Qué crees que le sucedió?

El beduino le miró a los ojos.

—Lo mismo que le sucede a cualquier chica, supongo.

—¿Y de qué se trata? —preguntó Nayir—. ¿Amor? ¿Sexo? ¿Y tú qué sabrás de todo esto?

La expresión de Ibrahim demostraba que su pregunta no había sido prudente; se había sonrojado. Nayir quería saber más, llegar hasta el fondo, pero sabía que si la muerte de Nouf se debía al amor o al sexo, una respuesta sincera hubiera sido poco adecuada. Esperó pacientemente, pero Ibrahim continuó sorbiendo su té, sumido en el silencio.

Sucio y oscuro, el callejón tras el edificio ministerial estaba lejos de parecer el almacén del paraíso, la terminal de los cuerpos que se dirigían a Alá. Sin embargo, la entrada trasera a la oficina forense se encontraba allí. Ante la puerta de entrada, Nayir mascaba un bastoncillo de raíces picantes y escupía las hebras en la calle. Se dijo que debía entrar, no tenía escapatoria. El sol caía sin piedad y Nayir sudaba casi con dolor, como si su piel estuviera recubierta de espinas. Si permanecía allí, esperando, iba a sufrir un colapso.

No se trataba solo de un favor a Othman, como se había repetido una y otra vez durante el camino. Se trataba, y solo entonces se daba cuenta, de una violación de la intimidad. El cuerpo de Nouf estaba allí dentro y él debía llevarla a casa. Al principio quería ver el cuerpo —solo el rostro, naturalmente— para identificarla, pero no había osado pedir permiso a la familia. Se hubieran horrorizado ante la posibilidad de que él viera el rostro de la chica, puesto que, aunque se tratara de un deber, Nayir no pertenecía a su familia y, además, era un hombre. Le sorprendió que fueran ellos quienes le pidieran que se ocupara de trasladar el cuerpo hasta su casa. Othman parecía deshecho al teléfono, así que Nayir había aceptado y la familia estaba esperando.

Escupió la última raíz en la cuneta y se forzó a entrar en el edificio. Bajó las escaleras apoyando ambas manos firmemente en la pared. Tras el blanco nuclear de la calle, la oscuridad en el interior era total.

Cuando sus ojos se adaptaron a la situación, divisó al vigilante sentado a un escritorio, leyendo. Su uniforme marrón le inquietaba: la ley prohibía la disección de cadáveres humanos, por eso sorprendía que, mientras que el gobierno sancionaba las autopsias con ligereza, hubiera vigilantes que controlaran atentamente que no hubiera ningún comportamiento contrario a la ley musulmana.

Cuando vio a Nayir, el guardia entornó los ojos. Nayir se acercó al escritorio y lanzó una mirada al largo pasillo que había delante de él, muy iluminado con fluorescentes.

—Vengo a retirar un cadáver —dijo.

Hurgó en su bolsillo y entregó al guardia el formulario oficial para el retiro. El guardia observó atentamente el documento, lo dobló y se lo entregó.

—Está en la sala.

—¿En qué sala?

El vigilante alzó una ceja y señaló el único pasillo que se veía, a sus espaldas. Nayir asintió. Intentó relajarse. Se secó el sudor del cuello con la mano y se acercó a una puerta giratoria al fondo de la sala. Al abrirla, el hedor le golpeó con fuerza: amoníaco y muerte, y quizás algo más, igual de nauseabundo. Se esforzó por tragar

saliva; lo que sentía podía ser el olor del sulfuro que utilizaban algunas veces los beduinos para purificar las almas que partían. «No», pensó. «Se trata solo de mi imaginación». La sala era estéril, luminosa. En el centro, un médico forense examinaba el cadáver que se encontraba sobre la mesa. Era un hombre larguirucho, con un mechón de pelo de un gris algo más oscuro que su bata de laboratorio. Alzó la vista de la mesa.

—*Salaam aleikum* —saludó.

—*W'aleikum as-salaam*.

Nayir se sentía mareado. Intentó no mirar el cadáver. Repasó con la vista los armarios, llenos de libros, gasas y recipientes de cristal vacíos.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó el forense.

—Sí, vengo por el cadáver de la chica que...

—¿Es usted de la familia?

—No, no lo soy, no. —Irrracionalmente, Nayir se sentía un pervertido. Sentía la necesidad de aclarar que estaba allí por deber, no por deseo propio. El aire era caliente y denso; podía oler el cadáver, y eso le producía náuseas. Se le nubló la vista. Respiró profundamente, se giró y vio una túnica manchada de sangre colgada en la pared.

—En ese caso, no le está permitido estar aquí —respondió el forense.

—Estoy autorizado a ver el cadáver. Tengo que verlo, quiero decir, tengo que recogerlo. —Se pasó la mano por la frente—. He venido para retirar el cadáver.

El forense dejó caer el bisturí en una bandeja plateada y miró a Nayir con frustración.

—Todavía no hemos terminado, va a tener que esperar.

Nayir sintió un ligero alivio.

—Antes de llevármela, me gustaría comprobar que se trata de ella.

—Es ella.

Al ver que Nayir se mostraba todavía reticente, se acercó a él.

—Déjeme ver sus documentos. Nouf Ash-Shrawi, ¿correcto? —Leyó atentamente el documento de Nayir—. Sí, es ella —dijo, señalando la mesa que se encontraba a sus espaldas.

Nayir dudó antes de su siguiente petición.

—Me gustaría ver su rostro.

El forense le observó y Nayir cayó en la cuenta de que había ido demasiado lejos y que probablemente pensaría que era un pervertido por más que tuviera los documentos necesarios.

—Se trata solo de una cuestión de principios —añadió Nayir.

—El cadáver ya ha sido identificado.

Nayir leyó el nombre del médico sobre su acreditación: «Abdullah Maamoon, médico forense». Justo cuando iba a hablar, se abrió la puerta que había tras ellos y entró una mujer. Era obvio que debía de haber personal femenino para ocuparse de

los cadáveres de mujeres, pero ver a una en carne y hueso le sorprendió. Llevaba una bata blanca de laboratorio y un *hiyab*, un velo negro, sobre la cabeza. El rostro quedaba, pues, descubierto, y Nayir apartó la mirada, enrojeciendo. Sin saber hacia dónde mirar, leyó la acreditación que llevaba colgada al cuello: «Katya Hijazi, técnico de laboratorio». Le llamó la atención que su nombre de pila estuviera escrito en la tarjeta; debía ser algo reservado, como sus cabellos o la forma de su cuerpo, por lo que la hacía parecer desafiante.

Nayir, pensando que quizás el viejo creía que estaba observando el pecho de la mujer, bajó la vista y vio sus pequeños pies protegidos por unas sandalias de un azul brillante. Se sonrojó de nuevo y se volvió hacia el otro lado, intentando no quedar de espaldas a ella, sino solo lo suficiente para darle a entender que no iba a observarla.

La mujer se encogió de hombros. Parecía indicar que había notado el desconcierto de Nayir y que lo lamentaba. Metió una mano en el bolsillo, sacó un *burka*, se lo colocó sobre el rostro y se lo ató a la nuca.

Satisfecho, pero todavía incómodo por su presencia en la sala, Nayir la miró por el rabillo del ojo. Cuando vio que se había colocado el *burka* y que podía mirarla, se atrevió a echarle un vistazo, pero a través de la hendidura se veían sus ojos observándole. Apartó rápidamente la vista, molesto por su descaro.

—*Salaam aleikum*, doctor Maamoon —dijo la mujer, acercándose al forense. Su voz era desafiante—. No habrá estado importunando al señor Sharqi, ¿verdad?

Nayir deseó que su agitación pasara inadvertida. ¿Cómo sabía su nombre? ¿Qué clase de mujer se permitía esgrimir el nombre de un desconocido con tanta seguridad? Quizás el guardia se lo había dicho. Pero ¿por qué?

El forense, molesto por la desfachatez de la mujer, murmuró una respuesta ininteligible. Quizá se tratara de una nueva empleada, inexperta en el trato con aquel viejo tradicional.

—Menos mal —continuó la mujer—, porque ha venido a retirar el cadáver.

Maamoon lanzó una mirada sospechosa a Nayir.

—Sí, eso ha dicho.

Hijazi se giró hacia Nayir. Estaba justo a su lado, algo más cerca de lo conveniente, en su opinión.

—¿Cómo va a transportarlo? —le preguntó a Nayir.

Este dudó. No estaba dispuesto a hablar directamente con ella. Bajó la vista y entrevió su mano. Llevaba una pulsara nupcial, o quizás era un anillo de compromiso. El hecho de que tuviera un marido hacía que su presencia fuera algo más llevadera, pero solo ligeramente.

Nayir le respondió al forense:

—He aparcado mi *jeep* fuera, pero quisiera examinar el cuerpo antes de llevármelo.

—Está bien —respondió Hijazi.

Nayir pensó que era algo maleducada por responder sin que él le hubiera dirigido

la palabra, pero le sorprendió su profesionalidad. Por regla general, las mujeres, incluso las más descaradas, solían verle como una especie de monstruo, por su constitución fuerte y su voz profunda y áspera. Hijazi, en cambio, a pesar de actuar con precaución, parecía encontrarse muy cómoda.

—Sabe que ya la hemos identificado, ¿verdad?

El estómago de Nayir dio un vuelco. Parecía decidida a entablar una conversación con él, pero Nayir mantuvo la vista en Maamoon. Esperaba que el viejo le hablara, pero este permaneció inmóvil, observándole suspicazmente.

—Quisiera ver el cuerpo con mis propios ojos —dijo Nayir.

«En realidad, lo único que quiero es marcharme de aquí», pensó.

—Está sobre la mesa de autopsia; puede echarle un vistazo.

Hijazi le acompañó a la mesa metálica donde yacía el cuerpo de Nouf y entonces él retiró la sábana que le cubría el rostro. Al verla, sintió una náusea y respiró hondo. Al principio no encontró ningún parecido con Nouf, pero al fijarse en la estructura del rostro pudo observar los detalles: una boca pequeña y discreta y los pómulos altos de los Shrawi.

—Sí, me parece que es ella.

Tosió mientras el hedor se volvía intenso y le rodeaba. Pobre chica. La mitad de su rostro estaba carbonizada por el sol, y la otra mitad, pálida como la cera. Había tenido que yacer en posición lateral durante días; las quemaduras eran profundas. En cambio, la parte pálida estaba cubierta de barro.

—Gracias —dijo, apartándose.

Hijazi comenzó a inspeccionar pacientemente la cabeza de Nouf. Nayir observó una sustancia pegajosa sobre la oreja izquierda. Se volvió hacia Maamoon y le preguntó:

—¿Es una mancha de sangre?

Maamoon se limitó a encogerse de hombros mientras Hijazi proseguía con el examen.

—Sí —respondió ella, finalmente—. Hay un hematoma. Parece que alguien la golpeó fuertemente. Y aquí hay algo más... —Con una pinza, extrajo una pequeña astilla de la herida—. Parece un fragmento de madera.

Nayir tuvo un pálpito. Mantuvo su mirada sobre Maamoon.

—¿Fue la herida la causa de la muerte?

—No —respondió Maamoon—. Murió ahogada.

Tras un profundo silencio, Maamoon, con los ojos brillantes por puro placer profesional, señaló una radiografía del tórax de Nouf. Nayir la observó sin saber muy bien qué hacer.

—¿Murió ahogada?

—Sí, eso he dicho. Un caso típico. Espuma en la boca, pulmones y estómago encharcados de agua.

Lo que parecía algo tan simple como morir ahogado abría un amplio abanico de

posibilidades. Si una mujer moría ahogada en el mayor desierto de arena del mundo tenía que haber una explicación extraordinaria.

—Si realmente murió ahogada —dijo Nayir—, ¿cómo se explica la herida de la cabeza?

—Quizás se golpeó —respondió el forense, algo enfadado.

—¿Mientras se ahogaba?

—Sí, mientras se ahogaba.

Durante la conversación, Hijazi había continuado con el examen del cráneo de Nouf. Nayir cayó en la cuenta de que le temblaban las manos. Se atrevió a mirarla a los ojos y vio que tenía el ceño fruncido.

—Si realmente esta herida se produjo mientras se ahogaba —dijo, finalmente—, tendríamos que encontrar otras heridas parecidas en otras partes del cuerpo.

Nayir admiró su sagacidad y se preguntó cómo podía resistirlo el forense. Volvió a examinar su acreditación y esta vez se percató de que era una técnico de laboratorio, no una médico forense. ¿Cuál era exactamente la diferencia?

—La semana pasada llovió, ¿no es cierto? —preguntó Maamoon.

—Sí, hace casi dos semanas —respondió Nayir—. El día de su desaparición llovía. ¿Cuándo murió exactamente?

—Es difícil de determinar.

Nayir se percató de que la mujer le observaba, pero mantuvo su atención sobre Maamoon.

—¿Es posible saber si el golpe en la cabeza se produjo mientras todavía estaba viva?

—Sí —respondió la mujer.

Nayir esperó a que diera más detalles, pero no lo hizo. Se hizo el silencio y Hijazi retiró suavemente la sábana del brazo de Nouf. Cuando le llamó la atención sobre una serie de hematomas en las manos y las muñecas de Nouf, Nayir se atrevió a mirar. Frotó suavemente una de las lesiones.

—Parece arena —dijo—. Tiene algo bajo las uñas. Creo que se produjo estas heridas tratando de defenderse.

—No, no, no —intervino Maamoon, apartándola y señalando una de las muñecas de Nouf—. Estas marcas fueron producidas por las riendas de un camello, ¿no ve el dibujo?

Nayir examinó atentamente las heridas. No eran uniformes. Además, había otras cicatrices en las puntas de los dedos.

—A mí me parece que se las hizo tratando de defenderse.

—Le he dicho que son marcas producidas por tiras de cuero —respondió severamente Maamoon.

Hijazi tomó una muestra, la introdujo en una probeta y la apoyó sobre la mesa. Se volvió hacia el cuerpo, se detuvo un momento y alzó cuidadosamente la sábana gris que cubría las piernas de Nouf. La mantuvo alzada y estudió con atención el cuerpo

durante un tiempo. Nayir observó sus ojos, que se movían con la misma delicadeza que sus manos, y le sorprendió que pareciera conmovida por la muerte. Había en sus ojos una tristeza que dejaba traslucir una pérdida personal. Se preguntó si Hijazi conocía a la familia, o si quizás había sido ella quien les había informado.

Por último, volvió a cubrir la parte inferior del cuerpo con la sábana. Al hablar, su voz sonó incrédula, en contraste con sus palabras.

—No he encontrado ninguna prueba de que tocara un camello. No había pelos en el cuerpo ni abrasiones en los muslos. —Maamoon intentó interrumpirla, pero ella prosiguió—. No tengo suficiente experiencia como para determinar el momento de la muerte, pero me parece que lleva muerta al menos una semana.

—¡Pues claro! —intervino Maamoon—. Teniendo en cuenta lo poco que llueve en el desierto, yo diría que murió cuando llovió. Eso es lo que sucedió: los *uadi* se llenaron de agua, la mujer atravesaba el desierto por uno de esos cauces secos y de repente empezó a llover. Intentó nadar, pero una crecida repentina se la llevó. Se golpeó la cabeza y se lastimó las muñecas. Y ya está, murió ahogada.

Nayir observó al forense.

—Pero tenía un camello —dijo.

—¿Y qué? —respondió Maamoon—. ¡Los camellos no saben nadar!

No era cierto. Los únicos animales incapaces de nadar son los gorilas. Los camellos, a pesar de su escaso contacto con el agua, son excelentes nadadores. Nayir lo había visto con sus propios ojos en el centro de rehabilitación para dromedarios de Dubai, donde los terapeutas alentaban a sus pacientes a nadar en las piscinas para curar huesos rotos y aliviar la artritis. Una vez en el agua, jugueteaban como niños e incluso se enfadaban cuando terminaba la sesión. «¿Por qué motivo Alá nos moldeó para vivir fuera del agua?», parecían pensar.

—Los camellos saben nadar —dijo—. Y el camello le hubiera salvado la vida.

Nayir hurgó en su bolsillo, sacó otro bastoncillo de raíces y empezó a mascar. Su sabor amargo y picante disimulaba el hedor a muerte. Mascó durante un rato, caminando alrededor de la mesa de autopsia. La mano derecha de Nouf estaba descubierta. Su muñeca mostraba manchas de barro. Parecía que se hubiera incrustado en su piel por el calor.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Parece barro —respondió Hijazi. Tomó muestras de la piel y las introdujo en un frasco.

Maamoon le arrebató el recipiente.

—Murió ahogada, amigos. Señor Sharqi, ¿está convencido de que es ella?

Nayir dejó de masticar.

—Sí, es ella. Pero esta historia del camello no me convence.

Maamoon se encogió de hombros.

Tal vez lo dejara atrás, antes de entrar en el *uadi*.

—No, nadie se separa de su camello en el desierto. Es un suicidio.

—¡Yo no he dicho que se suicidara! —gruñó el viejo.

—Yo tampoco —respondió Nayir.

Maamoon entrecerró los ojos.

—Entonces mejor no mencionarlo. ¡Es una idea ridícula! ¿Acaso cree que fue asesinada?

Nayir enarcó las cejas.

—¿Pero cómo? Es decir, ¿cómo lo habrían hecho? —Maamoon se atragantó con su propia saliva y tosió—. Alguien ha esperado a que esta mujer estuviera sola en un *uadi*, en medio del desierto, sin camello; además, habría tenido que llover hasta provocar una crecida. Entonces, el asesino, que, ¡por Alá!, tendría que ser un hombre muy paciente, ha encontrado el modo de ahogarla sin ahogarse él mismo. ¿Quién haría algo así? ¿No hubiera sido más fácil apuñalarla?

Nadie respondió. Nayir miró a Hijazi a los ojos, pero su mirada era inescrutable. El forense tenía razón: un asesinato por ahogamiento era poco probable. Quizá Nouf había encontrado una fuente y se había ahogado desesperada por beber. Quizá se había caído en un *uadi* inundado. Nayir recordaba que la lluvia había sido fuerte y cómo él había sentido gratitud, pensando que podía suponer una oportunidad de supervivencia para Nouf.

—¿Algo más? —preguntó el viejo, mirando a Nayir.

—Sí, me preguntaba si todo lo demás está bien —dijo—. Con el cuerpo, quiero decir... ¿está bien?

Maamoon entrecerró los ojos. Nayir cayó en la cuenta de que su pregunta dejaba al forense en una posición difícil. Le confería un extraño sentimiento de poder, debido a la autoridad que le había otorgado la familia.

—Sé lo que está tratando de averiguar —dijo el forense—, pero todavía no hemos llegado tan lejos. Aunque no sea una forense, Hijazi —dijo, pronunciando su nombre con desprecio— ha venido para realizar una ecografía.

El doctor tiró bruscamente de la sábana y descubrió el cuerpo entero de Nouf. Nayir palideció y apartó la vista, pero no pudo evitar ver todo: las caderas, las piernas, el pubis. Intentó desesperadamente apartar la vista y sus ojos toparon con un tubo de lubricante, una jeringa y un instrumento metálico con una sospechosa forma de falo.

—Gracias —dijo bruscamente—. Esperaré fuera.

Al girarse hacia la puerta se detuvo. La habitación le daba vueltas. Tomó aire y se inclinó hacia delante, con las manos apoyadas en las rodillas. La frente le palpitaba. El corazón era como una piedra dentro de una lata. Se imaginó el profundo abismo entre las piernas de la chica, pero la imagen fue sustituida rápidamente por otra en la que se vio en el suelo tras haberse golpeado la cabeza.

—¡Señor Sharqi! —Maamoon se encontraba de rodillas a su lado, sujetando junto a su nariz un frasco de alcanfor—. Señor Sharqi, Alá le proteja, es usted un hombre honesto.

—Agua —imploró Nayir.

—¡Enseguida se la traigo!

Maamoon se levantó y salió de la sala. Nayir se incorporó lentamente y se detuvo para comprobar que no iba a desmayarse de nuevo. Hijazi parecía preocupada.

—Lo siento, señor Sharqi.

Nayir se sentía demasiado avergonzado para responder y la mujer prosiguió con su trabajo. Extrajo del armario los utensilios para la identificación de huellas dactilares, acercó la silla a la mesa de autopsia, se sentó y procedió a tomar las huellas de Nouf.

Tras un largo silencio, Nayir observó a Nouf, o a lo que había sido Nouf. El cuerpo estaba de nuevo cubierto con la sábana. Aun así, Nayir sintió una náusea y tuvo que apartar la vista.

—¿Por qué tiene que hacer una ecografía? —preguntó, manteniendo los ojos apartados del rostro de Hijazi.

—Creo que será mejor que se siente —le respondió.

Asombrado por su descaro, no pudo ni responderle.

—Usted ha venido a retirar el cadáver y a olvidarse del asunto —dijo Hijazi—. El caso está cerrado, se ha decidido que se trata de una muerte accidental. Como dijo el doctor Maamoon, yo no soy forense. La doctora está de baja por maternidad. Yo estoy aquí porque no encontraron ninguna sustituta y necesitaban a una mujer para supervisar el trabajo. Este es un caso importante, por eso hicieron venir al doctor Maamoon desde Riad, y él ha determinado que la causa de la muerte fue el ahogamiento. Así que ahogamiento. No hay más preguntas, el caso está cerrado.

Le sorprendió el sarcasmo en su voz.

—¿Cree que están encubriendo algo más? —preguntó Nayir.

Hijazi se encogió de hombros. Si eso era así, seguramente la familia estaba detrás; eran los únicos con poder suficiente. Podía imaginar algunas razones por las que los Shrawi deseaban ocultar la verdad, pero la razón principal se hallaba bajo sus ojos. Dudó antes de la siguiente pregunta.

—¿No era virgen?

Hijazi finalizó el examen de las huellas dactilares, recogió el equipo, se incorporó y lo guardó en el armario. Nayir esperó pacientemente a que dijera algo, pero cuando se giró apartó rápidamente la vista. Deseaba que hubiera una forma de convencerla para que confiara en él, pero era correcto que no lo hiciera. Era un extraño, y un hombre. Casi a regañadientes, reconoció la decencia de su silencio rebelde.

Echó un vistazo al reloj. Eran las tres y cuarto. Tenía menos de una hora para entregar el cuerpo a los Shrawi. La familia iba a necesitar una hora para prepararlo para el funeral. Nouf tenía que estar bajo tierra antes del anochecer.

Maamoon volvió con un vaso de agua. Sabía a jabón, pero Nayir no se lamentó. El viejo le dio una palmada en la espalda y le miró con conmiseración.

—No se preocupe, cuando están vivas no es tan grave, no se deje impresionar.

«La mejor mujer», había dicho el Profeta, «es aquella agradable a la vista, que obedece las instrucciones que se le dan». Recordó esta frase mientras salía del depósito con el *jeep* y se incorporaba al tráfico. Aunque el Profeta tenía razón, quizás había otro modo para ser recto sin ser obediente. El silencio de Hijazi al final de su visita todavía le pesaba.

Repasó su comportamiento anterior. Hijazi le había parecido demasiado descarada, aunque ahora se preguntaba si había querido proteger a Nouf. Había discutido con Maamoon sobre la causa de la muerte, sobre el camello y sobre la causa de la herida de la cabeza. Nayir no podía estar seguro de si su insolencia se debía a querer defender a Nouf, o bien a un egocentrismo profesional, o porque ese era su carácter.

En cualquier caso, llevaba razón. Heridas defensivas. Trauma craneal. Ahogamiento sin camello. Le sonaba muy extraño. Especialmente la parte del camello: si de algo estaba seguro era de que nadie perdía un camello en el desierto.

Iba conduciendo hacia el sur por el paseo marítimo. Los rascacielos de la ciudad y el bullicio urbano dieron paso a una perezosa extensión desértica. A la izquierda, pequeñas cabañas salpicaban el paisaje estéril bajo el sol de la tarde. A la derecha, el mar ondeaba como un pañuelo azul de seda. Intentaba estar atento al paisaje para olvidar que llevaba el cuerpo de Nouf en el maletero, pero no lo conseguía. Conducía despacio, tomaba las curvas con cuidado y obedecía todos los semáforos a pesar de que no había tráfico, porque, aunque fuera imposible molestar a los muertos, podía resultar horrible hacer enfadar a los vivos si hería o magullaba el cuerpo de una hija amada.

Abandonó la autopista y giró por una calle que seguía la línea de la costa hacia el sur. Una imponente mezquita solitaria se alzaba en la playa, con su bóveda de un blanco inmaculado y su estilizado minarete. La calle desembocó en un pasaje privado con un cartel de madera en la entrada indicando que se trataba de una propiedad privada. Nayir condujo hasta los torreones de entrada, dos centinelas estáticos de cemento blanco con una valla metálica. Una cámara de vídeo decrepita y rota colgaba de uno de los torreones.

Nayir respiró hondo e intentó concentrarse. Ante él se extendía un puente de dos kilómetros. Era estrecho, de una anchura apenas suficiente para el paso de una furgoneta, y desde la costa parecía hecho de caucho. Quizá fuera por el calor, pero el macadán parecía serpentear como una montaña rusa.

La alambrada tampoco era tranquilizante; en algunos puntos había sido arrancada, como si un coche la hubiera embestido. Este era el único acceso a la propiedad. Aunque Nayir había cruzado ese puente cientos de veces durante años, todavía conseguía ponerle nervioso.

Conducía lentamente, con los ojos fijos en la carretera, respirando hondo hasta encontrar su ritmo. Intentó no pensar en la imagen que le venía siempre en mente al cruzar el puente: un pinchazo, el coche estrellándose contra la valla y precipitándose en el agua turbia del mar. Enseguida el puente pareció ensancharse. Alzó la vista y vio los suaves contornos del palacio blanco entre las rocas.

Una vez en la isla, siguió por la carretera de gravilla que llevaba a una entrada de servicio abandonada en la parte oriental de la finca. Había dos hombres esperándole. Sacaron el cuerpo de Nouf del maletero, le dieron las gracias y le dijeron que volviera con el coche hacia la entrada principal. Al ver desaparecer el cuerpo tras la verja, le invadió una sorprendente sensación de pérdida.

Pensó en llamar a Othman para avisarle de que el cuerpo había llegado, pero vaciló: se preguntaba qué era lo que sabía la familia sobre la causa de la muerte. Pensó que quizás le pedirían explicaciones acerca de la opinión del médico forense.

El doctor Maamoon le había comentado que alguien de la familia había ido a identificar el cuerpo y había recogido sus objetos personales. Podía tratarse de un criado, o un escolta, y no alguien que hubiera podido presionar al forense para obtener más información. Nayir no estaba seguro de lo que iba a contarle a la familia. Quizá les diría que Nouf había muerto ahogada en una inundación, pero dudaba sobre si dar a entender que cabía la posibilidad de haber sido asesinada por si la familia hubiera tratado de encubrirlo. Echó una ojeada a la casa; se sintió desorientado. Nunca la había visto desde esta perspectiva: la pared exterior era del mismo blanco brillante pero las ventanas eran más pequeñas, con cortinas negras, nada que ver con las elaboradas persianas de madera que había en la fachada de la finca; a través de ellas se podían ver ciertas cosas si uno miraba con atención.

«Esta debe de ser la parte de la casa destinada a las mujeres», pensó.

Se subió al *jeep* y se alejó de la puerta de servicio. Se le ocurrió que Nouf debía de haber escapado por esa misma calzada. Othman había dicho que había robado una furgoneta del aparcamiento frente a la casa. Había decenas de coches en el aparcamiento que pertenecían a la familia, pero que casi nunca se usaban. Les habría llevado unos días darse cuenta de la ausencia de una vieja furgoneta Toyota. Las llaves de los coches estaban colgadas en el guardarropa, cerca de la puerta principal. Nayir solía cogerlas él mismo cuando preparaba los vehículos para los viajes al desierto y sabía que las llaves estaban meticulosamente etiquetadas. Nouf podía haber robado las llaves del guardarropa sin ser vista y llevarse la furgoneta.

De allí había tenido que pasar por la calzada de acceso y atravesar la pequeña entrada de servicio hasta la entrada trasera, una gran puerta de madera que normalmente estaba abierta. Lo más probable era que hubiera pasado desapercibida en la carretera, bordeada de setos y árboles. La casa se encontraba en lo alto, rodeada de profundos precipicios, y desde allí a veces era imposible ver la carretera, ni siquiera desde las terrazas. El establo estaba al otro lado de la puerta trasera. Se imaginó que Nouf habría llegado con la furgoneta hasta la puerta del establo, habría sacado el camello y lo habría animado, o quizás forzado, a subir a la parte trasera de la furgoneta. Cómo lo había conseguido era un misterio para Nayir, pero una vez hecho habría tenido que conducir de vuelta por la calzada de servicio y pasar por el aparcamiento, desde donde habría podido llegar al puente con muchas posibilidades de que nadie la hubiera visto. No se trataba de un plan de huida a prueba de tontos, puesto que se había escapado cuando casi todos los hombres estaban trabajando. Raras veces las mujeres se aventuraban fuera, de modo que probablemente no habían notado nada. Solo los sirvientes habían podido verla, pero Othman ya le había dicho que nadie la había visto.

Nayir entró en el aparcamiento coronado de mármol que se encontraba cerca de la entrada principal a la finca. Estaba abarrotado de coches de ciudad, Cadillacs y Rovers, de modo que tuvo que volver hacia el puente para encontrar un sitio. No le importaba aparcar tan lejos de la casa, así había menos posibilidades de que la gente

reparara en su viejo y oxidado *jeep*; sin embargo, mientras caminaba por el aparcamiento, deseaba haber encontrado un sitio más cercano a la puerta. El calor era intenso, y debido al traje que llevaba resultaba insoportable. Se preguntó por enésima vez cuánto habría pagado la familia por hacerse construir un aparcamiento de mármol pulido, que hubiera resultado impresionante de no ser por el sol. El resplandor era tan intenso que Nayir, que alardeaba de no necesitar jamás gafas de sol, tuvo que protegerse los ojos con la mano.

La madre de Othman, Nusra, le recibió en la puerta. Como muchas mujeres de su edad, había renunciado a cubrirse el rostro con un velo y llevaba un simple pañuelo negro sobre la cabeza, atado con tanta fuerza que parecía un casquete. Su rostro anciano y arrugado no suponía una amenaza para hombres desconocidos ni era causa de peligro por su erotismo; aun así, sus hijos se lamentaban, escandalizados por la indecencia de mostrarse en público. Nayir sospechaba que sus protestas no tenían tanto que ver con la decencia como con la repulsión que sentían por sus ojos.

Nusra había perdido inexplicablemente la vista durante el parto de su primer hijo y se negó a llevar gafas de sol. Le gustaba sentir la luz del sol en la cara; decía que podía iluminar la oscuridad que reinaba en su mente, que quizás un día su vista volvería del mismo modo en que se había marchado hacía treinta y tres años y que cuando ese día llegara, ¿cómo notaría la milagrosa diferencia si sus ojos estaban escondidos?

Cuando abrió la puerta, Nayir apartó la vista por respeto, pero también porque aquellos ojos enmarcados de azul eran como un escalofrío a lo largo de su espina dorsal. Le sorprendió que fuera ella quien le recibiera, especialmente el día del funeral de su hija. Debería estar rodeada de mujeres que la consolaran, sufriendo el paroxismo de su dolor silencioso.

—Nayir —dijo. ¿Cómo podía adivinarlo?—. *Ahlan Wa'sahlan*. Por favor, entre.

Nayir atravesó la enorme entrada y se acordó de decir:

—Que Alá la bendiga, Um-Tahsin. Siento profundamente su pérdida.

—Gracias. —Buscó a tientas la mano de Nayir, la tomó entre las suyas y le acarició la palma de la mano con sus dedos rugosos y secos—. Gracias por todo. Su búsqueda de Nouf nos trajo esperanza cuando no la había.

—Fue un honor.

—Por favor, entre.

Acompañó a Nayir por el vestíbulo con pasos seguros y confiados, como los de un niño.

—Siempre sé que es usted porque el aire de la casa se vuelve más fresco y alegre. Y porque puedo oler el desierto en su piel.

—¿Y a qué huele? —preguntó Nayir.

—A la luz del sol. —Abrió la puerta y le hizo una señal para que entrara en la sala de estar—. Y a polvo.

Echó un vistazo a su alrededor, pero no consiguió ver a Othman entre los

hombres. Pequeños grupos de primos y tíos, la mayoría de ellos con velos en la cabeza y *thobes* blancos hasta los pies, salían a la terraza que rodeaba la casa, susurrando, con expresión estoica y de respeto. Nayir esperaba encontrar a los hermanos sentados, con el rostro cubierto de lágrimas, pero era una idea ridícula, pues era normal que no mostraran sus sentimientos.

—La ceremonia empezará pronto —dijo Nusra—. Mientras, descanse.

Nayir se giró para darle las gracias, pero Nusra ya había desaparecido.

Las mujeres Shrawi habían limpiado el cuerpo de Nouf y lo habían envuelto en el sudario o *kafan* que había llevado durante la peregrinación a La Meca el verano anterior. La sábana blanca era larga y sin costuras ni puntos y envolvía su cuerpo delgado en tres tiras bien tensas. Las mujeres colocaron el cuerpo en una tarima de madera en el patio central de la mezquita de la familia, la sala más limpia de toda la isla.

La cabeza de Nouf estaba situada en dirección a La Meca gracias a los cálculos precisos realizados con el sistema GPS utilizado por los constructores de la mezquita. La sala destacaba por su extraña angulación; sin embargo, los constructores habían asegurado que estaba perfectamente alineada con la Kaaba de la sagrada mezquita, a unos cientos de kilómetros de allí.

El ala derecha de la sala daba a Jeddah, a las montañas y al desierto. Ahí fue donde se situó Nayir mientras esperaba a que empezaran las oraciones. Justo delante de él, los hermanos Shrawi formaron un grupo solemne. Nayir era el único miembro del grupo que no pertenecía a la familia, por lo menos en el grupo de los hombres, y este privilegio le complacía, quizá demasiado en tan triste ocasión. Detrás, las mujeres se amontonaban en un único grupo, y Nayir observó por el rabillo del ojo que algunas no llevaban el velo completo y dejaban ver sus ojos. Él mantuvo la mirada fija en los hombres.

De repente, el imán se llevó las manos a la altura de los oídos e invocó uno de los noventa y nueve nombres de Alá, *Al-Haseeb*, *el que ajusta cuentas*. Al empezar la oración, todos los presentes colocaron las manos sobre el vientre, la derecha sobre la izquierda, y comenzaron a recitar su propia versión de la oración. Mientras esta se expandía, el cántico se volvía más intenso, y las mujeres recitaban en voz alta. Algunas de ellas incluso abandonaron las oraciones tradicionales para pronunciar súplicas espontáneas. Por encima de tal confusión, Nayir escuchó a Nusra repetir su invocación: «Oh, Alá, haz que el fin de mi vida sea lo mejor de mi vida, y que mi mejor acto sea su conclusión, y el mejor de mis días, aquel en el que Te encontraré». Su voz era tan potente que los hombres guardaron silencio, resonó en la sala y superó el rumor de las olas sobre las rocas.

Cuando hubo terminado, lanzó una última invocación. Su voz era como una ráfaga de viento injurioso: «Las obras se cumplen de acuerdo con la intención. Un

hombre recibe solamente lo que su intención le dicta».

No estaba claro por qué había dicho esa frase. Nusra nunca hubiera mandado a su propia hija a las puertas del paraíso con un pensamiento tan cínico como ese. Debía de referirse a otra persona. Le resultaba imposible girarse y observarla sin humillarse, de modo que Nayir tuvo que sacar conclusiones sobre el significado de la frase estudiando la expresión de los rostros de los hermanos, situados en fila cerca de él. Incluso desde esa posición podía observar que proyectaban la misma rabia que había percibido en la voz de su madre, y en ese preciso instante cayó en la cuenta de que la familia sabía que alguien había asesinado a Nouf y que el asesino aún andaba suelto.

Othman lo miró. Nayir volvió rápidamente a sus oraciones. Cuando hubieron terminado, siguió al cortejo hasta el lugar destinado al entierro. Nouf era la primera Shrawi que iba a ser enterrada en aquella isla del mar Rojo, pero la familia había construido un espacioso cementerio, rodeado por un muro de piedra negra. Una gruesa capa de ramitas de cedro cubría la tierra, excepto donde los sepultureros habían excavado su tumba.

Cuando los sepultureros hubieron colocado el cuerpo en la tumba y salido de ella para unirse de nuevo a los vivos, la familia se acercó para presentar sus últimos respetos. Cada uno de ellos colocó una pequeña porción de arena en el dorso de la mano y la echó sobre el cuerpo, cubierto todavía con el *kafan*; un ataúd hubiera resultado pretencioso.

Nayir cogió un puñado de arena de una fuente de cerámica blanca y lo extendió sobre el dorso de la mano. Era una arena fina, de una tonalidad más clara que su piel. Probablemente los sepultureros la habían llevado desde la playa. El tacto de la arena le trajo recuerdos del desierto, de cuando todavía creía que Nouf estaba viva e imaginaba que se estaba escondiendo.

Cuando se acercó a la tumba, la arena no había cubierto completamente el cuerpo y Nayir notó algo extraño en su posición. El cuerpo estaba envuelto por completo en el sudario, pero una ligera flexión de las rodillas indicaba hacia qué lado estaba dispuesto. Echó la arena sobre el cuerpo y hurgó en su bolsillo. Extrajo una brújula y, con un rápido vistazo, comprobó que tenía razón. Habían colocado a Nouf de espaldas a La Meca, no de cara. Murmuró una oración y se retiró.

Aquella imagen le perturbó. Había un solo motivo por el cual se enterraba a una mujer de espaldas a La Meca. Si era ese, ¿por qué Hijazi no le había dicho nada?

Se enterraba a una mujer de espaldas a La Meca cuando llevaba un bebé en el vientre, un bebé cuyo rostro muerto debía mirar en la dirección de la Sagrada Mezquita.

Nayir entró en el salón donde se reunían los hombres y se quedó de pie, mirando hacia el patio. Una red de biombos de caoba tallados a mano enmarcaba la sala, y a través de sus geométricos resquicios llegaba el sonido del gorgoteo de la fuente. En el centro de cada biombo había una frase religiosa tallada en forma de halcón. Las letras y los acentos se envolvían unas con otros como si fueran alas y plumas, nubes y sol. Para muchos de los hombres que entraban en esa sala, el dibujo era simplemente un halcón, pero un ojo paciente podía llegar a encontrar la frase que Nayir había descifrado hacía ya algún tiempo: «Quienquiera que pague el impuesto sobre su salud logrará alejar el mal».

Se refería al negocio de los Shrawi, la primera cooperativa internacional musulmana, una red de organizaciones benéficas cuyos ingresos derivaban del antiguo principio del *zakat*, la limosna religiosa. Las limosnas suponían el 2,5% de los ingresos mensuales y estaban reguladas por ley. Cada año unos diez mil millones de dólares pasaban de los ricos a los pobres. El dinero era para los musulmanes pobres y no para hospitales, ni mezquitas, ni escuelas religiosas, de modo que, por ley, la cooperativa solamente podía aceptar donaciones para los pobres.

Y eso hacían. Compraban casi un cuarto del efectivo y del activo que los ciudadanos de Jeddah habían decidido donar. Con el paso de los años, la cooperativa Shrawi había adquirido tan buena fama y era tan respetada que los donantes empezaron a colmar de dinero a los Shrawi, lo cual les permitía vivir cómodamente.

Aun así, haciendo honor a su ascendencia beduina, los muebles eran elegantes y sencillos. Excepto un globo de cristal que colgaba del techo, las salas donde los Shrawi recibían a sus invitados no ostentaban ninguna decoración típica de los ricos. Las alfombras eran lisas y blancas, los sofás no eran nuevos. Hasta la bandeja del agua era sencilla: tazas de cerámica blanca, bandeja de bambú. «Dios es elegante», decía el Profeta, «y la elegancia le complace».

Los hermanos Shrawi se regían por dicho código, inculcado por su padre. Abu-Tahsin era un beduino que había crecido en el desierto, donde un hombre conserva solo lo que puede llevar consigo. Creía que no valía la pena conservar nada material. «No podrás llevarlo contigo cuando mueras», solía decir. «Recuerda: el último viaje se hace sin equipaje». Era bien conocido por su costumbre de regalar cosas no solo dinero, sino también coches, barcos y caballos de pura raza. También los hijos solían regalar sus pertenencias, de modo que la familia era, realmente, un canal a través del cual fluían grandes tesoros sin aposentarse nunca del todo.

«Y por eso les soporto», pensó Nayir.

Escuchó unos pasos en el vestíbulo. Se abrió la puerta y los hermanos Shrawi entraron con otros dos hombres que Nayir reconoció vagamente como primos. Los

hermanos le saludaron con abrazos y un beso en cada mejilla. Si hubiera sido ciego, habría podido identificarles por su perfume: Tahsin llevaba Gucci; Fahad, Giorgio. Pero cuando le tocó besar a Othman, percibió un olor a almizcle que denotaba sueño y sudor.

El hermano mayor, Tahsin, le presentó a los primos. Uno de ellos le estrechó la mano casi con un tirón y dijo:

—¡Así que es usted el beduino de quien siempre oigo hablar!

—Nayir no es beduino —corrigió Othman.

—¿Ah, no? ¿Y entonces qué es usted? —preguntó el primo. Por su tono se adivinaba que se preguntaba sobre la existencia de otra raza fantástica, más extraña y antigua que la de los beduinos.

—Es palestino —se anticipó Othman.

—Ah, palestino.

El primo se dejó caer en el sofá y observó a Nayir, que estaba de pie, incómodo, en el centro de la sala. No había nada raro en ser palestino. Todos los ojos observaban su traje, que no le quedaba bien, y Nayir se preguntó por enésima vez por qué la gente solía observarle. Quizás era por su estatura, que, acompañada de una actitud seria, le hacían parecer algo antipático. O quizás pareciera un hombre estúpido, lleno de polvo y poco instruido que había pasado demasiado tiempo bajo un calor insoportable.

—Es un placer verte, Nayir. Por favor, siéntate. —Tahsin tendió el brazo en un amplio arco, recogió la túnica y se sentó en el sofá. Apoyó sus pulcras manos en su regazo, con una mano lista para jugar con el anillo de mamut que llevaba en el dedo meñique—. Querría ofrecerte algo, pero...

Nayir levantó la mano. No era adecuado ofrecer comida a los invitados hasta tres días después del funeral. Othman le hizo un ademán para que se sentara en uno de los cojines de espuma blanca que había esparcidos por la sala y Nayir aceptó, aliviado.

Se atrevió a observar a Othman. Era el único hermano que llevaba pantalón; los demás llevaban túnica, pero no por ello parecía más formal. De hecho, llevaba la camisa arrugada y con una manga arremangada. Normalmente se esforzaba en vestir y actuar como los hermanos. Era hijo adoptivo, y quizá por eso más proclive a demostrar que pertenecía a la familia o, por lo menos, a evitar que alguien se percatara de la diferencia. Era más alto y delgado que los demás y sus grandes ojos grises eran indudablemente una rareza entre los hermanos Shrawi, de ojos marrones. Su comportamiento en aquella sala de estar era impecable, digno de un Shrawi: sereno, reservado, piadoso.

Una vez servida el agua, Nayir sintió que la sombra de la etiqueta se desvanecía. Sabía cuál era su lugar allí. Era el guía del desierto, el amigo externo cuya presencia imponía la carga de *noblesse oblige* a los hijos de la familia. Nayir echó un vistazo a Othman, su único aliado. Parecía pálido y cansado, y en su mirada parecía leerse: «Vámonos de aquí, tenemos mucho de qué hablar».

Nayir tenía mil preguntas para Othman, pero no iba a hacérselas delante de los demás. Se preguntaba qué habría sucedido con su boda. Debía casarse al mes siguiente, pero ¿habrían decidido posponerla?

Educadamente, Nayir preguntó por el padre de Othman, Abu-Tahsin, operado del corazón hacía escasamente una semana, según muchos, a causa del disgusto por la huida de su hija. Le informaron de que regresaría a casa la semana siguiente, si era el deseo de Alá.

A Nayir le había sorprendido mucho la noticia del infarto de Abu-Tahsin. Desde que le conocía, le había parecido más sano que un hombre con la mitad de sus años. Trabajaba sin descanso en sus obras de beneficencia y en su tiempo libre corría con sus camellos, motocicletas o vehículos todoterreno. Nunca había flaqueado su interés por sus hijos y les llevaba siempre consigo. Cuando se hicieron adultos, conocían bien su entorno y se sentían cómodos tanto en los palacios de Riad como practicando el buceo. A causa del interés de Abu-Tahsin, la familia hacía excursiones al desierto dos veces al año.

Tahsin se volvió hacia Nayir.

—Hermano, gracias por haber venido. Lo que has hecho por Nouf nos convierte en deudores tuyos. Espero que algún día nos des la oportunidad de devolverte el favor.

Nayir se aclaró la garganta.

—Espero que ese día no llegue nunca.

—Sí, claro —dijo Tahsin.

Siempre que Nayir se reunía con los hermanos, era Tahsin quien hablaba. Era el mayor, y quizás el más acostumbrado a hacerse cargo de los asuntos, pero su apariencia y su actitud le hacían parecer un hombre extremadamente modesto. Nunca miraba a Nayir a los ojos, sino que mantenía la mirada baja. Hablaba claro pero suavemente, y su cara le recordaba a Nayir a la de una víctima, con esa boca delicada no acostumbrada a actos impuros y los ojos bien separados para vigilar cualquier peligro. Nayir no sabía si considerar a Tahsin humilde o pensar que interpretaba un papel, ya que cuando perseguía un resultado, lo conseguía.

—Lamento el desenlace de mi búsqueda —dijo Nayir. Tahsin chasqueó la lengua, pero Nayir prosiguió—. Tenía esperanzas de encontrarla.

—¡No nos cabe ninguna duda! —exclamó Tahsin.

Nayir sopesó con cuidado sus siguientes palabras.

—También esperaba poder satisfacer vuestra curiosidad sobre por qué se había marchado.

Observó a los hermanos y vio que sus rostros eran una máscara impenetrable. Solo Othman parecía molesto, pero no miró a Nayir a los ojos.

—Nunca entenderemos por qué huyó —dijo Tahsin, acomodándose sobre el cojín—. Una chica como mi hermana, tan inocente y pura, tan poco afectada por el mundo. ¿Sabías que nunca la vi llorar? ¿Ni fruncir el ceño? ¿Ni hacer pucheros? Era

la felicidad encarnada en un cuerpo de chica, tan virtuosa como su madre, *ism'allah*, mi Nouf. No me parece real, ni siquiera ahora que tenemos su cuerpo como prueba.

—Sí —añadió Fahad, con voz quebrada y tímida. Todos se volvieron hacia él, sorprendidos de que hubiera hablado—. Al principio sospechamos que la habían raptado. Pensábamos que nunca se habría marchado por su cuenta. Pero después, cuando vimos que se había llevado el camello, resultó obvio que había huido.

—No teníamos ninguna pista —continuó Tahsin—. Se marchó guiada por alguna pasión, pero yo no recuerdo a mi hermana apasionada por nada.

—Que nosotros supiéramos —añadió Othman.

Se hizo un extraño silencio. Nadie miró a Othman y los hermanos parecieron encerrarse en sí mismos.

Nayir estaba de acuerdo con la opinión de Othman. Sin duda, Nouf tenía alguna pasión, simplemente ellos no sabían cuál. A Nayir no le gustaban los hermanos que se quedaban solo con la impresión más vaga y superficial de sus hermanas. Claro que las mujeres tenían otras preocupaciones. Vivían de forma diferente, en otra zona de la casa. Imaginó que sus vidas apenas se cruzaban, si no era por las comidas, las vacaciones o los viajes. Ningún tabú impedía hablar con una hermana. Pensaba que una hermana podía ser la más reconfortante de las mujeres, una mujer accesible con quien uno podía hablar abiertamente, que podía dar una explicación a los asuntos más delicados donde otros no sabían hacerlo. Nayir no tenía hermanos y había deseado una hermana toda su vida. ¡Tener siete hermanas y no conocerlas! ¿Acaso los hermanos las ignoraban? Eso era imposible. Por lo menos uno de ellos habría hablado con Nouf alguna vez. Se habrían interesado por lo menos por sus estudios, sus aficiones, su gusto por los zapatos.

Los observó. Tahsin, casado y con nueve hijos, y sus enormes responsabilidades laborales; probablemente estaba demasiado ocupado, o lo hacía ver. También Fahad trabajaba continuamente. Él y su mujer tenían tres hijas jóvenes, pero ya no vivían en la isla, sino en una casa en la ciudad, y probablemente no veían a Nouf demasiado a menudo. Solo Othman debía de verla con cierta frecuencia; él todavía vivía en casa. Sin embargo, por teléfono no le había sabido dar demasiados detalles a Nayir. Quizá se encontraba en estado de choque.

No era de extrañar que los hermanos se mostraran tan reservados; solían guardarse sus sentimientos para ellos mismos o los compartían entre ellos. En otras circunstancias, no le hubiera dado qué pensar. Pero, a cada minuto que pasaba, las preguntas se agolpaban con fuerza en su mente. Si Nouf era realmente tan feliz en casa, ¿no cabía aún la posibilidad de que la hubieran raptado? El secuestrador podía haber robado el camello para que pareciera que había huido. ¿Alguna vez había confesado el deseo de marcharse? Si no a sus hermanos, quizás a sus hermanas, o a alguna amiga. Y lo más importante, ¿sabían de su embarazo antes de que escapara? No se le ocurría cómo plantear sus dudas, ni siquiera se le ocurría un tema de conversación. Observó a cada uno de los hermanos con la esperanza de que hablaran,

pero su silencio era obstinado y abrumador. Haber mencionado a Nouf les había puesto en una situación difícil y él no tenía ningún derecho a forzar la cuestión. ¿Alguno de ellos iba a plantear la difícil pregunta? ¿Qué le había sucedido a Nouf? ¿Alguien iba a responsabilizarse, si no de su muerte, por lo menos de las circunstancias que habían conducido a ella?

Un criado entró con un narguile encendido y lo colocó junto a Tahsin. Limpió la boquilla con el paño que llevaba atado a la cintura y se la tendió, y este la aceptó con seriedad. El criado hizo una reverencia y se retiró.

Tahsin se llevó la boquilla a los labios. Todos le observaban, atentos a la primera inhalación. Nayir se sorprendió deseando oír el reconfortante murmullo del agua burbujeando en la pipa, el suave crujir del carbón que encendía el tabaco; cualquier sonido con tal de romper aquel silencio. Tahsin finalmente echó una calada, y por un momento pareció que a la exhalación de humo dulce se hubieran unido los suspiros de alivio de los demás.

Lentamente, el narguile pasó de mano en mano. Uno de los primos elogió el tabaco y preguntó de dónde venía, dando pie a una charla banal. Nayir cayó en la cuenta de que los hermanos daban por zanjada la conversación sobre Nouf. Se acomodó en el sofá. La decepción por su búsqueda frustrada le abrumaba. ¿Por qué no habría mandado una unidad a verificar el campamento de la familia y asegurarse de que sabían lo que estaban haciendo? Accidental o no, la muerte de Nouf era evitable. Estaba decidido a averiguar qué le había sucedido. «Alá, ¿me estoy entrometiendo? ¿Estoy haciendo esto para satisfacer mi curiosidad enfermiza?». «No», pensó. Era lo correcto, y sentía que, de algún modo, se lo debía a Othman.

Por otro lado, resolver un problema como ese significaba averiguar todo lo posible sobre Nouf, y casi lo imposible. Indudablemente, las hermanas sabían mucho, pero no le estaría permitido hablar con ellas, ni hacerles preguntas personales. Nunca había conocido a la mayor, pero había visto a algunas de ellas cuando eran todavía demasiado jóvenes para llevar velo. Una vez, años atrás, había ido a la casa para preparar a los hombres para un viaje al desierto y las niñas le habían saludado con timidez. Estaban bien educadas, y, en ausencia de rasgos que denotaran su personalidad, le había resultado difícil distinguirlas. Quizás había conocido a Nouf en aquella ocasión. Recordaba solamente al bebé que había tenido en brazos. Durante un instante fugaz, aquella criatura le había hecho caer en la cuenta de su imponente fuerza. Había gritado, y él la había devuelto enseguida.

Debía de haber multitud de casos como ese, pensó. Casos en los que un hombre debe entender la vida de una mujer, conocer los detalles de sus últimos días, semanas, meses, saber dónde pasaba su tiempo libre, por qué, y con quién; conocer sus deseos, sus secretos. Seguramente era un trabajo decepcionante: las mujeres, acostumbradas al secretismo, solían llevarse su misterio a la tumba.

Othman le miró.

—¿Damos una vuelta? —preguntó.

Esa era su maniobra habitual, se marchaban educadamente para poder hablar a solas. Agradecido, Nayir asintió y se levantaron para salir a la terraza.

Una barandilla rodeaba la casa. Estaba anocheciendo, y unas nubes rosadas cubrían el cielo. Nayir siguió a Othman por la serpenteante terraza. Más adelante, se convertía en una escalera con un muro negro a cada lado. Descendieron, cada vez más profundamente, hasta que oyeron el débil gruñir de los animales que se disponían a dormir.

Al llegar al final de la escalera entraron en un patio. Nayir lo identificó; había estado allí muchas veces, pero siempre había entrado por otra parte. Ahora reconocía la fila de higueras que crecían junto al muro del establo. A su izquierda quedaba la entrada más informal a la finca, la puerta trasera por donde debió de escapar Nouf. Era una enorme puerta de madera por donde podían pasar dos camiones sin apenas tocarse. La puerta se utilizaba para recibir las provisiones y donaciones a la familia. Era también el lugar adonde Nayir y sus hombres solían ir a cargar los camellos y el equipo necesario que los Shrawi llevaban al desierto.

Othman condujo a Nayir a la derecha, a través de una puerta de hierro, hacia un jardín rodeado de setos. Caminaban lentamente por un camino de gravilla entre arbustos y árboles.

—Todavía no puedo creer que esto esté sucediendo —dijo Othman.

—Lo siento...

—Sé que hiciste todo lo que estuvo en tu mano —interrumpió—. Y gracias por traer a Nouf a casa —añadió.

—No hay de qué —dijo Nayir, no sin notar la tensión en el rostro de Othman.

Habían llegado a un banco de piedra y una fuente seca, pero continuaron caminando.

—El forense no me entregó ninguna documentación —dijo Nayir—, así que imagino que se puso en contacto con vosotros.

—Sí.

Nayir recordó la sala de autopsias; no sabía si decirle a Othman que había visto el cuerpo y que se había enterado de la causa de la muerte. Sentía que Othman deseaba hablar, pero le resultaba más fácil mantener un tono formal. Lo mejor era guardar silencio para dejar hablar a su amigo.

Camaron a través de los jardines, intercambiando algunas palabras cuando el silencio se hacía incómodo.

—Hablé con el forense justo antes de la ceremonia —dijo Othman repentinamente—. Me sorprendió que Nouf se hubiera ahogado.

Nayir asintió.

—El forense me lo dijo. Quizá quedó atrapada en un *uadi*. Las crecidas suceden repentinamente, puede ser difícil escapar a tiempo.

—¿Has oído que sucediera alguna vez?

—Sí, aunque es muy extraño.

—Se hubiera tenido que dar cuenta.

—Quizás estaba inconsciente —dijo Nayir—, por el calor. Por cierto, ¿encontrasteis el camello?

—Sí, está aquí —respondió Othman—. Aunque, por lo que parece, no se encuentra muy bien.

—¿Y eso?

—No lo sé. Casi lastimó a uno de los guardianes del establo, así que lo han encerrado en una sala oscura. Es lo único que lo mantiene tranquilo.

—¿Dónde lo encontraron?

—Una de las unidades de búsqueda lo encontró no demasiado lejos del cuerpo. Tendrías que echarle un vistazo al mapa.

Pasaron cerca de otra fuente seca, se distrajeron y casi perdieron el hilo de la conversación.

—¿Así que habéis aceptado que la muerte fue accidental? —preguntó Nayir, esperando que su tono fuera lo más informal posible.

Othman dudó un instante.

—Bueno, resulta casi improbable que fuera asesinada.

Nayir decidió insistir.

—¿Os comentó el forense que Nouf presentaba heridas en las muñecas y un golpe en la cabeza?

Othman no respondió.

—Las heridas en las muñecas parecían provocadas por las riendas del camello —prosiguió Nayir—, pero según uno de los médicos no eran suficientemente uniformes. Había hematomas y arañazos, como si alguien la hubiera agarrado y se hubiera tenido que defender.

—Puede que sean heridas accidentales —dijo Othman finalmente—. Pero en caso contrario... no lo sé. Quizás alguien la agarró, pero ¿la ahogaron después? No creo que pudieran hacerlo sin ahogarse a su vez.

Llevaba razón. Las heridas causadas en defensa propia no implicaban que se tratara de un asesinato. Pero podían ser un indicio de violación o de secuestro. Nayir quería decirlo, pero sentía que había ido demasiado lejos y se le estaba agotando la paciencia.

—No, no estoy seguro de que su muerte fuera un accidente —admitió de repente Othman—. Mis hermanos pidieron al equipo forense que la clasificaran como un accidente, por el bien de la familia.

Nayir se detuvo.

—¿Han pagado para encubrir el asunto?

—Fue Tahsin. —Othman se veía incómodo—. No se fía de la policía. Y todos pensamos que sería más fácil para mi madre no tener que dar explicaciones a los parientes. Ya tiene suficiente con la enfermedad de mi padre.

—Entiendo —dijo Nayir—, pero esto hace que toda la familia resulte sospechosa.

—Sí, lo sé. Pero tengo a alguien en el laboratorio forense que está reuniendo las pruebas necesarias. Ella se encargará de tratar este caso como si fuera todavía un caso abierto.

Nayir sintió una extraña mezcla de alivio e inquietud. Alivio al constatar el interés de la familia por averiguar la verdad, aunque fuera de manera ilegal, e inquietud por el pronombre «ella».

—¿Es... Hijazi?

—Sí —dijo Othman—. ¿La has conocido?

Durante una fracción de segundo Nayir se preguntó por qué la señorita Hijazi no le había hablado de su relación con la familia. Lo sospechaba, pero recordaba que ella se había mostrado ofendida cuando había mencionado el encubrimiento del que indudablemente formaba parte.

—Sí, estaba allí —dijo—. ¿De qué la conoces?

—Es mi prometida.

Nayir no podía imaginar una respuesta más sorprendente. Habían hablado de la boda muchas veces, pero él nunca había preguntado por la prometida. Prefería esperar a que fuera Othman quien le contara algo, y de hecho algo le había explicado. Nayir sabía, por ejemplo, que se llamaba Hijazi, pero era un apellido bastante corriente y Othman solía referirse a ella como «mi prometida». Nayir también sabía que ella y Othman se veían a solas y que ella obviamente llegaba con una escolta. Sabía que su madre había muerto y que Um-Tahsin había adoptado un papel maternal con ella y la había ayudado a organizar la boda, a elegir el vestido y los anillos. No sabía de qué tipo de familia procedía, ni conocía su personalidad, ni su aspecto. Había dado por sentado que era una chica dulce y decente, una chica de familia rica. No había barajado la posibilidad de que trabajara, especialmente en algo en lo que tuviera que relacionarse con hombres.

—Ah, bien —dijo, aturrullado—. Lo siento, no había caído. ¿Es prima tuya?

—No, no es de la familia. —Othman parecía avergonzado—. Nos conocimos a través de un amigo. ¿No te dijo quién era?

Nayir negó con la cabeza. Había sido muy decente por su parte mantener su identidad en secreto, pero Nayir no podía evitar sentirse avergonzado. En otros aspectos ella se había mostrado más descarada. Se preguntó si Othman la conocía realmente. Seguro que se había dado cuenta de su desfachatez. ¿O quizá con él era diferente? Había actuado con demasiado descaro para el gusto de Nayir, e imaginaba que tampoco Othman hubiera aprobado ese tipo de comportamiento. Sentía curiosidad por conocer la opinión de su amigo, pero no conseguía encontrar una manera sutil de abordar la cuestión.

—¿Estás muy sorprendido? —le preguntó Othman.

—No, no. Es solo que... No me dijiste que trabajaba con el médico forense.

Othman se sonrojó.

—Bueno, no me pareció necesario.

Nayir apartó la vista, pero la vergüenza de Othman le intrigaba. «Debe amarla mucho para tolerar que tenga un trabajo», pensó.

—Felicidades —dijo, al fin, cayendo en la cuenta que debería haberlo dicho

antes.

Othman chasqueó la lengua.

—Lo digo en serio.

—Oh, vamos —Othman le sonrió y siguió caminando.

—Entonces, ¿vais a seguir el caso por vuestra cuenta? —preguntó Nayir para cambiar de tema.

—Sí —Othman dejó de sonreír—. De hecho, esperaba que pudieras ayudarnos. Hemos contratado a un detective privado y quiere ver dónde encontraron el cuerpo. Tenemos un mapa, pero me preguntaba si podrías ayudarle a encontrar el sitio.

Nayir sufrió otra oleada de consternación. ¿Un detective privado? La familia debería habérselo pedido a él antes, sabían lo bien que conocía el desierto. «Esto es orgullo —se dijo—. Perdona mi orgullo».

—Por supuesto que os echaré una mano.

—Gracias.

—Lo del detective... ¿fue también una idea de tu hermano?

—No, fue idea mía. Mi familia todavía no está convencida sobre la causa de la muerte, sobre si fue un accidente o no. —Othman sacudió la cabeza—. Necesitamos respuestas.

Nayir creyó que se abría una posibilidad para hablar claro.

—¿Y tú? ¿Qué crees que sucedió?

Othman se detuvo. Suspiró y cruzó los brazos.

—Desde que me enteré de que se había marchado, sospeché que alguien se la había llevado. Hablamos con el escolta, Mohammed, pero dijo que Nouf le había llamado por la mañana y le había dicho que no le necesitaba, así que salió con su mujer. Luego Nouf dijo a mi madre que iba a ir al centro comercial a cambiar los zapatos para la boda.

—¿Y cómo consiguió salir sin escolta? —preguntó Nayir—. Me pregunto cómo es que nadie cayó en la cuenta de que Mohammed no estaba aquí ese día.

—Bueno, mi madre no la sigue cada vez que sale de casa. Normalmente, Nouf solía encontrarse con Mohammed cerca del establo. Ella iba al establo sola, generalmente por las mañanas. Le gustaba pasar algún tiempo con los camellos. Cuando estaba lista para salir, le llamaba y él la recogía con el coche en la puerta trasera.

Nayir asintió.

—Puede que hiciera ya mucho tiempo que se había marchado cuando se dieron cuenta.

—Sí. Nouf había dicho a mi madre que iba a ir al establo por la mañana, y que habría llamado a Mohammed sobre mediodía. Por lo que sabemos, incluso podría haberse marchado después de hablar con mi madre.

—¿Ninguno de los criados la vio en el establo?

Othman negó con la cabeza.

—Nadie vio nada.

—¿Quién se dio cuenta de que había desaparecido?

—Mi madre. Esperaba que Nouf volviera sobre las cinco o las seis, y cuando vio que no aparecía llamó a Mohammed. Él le explicó lo que Nouf le había dicho por la mañana. Enseguida la casa se convirtió en un tumulto. Mi hermano fue a echar un vistazo al establo, interrogamos a todos los sirvientes, mi madre les mandó a buscar su moto de agua. A veces, Nouf salía en su moto de agua sola, pero la encontraron en el muelle. Ninguno de los sirvientes había oído ni visto nada raro.

Nayir ya había oído la historia antes, pero quería oírla de nuevo.

—¿No dejó ninguna nota?

—No.

—¿Y no tienes idea de adónde hubiera deseado ir?

—No. Sinceramente, pasaba mucho tiempo de compras. Se estaba preparando para la boda. Por eso se me hace difícil creer que se escapara.

Nayir asintió.

—Es decir, a tu madre no le parecía extraño que Nouf pasara cinco o seis horas en el centro comercial.

—No, para nada. Se tarda una hora en llegar al centro desde aquí, cuando no hay tráfico.

Nayir asintió, pensativo.

—Créeme —dijo Othman—, estaba ansiosa por casarse. No creo que quisiera poner en peligro su futuro.

Cerró los ojos y por un momento pareció vencido por el cansancio. Se frotó la frente con vigor y se pasó las manos por las mejillas. Nayir esperó a que prosiguiera.

—Incluso aunque albergara el deseo de escapar de esta vida, no tiene sentido. No era una embustera.

—Me cuesta imaginar que alguien quisiera escapar de esta vida —dijo Nayir, señalando la casa—. Seguro que vivía cómodamente aquí.

El sonido distante de un motor les interrumpió. Parecía una lancha a motor.

—Cuando desapareció, Tahsin pensó que estaba asustada ante la perspectiva del matrimonio —prosiguió Othman—. Que había cambiado de idea. La idea de casarse puede llegar a intimidar a una chica de dieciséis años, pero a todos nos parecía que ella lo deseaba realmente, y no iba a echar a perder sus planes. Además, ¿tú crees que alguien la hubiera secuestrado sin pedir después un rescate? Nada tiene sentido.

El ruido del motor se hizo más fuerte y de pronto cesó. Nayir contempló distraídamente los setos. Era una situación poco clara, y no podía evitar seguir pensando en los hematomas que presentaba Nouf en las muñecas y en el camello que había perdido.

El móvil de Othman sonó de una manera estridente. Se apresuró a responder, se excusó y se alejó, y se detuvo cerca de unos setos, desde donde Nayir no podía oírle. Imaginó que se trataba de Hijazi y sintió una punzada de culpa. La había conocido sin

que estuviera Othman presente y ahora le parecía casi una traición. Le invadió una insólita envidia al pensar en la sala de estar de las mujeres y en la facultad de Othman de poder entrar allí, aunque fuera solo mediante el teléfono. ¿Qué le diría? ¿Le hablaría de lo que discutían las mujeres? ¿Estarían hablando de Nouf, como habían hecho Nayir y los hermanos, o bien trataban de evitar el tema para no ofender a Um-Tahsin?

No podía dejar de pensar en la desfachatez de Hijazi y se preguntó si debía comentar a Othman que su prometida se había mostrado tan descarada con otro hombre. Othman le miró con curiosidad y, avergonzado, Nayir apartó la vista. «No, es mejor dejarlo todo tal como está», pensó.

A su lado, una puerta de hierro daba paso a un camino corto que conducía a una terraza sobre el mar. Extrañado por el ruido del motor, abrió la puerta, llegó a la terraza y se detuvo cerca de la baranda. Incluso al atardecer, la vista era espectacular. El mar se extendía hacia el horizonte, oscilando entre el azul cobalto del día y el suave rojo del anochecer. Los Shrawi eran muy afortunados por poseer una finca como esa, lejos del ruido y el polvo de la ciudad y sus crecientes suburbios. Carente de límites naturales, Jeddah se estaba expandiendo rápidamente a lo largo de la costa, adentrándose en el desierto para albergar a sus dos millones de habitantes. Algún día se convertiría en un suburbio de La Meca, a noventa kilómetros al este. Nayir sabía que la familia Shrawi se había hartado de vivir en una metrópolis de tan monstruosas proporciones. Para ellos, la isla era un paraíso, suficientemente cercana como para formar parte de la vida de la ciudad pero también lo suficientemente alejada como para proteger la intimidad y garantizar la tranquilidad. La familia real poseía muchas de las islas habitables cerca de la costa de Jeddah; las demás eran una reserva natural para especies de aves protegidas. La isla había pertenecido al hermano del rey, pero en un acto de generosidad significativo, el heredero al trono se la había ofrecido a Abu-Tahsin por razones que nadie conocía.

El ruido del motor se hizo más intenso y Nayir miró hacia abajo. Un escarpado acantilado llegaba de allí hasta la playa, y cuando sus ojos alcanzaron la costa logró identificar de dónde procedía el ruido. Una mujer montaba una moto de agua de un amarillo chillón. Llevaba una túnica negra, pero al parecer el velo que llevaba sobre la cabeza se había soltado y le colgaba alrededor del cuello. Una larga y gruesa cola le caía sobre la espalda.

Tenía que ser una Shrawi. No había otras islas cerca y ninguna mujer se atrevería a ir sola sobre una moto de agua sin velo. No le parecía probable que los Shrawi dejaran que sus hijas salieran solas a navegar, especialmente la noche del funeral, pero si no era una Shrawi, ¿quién era? Ningún sirviente podía permitirse una moto de agua, y de todos modos le parecería extraño que dejaran que sus mujeres se mostraran sin velo durante el horario laboral.

Echó un vistazo por encima del hombro para comprobar si alguien le estaba mirando y se volvió hacia la mujer para estudiarla con atención. Estaba cerca de la

isla y el ruido del motor resonaba en las rocas mientras se dirigía hacia el muelle sur. Incluso desde esa distancia podía apreciar la tensión controlada de su cuerpo al rasgar las olas, provocando una estela de espuma. Imaginó que Nouf también saldría con la moto acuática. Si se trataba de una de sus hermanas o primas, aquel brincar feroz sobre la moto le parecía una expresión de dolor adecuada.

—¿Qué demonios...?

Othman estaba detrás de él, mirando a su vez a la mujer sobre la moto. Parecía mortificado.

—¿Qué sucede? —preguntó Nayir.

Su amigo continuó observando, de pie, hasta que la mujer se giró hacia la isla y pudo ver su rostro. Se llevó una mano al pecho lentamente, y con un gruñido se tambaleó y se desmayó. Nayir le cogió justo a tiempo antes de que se desplomara.

Se arrodilló a su lado, le ayudó a levantar la cabeza del suelo y observó su rostro. Estaba consciente, con los ojos abiertos, mirando hacia el cielo, pálido como la cera.

—*Bismillah ar-rahman ar-raheem* —susurró Nayir—. Othman, ¿puedes oírme?

Él parpadeó y respiró profundamente. Para sorpresa de Nayir, se levantó rápidamente, se puso en pie y se sacudió el polvo de los pantalones.

Apoyó la mano en la barandilla e inclinó la cabeza, todavía pálido.

—Me ha parecido ver a Nouf —dijo, débilmente. Nayir vio que le temblaban las manos—. Esa era su moto de agua, pero se trata de Ab, una de mis hermanas.

Los dos hombres miraron hacia abajo, pero la mujer se había marchado.

—No debería salir —dijo Othman.

—Quizás esté afectada —dijo Nayir, mirando a su amigo. El color volvía lentamente a sus mejillas—. La gente hace cosas extrañas cuando está de luto.

—Sí. Lo sé —murmuró Othman—. Pero seguro que le va a dar un disgusto a mi madre.

—¿Tus hermanas salen a menudo con las motos de agua?

—Sí. Bueno, no. —Othman se pasó la mano por el pelo y se miró las manchas del pantalón—. Desde la desaparición de Nouf, Tahsin no deja salir a las chicas, ni siquiera a navegar. Si me disculpas, tengo que ir a resolver este asunto.

—Sí, tranquilo, puedo encontrar el camino de vuelta solo.

Othman se apresuró hacia la puerta y desapareció. Nayir había vislumbrado lágrimas en sus ojos.

Echó a andar por el camino de gravilla, preguntándose qué habría sucedido. Él mismo lo había dicho: la gente hace cosas extrañas cuando está de luto. Aun así, nunca había visto a Othman tan asustado.

Nayir llegó al patio justo cuando se acababan de encender las luces exteriores. El guardián de los camellos, Amad, estaba frente a la puerta del establo, mirando a Nayir con sus ojos miopes.

Nayir se acercó.

—Ahora le reconozco —dijo Amad, dando un paso adelante. Tropezó con un ladrillo roto y lo apartó con el pie—. Usted es el guía del desierto. Hace tiempo que no se le ve por aquí.

—Soy Nayir ash-Sharqi —dijo, tendiéndole la mano—. Un placer volver a verte.

Le parecía recordar que el hombre había nacido en el desierto; tenía algo de beduino, aunque no lograba descifrar qué era. Quizá la mandíbula recta, o la postura derecha, o el modo de hablar entrecortado. Quizás era el modo incesante de parpadear.

—¿Va a acompañar a la familia otra vez? Los camellos echan de menos el desierto.

—Sí, y yo también —dijo Nayir.

Había vuelto a la ciudad por la mañana, pero su último viaje no le había proporcionado ninguna satisfacción. La búsqueda infructuosa le había extenuado, y luego la noticia de la muerte de Nouf. Sentía un nudo en el estómago. Estaba enfadado con la familia por haberse mostrado tan reservados, y con él mismo por no haberla encontrado. Deseaba volver al desierto esa misma noche y pasar algunos días descansando sin que nadie le molestara. Pero estaba decidido a mantener la palabra que había dado a Othman y esperar a que llamara el detective.

Se encontraban de pie frente a la gran puerta de madera del establo.

—¿Cómo está el camello que encontraron en el desierto? —inquirió—. Parece que tiene algún problema.

Amad titubeó. Nayir cayó en la cuenta de que había tocado un tema delicado.

—No, ningún problema —dijo el guardián—. Está bien. ¿Quién le ha dicho eso?

—Entonces me he confundido.

Nayir sacó una raíz del bolsillo. Amad entrecerró los ojos, observándole. Era increíble que aquel hombre no llevara gafas de sol.

—Es terrible lo que le ha sucedido a esa chica —dijo Nayir.

—Sí, lamento su pérdida.

Nayir estaba sorprendido por la cautela del hombre. Se llevó la raíz a la boca y echó un vistazo al patio.

—La chica Shrawi que desapareció solía pasar mucho tiempo con los camellos, ¿verdad? —dijo.

Amad le observó, receloso.

—Le gustaban los animales. Solía venir aquí a menudo, con su escolta. O con su hermano. Casi todas las chicas suelen venir a ver a los camellos, pero especialmente ella —Amad miraba distraídamente la puerta.

—Pero es extraño, ¿no? —dijo Nayir—. No consigo imaginar cómo se las arregló para hacer entrar un camello en una furgoneta. Es una hazaña para una chica tan joven.

—Bueno, mejor no entrometerse demasiado. —Amad escupió en el suelo y miró

hacia la casa—. En mi opinión es mejor dejar las cosas como están.

—¿Por qué?

—He aprendido algo aquí: cuando se entra en casa de un ciego, hay que cerrar los ojos. Si me disculpa, tengo que descargar el resto de las provisiones.

Nayir observó a Amad, que entraba en el establo tanteando la pared con la mano.

—Tengo que reparar esa lámpara —farfulló, mientras se perdía en la oscuridad.

Nayir echó un vistazo a la puerta del jardín, pero Othman todavía no había vuelto. Se sentía como si le hubieran descubierto.

Oyó un chirrido a sus espaldas y al girarse vio a una mujer que salía del establo. Era de constitución robusta, como Nayir, y en sus movimientos encerraba la seguridad típica de quien suele pasar algún tiempo en el desierto. Le pareció que era la hija del guardián.

Al verle, se llevó una mano al rostro, ya que no llevaba velo. Un mechón de pelo negro le cayó sobre la mejilla. Nayir se giró pero no pudo evitar advertir el hematoma que tenía sobre el ojo izquierdo. Se escabulló por una puerta que había en la pared, a su derecha, y desapareció.

Puede que hubiera sido agredida por quien había robado el camello. Pero ¿quién habría tratado de eliminar a la chica si el padre era mucho más fácil de dominar, siendo viejo y medio ciego? Quizás fue un imprevisto. La hija podía haber tropezado con Nouf y su secuestrador. Se preguntó, angustiado, si Othman sabía algo de todo esto, y, en caso afirmativo, por qué no le había comentado nada. Deseó que hubiera un modo de poder hablar con la chica.

Sin embargo, el camello no era un tabú. Volvió a mirar hacia la puerta del jardín, se aposentó tras la puerta del establo y esperó a que Amad se marchara. Había una media docena de tablones y un montón de tubos de plomo apoyados contra la pared. Los tablones eran más ligeros de lo que parecían y habría sido fácil que Nouf, u otra persona, los utilizara como rampa para cargar el camello en la furgoneta. Nayir cogió uno de los tubos. Era pesado, lo suficiente como para golpear a alguien y dejarle inconsciente. Los examinó uno a uno, pero ninguno mostraba restos de sangre. Tampoco parecía que se hubieran limpiado recientemente. Estaban cubiertos por miles de pequeñas astillas procedentes de las ramas de cedro que había esparcidas por el suelo, iguales a las que habían encontrado en la herida que presentaba Nouf en la cabeza.

Escuchó a Amad refunfuñando en el interior. El guardián salió enseguida, llamó a su hija y desapareció en la misma dirección que ella. Nayir cogió un puñado de azúcar de una bolsa que había cerca de la puerta y se introdujo en el establo.

Estaba tan oscuro como los pliegues de una túnica de mujer. Sacó una linterna del bolsillo y la encendió, enfocando a su mano por si se encontraba demasiado cerca de los animales; no quería asustarlos. El olor a estiércol se le atragantó.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, empuñó la linterna, se acercó al primer establo y echó un vistazo. En su interior, un camello dormía

plácidamente. Nayir se apartó; el instinto le decía que debía hablar en susurros a los animales, porque aunque no estuvieran despiertos le oirían y de ese modo sabrían que no era un enemigo. Así que susurró mientras avanzaba por el pasillo. Pasó de un establo al otro. Casi todos estaban cerrados. Echaba un vistazo al interior, y cuando veía al ocupante durmiendo pasaba al siguiente. Quería encontrar al camello que no dormía, al que estaba demasiado inquieto para descansar. Continuó su recorrido por el establo, molesto con los Shrawi por tener tantos camellos en una isla inútil en medio del mar.

Finalmente, lo encontró. Era un camello blanco, cuyo pelaje se volvió amarillo bajo la luz de la linterna. Nayir se alejó de la puerta del establo y murmuró una nana tranquila para el animal. Pareció que pasara mucho tiempo, quizá diez minutos, antes de que el camello se pusiera en pie con un gemido, desprendiendo olor a estiércol. Nayir siguió susurrando frases hasta que oyó al animal golpeando suavemente la puerta del establo. Después dejó de canturrear. El camello golpeó de nuevo la puerta con la cabeza.

Con mucho cuidado, corrió el pestillo de la puerta y la abrió. Mantuvo la vista baja y murmuró algunas palabras tiernas hasta que el camello sacudió la cabeza y emitió un ligero sonido, que indicaba que Nayir podía acercarse.

Al aproximarse, vio que era un ejemplar elegante, patizambo, sobre un montón de paja. Tenía unas pestañas largas que enmarcaban sus grandes ojos castaños y parecía que le contemplaba con una mezcla de timidez y curiosidad.

—*Salaam aleikum* —dijo.

El camello le olió el brazo. El guardián llevaba razón: el camello no estaba traumatizado. ¿Por qué Othman le había dicho lo contrario? Le resultaba difícil creer que le había mentado; quizá se trataba solo de un rumor exagerado.

Abrió la palma de la mano y mostró, en la penumbra de la linterna, los terrones de azúcar que había llevado. El camello arrugó el hocico y resopló. Cuando Nayir le acercó el azúcar a la boca, lo engulló más rápido que lo que tarda un camello en beber, y, al terminar, le permitió que le masajeara los hombros, en el punto más sensible, donde nervios y articulaciones convergían. Estaba tenso, aunque no tanto como Nayir se había imaginado. Había hecho ejercicio últimamente, lo cual demostraba que no había estado encerrado en un establo. Finalmente, se acercó cuanto pudo e inspeccionó cada centímetro de pelaje con la linterna en busca de lesiones o marcas de malos tratos. No encontró nada. El camello estaba tan feliz y en forma como si acabara de ganar una carrera, si no fuera porque se había mostrado extremadamente vigilante, aunque había bastado con lisonjearlo un poco para que se calmara.

Le acarició el cuello, la nuca, los hombros, y mientras recorría la pata izquierda sus dedos tocaron con algo extraño. Parecía como si tuviera gelatina seca en el pelo. Al observar detenidamente, se dio cuenta de que las marcas no se debían a la falta de cuidados. Enfocó con la linterna y, apartando el pelo más largo, encontró un punto en

el que el pelo era más corto. Había una serie de líneas, exactamente cinco, y ninguna era mayor que un pulgar. Parecían quemaduras.

¿Qué significaban cinco líneas en la pata de un camello? Reflexionó durante unos instantes y finalmente comprendió. Volvió a encerrar al camello, le dio las buenas noches y volvió al patio, desconcertado por el hallazgo.

Katya Hijazi iba sentada en el asiento trasero del Toyota mientras su chófer, Ahmad, conducía por las calles oscuras. Ahmad se detenía en cada esquina, sorbía el café de su taza blanca preferida, comprobaba que no llegara nadie por las calzadas laterales, que estaban siempre vacías, y proseguía su marcha, contento de ir a paso de tortuga. En un cruce, bajó la ventanilla para dejar entrar un poco de aire fresco y, a hurtadillas, Katya también bajó su ventanilla, lo justo para poder ver un pedazo del cielo nocturno.

Era siempre peligroso aventurarse fuera de casa, pero esa madrugada en particular, Katya se sentía abrumada y vigilante. La noche anterior había llamado a Ahmad para pedirle que la recogiera antes del amanecer. No le dijo para qué y él, como siempre, no le había pedido explicaciones.

Su padre sí que lo hizo. Se había despertado cuando la casa estaba tranquila y había logrado escabullirse sin despertar a Abu. Justo cuando el coche había llegado a la esquina de su casa sonó el móvil, y tuvo que pasar cinco minutos explicando a su padre que había tenido que ir a trabajar temprano, que le pagarían las horas extras y que su jefe no iba a tomarse la costumbre de disponer de su tiempo de una manera tan inhumana. Ni siquiera después de tantas mentiras Abu se tranquilizó. Su preocupación, aunque lejana, flotaba en el aire, y Katya se sentía culpable.

No quería que su padre supiera lo involucrada que estaba en el caso de Nouf. Él apoyaba su afán por aclarar la verdad sobre el asunto, pero no quería explicarle que iba a merodear por el laboratorio y a ocultar pruebas a su jefe y a sus colegas. Abu no lo aprobaría porque no aceptaba la idea de que Katya desobedeciera las normas, pero también porque no le gustaba que el forense hubiera cerrado el caso de Nouf sin estudiar cuidadosamente todos los detalles. En cualquier caso, hubiera encontrado algo negativo que decir, y cuantas menos críticas hiciera a su trabajo, mejor.

Katya había guardado las muestras biológicas del cuerpo de Nouf en su bolso y quería examinarlas, pero solo podía hacerlo si no había nadie más en el laboratorio. Nunca había ido a trabajar tan temprano, por lo que no estaba segura de que la entrada para mujeres estuviera abierta a esa hora, o de que el vigilante la dejara pasar. Llevaba la muestra de piel que había tomado de debajo de las uñas de Nouf, las astillas de madera que había encontrado en la herida de la cabeza, el barro de la muñeca y algunas otras muestras de barro que había encontrado en la piel y en el pelo, además de una muestra de sangre del feto. Le llevaría unos días examinarlas todas en secreto. La sección femenina del laboratorio abría a las ocho, pero quizá le daría tiempo a preparar todas las pruebas.

Si su jefe se enteraba de que trabajaba en las pruebas de un caso cerrado, perdería el empleo. Poco importaba que hubiera sido la familia quien les hubiera encargado

que cerraran el caso, ni que ella trabajara para los Shrawi por encargo de Othman. La situación presentaba demasiados problemas: ¿acaso el forense iba a admitir que le habían sobornado? ¿Iba a reconocer Tahsin que le había pagado? ¿La familia podía permitirse confesar que habían contratado a una mujer?

Ahmad proseguía su marcha. Los faros del Toyota parpadeaban débilmente. Tras dejar atrás el casco antiguo, las calles eran más anchas y parecían más vacías, y los edificios eran más nuevos y menos acogedores. La reconfortante vista de ventanas de madera y de puertas con esmerados ornamentos dio paso a rejas de hierro oxidado y aires acondicionados viejos que colgaban de las ventanas como si fueran dientes torcidos y llenos de saliva. Había farolas, pero su luz era mortecina.

—¿Todo bien? —preguntó Ahmad.

—Sí, Ahmad, gracias.

Giró a la izquierda y entraron en una calle que parecía para mujeres. En todos los escaparates había perfumes y aceites dulces, túnicas, joyas y adornos. Los escaparates estaban iluminados, pero algunas luces, al paso del Toyota, se apagaban, en preparación de la oración de la mañana. El único movimiento procedía de figuras oscuras que revoloteaban por las calles. Normalmente solo los hombres deambulaban por esas aceras, pero a esa hora de la mañana únicamente había mujeres, sigilosas como gacelas, aprovechando la oportunidad de pasear sin ser molestadas. Un hombre sería como un borrón en el panorama, y con su túnica más blanca que la luna espantaría los resquicios de la noche.

Ahmad se detuvo en una esquina. Katya le pidió que se acercara al cruce y esperara. Al fondo de la calle podía ver una estela de luz pálida que se alzaba en el horizonte, como una onda. La contempló, esperando el brillo fantasmagórico y translúcido que señalaba el comienzo del alba. Todo lo que sabía sobre el universo gracias a la astronomía que había estudiado en la universidad le servía para calcular las horas del rezo. Para eso había que entender la latitud, la inclinación del sol, el azimut, la hora solar y las ecuaciones temporales. Muchos hombres transcurrían sus vidas observando el cielo para poder calcular y predecir el momento exacto del alba y el número preciso de minutos y segundos que trascurrían entre esta y la puesta de sol, ya que según este cálculo se llevaban a cabo las oraciones del *Fajr*. Contuvo la respiración con la mirada en el horizonte, curiosa por saber si la llamada del muecín coincidiría con la llegada exacta del alba.

Y así fue: la luz trémula apareció en el horizonte justo al escucharse el primer *Allahu akbar* procedente de los altavoces de una mezquita cercana. *Alá es grande*. La simultaneidad de los eventos le produjo un escalofrío.

Pensó, sin tanto entusiasmo, que mientras esos hombres observaban el cielo, ella solo podía hacerlo desde su azotea o a través de la abertura de la ventanilla de un coche.

Ahmad cruzó, arrimó el vehículo a la acera y cogió la esterilla que llevaba en el asiento de al lado. Salió del coche, extendió la esterilla en la acera y se preparó para

iniciar sus oraciones. Katya le observaba, preocupada. No había dejado de pensar en Nouf durante toda la noche y ahora sentía que la luz en su interior se apagaba como la de los escaparates parpadeantes.

El día anterior estaba convencida de que Nouf había sido asesinada, pero ¿y si las heridas que presentaba en los brazos y en la cabeza fueran debidas al ahogamiento? ¿O bien a un accidente? Katya comprendía a la familia: querían llevar a cabo las averiguaciones discretamente. Respetaba su derecho a la intimidad, pero ¿y si le escondían algo?

Posiblemente no le habrían contado nada sobre el soborno si no hubiera llamado a Othman para decirle que el forense había realizado un trabajo de poca calidad. Othman le pidió ayuda enseguida. Ella había aceptado, pero técnicamente era demasiado tarde para recoger pruebas: ya se habían llevado el cuerpo de Nouf a casa. En secreto, Katya había conservado muestras del examen, pero Othman no lo sabía. Ni siquiera sabía que se había entrometido en el trabajo del forense. ¿O acaso pensaba que ella era omnipotente en el trabajo?

Odiaba pensar en eso. Inevitablemente acababa preguntándose si hacía lo correcto casándose con un hombre que ella misma había escogido. Un hombre que su padre no aprobaba.

Katya levantó la vista y vio a dos mujeres jóvenes que estaban saliendo de una tienda. Al ver a Ahmad sobre la acera se detuvieron y se alejaron, quizá por temor a que Ahmad las viera y fuera uno de esos hombres que, al ver a una mujer tras haber realizado sus abluciones, volvían a hacerlas. Con respeto, se escondieron tras la cortina de la tienda. Katya deseaba decirles que a Ahmad no le importaba que pasaran cerca de él y que, de todos modos, era la persona más ciega del planeta. Tenía el don de mirar a una mujer y no ver su rostro. Pero no podía hacerles señas, ya que estaban escondidas tras la cortina y los cristales tintados eran impenetrables. Así que observó a Ahmad mientras terminaba sus oraciones, volvía el rostro hacia el lado derecho y pronunciaba el *tasleem*: «La paz y la misericordia de Alá estén con vosotros». Admiró la serenidad de su rostro.

Era esa misma mirada de bondad, calma y seguridad que hacía que su padre se fiara de él. Los dos hombres habían sido amigos de la infancia en el Líbano y habían emigrado a Arabia Saudita cuando ambos tenían veintiún años. Katya llevaba el nombre de la mujer de Ahmad, una bella emigrante rusa que había muerto hacía mucho tiempo. Katya no la había conocido, pero en la guantera había un retrato de ella en las montañas de Siria. El sombrero con algún copo de nieve y la gruesa bufanda que llevaba al cuello eran los complementos perfectos para aquella mujer pálida, rubia e invernal. Katya no conseguía imaginarla en otro contexto, como tampoco Ahmad. Solía contar muchas historias sobre ella: «Recuerdo las vacaciones que pasamos en Siria. ¡Cómo le gustaba aquel frío!». Katya recordó que la mujer de Ahmad había vivido también en Jeddah, donde había muerto de cáncer durante el verano de 1968.

Pero mientras que Abu había triunfado en su carrera como químico, Ahmad había preferido ser taxista y, más tarde, escolta de mujeres. Decía que, aunque la profesión que había escogido no le daba para pagar las facturas, le proporcionaba la satisfacción de proteger a chicas jóvenes y vírgenes de hombres astutos e incluso de la policía religiosa. Cuando estaba con Ahmad era como si estuviera con una versión algo descolorida de su padre; era alguien que se preocupaba seriamente por su seguridad pero que carecía del ansia paterna. La mayor parte del tiempo la trataba como si fuera de la realeza, pero aunque se mostrara servil y amable, Katya sabía que en realidad era él quien mandaba. De no ser por él, ella no podría ir a ninguna parte. Había taxis para mujeres con conductores inmigrantes amables, pero su padre nunca se lo hubiera permitido.

Al fondo de la calle vio a dos hombres salir de sus casas para responder a la llamada a la oración. Era hora de subir la ventanilla. Se giró para observar por última vez el cielo sonrojado, esperando encontrar de nuevo la sensación de sobrecogimiento que la había sorprendido antes, pero no conseguía dejar de sentirse culpable. Culpable por mentir a Abu, por no haber hecho la oración del *Fajr*, por haber pedido a Ahmad que fuera a trabajar antes del alba. Por dudar de Othman. Había una sola cosa sobre la que había decidido no sentirse culpable: su trabajo en el caso de Nouf.

Su madre solía decir que *salat* era un verbo generoso. Significaba orar, bendecir, honrar, contemplar, pero su significado profundo era volverse hacia... Así que cuando no le era posible rezar por estar enferma o tener la menstruación, estaba obligada a volver sus pensamientos hacia Alá. ¿Acaso no estaba haciendo eso mismo, contemplando los misterios de Su creación? Especialmente si pensaba en el horario de las oraciones, o en Nouf. Alá, finalmente, estaba de su parte, ya que en el Corán decía: «Oh hijo mío, en verdad toda materia, buena o mala, aunque sea del peso de un grano de mostaza y esté escondida en una roca, en los cielos o en la tierra, Alá la sacará a la luz; porque Alá es sutil y sabedor». Aun así, sabía que estaba haciendo trampa: se había perdido la oración de la mañana.

Ahmad enrolló la esterilla y sacudió el polvo de los flecos. Volvió al coche y tomó asiento, esperando a que terminaran las oraciones. Al fondo de la calle, los hombres se apresuraban hacia la mezquita. Algunos rezaban sobre la acera frente a sus negocios. Ahmad cogió su taza y siguió sorbiendo su café. Katya observó su rostro afable en el retrovisor y deseó poder hablarle de sus dudas sobre Othman y la familia. Indudablemente, se lo diría a su padre, y no iba a dejar que su padre creyera que albergaba alguna duda. Esperaron a que terminara la oración y los hombres volvieron a salir de la mezquita.

Ahmad puso el coche en marcha y giró en la siguiente esquina. Cada día tomaba una ruta diferente hasta el laboratorio para enseñarle algo nuevo. Aunque había un número limitado de modos de llegar al trabajo, las calles cambiaban tan rápidamente que cada trayecto parecía nuevo. Hacía tan solo dos semanas habían pasado por esa

misma calle, bordeada por palmeras reales que chocaban entre ellas por encima de otras falsas. La calle estaba en obras, bulliciosa debido a los operarios, en su mayoría yemeníes y asiáticos. Una hormigonera giraba con gran estruendo en un solar vacío y, al otro lado de la calle, una bola de demolición estaba haciendo trizas un bloque de apartamentos. Ahora no quedaba nada, solo un enorme hueco y un gran bidón con un amasijo de cables enrollados. Los obreros habían rociado el suelo con aceite para evitar que la tierra invadiera la calzada.

Diez minutos más tarde, Ahmad llegó frente a una pequeña puerta metálica que parecía una entrada de servicio. En realidad, se trataba del acceso femenino al laboratorio. Katya le dio las gracias, comprobó que llevaba el *burka* bien cerrado y salió del coche. Echó un vistazo a su alrededor y consiguió ver que el aparcamiento estaba vacío. Subió las escaleras y, una vez frente a la puerta, pasó su tarjeta de identificación. Se encendió una luz verde y se abrió la puerta. Se le escapó un suspiro de alivio. Saludó a Ahmad, se giró y entró.

El pasillo tenía la misma luz mortecina de siempre. Sus sandalias nuevas crujían sobre el suelo mientras caminaba por el pasillo. Al llegar a la puerta del laboratorio, volvió a pasar su tarjeta de identificación. Una vez dentro, encendió la luz y se dirigió rápidamente a su puesto de trabajo: un pequeño escritorio blanco situado en una esquina que mantenía siempre meticulosamente limpio. Apoyó el bolso sobre la mesa y hurgó en su interior. Extrajo las bolsas que contenían piel y otras muestras y dos pequeños frascos con las muestras del feto y guardó la bolsa con las muestras de piel en el bolsillo de la falda.

Le temblaban las manos; abrió apresuradamente un cajón del escritorio y colocó los frascos bajo un montón de pañuelos de papel para que no rodaran. Había tomado la precaución de colocarles etiquetas con números de identificación y nombres falsos de otros casos en los que estaba trabajando. *At-Talib*, *Ibrahim*, obrero muerto por envenenamiento. *Roderigo*, *Thelma*, ama de casa muerta por trauma craneal. Cerró el cajón y le echó la llave.

Le llevó unos minutos preparar la muestra de piel que había tomado de debajo de las uñas de Nouf, y justo cuando la estaba deslizando bajo el microscopio escuchó un ruido detrás de ella.

—*Sabaah al-khayr!*

Era un simple «buenos días», pero la sorpresa y el volumen de esa voz aguda casi le hicieron soltar un grito. Consiguió no dejar caer el portaobjetos al suelo. Se giró y vio a su compañera, Salwa.

Katya le respondió con voz ahogada.

—*Sabaah an-nur*. Que te ilumine la luz de la mañana.

—¿Quién es? —preguntó Salwa. El volumen de su voz hacía que Katya se sintiera siempre como si la hubieran sorprendido, aunque no fuera culpable.

Se dio cuenta de que no se había quitado el *burka*. Lo levantó y le mostró el rostro. Salwa frunció el ceño. Hacía las veces de jefa de la sección femenina del

laboratorio. Era de corta estatura y de estructura robusta, y solía pasear arriba y abajo con un lápiz en la oreja y el *burka* levantado. Le quedaba en lo alto de la cabeza como una corona y lo lucía como tal. En las raras ocasiones en que un hombre se asomaba a la puerta, las demás mujeres se apresuraban a encontrar sus *burka* y a sujetarlos bien, pidiendo disculpas entre susurros y tapándose el rostro con temor. Aunque su *burka* estuviera listo, Salwa solía mirar de manera desafiante al intruso. Si creía que el hombre podía informar a su jefe, se sacaba el lápiz de detrás de la oreja a regañadientes y lo usaba para soltarse el *burka*, como haría un mulá medieval que tuviera que leer un pergamino a un rey analfabeto.

Incluso con el *burka* sobre el rostro, era imposible ignorar la voz portentosa con la que Alá la había bendecido. Era una voz que podía poner patas arriba una mesa y hacer que las jarras cantaran. La usaba constantemente. Además, su fuerza se veía aumentada por las superficies lisas del edificio. Una vez incluso había interferido con la voz del muecín que llamaba a la oración. Katya sospechaba que Salwa se salía con la suya porque a muchos les interesaba que estuviera callada.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —preguntó Salwa, acercándose a Katya con una expresión de sorpresa—. Quítate la *abaaya*. Déjame ver los brazos y los hombros.

Katya sintió un pánico irracional.

—¿Mi *abaaya*?

—Sí, vamos.

Abrió la cremallera y se sacó la túnica negra, bajo la cual llevaba una camisa blanca y una falda negra larga. Salwa se acercó, desabotonó las mangas de la camisa y las retiró con el lápiz. Katya cayó en la cuenta de que andaba buscando hematomas.

—Estoy bien —intentó convencerla.

Salwa le soltó el brazo y la miró a los ojos.

—La única razón por la que las mujeres vienen aquí temprano es para escapar de sus maridos, o de sus padres.

Katya se sonrojó. Aunque lo hacía con preocupación, Salwa había conseguido que se sintiera como una mujer maltratada.

—No, nadie me golpea —dijo Katya.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

Katya se abotonó las mangas y volvió a ponerse la túnica.

—No podía dormir.

Salwa la miró con una actitud más maternal que castigadora.

—¿Es por la boda?

Katya sabía que no debía proporcionarle ninguna información personal. Ahora que su jefa, Adara, estaba de baja por maternidad por segunda vez aquel año, Salwa parecía creer que estaría al mando para siempre. Llevaba allí más tiempo que cualquiera de las otras mujeres, aunque en realidad no hacía nada más que intimidar a las compañeras. Su verdadero poder residía en su parentesco con el jefe de la sección,

Abdul-Aziz, su cuñado. Como era de la familia, Salwa podía hablarle en persona, un privilegio del que nadie más gozaba. Si alguien hacía bien su trabajo, era ella quien se atribuía el mérito. Si era descuidada, se aseguraba de que alguien cargara con la culpa. Con Abdul-Aziz se mostraba servil; se precipitaba a su oficina cada vez que llamaba, se ocupaba de su tintorería, sus comidas, su agenda, y llevaba regalos a sus hijos al menos una vez a la semana. Al volver a la sección femenina del laboratorio, solía desahogarse y someter a las demás mujeres a sus caprichosas exigencias. Aisladas en el ala más pequeña del laboratorio, los técnicos del laboratorio respiraban el aire de su cambiante humor. Frustración. Amabilidad empalagosa. A sus espaldas, la llamaban «la hija de Saddam».

Pero, en ese momento, Katya tenía que decirle algo.

—Sí, estoy nerviosa —admitió—. Sinceramente, no consigo dormir. Creo que el trabajo es el mejor remedio para mí en este momento.

Salwa volvió a colocarse el lápiz sobre la oreja y reflexionó un instante. Encontró que la explicación era plausible, aunque no la satisfacía por completo. Se levantó y dijo:

—Bien, tengo un montón de cosas para ti. Pero no cobrarás las horas extras, supongo que lo entiendes.

—Sí, claro —dijo Katya, tragándose el resentimiento. Como si se esperara las horas extras. Como si el dinero fuera su única preocupación.

—¿En qué estás trabajando ahora? —preguntó Salwa.

—En unas muestras de piel del caso Roderigo.

Salwa echó un vistazo al microscopio, como si fuera un perro sucio.

—Bien, deja eso. Tengo otros dos casos prioritarios.

Katya asintió y se sentó frente al microscopio, cogió el portaobjetos y lo dejó sobre la mesa. Maldijo su mala suerte y se preguntó qué hacía Salwa allí tan temprano. Normalmente no llevaba a cabo ninguna tarea. Quizás ella sí que trataba de escapar de un hombre que la maltrataba. O quizá, más probablemente, de sus obligaciones familiares: un marido inválido, tres niños pequeños y, según decía, la criada india más imprudente de todo el planeta. Quizá, para ella, el trabajo era realmente una vía de escape.

Aun así, Katya no podía evitar admirar algunas de sus cualidades. Era lo bastante fuerte como para pedir aumentos para las mujeres. Cuando Abdul-Aziz no estaba y Salwa conseguía salirse con la suya, le asignaba tareas destinadas a los hombres. Había sido ella quien le había encargado sustituir a Adara en el caso de Nouf y quien, en un intento por que las mujeres fueran más fuertes en el trabajo, la había animado a no llevar *burka*.

—Los hombres no te respetan si cumples siempre las normas. A veces tienes que hablarles directamente y mostrarles tu cara, aunque luego te pongas el *burka*.

Katya se preguntaba qué habría hecho de haberle encontrado hematomas en los brazos. ¿La habría despedido? ¿La habría consolado? ¿La habría mandado a una

clínica? Lo más probable era que hubiera informado a Abdul-Aziz, y no cabía duda sobre qué hubiera hecho él. Su autoridad era distante y fría, y sus decisiones profesionales, si realmente eran suyas, algunas veces la hacían enfadar.

Salwa regresó y dejó dos carpetas grandes sobre la mesa.

—Analiza estas muestras lo más rápido posible.

Antes de que Katya pudiera replicar, Salwa se giró y se marchó, murmurando que tenía que quitar el polvo en la oficina de Abdul-Aziz antes de que llegara. Katya sospechaba que en realidad deseaba utilizar su cafetera italiana y dejarse caer en su caro sillón de masaje, para poder ver las noticias o una reposición del programa de Oprah antes de que abriera el laboratorio. Katya y su compañera Maddawi habían curioseado una vez la oficina.

Abrió las carpetas y examinó su contenido. Se sintió hundida: iba a tardar días en hacerlo todo. Había prometido a Othman que iba a hacer lo posible, pero no le había comentado el riesgo que suponía para su trabajo y él no le había preguntado. Pero tanto él como la familia esperaban respuestas. Incluso sin hacerlo a escondidas, el test del ADN iba a llevarle algún tiempo.

Echó un vistazo a la puerta. Salwa no volvía. No había ventanas en la sala, así que no podía ver si alguien se acercaba, pero al mismo tiempo no podía ser vista. Se volvió hacia la mesa, apartó las carpetas, cogió la muestra de Nouf y, cuando estaba a punto de colocarla en el microscopio, se abrió la puerta y apareció Salwa. Caminó arriba y abajo, hablando consigo misma, y se acercó a Katya para asegurarse de que estaba haciendo su trabajo.

Había conseguido esconder las muestras de Nouf y hacer ver que estaba ensimismada en los casos nuevos. Acercó la silla de nuevo al microscopio y empezó a preparar un portaobjetos con las muestras nuevas. Echó un vistazo al reloj: las seis y cuarto de la mañana. Iba a ser un día muy largo.

Nayir mascaba una raíz mientras contemplaba con los prismáticos la inmensidad del desierto. Al sur había una gran extensión de arena lo bastante compacta para permitir el paso de vehículos, aunque en algunos puntos era demasiado agreste y había peligro de pinchar los neumáticos. Al norte, las laderas de las montañas del Hiyaz parpadeaban, amarillentas, contra la luz brillante de la mañana.

Bajó los prismáticos. A un metro, bloqueando esa visión perfecta del mundo natural, se encontraba Suleiman Suhail, detective privado y propietario de la agencia de detectives *Benson & Hedges*. Durante la hora de viaje que habían tardado en llegar hasta allí, Nayir había esperado que encendiera un cigarrillo, pero al parecer no era fumador, pese a su aspecto seco y enjuto.

—¿Dónde estamos? —preguntó Suhail.

Al principio del viaje, Suhail le había dado un mapa y le había dicho:

—A ver si consigue descifrar este mapa beduino.

Nayir había querido explicarle que «mapa beduino» era un oxímoron, ya que los beduinos no utilizaban ni necesitaban tales herramientas, pero entendía la observación de Suhail. Se trataba de un mapa topográfico del desierto occidental en el que solo la línea de la costa del mar Rojo daba alguna orientación. Alguien había escrito a lápiz unas coordenadas GPS y la nota «cuerpo de la chica» con una fecha y una hora. Nayir deseaba que las anotaciones fueran de un beduino, aunque era improbable que estos utilizaran coordenadas GPS para identificar un lugar. Menos probable aún era que un beduino poseyera un mapa tan refinado como ese. Más bien parecía el contenido de uno de esos atlas que había visto en el petate de Othman cuando iban al desierto: una carpeta llena de mapas técnicos que alguien del Ministerio del Petróleo o algún geólogo de la Aramco le regalaban de vez en cuando. Cualquiera otra persona los hubiera colgado sobre el escritorio como curiosidad, pero Othman era muy capaz de utilizarlos. Nayir suponía que Othman había proporcionado el mapa y había escrito las coordenadas cuando los beduinos le dijeron dónde habían encontrado el cuerpo. Curiosamente, había un pequeño icono que indicaba la presencia de una plataforma petrolífera. Conocía bastante bien aquella parte del desierto y no recordaba que hubiera ninguna plataforma en las inmediaciones, aunque quizás habían montado una nueva. Iba a tener que llamar a la Aramco para averiguarlo.

—Este es el lugar señalado por los beduinos —dijo Nayir, comprobando las coordenadas con su propio GPS.

Miró a poniente y vio que se aproximaba el camión de Mutlaq, levantando una nube de polvo a su paso. Mutlaq era el mejor de los rastreadores beduinos que habían participado en la búsqueda de Nouf. El hecho de que viniera hoy era un favor, y

aunque Nayir se fiaba de él ciegamente, estaba algo nervioso por su encuentro con el detective. Mutlaq podía resultar algo excéntrico y Suhail no parecía un tipo que tuviera mucha paciencia ni respeto por los beduinos.

—Creía que había muerto en un *uadi* —dijo Suhail, entornando los ojos a pesar de las gafas de sol—. ¿Dónde está?

Nayir señaló un surco poco profundo que se extendía ante ellos, de norte a sur, hasta donde alcanzaba la vista.

—¿Todo esto? —exclamó Suhail. Nayir se dio cuenta de que tenía la camisa empapada en sudor—. ¿Le parece la escena de un crimen? —Suhail soltó una carcajada forzada y se llevó un dedo a la sien—. Estos son ojos de ciudad y no ven la escena de ningún crimen.

Suhail volvió a entornar los ojos, sudando copiosamente. Nayir notó que había enrojecido peligrosamente: lo más probable era que nunca hubiera abandonado la tranquilidad de una oficina con aire acondicionado.

—¿Hay cobertura aquí? —preguntó Suhail.

—A veces.

El detective metió la mano por la ventanilla del *jeep* y alcanzó su móvil. Sin cobertura. Lo lanzó sobre el asiento.

—Por cierto, estas son las cosas de la chica —dijo. Sacó una bolsa de plástico negra del maletero del *jeep* y se la tendió a Nayir—. Los beduinos las encontraron junto al cuerpo. Quizás haya alguna pista.

Nayir cogió la bolsa, sorprendido de que los Shrawi hubieran entregado las pertenencias de Nouf al detective. Habría sido mucho mejor hablar en persona con los hombres que la encontraron, pero, según la familia, habían desaparecido tras entregar el cuerpo en el laboratorio forense. Nayir echó un vistazo al contenido de la bolsa. Había una túnica blanca sucia; era una túnica de hombre. La extrajo y la desdobló. Por un lado estaba ennegrecida, probablemente por sobreexposición al sol, y, al igual que el resto, olía como el laboratorio forense. En el hombro izquierdo se podía apreciar una mancha de sangre, probablemente de Nouf. Luego extrajo un fino reloj de pulsera de oro incrustado de diamantes y un solo zapato de un rosa brillante. Tenía un tacón de aguja de unos quince centímetros. Aunque presentaba manchas de agua, no le faltaba ni una sola lentejuela y la suela no estaba rayada.

—No es exactamente un zapato para caminar.

Suhail sonrió.

—Con ese tipo de zapatos solo se puede hacer una cosa.

Nayir le lanzó una mirada.

—Lo siento —dijo Suhail riendo entre dientes—. Siempre he creído que los muertos no deben interferir demasiado en los placeres de los vivos. No se equivoque, me parece terrible que la chica muriera... Lo único que digo es que los muertos no pueden oír.

Molesto y ligeramente ofendido, Nayir decidió no seguirle el juego. Echó un

último vistazo a la bolsa. En el fondo había un trozo de papel amarillento y arrugado. Lo sacó e intentó abrirlo, pero al hacerlo se dio cuenta de que los pliegues estaban hechos adrede: debía de ser un pájaro, quizás una cigüeña, a juzgar por las patas finas. ¡Qué objeto más extraño! ¿Cómo había sobrevivido a la inundación? Quizá Nouf lo había conservado cerca, tal vez en los zapatos, los que a buen seguro llevaba puestos, pues nadie se aventura en el desierto sin un par de zapatos, al menos para proteger los pies del sol.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó Suhail.

—No.

Nayir abrió el maletero del coche y metió la bolsa en su petate. A Suhail no parecía importarle que se quedara con las pertenencias de Nouf, más bien parecía estudiar su rostro.

—Oh, vamos, no esté tan serio —dijo el detective—. ¿De verdad cree que hacemos mal hablando así de la chica? ¿O que insultamos el honor de la familia? ¡Venga ya! No creerá en esas patrañas, ¿no? —Parecía preocupado, pero Nayir se mantuvo firme en su actitud—. Disculpe, hermano —prosiguió Suhail, incrédulo—. No me había dado cuenta de lo estricto que es. Yo también soy musulmán, ¿sabe? Pero en Siria no practicamos este islamismo tan severo. Somos más alegres, diría yo.

—Yo soy palestino —dijo Nayir, como si eso lo explicara todo.

—¿Ah, sí? A mí me parecía beduino.

—No, no soy beduino.

Nayir se alejó del *jeep*, intentando superar la indignación. Durante su carrera en el desierto había trabajado con muchas tribus beduinas. Era imposible no fiarse de sus consejos, indicaciones y providencial ayuda para salvar vidas. Hubo un tiempo en el que le complacía que le confundieran con un beduino y solía cultivar la imagen de hombre del desierto, duro y poco refinado, sin ningún interés por las trivialidades de la vida de la ciudad. Llevaba un fusil colgado al hombro y una daga curva ceñida a la cintura. Solía incluso enrollar su chalina a modo de turbante. Aun así, nunca se había sentido parte de ellos. Los beduinos eran hospitalarios, pero eran un clan, y aunque le habían abierto las puertas, siempre había sido un invitado. Le había dolido especialmente caer en la cuenta de que nunca le permitirían conocer a sus hijas, hermanas o mujeres. Pasaba la mayor parte del tiempo en Jeddah, así que cuanto más le confundían con un beduino más le recordaban que tampoco era saudí. La asociación era inmediata: «Debe de ser beduino». Significaba: «No puede ser saudí». La gente llevaba razón: no era saudí, no pertenecía a ninguna parte y, como muchos palestinos, era un hombre sin tierra.

El camión de Mutlaq llegó con un crujir de ruedas y una nube de polvo. Unos segundos más tarde, el hombre salió, sacudiéndose la túnica con las manos y la arena de las sandalias. Al ver a Nayir, sus ojos oscuros se iluminaron.

—¡Hay demasiado polvo por aquí!

Nayir sonrió y abrazó a su amigo. Mutlaq le saludó con el tradicional beso en la

nariz, el único gesto beduino que Nayir nunca se había atrevido a imitar. Mutlaq era imponente, alto y de espaldas anchas. Sus manos eran de movimientos precisos y su rostro era el más orgulloso que Nayir hubiera visto. Iba bien afeitado y era tan meticuloso que solía llevar un par de pinzas en el coche para sacarse algún pelo fuera de lugar cuando se detenía en los semáforos. Nayir le había preguntado por qué no se dejaba crecer la barba como todos los beduinos; Mutlaq señaló el espejo y le respondió: «Esa es la cara de mi abuelo, ¡que Alá le bendiga! No hay que esconderla».

Cuando terminaron los saludos, Nayir se apartó.

—Gracias por venir —dijo.

—No hay problema, hermano.

—Según el mapa, la encontraron aquí —dijo, señalando el *uadi* que había a sus espaldas—, pero todavía no hemos echado un vistazo. Tampoco sé si vamos a encontrar algo; quizá la lluvia haya borrado todas las huellas.

—Es cierto, pero lo más probable es que el agua se mantuviera dentro del cauce —dijo Mutlaq, señalando hacia el norte—. Solo porque lloviera allí no significa que no encontremos huellas por aquí.

Suhail se acercó a ellos y Mutlaq se puso tenso. Saludó al detective con un fuerte apretón de manos y un minucioso repaso que dio cuenta de todas y cada una de sus arrugas y pliegues, de cada gota de sudor en su cuerpo. Nayir presentó a los dos hombres, pero Mutlaq ya estaba mirando por encima del hombro del detective para estudiar las huellas que había dejado en la arena al acercarse. Suhail se giró lentamente y miró detrás de sí, como si esperara encontrar un lince.

—¿Qué está haciendo? —preguntó.

—Está estudiando sus huellas —respondió Nayir.

—¡Pero si está caminando sobre ellas!

—No importa, las recordará de todos modos.

—¿Me está rastreando a mí? —preguntó Suhail.

—Es como si le tomara las huellas dactilares. Así, si sus huellas se mezclan con otras, podrá reconocerlas.

Nayir sentía la necesidad de presumir. Quería decirle que Mutlaq nunca olvidaba una huella. Quizás olvidaba el nombre, o los detalles del encuentro, pero si al cabo de cinco años volvía a encontrar una huella de Suhail en una calle polvorienta de Jeddah, recordaría la cara y el calzado a los que pertenecía.

Optó por no forzar los límites de la credibilidad y le explicó que Mutlaq era de la tribu Murrah, un grupo reconocido por su habilidad como rastreadores. Suhail parecía conocer la fama de los Murrah, así que no insistió y observó a Mutlaq con interés.

El beduino había terminado con las huellas de Suhail y ahora se encontraba en el *uadi*.

—¿Ha encontrado las huellas de la chica? —preguntó Suhail.

—Todavía no —dijo Mutlaq—. Pero las reconoceré en cuanto las vea.

Suhail se secó la frente y lanzó una mirada incrédula a Nayir. Mutlaq se giró hacia ellos.

—Hay muchas chicas en el desierto, pero seguro que solo una de ellas iba corriendo, asustada, con un par de zapatos de ciudad.

—Bien, bien —dijo Suhail tras una pausa—. Pero ¿cómo sabe que las huellas pertenecen a una chica? ¿Y si tuviera los pies como los de un hombre?

Mutlaq sonrió, pero no respondió. Se fue hasta el coche y empezó a hurgar en el maletero. Nayir le miraba, ilusionado. Sabía que era posible identificar el sexo de una huella, pero nunca había visto cómo se hacía.

—Yo he visto de todo —dijo Mutlaq—. Gente que intentaba disimular sus huellas con todo tipo de trucos: mujeres con calzado de hombre, hombres con calzado de mujer... Gente que utiliza ruedas viejas, o que intenta borrar las huellas con una escoba, sin saber que la escoba, a su vez, deja sus propias huellas. Con el tiempo se aprende a distinguir entre la huella del pie y la del calzado. Puedes cambiarte los zapatos, pero lo que no puedes cambiar es el modo de llevarlos.

Nayir tenía que admitir que Mutlaq hacía que deseara ser beduino. No solo para ser un excelente rastreador, sino por conocer a las mujeres lo suficientemente bien como para distinguir las de los hombres en una simple huella.

Si hubiera podido elegir, hubiera preferido ser un Murrah. En todas las comisarías y unidades antiterroristas del país había por lo menos un rastreador, y casi siempre era un Murrah. Mutlaq había trabajado una vez para la policía de Jeddah, pero el sueldo era terrible. Ganaba más como dueño de una tienda de zapatos en el centro comercial de Corniche. Aun así, le gustaba volver al desierto siempre que podía. Era un especialista en *firaasa*, una práctica antigua que consistía en identificar las relaciones de consanguinidad estudiando los pies. Años atrás, Nayir había dudado de la veracidad de tal práctica, pero Mutlaq le había demostrado que era útil. Mientras trabajaba para la policía había utilizado su talento para encontrar a ladrones, terroristas y personas desaparecidas, para ayudar en casos de herencias e incluso para salvar a inocentes de la acusación de adulterio. Incluso había logrado devolver un burro extraviado a su propietario. A veces era difícil creer en lo que era capaz de hacer estudiando unas simples marcas en la arena, aunque bien mirado, pensaba Nayir, en un país cubierto de polvo siempre había una huella en alguna parte. Mutlaq sacó un puñado de estacas finas de madera del camión. Se alejaron de los coches y, al acercarse al *uadi*, Nayir vio algo extraordinario: color. Primero rosas y lilas apagados, después un salpicón de amarillo chillón. Al llegar a la orilla, contemplaron una magnífica alfombra de vegetación. En el interior del *uadi*, las plantas crecían en todas direcciones, con brotes verdes y fértiles que rivalizaban unos con otros por conquistar un espacio luminoso. En un par de semanas florecería, pero podían verse ya los acianos azules, rojos, rosas y blanco perla; capullos y cardos minúsculos, hojas suculentas y tallos espinosos. Nayir había visto alguna otra floración en el desierto, pero nunca tan exuberante como aquella.

—Asombroso —dijo.

—Esta —susurró Mutlaq, señalando la vegetación— es la huella de la lluvia.

Se introdujo en el *uadi* con cautela, seguido de Nayir, y ambos se agacharon para poder observar de cerca. Encontró brotes de borraja junto a un lecho de iris silvestres de color violeta y un tipo de menta que los beduinos utilizaban para las molestias de estómago. Recordó con placer y algo de vergüenza una vez que una joven beduina y su padre le habían llevado de excursión para recoger plantas medicinales. La chica, de quien no le dijeron el nombre, había charlado con él alegremente, cubierta con un vistoso *burka* ribeteado de monedas de oro. Al agacharse para recoger unos tallos de asclepiadeas, se le soltó el *burka* y Nayir vio su rostro. La miró descaradamente, conquistado por su expresión inocente, por esa mirada que parecía reflejar lo que sentía por ella. Al notar que la miraba, la chica se levantó, se dio la vuelta y le ignoró durante el resto de la excursión.

Ahora, mientras miraba las flores, su admiración se veía empañada por el recuerdo de Nouf. El agua de la lluvia había desaparecido, pero su herencia crecía con fuerza. Era una indicación del volumen del agua y de la fuerza de la crecida que había acabado con Nouf.

El *uadi* no era demasiado profundo, de modo que si Nouf hubiera visto llegar la inundación habría podido trepar con facilidad fuera del cauce. Lo más probable era que se hubiera dado cuenta de que llegaba una inundación. Debía de haber estado inconsciente cuando llegó el agua, ya que el rumor del agua seguramente había sido ensordecedor.

Nayir volvió a observar la vegetación. Dado que había crecido después de la lluvia, no fue el motivo por el que Nouf se acercó hasta allí, pero entonces, ¿qué fue lo que la atrajo?

Suhail salió del surco y fue hacia el *jeep* a beber agua. Nayir siguió a Mutlaq a lo largo del *uadi*, intentando no pisar las flores y deteniéndose de vez en cuando para estudiar una planta extraña. Los dos hombres caminaron unos quinientos metros; Mutlaq en la orilla para buscar huellas y Nayir en el interior para no estorbarle.

—¿Nada interesante? —preguntó Nayir.

—Huellas de zorro, ratones. Nada fuera de lo común. Un momento... ¿Qué es esto?

Trepó fuera de la orilla y caminó en derredor. Nayir quería seguirle pero no se atrevía a moverse para no interferir. Mutlaq se acercó de nuevo al *uadi*.

—Aquí han estado los beduinos. Un camión, cuatro hombres jóvenes. Ningún camello —dijo, mientras estudiaba los lechos de flores que había dentro del cauce—. ¡Ahí! —exclamó, señalando justo a la izquierda de los pies de Nayir.

Nayir miró en la dirección indicada, pero lo único que conseguía ver era un cúmulo de plantas algo más denso. Mutlaq se acercó, se agachó junto a él y empezó a extraer hojas y ramas, fijándose en la suciedad que tenían acumulada.

—Aquí es donde la encontraron —dijo Mutlaq.

Se levantó y, con las estacas, delimitó un área con la forma de un cuerpo.

—¿Y toda esta vegetación no ha alterado la zona? —preguntó Nayir.

—No, no. Se trata de una hendidura profunda. Probablemente la lluvia la arrastró hasta aquí, y cuando el cuerpo se detuvo, la lluvia continuó siendo absorbida por la tierra. Igual que ella. Mira, acércate.

Nayir se agachó y vio que, en efecto, había una concavidad en la arena.

—¡Tienes razón!

—Las huellas sobre la arena mojada son las más fáciles de ver. Mira, ahí se ven incluso las marcas de sus dedos.

Era cierto, el dibujo de la mano era casi perfecto. Había estado tumbada de lado, y al identificar el lugar donde había apoyado la cabeza pudieron incluso apreciar la marca de la mandíbula. Nayir se estremeció. Si la crecida fue tan fuerte como pensaba, habría arrastrado a Nouf río abajo. Era posible que hubiera recorrido una gran distancia antes de llegar hasta allí.

—¿Podrías decir si había mucha agua? —preguntó Nayir.

Mutlaq reflexionó un instante y sacudió la cabeza.

—¿Quieres saber cuánta distancia recorrió con la inundación?

—Sí.

—Es difícil de decir —respondió. Se levantó y echó un vistazo a lo largo del surco—. No depende del volumen del agua, sino del origen de la inundación. Si lo encontramos, podremos al menos reducir el área de búsqueda.

Señalizaron aquel punto con una estaca en la orilla y continuaron caminando a lo largo del *uadi*. Suhail les seguía a trompicones, tropezando en la arena. Un par de veces tuvieron que detenerse para asegurarse de que estuviera bebiendo suficiente agua, pero insistió en que estaba bien. Al final, Mutlaq le mandó de vuelta al *jeep* y Suhail le obedeció de buena gana, exhausto.

Continuaron caminando *uadi* arriba, lentamente, durante una hora. A juzgar por el estado de las orillas, no había llovido en esa parte del desierto. Decidieron que quizás habían caminado más de lo que creían, así que volvieron sobre sus pasos para regresar a los coches. El sol estaba llegando a su zenit, sus sombras se encogían en torno a sus pies y sus pasos se volvieron lentos y pesados. Mutlaq lo advirtió:

—Los pies cansados pueden indicar la hora del día —dijo.

Nayir estaba demasiado cansado para pensar con claridad y se preguntó si podrían también descifrar los sentimientos de Nouf a través de sus huellas.

Al llegar al *jeep* le sorprendió encontrar a Suhail dormido. Metió la mano por la ventanilla y le tocó la frente. El detective se despertó de golpe, mirándole sin comprender. Nayir retiró la mano.

—Será mejor que beba un poco de agua.

—Ya lo hice.

Nayir escupió la raíz que estaba mascando y fue hacia el maletero. Se alzó una repentina ráfaga de viento que le cubrió la cara de arena. Cogió su fular, se lo enrolló

en la cabeza y con uno de los extremos se cubrió la boca. Sacó la garrafa de agua del maletero y rellenó su cantimplora sin dejar de observar el *uadi*. Iba a ser un viaje lleno de baches, pero tenían que llegar con el coche lo más lejos posible. Ese era el lugar donde los beduinos habían encontrado su cuerpo, pero no donde había muerto, la verdadera escena del crimen.

Nayir conducía tras el camión de Mutlaq y se preguntaba cómo conseguía ver en medio de aquella polvareda. Suhail asomaba la cabeza por la ventanilla, examinando la arena, como era su deber, en busca de alguna señal que indicara que había llovido recientemente. Condujeron hasta que Nayir divisó unas acacias a lo lejos. Estaban algo apartadas del *uadi*, dispuestas en semicírculo alrededor de una gran roca.

Aquel lugar le resultaba familiar. Había ido con Othman recientemente. Lo recordaba por la roca y por la presencia misteriosa de aquellas acacias en medio de aquella extensión de gravilla y arena. Habían planeado una excursión de una semana, pero al final Othman había estado demasiado ocupado y solo había podido ausentarse dos noches, de modo que habían montado un pequeño campamento allí y habían pasado las tardes caminando a lo largo del *uadi* buscando señales de vida; lo único que les había parecido ver era un zorro.

Nayir condujo hasta los árboles e hizo una señal a Mutlaq para que se detuviera. Salieron del coche.

—¿Qué pasa? —preguntó Suhail.

Nayir se acercó a examinar los árboles y la roca. Se trataba, efectivamente, del mismo lugar. La piedra tenía una hendidura particular para sentarse que podía acomodar solo a un hombre y ambos habían preferido sentarse sobre la arena. Mutlaq se acercó y estudió la arena.

—Estas parecen tus huellas.

—Sí, lo son —dijo Nayir, contemplando la maraña de huellas en la arena. Aunque conocía bien a Mutlaq, todavía le sorprendía.

—¿Con quién estabas? —preguntó Mutlaq.

—Con Othman ash-Shrawi, el hermano de la víctima.

—¡Ah, sí! —Mutlaq se acercó para examinar las huellas que había alrededor de la roca con un brazo extendido hacia delante como si fuera una vara adivinatoria—. Es un tipo nervioso.

—¿Quién, Othman?

—Sí. Pero te sigue.

Nayir no pudo sacar ninguna conclusión de las huellas. Tenía calor y estaba cansado. Se sentó sobre la roca, agradecido por la sombra. Destapó su cantimplora, la olió y tomó un buen trago mientras contemplaba el *uadi*. Mutlaq le dejó solo, quizá porque había percibido su repentina desazón.

Nayir bebió de nuevo. Le parecía sorprendente que hubieran encontrado el cuerpo

de Nouf cerca del lugar adonde había ido con Othman. ¿Cuáles eran las posibilidades? Esa había sido su última visita al desierto, antes de salir en busca de Nouf.

Vio a Suhail aproximarse. Llevaba un zapato en la mano.

—He encontrado esto bajo esas flores —dijo al acercarse.

Era un zapato fuerte, con la suela gastada. Nayir lo examinó. El tacón estaba algo descolorido. Parecía que hubiera estado mojado y se hubiera secado después. Era una talla treinta y seis, como el zapato de tacón.

—Puede que sea suyo —dijo Nayir—. Quizá lo perdió durante la crecida. Lo llevaré a la familia para ver si lo reconocen.

Suhail asintió y se alejó de nuevo.

—¿Me permites? —preguntó Mutlaq.

Nayir le entregó el zapato. Mutlaq lo examinó atentamente, pero no hizo ningún comentario y se lo devolvió.

Durante los siguientes cinco minutos caminaron alrededor del lugar donde Suhail había encontrado el zapato, buscando huellas de calzado, de animales, de lo que fuera. Aparte de alguna huella de pájaro, la arena era lisa.

—¡Ven a ver esto! —exclamó Mutlaq—. Por aquí ha pasado una hubara.

Nayir se agachó para observar las huellas de las garras del ave en la arena y se sintió extrañamente reconfortado por la presencia, al menos, de un ser vivo en aquel lugar.

—Dime, ¿cómo consigues distinguir entre las huellas de un hombre y las de una mujer? —preguntó Nayir.

Mutlaq levantó la vista y le miró.

—Es decir —prosiguió Nayir—, imagino que suelen tener los pies más pequeños, pero ¿qué más?

—No se trata solo del tamaño de los pies —explicó Mutlaq—. Nunca es por una sola cosa.

Sacó su cantimplora, echó un trago y contempló el horizonte borroso por el calor.

—Llevo tanto tiempo haciendo esto que ya no recuerdo las normas. Lo hago por instinto. Cuando veo las huellas de una mujer, sé que se trata de una mujer.

—¿Caminan de modo diferente a como caminan los hombres?

Mutlaq entornó los ojos.

—Sí, bueno, sus cuerpos son diferentes, y sus caderas también. Pero creo que caminan de otro modo por otras razones.

Volvieron a los coches y prosiguieron su marcha. Habían recorrido solo algunos kilómetros cuando Mutlaq se detuvo, sacó la cabeza por la ventanilla y gritó a Nayir:

—¡Aquí es donde cayó la lluvia! No vamos a encontrar más huellas de aquí en adelante.

Nayir salió del *jeep*, contrariado, y dejó a Suhail dormido en el asiento contiguo. Mutlaq llevaba razón, la lluvia había alisado la arena. Salió del camión y se acercó.

Fueron hasta la orilla del *uadi* para echar un vistazo. No era demasiado profundo, solo unos tres metros y medio. Alguien podría haberla arrojado dentro tras haberla golpeado en la cabeza. Al despertarse, habría echado a andar a lo largo del *uadi* sin darse cuenta de que estaba a punto de llover. O tal vez nunca despertó.

Inspeccionaron la zona una vez más en busca de huellas. Caminaban despacio, siguiendo el cauce. Unos cincuenta metros más abajo encontraron un pedazo de tela junto a un arbusto, pero resultó ser un fular de hombre. A juzgar por el polvo y el color, había estado allí más tiempo que Nouf. Aparte de eso, ningún otro indicio.

—Siento no poder ser de más ayuda —dijo Mutlaq—. Imagino que el zapato que habéis encontrado es de la chica. Cuando lo compruebes te ayudaré a buscar otras huellas. Tiene que haberlas dejado en alguna parte.

Al volver al *jeep* encontraron a Suhail despierto, manoseando el GPS. Le temblaban las manos y parecía tener problemas con la coordinación ojo-mano. Nayir se fijó en su piel: no sudaba. Metió la mano por la ventanilla y agarró la mano de Suhail.

—¿Qué está haciendo?

Nayir le tomó el pulso. Estaba a 135.

—¿Algún problema? —preguntó Suhail.

—Sí, está a punto de morir.

Suhail soltó un soplido sarcástico. Mutlaq abrió el maletero, sacó una garrafa de agua, la abrió y la vertió sobre Suhail.

—¡Maldito! —dijo Suhail, secándose el agua de la cara—. ¡Es una camisa cara!

Nayir le dio una botella de agua y le ordenó que se la bebiera despacio hasta llegar a Jeddah.

Estaba atardeciendo cuando se despidió de Mutlaq. Puso en marcha el *jeep* y se dirigió a la carretera. El desierto no solía entristecerle, pero aquel día le había recordado toda la frustración que había sentido durante la búsqueda de Nouf.

Cuando llegaron a la autopista cayó en la cuenta de que Suhail estaba inconsciente. No podía hacer otra cosa que llevarle al hospital al llegar a Jeddah. Pobre detective. Iba a hacer falta alguien más experto para dar con el asesino de Nouf; este pobre pez no era capaz de encontrar agua en el mar.

Samir, el tío de Nayir, había dedicado toda su vida a la ciencia. Rechazaba las supersticiones basadas en la posesión de los *djinns*, o genios, para explicar y tratar cualquier dolencia. Decía que eran una herencia lamentable. Sin embargo, había una superchería en la que sí creía: el poder del mal de ojo.

Era algo más que una mirada maliciosa. Sus efectos podían provocar desde dolencias menores como el hipo hasta enfermedades mortales como una embolia en un hombre joven. Samir era químico, paleontólogo y médico, y sus amigos solían pedirle consejo. Le registraba todo por escrito y se preocupaba de transcribir cualquier enfermedad desde el principio. Como un médico que se vuelve inmune por la continua exposición a los gérmenes, Samir nunca había sufrido de mal de ojo, aunque solía decir que eso se debía a que sabía protegerse: llevaba un amuleto de cristal azul bajo la camisa. Pero lo más importante era que respondía a cualquier mirada amenazadora con un número cinco: se rascaba la barbilla cinco veces, parpadeaba cinco veces, se acariciaba el brazo cinco veces... En alguna ocasión protegía también a Nayir dándole cinco palmaditas en la espalda o repitiendo su nombre cinco veces.

A Nayir nunca se le pegó la costumbre. Despreciaba los gestos poco prácticos, que solían llamar la atención y atraer el mal. Aun así, aceptaba en parte que el mal de ojo no era solo un mito.

Estaba sentado en el estudio de su tío junto a una enorme mesa de roble, justo donde alcanzaba a sentir la suave caricia del ventilador de techo. Se habían entretenido tras una cena tardía y sus túnicas desprendían todavía un ligero olor a cordero. La raíz que llevaba en el bolsillo le pinchaba la pierna, pero no la sacó, ya que en casa de Samir no había donde escupir las hebras. Echó un vistazo a las paredes, al mapa del mundo y a los especímenes de *Bombyx mori* perfectamente enmarcados y etiquetados. A la derecha había una librería llena de libros de texto de varios tamaños y colores que solo tenían en común algún tema anticuado de química y una fina capa de polvo.

Al otro lado de la mesa, Samir fumaba una pipa occidental, un artefacto marrón que le había regalado un arqueólogo inglés en 1968. Echó una bocanada de humo hacia el ventilador de techo, que cayó después sobre Nayir, y se dio unos golpecitos con la boquilla sobre la nariz.

—¿Qué tal el desierto? —preguntó.

—Bien —respondió Nayir.

Se sumieron en uno de los cómodos silencios que solían compartir. Los padres de Nayir habían muerto en un accidente cuando él era todavía un bebé y se había criado con su tío Samir. Era el hermano del padre de Nayir y el único miembro de la familia

que podía permitirse hacerse cargo de él. Samir había ganado un litigio con el estado para obtener su custodia. La otra opción era que se criara en Palestina con la hermana de Samir, que tenía ya a su cargo a siete hijos y carecía de marido y de dinero. Samir recordaba a menudo a Nayir que Palestina era un lugar horrible para criar a un niño, y que si hubiera crecido allí ahora estaría muerto o sería prisionero de los israelíes.

Como químico y paleontólogo, Samir había encontrado su lugar trabajando con arqueólogos en todo Oriente Medio, analizando artefactos y enseñándoles a utilizar el equipo de análisis más moderno. Nayir recordaba su infancia como una serie de excavaciones que duraban a veces algunos meses. Solía faltar a la escuela para acompañar a Samir al desierto, que siempre estaba muy ocupado con su trabajo, de modo que Nayir tuvo que aprender a cuidar de sí mismo. Se volvió solitario, pero también aventurero, e incluso de adolescente se escapaba solo para explorar el desierto.

A pesar de su independencia, o quizás a causa de esta, durante su infancia había echado de menos tener una familia, y esta nostalgia le había acompañado hasta ahora. De hecho, estaba seguro de que nunca iba a superarla. Temía que no iba a casarse, puesto que eran los padres quienes organizaban los matrimonios, quienes tenían hermanos y hermanas con hijos casaderos y organizaban las complejas visitas sociales en las que un hombre encontraba a una posible esposa (cubierta con el velo, evidentemente). El pretendiente podía estudiarle los dedos y los pies, a menos que también los llevara cubiertos, y hacerse una idea; lo mejor era, sin duda, estudiar atentamente la cara de alguno de sus hermanos. Samir no podía ofrecerle nada de eso: no había primas a las que casar, o por lo menos no en Arabia Saudí; además, aunque hubiera podido organizar un matrimonio para Nayir, Samir creía que un hombre debía *vivir la vida* antes de asentarse. Él mismo, a sus sesenta y cinco años, seguía *viviendo la vida*.

Nayir solía recalcar que el Corán alentaba al matrimonio, y de hecho lo exigía diciendo: «Casad a aquellos de vosotros que no estén casados». Samir solía responderle con otro versículo: «Que los que no puedan casarse observen la continencia hasta que Alá les enriquezca con Su favor». Ante lo cual Nayir no podía discutir.

A veces se decía que lo que más había echado de menos durante su infancia era una figura femenina: una madre, una tía, una hermana. Samir había conocido a un par de mujeres extranjeras a quienes no parecía inadecuado tener una amistad con un hombre que no fuera de su familia, pero ambas relaciones habían durado poco. En las excavaciones arqueológicas casi solo había hombres, y era extraño encontrar mujeres en el desierto, incluso más que en Jeddah. Nayir solía bromear con sus amigos diciendo que cuanto sabía sobre las mujeres lo había aprendido gracias a las habladurías, el Corán y un gran surtido de vídeos de contrabando: *Happy Days*, *Colombo* y *Radio Cincinnati*. Aunque sus amigos se reían, era la triste verdad, y le deprimía pensar que nunca le iba a estar permitido entrar en el mundo de las mujeres.

Fue su tío quien lo había convertido en guía del desierto, ya que le había encargado acompañar a los Shrawi en una excursión. Les conocía porque la familia donaba enormes sumas de dinero a la investigación arqueológica. Muy pronto otras familias habían contratado los servicios de Nayir y ahora se dedicaba a dicha actividad a tiempo completo, acompañando a los turistas y a los saudíes ricos a cualquier rincón del mapa. Le satisfacía ser guía del desierto, le proporcionaba una agradable sensación de comunidad, y Samir opinaba que económicamente era muy práctico, ya que le permitía a Nayir vivir bien, a pesar de haber escogido vivir en un barco.

Esa noche, Nayir había llevado a su tío algunas muestras del cuerpo de Nouf, esperando que le ayudara a analizarlas en el laboratorio que había en el sótano.

Samir rompió el silencio con un carraspeo.

—¿De modo que crees que la chica Shrawi no se escapó de casa? —preguntó. Habían hablado de Nouf durante la cena, pero solo brevemente.

—No lo tengo claro —dijo Nayir—. Todas las pruebas apuntan a un secuestro. La golpearon en la cabeza. La familia cree que redujo a la hija del guardián de los camellos, pero yo la vi y... —Se llevó un dedo a la mejilla para controlar un repentino tic—. Era tan alta como yo, quizás igual de fuerte, y Nouf era de baja estatura. Además, ¿cómo habría conseguido huir conduciendo sola? Tendría que haberse aventurado en una complicada red de autopistas para poder llegar al desierto. Sé que podía montar una moto de agua, pero ¿era capaz de conducir un camión? Sinceramente... —Nayir sacudió la cabeza.

—¿Han encontrado el camión?

—No, todavía no. Y después está el camello. Seguro que no lo hubiera dejado escapar. Ese camello suponía la diferencia entre la vida y la muerte. —Se dejó caer en la silla y suspiró—. Quizá la secuestraron junto con el camello para que pareciera que había escapado. El secuestrador la arrojó al *uadi*, la golpeó en la cabeza y el camello huyó.

—¿Y luego?

—Tal vez el secuestrador condujo de vuelta hasta Jeddah. No lo sé. Encontré el símbolo del mal de ojo en la pierna del camello. Parecía que era de hacía una semana, quizá menos. Es probable que Nouf hiciera esas marcas en el desierto, lo cual significa que no estaba sola. Es posible que quisiera protegerse y las cinco líneas no protegen del desierto o del sol, sino del ojo humano.

—Eso no es cierto. Recítame los dos suras del refugio.

Nayir suspiró. Hasta donde le alcanzaba la memoria, Samir le había pedido que recitara los dos últimos capítulos del Corán en situaciones de necesidad.

—Conozco los versículos —dijo Nayir.

Samir empezó a recitar:

—«Me refugio en el Señor del alba del mal que hacen sus criaturas, del mal de la oscuridad cuando se extiende, del mal de las que soplan en los nudos, del mal

envidioso cuando envidia». ¿Has oído bien? «Del mal de la oscuridad cuando se extiende».

Ignoró la expresión de fastidio de su sobrino y prosiguió:

—«Me refugio en el Señor de los hombres, el Rey de los hombres, el Dios de los hombres, del mal de la insinuación, del que se escabulle, que insinúa en el ánimo de los hombres, sea genio, sea hombre». Y ya sabes que los *genios* pueden ser de otra naturaleza, no solo humana. Recuerda, son las fuerzas invisibles del mal.

Nayir ya no se sentía exasperado: aquellos eran, sin duda, dos bellos suras. Eran los únicos que invocaban directamente la ayuda de Alá.

—Entonces, ¿por qué Nouf no recitó los dos suras? —preguntó—. Y, además, ¿por qué alguien iba a necesitar un símbolo o amuleto si lleva siempre los dos suras en el corazón?

Samir suspiró y se acomodó en la silla, señal no verbal que advertía que estaba a punto de soltar una perorata. Nayir se puso derecho.

—Por favor, la versión reducida.

Samir chasqueó la lengua.

—Muchos símbolos de protección se basan en el número cinco. Cinco dedos. Cinco palabras. Hay quien incluso recita los dos suras cinco veces.

—Sí, lo sé. Los cinco pilares del islam. Cinco oraciones, cinco veces al día.

—La perfecta Kaaba en el cielo está hecha con piedras procedentes de las cinco montañas sagradas: el Sinaí, Al Judi, el monte Hira, el monte de los Olivos y el Líbano.

Parecía que Samir fuera a continuar con su larga lista, o a reducirla, al menos, a cinco ejemplos, pero Nayir estaba impaciente.

—Sí, de acuerdo —dijo con un gruñido—. Ya sé que se trata de un número mágico, pero eso no responde a mi pregunta.

—Se pueden recitar los suras en ciertos momentos, pero un símbolo visual se lleva siempre y está en guardia cuando uno no lo está.

—¿Acaso no es ese el deber de Alá? —preguntó Nayir.

—Sí, claro que sí. Sin embargo, los símbolos también son reconfortantes. Quizá la chica Shrawi necesitaba sentir ese consuelo. Tal vez estaba atemorizada, o incluso podría ser que quisiera protegerse de un mal de ojo. Me parece que tu pregunta es: ¿quién estaba con ella en el desierto?

—Un extraño, alguien que no pertenecía a la familia. Eso significa que estaba con alguien de quien no se fiaba o de quien no sabía si fiarse. Algo debía confiar en él para irse al desierto, pero quizá no estaba segura. Puede que dibujara esas líneas solo por si acaso.

—Es decir, que no la secuestraron —dijo Samir.

—No lo sé.

—¿Por qué habrían querido secuestrarla? —preguntó Samir—. Nadie pidió un rescate, ¿no es cierto?

—Quizá para ocultarla; estaba embarazada.

Samir asintió.

—¿Y no te parece que el encubrimiento de la familia es algo sospechoso?

—Creo que lo que quieren es aclarar las cosas por su cuenta, como cualquier otra familia rica. Eso no les convierte en culpables.

—Es cierto, pero tienes que tener en cuenta que una mujer de la posición de Nouf no debería de conocer a nadie aparte de sus hermanos.

Nayir frunció el ceño.

—No seas ridículo, tú conoces a sus hermanos, no harían algo así.

—Los defiendes como si te asustara su culpabilidad.

Nayir sintió un escalofrío. ¡Pues claro que le asustaba la posible culpabilidad de los hermanos! Quienquiera que hubiera robado el camello tenía que conocer la finca lo suficientemente bien como para evitar al guardián. ¿Qué lógica tenía? ¿No tenía más sentido esperar a que se marchara la hija del guardián? El viejo era débil y ciego, y era poco probable que reconociera al secuestrador a menos que, obviamente, le conociera bien.

Samir parecía enfadado, pero poco a poco se calmó.

—Hace muchos años que conozco a los Shrawi y llevas razón: no creo que hicieran algo así. Pero mantengo mi razonamiento: una mujer de familia rica como Nouf conoce solo a sus hermanos.

Nayir estaba sentado observando a su tío, la pipa y los diplomas que colgaban de la pared. Un humo ligero enmarcaba la visión. No podía evitar pensar que era todavía un chico joven aleccionado por un paciente viejo.

—¿Podemos ir a echar un vistazo a esas muestras? —preguntó impaciente.

Samir curvó las comisuras de la boca casi imperceptiblemente. Apoyó la pipa en su soporte y se levantó, tambaleándose ligeramente. Ahora que el escritorio no le protegía, parecía frágil. Miró a su sobrino con atención.

—Me alegro de que hagas algo productivo con tu tiempo.

Nayir se mordió la lengua.

El sótano era un espacio poco iluminado, con altos techos y paredes de piedra polvorientas. Últimamente Samir pasaba casi todo el tiempo en esa sala fresca y retirada, estudiando alguna oscura rama de la química que Nayir nunca se había molestado en entender. El laboratorio era una extraña mezcla de lo nuevo y lo viejo: un espectrómetro de masa junto a una estantería de libros decadentes, filas de frascos y pipetas estériles junto a un aparato para ebullición de hierro, probablemente una reliquia del Imperio otomano. En la pared, un descolorido póster de Jerusalén iluminada durante la noche.

Era aquí donde Samir había pasado la tarde analizando las muestras que Nayir le había proporcionado. Eran muestras del cuerpo de Nouf, de la suciedad que habían

encontrado en sus muñecas, y arena y otras muestras de la piel y la herida de la cabeza, todo por cortesía de Benson & Hedges, quien las había recibido de Othman, que, a su vez, parecía haberlas recibido de Hijazi.

—Las muestras son interesantes —dijo Samir. Tendió un informe a Nayir, pero este lo dejó sobre la mesa.

—Dime qué es lo que dice.

—La primera muestra es suciedad.

—Genial, gracias.

—Y también estiércol —dijo, observando a su sobrino atentamente—. En la muestra había también sangre y arena, pero el estiércol es estiércol.

¿Así que la sustancia que había en las muñecas de Nouf tenía restos de estiércol?

—¿Sabrías decir si es de camello?

—Solo si los camellos comen *Apocinaceae*. En el estiércol he encontrado restos de glicósidos cardiotónicos, ácido prúsico y rutina, los principios activos de la planta *Nerium*, más conocida como adelfa.

—¿Qué?

—Es una planta de flor. No es originaria de Jeddah, pero se encuentra casi por todos lados.

—Sí, ya sé lo que es, pero me sorprende.

—¡Ah! Bueno, en realidad no necesitan demasiada agua. Son plantas robustas, les gustan la arena y el sol, aunque probablemente no las encontrarás en el desierto. — Tomó un libro de la estantería y pasó varias páginas—. Mira, esta es una adelfa.

Educadamente, Nayir echó un vistazo al dibujo en blanco y negro.

—Es decir que probablemente se comió una de estas plantas en Jeddah.

—Sí, en un lugar con mucha arena y poca agua.

—Genial, eso reduce las posibilidades.

A Samir no le gustaba el sarcasmo, así que frunció el ceño.

—Es una planta venenosa, muy tóxica.

Nayir no hizo mucho caso a la última observación.

—La segunda muestra puede ser de mayor ayuda —prosiguió Samir—. He analizado la arena de la herida de la cabeza. Es una arena rugosa, casi como gravilla, de un naranja oscuro.

—Yo no vi tierra oscura en el *uadi* —dijo Nayir—. ¿Cómo era de oscura?

—Bueno, yo solo tenía una muestra pequeña, pero era más oscura que la arena corriente. Había también restos de barro.

—Así que arena y suciedad, ¿eh?

—Sí, eso parece.

Samir apagó una a una las máquinas y, mientras cruzaba la sala, iba recogiendo objetos para Nayir: una caja de guantes de plástico, bastoncillos estériles, bolsas y frascos estériles.

—Vas a necesitar todo esto —dijo, entregándole el material—. Todavía queda

trabajo por hacer.

Distraídamente, Nayir observaba a Samir mientras este repartía el material en los bolsillos.

—Es suficiente, no voy a necesitarlo.

—¿Por qué, qué sucede? —preguntó su tío, observándole.

—¿Qué tipo de animal comería una planta venenosa?

Samir reflexionó por unos instantes.

—Debe de haber sido un acto de desesperación.

A la mañana siguiente, Nayir se encontraba de pie en la cabina de su barco, el *Fátima*, intentando olvidar el sueño de la noche pasada. Había soñado de nuevo con Fátima. Habían pasado al menos cuatro años desde la última vez que la había visto, pero sus sueños eran cada vez más vívidos.

Había sido la única mujer a la que había cortejado. Les había presentado un amigo del desierto, Bilal, quien había dicho que Fátima era de esa clase de mujeres que querían poder escoger al propio marido. Nayir era reacio a encontrar una mujer, pero era una prima de Bilal y este le había asegurado que era una buena musulmana. Tuvo que darle la razón enseguida. Fátima vivía modestamente en un apartamento de dos habitaciones con su madre. Hacía una peregrinación anual a La Meca y observaba los horarios de las oraciones. Por su carácter tranquilo y el modo dulce de reír sus chistes, Nayir concluyó que era decente y modesta.

Pasaron algunas semanas conociéndose. Se encontraban en su sala de estar, una galería tranquila y fresca que daba a un patio. Sobre la mesa del café había un espléndido ejemplar del Corán encuadernado en piel, abierto por un sura diferente cada día. A pesar de que la presencia de la madre le angustiaba, también agradecía que hiciera de carabina, pues así sus visitas parecían menos inapropiadas. Pero al conocer mejor a Fátima y darse cuenta de lo virtuosa que era, la presencia de la madre le parecía innecesaria. A Fátima le encantaba discutir las sutilezas de la interpretación del islam, como, por ejemplo, si el velo debía cubrir el rostro o solo el pelo. Solía citar pasajes del Corán de memoria. Una vez había recitado las cuatro páginas del sura *An-Nur* que hablaban sobre el velo: «Di a las creyentes [...] que cubran su escote con el velo y no exhiban sus adornos sino a su esposo». Fátima creía que lo de cubrir el escote era una indicación que había que tomar al pie de la letra y que el resto dependía de cada una. Ella misma se cubría la cabeza, pues era lo más adecuado. Solía bromear diciendo que su rostro no era lo suficientemente hermoso como para molestar a ningún hombre y que lo cubría para evitarles el susto. Nayir sonreía, aunque, en realidad, no estaba de acuerdo. Quizá su rostro no fuera deslumbrante, pero le atraía, y se volvía más hermoso cada día. Era la mitad de alta que él y, por lo que podía apreciar a través de las túnicas negras que llevaba siempre, era voluptuosa.

Empezaron a verse más a menudo, a veces dos veces al día incluso. Era un milagro para él: la primera mujer a la que conocía bien, la más perfecta de todas. A los tres meses, le parecía extraño pensar que hasta entonces no la hubiera conocido. Fátima había frecuentado a otros hombres y un día le anunció que había escogido a su futuro marido: un doctor.

Nayir lo tomó con sorprendente aplomo. Tras salir de su apartamento aquel día,

observó, de pie en la calle, su ventana cerrada, y cayó en la cuenta de que nunca más iba a volver a entrar en aquella casa. Fátima se casaría con otro hombre. Nayir hubiera querido mantener su amistad, pero era totalmente inadecuado. Aun así, se sentía orgulloso de sí mismo. Era como si su parte racional existiera para echarle una mano en los momentos difíciles. Durante las siguientes semanas, dedicó muchas horas a sus oraciones, pensando que quizás Alá quería su soledad, y, aunque no consiguiera entender por qué, había decidido tener fe.

El desengaño amoroso le vino lentamente, a lo largo de los años siguientes. Empezó a pensar en ella siempre con mayor tristeza, y cuanto más lo hacía, más se abría su herida. La soñaba cada vez más a menudo. En los sueños, aparecía tal y como solía ser en la sala de estar: crítica, de buen carácter, con su túnica negra y el Corán abierto en la mesa frente a ella. A veces mantenía relaciones sexuales con otros hombres mientras Nayir la observaba. Se desnudaba para ellos, les provocaba. Nayir la deseaba e intentaba alcanzarla, la abrazaba, lloraba, le suplicaba que se volviera hacia él, pero ella nunca lo hacía. Los hombres se daban cuenta de su fracaso y se reían. Los sueños eran tan reales que le parecía como si, de noche, hubiera viajado como un fantasma y hubiera visto a la verdadera Fátima. Al despertar, se sentía indignado por su fuerte anhelo y, después, por el modo en que le había tomado el pelo.

Ahora, mecido por las olas, contemplaba el pequeño armario donde guardaba la ropa que no se ponía nunca. Había apilado la mayoría en el suelo, pero algunas piezas colgaban todavía de las perchas y, entre ellas, observaba una en especial: el traje marrón que solía llevar cuando iba a visitar a Fátima. Lo descolgó de la percha y recordó su sueño, intentando alejar la sensación de vergüenza. Según el Corán, el cuerpo era como un traje para el alma, era bueno y puro, dotado de maravillosas imperfecciones. Solo en casos de exceso el hombre caía en el pecado, y sin duda Nayir no era culpable por eso, a menos que se considerara su castidad como un exceso.

Olió el traje; olía a humedad, no quedaba rastro del incienso olíbano que Fátima solía quemar en la sala de estar. Hurgó en los bolsillos; encontró una raíz de mascar, una llave de recambio del barco y un viejo certificado *misyar*. Sintió una punzada de nostalgia al sacarlo del bolsillo. Era un certificado de matrimonio falso, firmado por un jeque, con las casillas para el nombre de los esposos en blanco. Servía para proteger a las parejas en caso de ser descubiertas mientras mantenían relaciones sexuales sin estar casados; podía entregarse a la policía como certificado de matrimonio. La ley no era permisiva con los amantes que no estaban casados y el castigo por mantener relaciones fuera del matrimonio, o incluso por ser descubierto con una mujer soltera, era el arresto, acusación de prostitución y escándalo público, un juicio sin abogado y, si los imputados resultaban culpables, decapitación pública. Aunque las posibilidades de ser descubierto con Fátima en su apartamento eran prácticamente nulas, solía soñar en llevarla a algún sitio, quizás al desierto, o a una

playa tranquila; para eso había comprado el *misyar*.

Ahora le parecía ridículo, arrugado por el sudor y por haber estado doblado tanto tiempo. En la casilla para el nombre del esposo había escrito, hacía tiempo, «Nayir ibn Suleiman ash-Sharqi» con su mejor caligrafía. En cambio, la casilla para el nombre de la esposa había estado vacía desde que lo había comprado, cuatro años atrás, a un jeque egipcio que hacía también de carnicero en el centro de la ciudad. ¿Cuántas veces había estado a punto de escribir el nombre de Fátima en esa casilla? ¿Había estado a punto de casarse con ella? Debía de haber enloquecido para fiarse de una mujer sin tener ninguna razón. Sin embargo, recordaba con sorprendente intensidad el frescor de su sala de estar. Por ese motivo solía llevar puesta la chaqueta. Independientemente del tiempo que hiciera, en la sala siempre hacía fresco, como si Fátima viviera fuera de este mundo y de su calor sofocante, donde todo se marchita y muere.

Había transcurrido la noche pensando en Nouf. Ahora que su compromiso con el detective había terminado, no tenía ningún motivo para hurgar en el caso. Pero todavía quería encontrar respuestas a las preguntas que le acechaban: ¿por qué había muerto tan cerca del campamento? Si había conducido hasta allí, ¿por qué nadie había encontrado el camión? ¿Dónde habían encontrado el camello? ¿Por qué Othman pensaba que el camello estaba traumatizado? Cada pregunta sobre Othman engendraba otras: ¿sus hermanos le agobiaban para que mantuviera silencio? ¿Escondía algo, incluso a su familia? ¿O acaso no se fiaba de Nayir?

Su teléfono móvil sonó. Durante unos instantes miró con sorpresa la pantalla y finalmente respondió.

—¿Qué le has hecho a mi detective? —preguntó Othman a modo de saludo. Nayir advirtió el tono divertido de su voz—. Ha salido del hospital, pero ha venido esta mañana para disculparse: ¡se retira! He intentado convencerle pero no ha habido manera.

—¡Qué terco!

—Ojalá hubiera sido igual de terco con el caso —dijo Othman—. ¿Qué haces?

—Nada... Contemplando mi armario.

—Tengo la mañana libre, me han cancelado una reunión. Tengo que ir a comprar ropa para el ajuar de mi prometida. Chaquetas, ¿te lo puedes creer? Ahora quieren chaquetas.

Nayir se avergonzaba de admitir que ya había oído hablar de las chaquetas para el ajuar.

—¿Vienen con las instrucciones para el golpe de calor?

Othman rio.

—Y no solo una, sino muchas chaquetas. Creo que vienen con la promesa de viajar a lugares más frescos.

—Ah, bueno. De hecho, yo también necesito una chaqueta, no encuentro mi parka para el desierto.

Nayir volvió a mirar en su armario, preguntándose qué habría hecho con la parka que Samir le había regalado un año para su cumpleaños. La había llevado al desierto una vez, pero no había hecho frío y desde entonces no había vuelto a verla.

—Conozco un buen bazar de chaquetas —dijo—. Hay uno en Haraj al-Sawarikh, pero el mejor está en el sur.

—¿Que tú conoces un bazar de chaquetas? —la voz de Othman parecía divertida—. Nunca lo hubiese dicho.

Nayir carraspeó, incómodo. Como solía llevar siempre un abrigo a pesar del calor, podía dar a entender que no compraba nada más.

—Sí, bueno, así es.

—¿Te paso a buscar por el puerto dentro de una hora? —preguntó Othman.

Nayir dudó.

—Sí, de acuerdo, así tengo tiempo para las oraciones de la mañana.

Cuando hubo colgado, se preguntó si estaba haciendo lo correcto. Por teléfono era fácil fingir que todo era normal, pero no iba a ser tan fácil en persona. Volvió a su armario, descolgó el traje marrón de la percha y lo observó. Era horrible, descolorido y polvoriento, y uno de los dobladillos estaba rasgado. Aunque no le hubiera recordado a Fátima, el traje estaba demasiado gastado y pasado de moda para seguir llevándolo. Lo arrojó al suelo y fue al baño a asearse.

El bazar estaba a las afueras de la ciudad, dentro de un mercado que vendía CD, casetes, horquillas y gafas de sol. Nayir solía pensar que debía de haber algo común en todos los artículos, pero nunca había logrado averiguar qué era. La zona estaba acordonada con unos postes altos unidos por unos cables de luces verdes y una red de borlas rojas. En la entrada, un cartel de neón encendido incluso de día resumía el lugar: «Bazar Royal. Tenemos siempre cambio».

Iban en el coche de Othman, un Porsche plateado. A Nayir le encantaba el diseño del coche, pero era demasiado alto para disfrutar de su pequeño tamaño y sus rodillas chocaban con el salpicadero. Habían estado en silencio durante casi todo el trayecto. En el puerto, Nayir le había mostrado el zapato que encontraron en el *uadi* y Othman lo había reconocido: pertenecía a Nouf. La información les entristeció.

Othman conducía por el aparcamiento sin asfaltar, levantando gravilla y polvo a su paso, hasta que encontró un espacio a la sombra de un todoterreno y aparcó. Nayir salió del coche con dificultad, pensando que debía de parecer un crustáceo saliendo de su concha.

Mientras cruzaban el aparcamiento, se oyó la llamada a la oración. Se detuvieron y se miraron. Por real decreto, todas las tiendas tenían que cerrar, y quien fuera encontrado vendiendo su mercancía sería amonestado y mandado de vuelta a

Filipinas, Singapur o Palestina, con los permisos y visados revocados para siempre.

—¿Quieres rezar? —preguntó Othman.

—Acabo de hacerlo.

—Yo también.

Se dirigieron a un pequeño quiosco de madera donde, de estar abierto, hubieran podido comprar dos naranjadas heladas, pero que ahora les ofrecía solo una pequeña porción de sombra. Esperaron en silencio, mientras oleadas de calor recorrían sus cuerpos. Nayir hubiera deseado ser capaz de empezar una conversación informal, pero sabía que a Othman no le gustaba, ya que se veía forzado a hacerlo continuamente. Una vez le había dicho a Nayir que le gustaba el modo en que el desierto hacía que el silencio pareciera honesto.

—El detective me informó de que no encontrasteis gran cosa en el *uadi* —dijo Othman.

Nayir se sintió aliviado de que fuera Othman quien hubiera planteado la cuestión. Le explicó lo que le había dicho Samir: que la arena del *uadi* no se correspondía con la suciedad encontrada en la herida de la cabeza de Nouf.

Othman parecía nervioso.

—Entonces, ¿qué crees que sucedió?

—Ojalá lo supiera.

—Tengo que hablar de nuevo con su escolta. Ya lo he intentado, pero no consigo que se abra, sigue contándome la misma historia. Pero estoy convencido de que sabe más de lo que dice.

—¿Y cuál es esa historia? —preguntó Nayir.

—Que Nouf le llamó el día que desapareció y le dijo que no le necesitaba. No vio nada. No nos llevamos bien desde que éramos niños. Quizá con otra persona hablaría más.

—Será un placer —dijo Nayir.

Sin querer, sintió una punzada de orgullo al comprobar que Suhail había resultado un debilucho y que Othman todavía necesitaba su ayuda. La conversación parecía disipar sus dudas.

—Ya has hecho mucho hasta ahora —dijo Othman.

—No hay problema. Sé que quieres averiguar lo que pasó. Por cierto, el camello que vi en tu establo no estaba traumatizado en absoluto.

—Vaya —Othman parecía sorprendido—. Bueno, yo no lo vi. Uno de los sirvientes me lo dijo. ¿Encontrasteis algo más en el desierto?

Nayir dudó.

—El sitio era familiar. Era el campamento que habíamos escogido hacía algunos meses.

Siguió un largo y denso silencio.

—¿Nuestro campamento? —preguntó Othman finalmente—. ¿El de la roca?

—Sí, ese mismo.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Nayir observó su rostro atentamente. Le tranquilizaba verle sumido en la confusión. Estaba claro que Othman no tenía ni idea de por qué se había dado tal coincidencia.

—Pero no es ahí donde encontraron el cuerpo —dijo Nayir.

Le explicó que, aunque no habían encontrado nada en el campamento, creía que la crecida la había arrastrado *uadi* abajo hasta el lugar que habían señalado los beduinos en el mapa.

Othman mantenía la mirada fija en el suelo.

—¿Por casualidad encontraste mi chaqueta?

—¿Tu chaqueta?

—Ha desaparecido. Es aquella que llevo siempre en el desierto. Hasta ahora no me había parecido sospechoso, pero los mapas de nuestro último viaje estaban en el bolsillo. También mi GPS portátil, las tabletas de sal y todo lo demás. Quizás ella la cogió. Eso explicaría cómo llegó hasta allí o cerca de donde acampamos.

Nayir cruzó los brazos. Quizás Nouf había robado la chaqueta, pero lo más lógico era que la hubiera usado Othman. ¿Quién más sabía de su existencia? ¿Acaso Nouf solía hurgar en su armario? ¿Sabía de los mapas? Era lamentablemente irónico que en su intento por ser transparente Othman pareciera aún más sospechoso.

«Alá, perdona mi mente desconfiada».

—¿Cuánto tiempo hace que desapareció la chaqueta?

—No lo sé, hasta ayer no me di cuenta.

—¿Quién más sabía de ella?

—Mucha gente me ha visto llevarla, pero no sé quién sabía lo que llevaba en los bolsillos.

Terminaron las oraciones y Othman le indicó el bazar. Pasaron bajo una fila de luces y borlas y se encontraron en medio del resplandor de una tienda de juguetes para niños, la única del lugar, que vendía toallas de playa de Star Wars, globos de G. I. Joe y paraguas de plástico de Barbie. Se dirigieron a la izquierda y pasaron frente a una fila de vendedores de casetes piratas de Um Kalthoum. Nayir miraba distraídamente a su alrededor cuando llegaron a la sección de chaquetas. Había decenas de puestos de chaquetas frente a ellos. Othman empezó a reír.

—¡Nunca me recuperaré de una visión como esta!

Nayir tenía que darle la razón: comprar prendas de abrigo en el clima más cálido del mundo era algo extraño. Los vendedores parecían no darse cuenta de la inutilidad de su profesión, y la ejercían con una pasión solo igualada por los vendedores de chimeneas y sistemas de calefacción central, que estaban en otro mercado, al otro lado de la ciudad. Los vendedores de abrigos se aseguraban de que en sus puestos hubiera siempre pieles de marta, visón, conejo y zorro. Los impermeables estaban siempre de moda, como también los abrigos cortos, las chaquetas a topos grises y

blancos con forro de fibra de vidrio y las americanas de lana en tallas que iban de la más minúscula a la más grotesca. Cada vendedor tenía un puesto que daba a la calle peatonal y mantenía las chaquetas en una fila ordenada como si fuera una manada de elefantes con las trompas colgando sobre la calle.

De todos los vendedores, Nayir conocía a los hermanos Qahtani. Prefería sus puestos; tenían la mayor selección y nunca se quejaban cuando se probaba varias piezas, ni parecía importarles que al final nunca comprara nada, sino que, cada pocos meses, vagara entre las perchas en busca de algo intangible.

Mientras se acercaban al puesto de los Qahtani, un grupo de solteros bajó a la sección para mujeres. Eran saudíes ricos, con sus brillantes túnicas blancas. Se desplegaron como si fueran soldados tratando de ocupar un territorio, manoseando hábilmente la mercancía con sus finas manos. Nayir les observó con repugnancia y se preguntó si también ellos compraban abrigos para sus prometidas. Al ver a Othman moverse entre ellos, se sintió turbado; era y actuaba exactamente como ellos. Eran todos unos hipócritas, ya que todos los hombres sabían que la promesa del viaje era la insignia de cualquier propuesta de matrimonio y también su mayor decepción. Ninguno de esos payasos tenía la más mínima intención de llevar a sus mujeres de viaje, a menos que no pudieran evitarlo. ¿Qué habría prometido Othman a Hijazi?

Nayir se fue por su cuenta. Observó los abrigos y se preguntó cuál de ellos podría sentar bien a su futura mujer. ¿El abrigo de pieles ruso? No, demasiado vistoso. ¿La cazadora de aviador con la insignia americana? ¿En qué mundo fantástico llevaría a una mujer a América? No, nunca compraría un abrigo a una mujer. Si esta tenía uno, sería porque lo había comprado ella misma.

—¡Bedu!

Eissa salió de detrás de la caja registradora para saludarle. Su hermano Sha'aban, que estaba sentado en una silla plegable tras el mostrador, alzó la cabeza y sonrió.

—¡Me alegro de verte! —dijo Eissa—. Hacía tiempo que no pasabas por aquí. Dime, no habrás venido porque es temporada de bodas, ¿no?

—No. —Nayir soltó una risa lacónica—. No, gracias.

—¿Y eso? ¿Acaso no quieres casarte? —preguntó Sha'aban, levantándose de la silla—. ¿Por qué no?

Nayir se encogió de hombros. Eissa y Sha'aban se miraron.

—Mi mujer me pone de los nervios —dijo Sha'aban—, pero no podría vivir sin ella. ¿Quién iba a cuidar de mí?

—Sha'aban, eres un vago. —Eissa se volvió hacia Nayir—. Ni siquiera sabe hacerse el té. ¿Qué podemos hacer por ti, hermano?

—He venido con un amigo; tiene que comprar algunas cosas para su prometida.

Eissa frunció el ceño.

—Bien, mientras esperas déjame que te muestre nuestra última novedad.

Se deslizó tras la caja registradora y sacó una bolsa de plástico. En su interior Nayir vio la chaqueta más horrible del mundo: una cazadora corta de piel, entallada y

con un dobladillo ribeteado de flecos. Las puntadas de la parte del pecho le recordaban algo.

—Cowboy —dijo Eissa—. Este es el atuendo verdadero.

Al ver la mirada dudosa de Nayir, Sha'aban dio una palmada en el brazo a su hermano.

—Te dije que era horrible.

—¡No es horrible! —Eissa la sacó de la bolsa de plástico y acarició los flecos con entusiasmo—. Fíjate en la calidad. Vendí una justo ayer. Eres tú, Sha'aban.

—Estoy buscando algo diferente —dijo Nayir.

Eissa dejó la chaqueta de *cowboy* sobre el mostrador y le señaló el resto de abrigos.

—¡A tu aire!

Nayir volvió a curiosear entre las perchas. Se detuvo ante los impermeables y admiró la lana de los abrigos, hasta que llegó a las gabardinas. Le llamó la atención una en particular: *beige*, ligera, de corte clásico.

Eissa se dio cuenta y, llevándose una mano al vientre, dijo:

—Mira, Sha'aban, la gabardina de Colombo.

—¿Es eso lo que quiere?

—¿Cómo la habéis llamado? —preguntó Nayir.

—Ya sabes, Peter Falk —dijo Eissa, simulando una pistola con las manos—. ¡Bang, bang! ¡Teniente Colombo! —dijo, imitando los movimientos del teniente mientras Nayir se probaba la gabardina. Eissa se quedó boquiabierto—. ¡Sí! ¡Eres tú! ¡Al cien por cien! —Esto último lo dijo en inglés y todos rieron.

Nayir se acercó a la caja registradora y se miró al espejo. La gabardina le iba a la perfección. Metió la mano en el bolsillo forrado de raso y encontró algunos granos de arena que iban a quedarse para siempre atrapados en la esquina del bolsillo. La abrochó, la desabrochó, se alzó el cuello y se pasó las manos por la parte frontal para alisarla.

Othman se acercó con una sonrisa burlona.

—¿De compras? —preguntó.

Nayir se alejó del espejo.

—No es exactamente mi estilo.

—¡Claro que lo es! —bramó Eissa—. ¿Qué es hoy, el día de tomarme el pelo?

—Es cierto —dijo Sha'aban, estrechando la mano a Nayir—. ¡Eres Colombo!

—No lo sé —respondió Nayir, quitándose el abrigo.

—¡No! —Eissa agarró el abrigo y lo puso de nuevo sobre los hombros de Nayir—. ¡Venga, hombre! ¡Eres tú! Es decir, ¡es genial! Al principio no se me había ocurrido, pero las cosas que te sorprenden suceden así: te convencen no porque alguien te dice que tienen que convencerte, sino porque las descubres solo. —Eissa chasqueó los dedos—. Y desde ese momento es tuya, es tu isla secreta. ¡Tu América! ¿Sabes? Te hubiera imaginado más como un mafioso, o como un espía ruso, no como

Colombo. Pero ahora que lo veo con mis propios ojos, para mí es un hecho.

Eissa era sincero, y Sha'aban asintió, demasiado convencido como para añadir nada más. Nayir observaba a uno y a otro, sorprendido por su insólita agitación.

—Realmente no tenía intención de comprar una gabardina.

Eissa se puso serio.

—Está bien. Sé que eres un hombre modesto, así que te la dejaré por el precio justo.

Nayir dudaba. Era ridículo comprar una gabardina. ¿Qué era, en realidad? Una pieza de vestir para llamar la atención. ¿Acaso no era uno de los mayores pecados llevar prendas de vestir con vanidad? No podía usarla en el desierto. Ni en la ciudad, excepto aquellos dos o tres días al año en los que la temperatura descendía por debajo de los veinticinco grados y hacía fresco. A fin de cuentas, ¿no era un impermeable? En Jeddah llovía una vez al año, durante unos cinco minutos, si estaban de suerte. Pero le gustaba; es más, la quería. Además, el Corán decía que el vestido no solo servía al hombre para cubrir sus vergüenzas, sino también para adornarlo. Entonces, no era pecado adornarse. «¡Hijos de Adán! Atended a vuestro atavío [...] pero no cometáis excesos».

Othman se acercó.

—Es un abrigo sencillo, te queda bien.

Nayir se volvió de nuevo hacia el espejo, indeciso. Othman tenía razón: era un abrigo sencillo.

Othman apoyó sus compras en el mostrador: una docena de abrigos de mujer que iban del cuero hasta las pieles. Nayir vio que compraba también una parka para el desierto. Othman le mostró cada una de las chaquetas que había adquirido para Hijazi, refunfuñando por cada una de ellas.

—Sinceramente, no sé si le van a ir bien.

Nayir hubiera querido preguntarle si eso importaba, pero prefirió guardarse el comentario. La elección de los abrigos le sorprendía. Si debían ser una prueba del viaje que tenían planeado, la pareja debía ir por lo menos a la Antártica para la luna de miel.

—Entonces, ¿te quedas con la gabardina de Colombo? —preguntó Eissa.

—Sí —dijo Nayir, con un gruñido—. ¿Por qué no?

Los hermanos le cobraron cincuenta riyales. De pie, frente a la caja registradora, mientras esperaba a que Eissa le diera el cambio, empezó a sentirse estúpido. ¡Estaba comprando una gabardina! Sentía el calor que se agolpaba en su cabeza. Echó un vistazo a su alrededor en busca de un quiosco de bebidas y lo que vio le dejó sin aliento: al fondo del puesto de al lado había una mujer sola. Se había abierto la túnica y mostraba su cuerpo desnudo y bien formado. Su piel bronceada era suave, pudín de caramelo, brillante por el sudor bajo la luz de neón. Sonrió a Nayir y, un segundo más tarde, había desaparecido entre la multitud.

Nayir se quedó paralizado. Intentó neutralizar esa imagen con otra; los ojos

ciegos de Um-Tahsin, por ejemplo, o los eructos de Samir durante la cena. Aun así, lo único que lograba ver era a esa mujer, con sus muslos brillantes ligeramente abiertos y sus dedos, largos y firmes, acariciándose. Miró a su alrededor, pero había sucedido demasiado deprisa y nadie más la había visto. Se sonrojó e instintivamente se cubrió la entrepierna. Si hubiera llevado su túnica, habría podido inclinarse hacia delante para cubrirse, pero con los malditos pantalones apretados ni siquiera eso podía hacer.

—¿Qué sucede? —preguntó Othman—. ¿Te encuentras mal?

Nayir se escondió tras la sombra de la caja registradora y señaló a la muchedumbre.

—Acabo de ser víctima de un acto de exhibicionismo.

Othman miró a su alrededor, horrorizado.

—¿Era un hombre?

—No, una mujer.

Al decirlo, recordó su mirada lasciva, su vanidad y su presunción. Quería llamar a la policía. La mirada de horror de Othman dejó paso lentamente al regocijo y empezó a reír.

—¡Lo siento! —dijo, pero no lograba parar, y cuanto más lo intentaba más enrojecía, hasta que incluso Eissa y Sha'aban se dieron cuenta. Nayir chasqueó la lengua.

—Lo siento —dijo Othman, respirando hondo.

—No pasa nada.

Después de dar las gracias a los hermanos, se marcharon, avanzando a empujones entre la multitud que crecía como la espuma a su alrededor. El sol era fuerte y se detuvieron para comprar refrescos, pero nada más abrir las latas el líquido ya estaba caliente. Volvieron a unirse a la muchedumbre hasta que encontraron la tienda de juguetes y pasaron debajo de la hilera de luces. Al llegar al aparcamiento, Nayir recordó de nuevo a la exhibicionista acariciándose, y esta vez le causó una mayor explosión de rabia. No podía creer que le hubiera sucedido, y ahora que estaban a punto de marcharse se arrepentía de no haber llamado a la policía. Con la misma fuerza, Nouf irrumpió en su imaginación, sobre la camilla de autopsias, con la sábana resbalándole por los muslos, y, de golpe, su rabia se disipó.

También Othman parecía haberse tranquilizado.

—No te lo tomes tan a pecho —dijo—. He oído decir que sucede a menudo.

—¿Te refieres a la exhibicionista?

—Sí.

Othman frunció los labios.

—Piénsalo bien: con toda esta gente probándose abrigo, ¿qué mejor escondite para un exhibicionista?

—Quizás escojan a sus víctimas —dijo Nayir, sintiendo una repentina oleada de calor—. Quizá tienen un sexto sentido que les dice cuáles son los hombres que resultarán más ofendidos.

—¿Te había sucedido ya alguna vez?

—No.

—Entonces ha sido casualidad —dijo Othman—. Aunque creo que cuando la gente te ve, ve a un hombre bueno.

Nayir le miró con escepticismo.

—No quería decir eso. Venga, hermano —dijo Othman, sonriendo—. Yo nunca te acusaría de vanidad u orgullo.

Nayir asintió; se sentía extraño. Se preguntaba si de algún modo había atraído a la exhibicionista, si ella sabía que iba a ofenderle más que a la mayoría de los hombres y le había acosado, como un demonio. ¿O acaso era una señal? Un aviso de que quizás había ido demasiado lejos y de que, comprando la gabardina, había sido víctima de la vanidad.

Durante la vuelta a casa pensó en la vanidad, y como antídoto a su creciente vergüenza, recitó la oración que el profeta Mahoma solía decir al ponerse una nueva pieza de ropa: «Alabado sea Alá, que me vistió con esto. Te suplico disfrutar su bien y que me protejas de su mal».

Lo recitó dos veces, ya que cuanto más la miraba, más le gustaba la gabardina.

Esa misma tarde, Nayir fue a Kilo Seven y aparcó delante del edificio que Othman le había descrito. La calle estaba casi desierta; el sol se reflejaba en los edificios y caía sobre el camino de tierra, creando el tipo de luz que permite ver con los ojos cerrados. En una esquina había un grupo de mujeres sudanesas sentadas sobre una esterilla; vendían bolsitas de semillas de calabaza que pesaban menos que el penique que costaban.

Nayir llevaba puesta la gabardina. Al principio le hacía sentir muy acomplejado, pero la había llevado cuando había ido al supermercado y había descubierto un nuevo sentido de la autoridad. Era un acto algo vanidoso, pero se recordó que era por una buena causa y la vanidad iba a desaparecer enseguida, como siempre.

Encontró la casa que buscaba, pero al llamar a la puerta no obtuvo respuesta alguna. Los golpes resonaron en el interior, un patio, quizás. Llamó de nuevo, dio un paso atrás y miró hacia arriba. Desde el tejado, un rostro cubierto por un velo le observaba.

Algunos minutos después, la puerta se abrió. En pie había un hombre joven; no podía tener más de veinte años. La barba de una semana le oscurecía el rostro y le daba un aire desaliñado. Llevaba una camisa blanca arrugada y pantalones de lino anchos. A causa de la intensidad de la luz, Nayir no logró descifrar su expresión.

—Estoy buscando a Mohammed Ramdani —dijo Nayir.

—¿Quién es usted? —dijo. Su voz era chillona y denotaba su juventud.

—Soy Nayir ash-Sharqi. ¿Vive aquí Mohammed?

—¿Quién se lo ha dicho?

—¿Eres tú Mohammed?

El hombre no se movió.

—¿Qué quiere?

—Quiero hablarte de Nouf ash-Shrawi. Me han dicho que eras su escolta.

El rostro del hombre denotaba tensión.

—¿Le ha mandado la familia?

—No.

—¿Es de la policía?

—No, soy detective.

Mohammed parpadeó nerviosamente, y tras un examen atento se hizo a un lado, haciendo ademán a Nayir para que entrara.

Él entró en la semipenumbra del recibidor. Había una túnica colgada de una percha y una docena de zapatos alineados contra la pared. Percibió un olor extraño y familiar: estiércol.

—¿Tienes animales en casa? —preguntó.

—No.

—¿Ninguno? ¿Ni siquiera pollos?

Mohammed parecía confuso.

—No. ¿Por qué?

Nayir cayó en la cuenta de que sus preguntas eran algo ofensivas.

—No importa —dijo.

Mohammed le condujo por un estrecho pasillo hasta la sala de estar. Al lado de la sala se encontraba la entrada a la casa y sobre el marco de la puerta había una *jamsa*, un símbolo que representaba los cinco dedos de la mano y que servía como protección contra el mal de ojo.

En la esquina había una pila de cojines raídos y tres esterillas de bambú extendidas en el suelo. Mohammed ofreció a su huésped la más limpia y llamó a alguien para que les trajera té. Los dos hombres se sentaron con las piernas cruzadas.

Esperaron en silencio. Las persianas estaban bajadas; aun así, el calor se colaba al interior. En la habitación de al lado, un bebé empezó a llorar.

Mohammed se relajó con sorprendente rapidez. Nayir se dio cuenta de que estaba acostumbrado a la tranquilidad. Ahora parecía revestido de una autoridad natural. No cabía duda de que era un escolta.

Alguien llamó a la puerta. Mohammed se levantó y fue hacia la entrada. Nayir oyó una voz de mujer.

—¡No tenemos dátiles! —susurró la mujer—. Lo único que tengo es caldo. ¡Qué vergüenza! ¿Lo sirvo?

—No, el té es suficiente, *habibti*, gracias.

Mohammed volvió a entrar en la sala con la bandeja del té. Cerró la puerta con el pie.

—Mi mujer, Hend —explicó con una sonrisa nerviosa.

Se sentó y sirvió dos vasitos de té, uno lo entregó a Nayir y el otro lo colocó en el suelo, a sus pies. El bebé lloraba, pero Mohammed le ignoró.

Nayir sorbió su té, sorprendido por el modo informal en que Mohammed había hablado de su mujer. No era necesario explicarle quién era, y además no le había dicho su nombre completo. Hacía que Mohammed pareciera un aspirante a infiel. Había pasado de moda presentar a la propia mujer como «la madre de Mohammed Jr.». Hoy en día, las mujeres tenían nombre y apellidos propios, trabajos y todo eso. Se preguntaba cuántos hombres conocían el nombre de Nouf. Apoyó el vaso en el suelo y Mohammed volvió a llenarlo.

—Mis condolencias por la muerte de Nouf —dijo Nayir.

—Gracias.

—Sé lo que es sufrir una pérdida.

—Estoy desolado —dijo Mohammed, acariciándose el pelo.

Nayir sintió de nuevo el olor a estiércol.

—¿Cuánto tiempo ha trabajado para la familia? —preguntó.

—Desde que era pequeño. Mi padre era uno de los conductores de Abu-Tahsin cuando tenía mi edad —respondió. Sacudió la cabeza—. Murió el año pasado.

—Que la paz de Alá esté con él.

—Gracias.

—¿Era feliz con la familia? —preguntó Nayir.

—Sí. Los Shrawi le trataban bien. Yo crecí en la otra finca, la que tenían antes de venir a la isla. Cuando se trasladaron, me casé y encontré mi propia casa. —Mohammed señaló las paredes con la mano—. Aunque sea fea. Solía pensar que debería haberme quedado en la isla, pero estoy contento de no haberlo hecho.

—¿Y eso? —preguntó Nayir, observándole.

—No era feliz allí. Excepto por Nouf; ella era diferente.

—¿Diferente en qué?

Mohammed se encogió de hombros y entornó los ojos.

—¿Es amigo de la familia?

—Solo oficialmente. Soy su guía del desierto.

Nayir apretó los labios.

—La familia me contrató para encontrar a Nouf cuando se escapó.

Mohammed asintió, pensativo.

—¿Así que ahora nadie le paga?

—No.

—Entonces, ¿por qué ha venido?

—No me satisface la idea de que su muerte fuera accidental.

Mohammed señaló la gabardina de Nayir y sonrió.

—Parecía realmente un detective. Si le soy sincero, no me parece que haya nada raro en su muerte. Fue una tragedia, pero en ningún momento pensé que la hubieran asesinado.

—¿Asesinado?

—Oh... ¿Acaso no ha venido por ese motivo?

Nayir observó a su interlocutor.

—¿Crees que la asesinaron?

—No, no... Es decir, pensaba que usted se refería a eso.

—No exactamente.

Mohammed se secó el sudor de la frente.

—Entonces, ¿a qué ha venido?

Nayir hizo una pausa.

—Cuéntame qué sucedió el día de su desaparición. Seguro que la viste ese día.

Negó con la cabeza.

—Me llamó y me dijo que no me necesitaba.

—¿Era algo normal?

—No sé. Lo había hecho otras veces, si es eso a lo que se refiere.

—Le dijo a su madre que iba a ir a cambiar los zapatos de boda —continuó Nayir

—. ¿No la llevaste al centro comercial?

—No.

Nayir se inclinó hacia delante.

—¿Cómo salió de casa sin ti?

—No lo sé. Cuando yo no estaba, salía con su madre, o sus cuñadas y sus escoltas... —Mohammed abrió las manos—. Mire, ya he contado a Tahsin todo lo que sé una docena de veces.

—Quiero saber tu versión de la historia. ¿Cuándo te diste cuenta de que había desaparecido?

Mohammed parpadeó.

—Esa misma noche; su madre me llamó. Le dije todo lo que sabía. Fui a la finca inmediatamente, pero para entonces ya no había nada que hacer.

Nayir esperó, pero Mohammed no prosiguió.

—¿Qué hiciste ese día?

Mohammed se estremeció.

—Tenía que hacer unos recados con mi mujer.

—¿Estuvo contigo todo el día?

—Sí, y también su hermana.

Nayir sabía que debía hablar con la mujer de Mohammed y su hermana para confirmar la historia, pero no habría sido apropiado. Dejó el vaso de té en el suelo.

—No dejo de preguntarme por qué una mujer como Nouf habría querido escapar. Parece increíble, ¿no crees? Lo tenía todo: dinero, una buena familia, un prometido. Quizá tú puedas ayudarme a entenderlo, tú la conocías bien.

Mohammed sirvió otro vaso de té a Nayir, pero ya no quedaba agua y las hojas se salieron. Dejó la tetera en el suelo bruscamente y se frotó los ojos. Se hizo un largo silencio. Cuando apartó las manos, su rostro estaba hinchado y era de un rojo oscuro.

—Por favor, perdóneme. Yo debía protegerla.

Nayir sentía el dolor de su anfitrión, pero se preguntaba si se trataba solo de remordimiento por su falta de profesionalidad.

—Mire —dijo Mohammed—, es obvio que Nouf se escapó porque no soportaba su vida. —Se esforzó en mirar a Nayir a los ojos—. Quizá no me crea, pero si he de serle sincero, no era la única que quería escapar. Casi todas las chicas deseaban lo mismo. Odian estar en aquella isla. Están siempre fuera, de compras, o con sus motos de agua. Pero nunca pensé que llegara a hacerlo... Al menos no de ese modo.

Nayir veía las lágrimas que asomaban en los ojos de Mohammed. Hurgó en su bolsillo y sacó una raíz de mascar.

—¿Te importa si...?

—No, adelante.

Con el pulgar, Nayir peló la corteza de uno de los extremos y dejó las hebras en la bandeja del té. Se llevó la raíz a la boca.

—Dices que las mujeres sufren allí —dijo—. Pero solo una sufría lo suficiente

como para escapar al desierto y morir. ¿Qué es lo que la empujó a hacerlo?

Mohammed tragó saliva.

—No lo sé.

—Antes has dicho que Nouf era diferente. ¿Qué querías decir?

—No lo sé —dijo Mohammed, resoplando—. Quería decir solo que... Era Nouf.

No sabía qué hacer con sus manos y sudaba tanto que el cuello de su camisa estaba empapado. De nuevo se hizo el silencio y Nayir aprovechó para observarle con atención.

—¿Cuánto hacía que conocías a Nouf? ¿Dieciséis años? Lo suficiente, me parece, como para conocerla bastante bien.

—Sí, claro. Éramos casi como familia.

«Familia». La palabra flotó en el aire. «¿Lo suficiente como para... tener una relación con ella?». Evidentemente, pensó Nayir, una relación carente de los sofocantes lazos de parentesco o matrimonio. ¿Acaso no hubiera sido fácil para Mohammed enamorarse de Nouf? Era hermosa; una chica rica que tenía todo lo que a él le faltaba. La conocía mejor que nadie, y aun así, para él, estaba prohibida.

El escolta miraba al suelo, parpadeando rápidamente. Estaba pálido como la cera.

—Yo no tuve nada que ver con su muerte —dijo.

—Hay algo más que no consigo entender —dijo Nayir—. Si es cierto que escapó de la finca en coche, ¿cómo aprendió a conducir?

Mohammed bajó la vista.

—Yo le enseñé, para divertirnos. También las otras chicas lo hacen, incluso Zainab, que tiene solo seis años. Sé que es una locura, pero lo hubieran hecho de todos modos, así que pensé que era mejor que yo les enseñara a hacerlo de modo seguro y con algunas reglas. Por ejemplo, podían practicar solo en el camino de tierra que hay detrás de la casa, donde nadie podía verlas.

—De acuerdo. Imaginemos que Nouf huyó. Habría tenido que prepararse. Habría decidido dónde ir. ¿Tenía mapas? ¿Quizás un GPS? Me pregunto de dónde sacaría esas cosas. ¿Las robaba? ¿O quizás alguien la ayudaba?

—No fui yo.

—¿Por qué no? Le enseñaste a conducir, que es mucho más peligroso que robar, y además es ilegal.

Mohammed parecía asustado.

—Lo sé, pero no...

—Además, ¿de dónde sacó las llaves del camión? ¿Y cómo consiguió meter el camello dentro? Es una tarea difícil, hace falta fuerza. Alguien golpeó a la hija del guardián en la cabeza, pero la chica es más robusta que Nouf. ¿Cómo consiguió quitarla de en medio? A mí me parece que alguien la ayudó, alguien que sabía que quería escapar.

—*Ya Allah, Allah, Bism'allah* —parecía que Mohammed estaba a punto de llorar.

—¿Y cómo llegó hasta el desierto?

Mohammed se balanceaba hacia delante y hacia atrás, con las manos cruzadas sobre el regazo.

—No lo sé.

—¿Y su... estado?

—¡Allah! ¡Yo nunca la hubiera tocado!

—Alguien tuvo que hacerlo. Por lo que sé, tú eres el único hombre que la veía regularmente.

Mohammed temblaba.

—No, no, escuche. Había otro hombre, Eric. Eric Scarsberry. Solía llevarla a verle. Quería ir a América y él iba a ayudarla.

—¿A América? ¿Cómo?

—Le dio un millón de riyales. Eric iba a ayudarla a establecerse en Nueva York, a encontrar un apartamento y un permiso de residencia, y no sé qué más. Era lo que siempre había querido, deseaba marcharse.

Nayir observó a su anfitrión. ¿Nouf iba a escaparse con un estadounidense? A pesar de todo, estaba sorprendido. ¿Cómo era posible? Las mujeres no podían abandonar el país sin un visado firmado por sus maridos o sus padres. Era imposible que Abu-Tahsin la dejara viajar a ninguna parte. Necesitaba un marido, pero no podía ser el tal Eric. Las mujeres musulmanas no podían casarse con infieles.

—¿Cómo iba a escaparse? —preguntó Nayir.

—Durante la luna de miel. Iba a ir a Nueva York con Qazi.

—¿Su prometido?

—Sí. Iba a dejarle en el hotel y a encontrarse con Eric en algún lugar.

—¿Iba a casarse con Qazi y a escaparse después con un americano?

Mohammed dejó de temblar y se cubrió la cara con las manos. Murmuró algo.

—¿Qué has dicho?

Se descubrió de nuevo el rostro.

—Sé que es culpa mía. Nunca debí permitirselo. Sabía que no estaba bien, pero ella lo deseaba tanto...

—¿Qué era lo que deseaba? —dijo Nayir, conteniendo la respiración.

—Quería... quería vivir en América.

Al ver la mirada aterrorizada de Nayir, prosiguió:

—Una vez vio un programa en la televisión sobre una mujer que estudiaba los perros salvajes en África. Nouf quería ser como esa mujer, aunque estuviera sucia y viviera con los perros. ¡Perros! Llevaba tres meses en África y le encantaba su vida. Creo que eso fue lo que más impresionó a Nouf que la mujer pudiera vivir como un perro y ser feliz, al menos más que ella. —Tragó saliva—. Todos sus amigos de la escuela van a Londres y a Nueva York, son chicos ricos, como ella, y van donde quieren. Los padres de Nouf nunca le permitirían dejar el país, especialmente para ir a América. Lo único que quería era ir a la escuela, estudiar zoología e ir a vivir a la naturaleza, quizás a África. Pero no podía hacerlo, su padre no iba a permitirselo. Era

lo que más quería y yo... ¡no podía negárselo!

Mohammed empezó a llorar. Nayir apartó la vista, pero oía sus sollozos de todos modos.

—Lo siento —dijo, sin saber qué más podía decir.

Mohammed se secó la mejilla, con rabia.

—*Bism'allah* —murmuró—, me siento como si la hubiera matado yo.

—Dime —continuó Nayir—, ¿cómo se comunicaba con Eric?

—Se encontraban en el centro comercial de Corniche. No sé dónde vivía.

—¿Solías acompañarla?

—Sí.

—¿Cuándo viste a Eric por última vez?

—Hace unas tres semanas. Le dio la dirección y la llave de su apartamento en Nueva York.

—¿Su apartamento?

—Sí. —Mohammed hurgó en su bolsillo y sacó una llave gruesa—. Esta es una copia de la llave. Me la dio por si perdía la suya o por si sucedía algo. Iba a estar allí una temporada, hasta que su propio apartamento estuviera listo.

—¿Puedo quedarme la llave?

—No irá a...

—No, no se la mostraré a la familia.

Mohammed sacó la llave del llavero y se la dio a Nayir.

—Oiga, tiene que creerme —dijo—. Me he sentido tan culpable que casi he enloquecido. Creía que Eric tenía algo que ver con su muerte, pero no sabía dónde encontrarlo. No sé dónde vive, para qué empresa trabaja o si todavía está en el país.

Su mirada era salvaje. Nayir no quería hacer la siguiente pregunta, pero no tenía más remedio.

—¿Crees que iba en serio con Eric? ¿Tan en serio como para...?

—¿Para mantener relaciones íntimas con él? —Mohammed parecía asqueado, u ofendido, o ambas cosas—. Cuando la llevaba a ver a Eric nunca la perdía de vista —dijo, frotándose la mejilla—. Él nunca vio su rostro.

Nayir intentaba adivinar si decía la verdad. Su instinto le decía que sí, a pesar de que pareciera improbable.

—Va a decírselo a la familia, ¿no es cierto?

—Por ahora mantendré tu secreto —dijo Nayir—. Pero déjame que te pregunte otra cosa: Nouf desapareció tres días antes de su boda. Si lo que dices es cierto, ¿por qué iba a renunciar a su plan y a escapar antes de la boda? No podía dejar el país sin Qazi.

—Tal vez Eric le había mostrado otro modo. No sé cómo, pero no debía de ser imposible. Tenía contactos en el muelle e incluso su propio barco. Hubiera podido hacerla escapar a escondidas.

—¿Te dijo ella que podía suceder algo así?

—No. —Mohammed permaneció en silencio, pensativo. Cerró los ojos—. Siempre pensé que cuando se marchara definitivamente se despediría de mí.

El tono trágico le provocó un nudo en la garganta, pero se esforzó en ignorarlo. A fin de cuentas, Mohammed había sido cómplice de sus planes de huida, la había ayudado a encontrarse con Eric y había ocultado la verdad a la familia. Era, sin lugar a dudas, un escolta horrible.

Los detalles de la historia de Mohammed le perturbaban. ¿Por qué quería vivir en América? ¿Por qué no en Europa? ¿O Egipto? En El Cairo habría podido disfrutar de muchas de las libertades que hubiera encontrado en América sin la barrera del idioma. Pero posiblemente era demasiado cerca, tan solo al otro lado del océano, y además ir a Egipto no era tan dramático como irse a América, tierra de infieles. Probablemente Nouf quería dejar a su familia para siempre y marcharse con una sonora protesta. Marcharse a América no era solo un bofetón, sino un golpe que podía dejar inconsciente a una familia tan recta como los Shrawi.

Nayir se dio cuenta de que estaba golpeándose la mano con la raíz de mascar y se detuvo.

—¿Sabes si Nouf solía ir a la parte de la casa destinada a los hombres o a las habitaciones de sus hermanos? ¿O a sus oficinas?

—No, no creo. ¿Por qué?

—¿Nunca la viste entrar en las habitaciones de los hombres?

—A decir verdad, yo mismo no entro en la casa, así que no sé dónde iba ella. ¿Por qué iba a interesarse por las habitaciones de sus hermanos?

—¿Te habló alguna vez de su ropa? ¿De una chaqueta, quizás?

Mohammed reflexionó durante unos instantes y negó con la cabeza.

—Casi nunca hablaba de sus hermanos, se sentía nerviosa cuando estaba con ellos. No eran demasiado cariñosos con ella.

—¿Y cómo eran?

—Distantes.

—Una cosa más —dijo Nayir, que había oído ruido en el pasillo—. ¿Sabes si Nouf era supersticiosa?

Mohammed parecía extrañado.

—No especialmente.

—El camello que llevó al desierto tenía una marca en la pata, un signo de protección contra el mal de ojo. ¿Por qué crees que haría algo así?

—No lo sé —respondió—, me parece extraño.

—He visto que tenéis una *jamsa* sobre la puerta... —dijo Nayir, señalando el pasillo. Mohammed se volvió bruscamente—. ¿Eres supersticioso?

—No, es de mi mujer.

De repente, se abrió la puerta y entró la mujer de Mohammed. Traía al bebé dormido en brazos. Llevaba el velo, pero su rostro estaba descubierto; su sonrisa era radiante, pícara. Nayir apartó la mirada, pero Mohammed se levantó, besó a su mujer

en la mejilla, cogió al bebé y se lo mostró a Nayir. Este se levantó.

—Es mi hija —dijo, sonriendo—. Hace más ruido que un avión al estrellarse, pero cuando duerme podemos enseñarla.

Nayir acarició las mejillas del bebé.

—*Ism'allah, ism'allah.*

Quería pedir a la mujer de Mohammed que confirmara la coartada de su marido, pero se avergonzaba solo de pensarlo. Mantuvo la mirada fija en el bebé; se preguntó si la mujer de Mohammed había conocido a Nouf y qué pensaba de ella.

—Por favor, no se marche —dijo la mujer—, voy a servir la cena.

—Oh, no, gracias.

Pese a que sabía que incomodaba a la pareja, Nayir hablaba solo con Mohammed. La mujer pareció darse cuenta, tomó de nuevo al bebé y salió de la sala.

Mohammed le acompañó a la puerta.

—Avísame si encuentra a Eric —le dijo.

En la calle, las mujeres sudanesas habían desaparecido. Nayir volvió a mascar la raíz y regresó al coche, cubierto con una nueva capa de polvo. Abrió las puertas para que saliera el calor y se apoyó en el parachoques, indignado y sorprendido por sus nuevos descubrimientos sobre Nouf. El hecho de que quisiera escapar a América la situaba en una categoría diferente a la que había imaginado desde el principio: una novia asustada y nerviosa que escapaba de un matrimonio de conveniencia. Aunque sabía que había sido deshonesto con la familia, esta nueva Nouf le parecía una embustera descarada. Había urdido un plan para satisfacer sus deseos y condenar a su familia. No era una chica asustadiza, sino ambiciosa. Iba a destrozar a su familia, quizás incluso a manchar su reputación, y todo, ¿para qué? ¿Para ir a vivir con los perros? Luchaba por crearse una nueva imagen de Nouf y cayó en la cuenta de que, hasta aquel momento, siempre había pensado que era una víctima.

Aun así, esta nueva versión de los hechos planteaba nuevos problemas. Si Mohammed la conocía mejor que sus hermanos y si ella había confiado tanto en él, ¿no habría intentado al menos despedirse? ¿O había engañado también a Mohammed?

Al subir al coche, una idea le inquietaba más que ninguna otra. Le parecía extraño que Mohammed hubiese hecho de todo para ayudar a Nouf a salir de Arabia Saudita pero no fuera a hacer nada para intentar encontrar a su asesino.

Había muchas razones para amar el puerto: levantarse por la mañana con el olor del mar y la fantástica vista del horizonte, poder pasar el día al aire libre, aprovechando el frescor del agua y el viento, observar a los vendedores ambulantes que ofrecían esterillas y raíces de mascar, cacerolas de latón y sandalias de algodón chinas. En la entrada del puerto había un gran camión plateado; a las seis de la mañana exactamente, el aroma de pita fresca, habas con ajo y el mejor café del mundo escapaba por la ventanilla. A las seis y cuarto, se alzaba el lateral del camión y los hombres que estaban haciendo cola se acercaban al mostrador a comprar el desayuno, como haría una manada de cachorros al acercarse a la madre que los amamanta. Los vecinos solían ser vigilantes y no había criminalidad. Nadie se peleaba por el aparcamiento. Por la noche, el balanceo de la cabina era una nana mágica que regalaba movimiento en la inmovilidad. Pero quizá lo mejor del puerto era la caricia constante del agua contra el casco y el suave rumor de los barcos contra el muelle: recordaban que aquella casa no era una cárcel y que bastaba soltar amarras y encender el motor para que Nayir, y con él todo su mundo, flotara libremente sobre las olas.

Aun así, la gente se preguntaba cómo un hombre tan entregado al desierto había desarrollado tal pasión por el mar. Nayir no sabía la respuesta. Había aprendido a amar el desierto desde que era niño, pero al llegar a adulto había deseado otra versión de la naturaleza. En el mar había encontrado una extraña réplica de la tierra baldía. Había inmensidad, calma, vida escondida y la desafiante paradoja de la monotonía y la incertidumbre. También era fácil escapar de los vecinos. Si resultaba complicado evitar su escrutinio y sus preguntas acerca de su profesión, su familia o sus posibilidades de matrimonio, podía trasladarse a otro muelle y encontrar nuevos ojos ajenos, demasiado tímidos para espiarle, confinados tras las cortinas de la portilla. Desde que vivía en el puerto, Nayir no había cambiado de muelle, pero el simple hecho de saber que era una posibilidad abierta le proporcionaba una gran sensación de libertad y hacía que tener vecinos fuera más soportable.

Esa mañana, Nayir estaba de pie sobre el puente del barco, contemplando el cielo a occidente, con la gabardina de Colombo en el brazo. Estaba intentando combatir su pésimo humor contemplando las maravillas del mundo, y habría seguido haciéndolo de no haber sido por su vecino, Majid.

—*¡Salaam!* —gritó Majid desde el muelle opuesto. Estaba de pie en popa y observaba a Nayir con curiosidad.

—*Sabaah al-khayr.*

Había caído demasiado tarde en la cuenta de que estar solo con una pieza de ropa extraña colgada del brazo era motivo de comentario.

—¿Qué hay?

—*Al-hamdullilah* —respondió Nayir.

Majid era el otro soltero frustrado del muelle, y como tal servía de consuelo y de advertencia. Entre ellos había un cierto recelo ante tal similitud, que se unía a otras: ambos tenían la misma edad y eran de la misma estatura, sus rostros tenían una estructura asombrosamente parecida y ambos llevaban sangre palestina. La gran diferencia entre ellos era que Majid era el más pequeño de una familia numerosa, no solo por parte de su familia directa, sino que tenía además docenas de primas; aun así, no había conseguido casarse. Era de un devoto casi pedante, pero al parecer ninguna mujer era lo suficientemente recta para él.

Majid bajó al embarcadero.

—¿Vas a salir esta mañana? —preguntó.

—Sí, tengo cosas que hacer.

—¿Qué es eso? —dijo Majid, señalando la gabardina—. Déjame ver. ¿Te has comprado una chaqueta? —Asió una manga e inspeccionó los botones—. ¿Es una gabardina? —dijo, con una sonrisa—. Dime, ¿vas a algún sitio donde vaya a llover?

—No, no voy a ninguna parte.

Majid sonrió abiertamente.

—Entonces, ¿va a llover aquí?

Esa sonrisa maliciosa demostraba a Nayir que él y Majid se parecían como un huevo a una castaña. Recordó también que, cinco veces al día, Majid realizaba sus abluciones y recorría los cincuenta metros que le separaban de la mezquita del puerto. Si en ese corto trayecto en el que apenas había tráfico veía una mujer y, por lo tanto, sus abluciones quedaban anuladas por haber visto algo impuro, espantaba a la mujer a gritos, volvía a su barco, abría de golpe la puerta de la cabina y, con grandes aspavientos, volvía a lavarse. Después volvía a salir, limpio de alma y cuerpo, miraba a un lado y a otro del puerto para cerciorarse que no había ninguna mujer por el rabillo del ojo, pues así no era como si la hubiera visto realmente. Una vez comprobado que no había ninguna, se colocaba un par de gafas de sol sobre la nariz y echaba a andar por el muelle. Nayir nunca le había visto tropezarse con una mujer dos veces el mismo día; por lo general, bastaba su primera explosión de rabia para espantar no solo a las mujeres, sino también a los pájaros.

Nayir le miró a los ojos. Era su mirada juzgadora lo que más le preocupaba, y por ese motivo valía la pena ser educado.

—Y tú, ¿qué me cuentas? ¿Cómo va el trabajo?

Majid se encogió de hombros.

—Siempre lo mismo. ¿Cómo va en el desierto últimamente?

—Bien.

Nayir echó a andar por el muelle, se giró de repente y saludó:

—¡Que tengas un buen día!

Pero el tono de condescendencia de Majid le persiguió hasta el coche.

La mañana no hizo más que empeorar. El tráfico era terrible. Se detuvo a tomar un café y unos huevos en un quiosco, pero el aire estaba tan contaminado que le costaba respirar. Volvió al coche y se alejó, dejando atrás sus planes para ese día, desesperado por escapar del ruido de los coches y del asfixiante olor de gasolina. Parecía imposible huir, incluso cuando apenas quedaban algunos edificios esparcidos y campos de tierra cerca de la autopista. Con un golpe de volante subió al arcén, cambió a modalidad todoterreno y empezó a conducir sobre la arena, sin ninguna dirección. Cuando la autopista se hubo convertido en una delgada línea en el horizonte, detuvo el *jeep* y se tomó el desayuno. Al terminar, echó un vistazo al horario de las oraciones y salió del coche con la esterilla para rezar sobre la arena. Solo entonces se disipó su rabia y, al terminar de rezar, sentado sobre la arena a la sombra del coche, pudo analizar las causas de su mal humor. La investigación había tomado un nuevo giro desde la conversación con Mohammed. Nouf había planeado huir a América. Había muerto en el desierto, pero si hubiera logrado huir a América habría sufrido otro tipo de muerte. América representaba un mundo libre y estimulante, era un destino por el cual valía la pena borrar toda una vida, ya que ese lugar, esa ciudad, el desierto, el mar, no formaban parte de los sueños de una chica.

Qazi ash-Shrawi dejó la carpeta sobre el escritorio y se acercó a la ventana, cerca de Nayir. Su voz era tranquila y el ruido del almacén en el piso de abajo hacía que tuviera que hablar más alto de lo que deseaba.

Se encontraban en la oficina de Qazi, en el almacén de zapatos de su padre. Era una sala con paredes de cristal desde donde se veían filas y filas de cajas de inventario, algunas de ellas apiladas tan alto que para alcanzarlas hacía falta una grúa.

Qazi era casi tan alto como Nayir, aunque la mitad de ancho. Llevaba una túnica blanca limpia y un velo immaculado y planchado en la cabeza, sujeto con un *igal* negro nuevo de pelo de cabra. Nayir notó que llevaba un par de zapatillas de deporte viejas y deslucidas, lo cual era extraño, ya que el padre de Qazi poseía el mayor negocio de importación de zapatos de Jeddah y él, el hijo mayor, era el heredero. Sin embargo, las zapatillas parecían cómodas, lo cual daba a entender que, a pesar de su elegancia y refinamiento, Qazi trabajaba duro.

—La vi en persona solo una vez —dijo—, y todo el mundo estaba allí: mi tío, mis primos, mi padre, los sirvientes. No le estaba permitido quitarse el *burka*, así que no le vi el rostro.

—¿Hablaste con ella? —preguntó Nayir.

—Le pregunté si estaba ilusionada con la boda y me dijo que sí. Eso fue todo.

—¿Te parecía ilusionada?

—No lo sé, creo que estaba nerviosa. —Qazi echó un vistazo a los trabajadores. Su expresión se volvió seria.

—¿Así que no sabías qué aspecto tenía? —preguntó Nayir.

—Bueno, vi una foto, me la enseñó Othman.

—¿Y cómo era?

Qazi esbozó una sonrisa nerviosa. Desde el primer momento, Nayir se había sentido protector con él. Su aspecto era cauteloso y se podía apreciar enseguida su elegancia. Era como una jirafa en la sabana, con las orejas bien derechas para escuchar el peligro y, al igual que una jirafa, triste y vulnerable.

Nayir observó el panorama con tristeza e intentó imaginar qué había impulsado a Qazi a casarse con Nouf. ¿La presión de la familia? ¿Dinero? ¿Amor? No le parecía el tipo de hombre que pudiera precipitarse a una boda a menos que todos los detalles hubieran sido correctos. Era muy atractivo, con ojos de color marrón claro y la mandíbula recta. Nayir imaginaba que las mujeres hacían cola para atraparlo. Tenía que haber una razón por la que había escogido a Nouf.

—¿Sabe qué es lo que le ocurrió? —preguntó Qazi.

—Como te he dicho, todavía se está investigando.

—Creía que la policía había dicho que se trataba de un accidente —murmuró.

—Sí, eso dijeron.

Un trabajador abrió la puerta de la oficina y, al verles, se disculpó por la interrupción.

—Tranquilo, Da'ud —dijo Qazi—, dame unos minutos.

—Siento molestarte —dijo Nayir.

—Oh, no, de verdad. —Qazi levantó la mano—. ¿Seguro que no quiere un café?

—No, gracias, estoy bien.

—Por favor, siéntese, tómese el tiempo que haga falta.

Nayir se acomodó frente al escritorio y Qazi le imitó. Apartó la carpeta y apoyó los codos sobre la mesa, como para indicarle que estaba dispuesto a responder a cualquier pregunta.

—Así que, aparte de esa ocasión, nunca hablaste con Nouf.

Qazi apretó los labios y bajó la mirada. Parecía decir: «Hágame otra pregunta».

—El matrimonio es una decisión importante —dijo Nayir—, y tú eres joven.

—Tengo diecinueve años.

—Si yo me hubiera casado cuando tenía tu edad, habría querido saberlo todo sobre mi futura esposa antes de llegar a tal compromiso. —Nayir observó un tic en su rostro—. Es una decisión para toda la vida. Me habría querido asegurar de hacer lo correcto. Y después, me habría asegurado de nuevo, especialmente si no conociera demasiado bien a la chica.

—Yo la conocía, más o menos —dijo Qazi—. Solíamos jugar juntos cuando éramos pequeños.

—¿Y cómo era entonces?

Qazi se encogió de hombros.

—Me gustaba, era bonita.

—¿Eso es todo?

—Bueno —dijo, sonriendo con nostalgia—, una vez, cuando éramos pequeños, me ganó jugando al fútbol. Estábamos en el tejado de la casa de mis padres. Debía de tener seis años. El caso es que me tiró al suelo y empezó a darme puñetazos en el pecho. Me cogió por sorpresa. Soy tres años mayor que ella, no quería hacerle daño. Ella gritaba, decía que si la dejaba ganar de nuevo me mataría —rio—. Pensaba que la había dejado ganar adrede.

—¿Era cierto?

—No. Pero dejé que lo creyera hasta que me golpeó de nuevo, y... —Dejó de sonreír—. Bueno, éramos niños, y el único modo de protegerme era defenderme, así que la lancé al suelo y la golpeé —dijo, y sacudió la cabeza—. La hice sangrar por la nariz. Todavía no puedo creerlo. Más adelante me dijo que no me lo había tenido en cuenta.

—Así que era una chica fuerte —dijo Nayir. Como Qazi no respondió, prosiguió—. La gente cambia al hacerse mayor. Si hubiera sido yo, habría sentido curiosidad por saber en qué se había convertido.

Qazi se mordió el labio.

—Escucha —dijo Nayir—. La familia no me ha pedido que venga aquí, simplemente quería hablar contigo. Eres el único que puede ayudarme a entenderla. Sus hermanos eran mayores que ella y no la conocían demasiado bien. Creía que tú podrías contarme algo más. Supongo que contigo era diferente, ¿verdad?

—¿Así que no le han pedido que viniera?

—No, y no les diré nada. Tienes mi palabra.

—De acuerdo —dijo, suavemente—. La llamé un par de veces —dijo, mirando a Nayir—. No se trataba de lo que piensa.

—¿Cómo era por teléfono?

—Era... No lo sé, parecía dulce. —Una mirada reservada atravesó su rostro y esbozó una sonrisa—. Me preguntó si me gustaban los perros. Le dije que sí. Quería saber si la iba a llevar a Nueva York para la luna de miel, me lo hizo prometer —dijo, riendo suavemente—. Al principio me preocupaba porque parecía muy ilusionada, después me dijo que había soñado siempre con ir a Nueva York y que deseaba que yo estuviera con ella cuando por fin lo lograra.

Nayir esperaba que su rostro no revelara su repulsión. Era demasiado: un hombre alto, atento y considerado como Qazi iba a ir de viaje a Nueva York, sin la menor idea de que su prometida tenía la intención de abandonarle. Parecía imposible que fuera él quien la había asesinado. Aunque hubiera sospechado que Nouf le estaba utilizando, no habría sido motivo suficiente para Qazi.

—¿De qué más hablasteis? —preguntó Nayir.

—Sobre todo de Nueva York, de lo que íbamos a hacer, de dónde íbamos a alojarnos, esas cosas. Me preguntó más de una vez si podría ir sin *burka* y llevar solo el velo.

—¿Y qué le dijiste?

—Que no había problema, yo quería que viera Nueva York.

Nayir tuvo que bajar la vista para esconder una mueca de dolor. Odiaba lo que estaba sucediendo, sentía que volvía a invadirle la rabia y toda la lástima que había sentido por Nouf le parecía completamente fuera de lugar. Tuvo que recordarse que había sido asesinada y que si alguien resultaba humillado por su comportamiento ese era, sin duda, Qazi.

—Entiendo que fuera guapa, y que eso te atrajera. Pero ¿qué es lo que te hizo querer casarte con ella? —preguntó Nayir—. Deberías de ver algo especial en ella.

Qazi sonrió y bajó la cabeza.

—Sí, era guapa, y eso es lo que me atrajo. Pero al conocerla mejor, me parecía feliz. —Alzó la vista—. Era la única de mis primas que reía y que no pasaba el tiempo hablando de buenos modales. Hablaba de sus perros y de pasear por la playa y de salir a divertirse con la moto de agua. Aun así, no decía tonterías todo el tiempo, era el equilibrio perfecto.

Se estremeció y se cubrió la boca con las manos. Nayir se dio cuenta de cuánto le había afectado la pérdida de Nouf y de que todavía no había superado el dolor. Las lágrimas le llenaban los ojos; Qazi se disculpó y se dirigió a un pequeño baño adyacente a la oficina. Nayir reconocía, con sorpresa, sentir una gran tristeza por él. Había hablado con Nouf solo por teléfono un par de veces, la había visto una vez y ella llevaba el *burka*, y sin embargo parecía muy unido a ella, o a la idea que se había hecho de ella. ¿Y por qué no? Tenían recuerdos de la infancia en común, iba a ser su mujer. Quizás él la consideraba ya su esposa.

Qazi regresó del baño con los ojos rojos. Tomó asiento frente al escritorio y se disculpó por la interrupción. Nayir le concedió unos minutos antes de pasar a la siguiente pregunta.

—¿Cuándo descubriste su... comportamiento?

Las manos de Qazi temblaban cada vez más, de modo que las apoyó sobre su regazo.

—Mi padre me lo dijo durante el funeral.

—Vaya, demasiado tarde. ¿Antes de ese momento no sabías nada?

Qazi frunció el ceño.

—No, claro que no.

—¿Dónde estabas la mañana de su desaparición?

—Estaba... de hecho, estaba en su casa.

—¿En la finca de los Shrawi?

—Sí. Había ido a entregar una parte del ajuar. —Miró a Nayir y añadió—: Estuve solo quince minutos. Othman puede confirmarlo.

—¿A qué hora fuiste?

—Antes de mediodía —respondió Qazi—. No creerá que tengo algo que ver con todo esto, ¿verdad?

—¿Y adónde fuiste después?

—Volví aquí, pero antes fui a comer y a dar una vuelta en coche. —Estaba tenso, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Yo no tuve nada que ver con su desaparición, espero que lo sepa.

—¿Cuánto tiempo estuviste fuera?

—Una hora, más o menos. Lo hago cada día, a la hora de comer. Puede preguntar a cualquiera.

—Así que no tienes ninguna coartada para la hora en la que Nouf desapareció.

Qazi suspiró y apoyó de nuevo los codos sobre la mesa.

—No —dijo—. Creía que había venido para conocerla mejor.

—Así es —dijo Nayir, amablemente. Se sentía mal por haber insistido, pero Qazi parecía haber aguantado bien—. Pero estarás de acuerdo conmigo en que tú has sido el más perjudicado por sus indiscreciones. Si alguien hubiera descubierto su comportamiento te podría haber advertido...

—¿Para qué?

—Para impedir el matrimonio.

Qazi sacudió la cabeza con tristeza.

—¿Y en respuesta al problema yo la habría secuestrado? Es una locura —dijo, mirando a Nayir a los ojos—. Si hubiera querido impedir el matrimonio, lo habría anulado, así de fácil.

Tenía razón, no hubiera habido ningún problema en anular el matrimonio, y si alguien le hubiera pedido explicaciones habría podido inventar cualquier excusa: no estaba preparado, había cambiado de idea... Nadie habría culpado a un chico de diecinueve años por albergar dudas ante una decisión tan importante. Si el prometido de Nouf la hubiera secuestrado, habría tenido que ser alguien más arrogante y orgulloso, alguien para quien su indiscreción supusiera un terrible insulto; Qazi no parecía ser ese tipo de persona.

Cuando Katya abrió la puerta, el ruido de la batidora la ensordeció. Con un suspiro, se quitó los zapatos y el velo y dejó la túnica y el bolso sobre la mesa del café. Un segundo más tarde, el ruido de la batidora cesó.

—¡Estoy en casa! —exclamó.

Su padre apareció en la puerta de la cocina con un vaso de batido helado en la mano.

—¿Es pata mí? —preguntó.

—Si quieres...

Se dejó caer en el sofá y extendió la mano, exactamente, pensó, como un pájaro en el nido. Su padre se acercó y, mirándola, le tendió amablemente el vaso.

—¿Qué tal el trabajo?

—Bien —respondió. Su padre asintió y volvió a la cocina—. Gracias, Abu —dijo.

—Othman ha llamado esta tarde.

Katya esperó mientras el batido helado le refrescaba las manos, pero el padre no añadió nada más, así que se levantó y se dirigió a la cocina. Su padre abrió el grifo y empezó a lavar los platos.

—¿Qué has hecho hoy? —preguntó.

No obtuvo respuesta. Probó el batido. Era extraño y sabía a tierra, como si le hubiera añadido hierba. Aun así, consiguió tragarlo.

—¿Qué hay de cena? —preguntó.

Él se encogió de hombros.

—Tenemos la nevera casi vacía, pero quedan algunos huevos.

Katya tenía tanta hambre que hubiera podido comerse una docena entera de huevos, pero si le pedía que los cocinara, él le diría: «Hazlo tú». Finalmente la frustración por las horas extras la estaba venciendo. Cuando empezó a trabajar, hacía casi un año, estaba tan ilusionada por tener un trabajo que no se sentía nunca cansada, o si lo hacía, era una satisfacción. Pero ahora estaba agotada. Se había levantado a las seis de la mañana y no le quedaba energía para ir a la verdulería o para hacer la cena. Debería haberlo hecho Abu. «Está jubilado, tiene todo el tiempo del mundo», pensó, con frustración. Pero sus ojos le decían que tampoco él tenía toda la energía del mundo. Había algo que le preocupaba y no era solo Othman.

Cuando la madre de Katya murió de cáncer, su padre dejó el trabajo en una fábrica química y se adaptó rápidamente a la vida de jubilado. Casi de un día para otro, su pelo se volvió completamente gris, sus ojos de color negro azabache perdieron su amabilidad y su cuerpo, antes fuerte y grande, parecía haberse ensanchado. Quizás era solo que ya no llevaba sus trajes a medida, sino solamente su

túnica de estar por casa, con lo cual su aspecto era siempre desaliñado.

Sin su trabajo, tenían poco dinero. La jubilación apenas les daba para cubrir los gastos. Por suerte, eran propietarios del apartamento de dos habitaciones en el centro de la ciudad, pero algunos meses no podían permitirse pagar las facturas, y cuando les desconectaron el teléfono por falta de pago, Katya decidió buscarse un trabajo serio.

Durante años había dado clases particulares de química a estudiantes de bachillerato. Todas sus alumnas eran de la escuela para chicas que había al final de la calle. Solían ir de dos en dos, con sus escoltas, normalmente hermanos o primos que esperaban mientras Katya ayudaba a las chicas con los deberes. De vez en cuando, al marcharse, Katya oía a los escoltas bromear con las chicas:

—¿Por qué estudias química? ¿Acaso te sirve para cocinar? ¡Como si fueras a buscar un trabajo!

Esos comentarios le dolían tanto como a sus alumnas. Le gustaba el trabajo, y el hecho de animar a las chicas a convertirse en algo más que en buenas cocineras era importante para ella. Le pagaban bastante bien y podía hacerlo en casa, pero durante años había anhelado encontrar un trabajo donde poder demostrar sus habilidades.

Había obtenido un doctorado en biología molecular en la Universidad King Abdul-Aziz y, como las demás mujeres del programa (era un curso solo para mujeres), había terminado los estudios con la agrídulce certeza de que, a pesar de haber hecho una gran proeza, tenía pocas posibilidades de futuro. Había pocos puestos de trabajo para mujeres, especialmente para aquellas con formación universitaria. Una mujer podía trabajar solamente en sitios donde no hubiera interacción con hombres, o donde fuera poco frecuente, de modo que no pudieran atraer su atención. En consecuencia, las únicas posibilidades eran la escuela y los hospitales para mujeres.

Recién salida de la universidad, Katya empezó a trabajar como profesora. Duró un año. Era demasiado trabajo por un sueldo ínfimo y no estaba lo suficientemente motivada. Prefería la tranquilidad del laboratorio, donde no tenía que estar siempre rodeada de gente y donde podía experimentar la emoción de un descubrimiento y el placer de la limpieza, la organización y el control. Debería de haber multitud de trabajos para las mujeres en ese tipo de ambiente. Aun así, los puestos de trabajo científico del país se concedían primero a los hombres. Frustrada y cada vez más resentida, continuó dando clases de biología y química durante casi dos años.

Tras la muerte de su madre, cuando el dinero empezó a escasear, se dio cuenta de que debía encontrar un trabajo mejor. Cuando el laboratorio criminal de la ciudad abrió un departamento para mujeres, presentó su solicitud. Fue aceptada inmediatamente gracias a sus credenciales académicas. La idea de trabajar en un laboratorio la entusiasmaba, pero temía decírselo a su padre. No le había gustado que trabajara como profesora y ese era un ambiente estrictamente para mujeres. Aunque el laboratorio criminal estaba dividido, había posibilidades de que, en alguna ocasión,

viera a algún hombre.

Con gran turbación, dio la noticia a su padre. Estaban sentados a la mesa de la cocina, pelando zanahorias y sorbiendo un té. La nevera estaba vacía, la encimera no funcionaba y ambos se sentían apesadumbrados. Cuando le anunció que había encontrado trabajo, se puso derecho y la miró con los ojos entrecerrados.

—¡Venga, mujer! No somos tan pobres —dijo.

La hirió tan profundamente que sintió ganas de llorar. Permitir que una mujer trabajara era un acto desesperado. Era como si hubieran fracasado. Abu debió de ver la decepción en su rostro y se corrigió.

—Un momento —dijo—. ¿Se trata de algo que quieres hacer?

Katya asintió, sin atreverse a hablar.

—Entonces, por ahora, acepta el trabajo —dijo con dificultad.

Le sonrió con tristeza mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Se las secó con rabia, contrariada por haber llorado.

—Si no funciona —añadió—, siempre puedes renunciar.

Katya asintió de nuevo, aliviada. A pesar de que no tenían otra alternativa, le agradecía que no hubiera tenido en cuenta lo que la gente podía pensar al saber que su hija trabajaba. Era emocionante poder trabajar en el sector público, pero albergaba una angustia secreta al pensar que, trabajando, daba muestras de su pobreza y, de algún modo, le avergonzaba.

Desde entonces Abu se mostró cauteloso. Le dijo que se sentía orgulloso de que hubiera encontrado un trabajo tan bien pagado y de que fuera química. Katya sospechaba que, en su interior, todavía se avergonzaba, y eso se traducían en una reticencia a afrontar el problema de las tareas domésticas. Cada mañana solía detenerla en la puerta de la casa y preguntarle:

—¿Quién va a hacer la cena esta noche?

Katya le prometió que se ocuparía de la cocina y de las tareas de la casa: limpiar, lavar la ropa y hacer la compra, como había hecho su madre antes de morir. Era un acuerdo razonable, porque aunque era injusto, era mejor para Abu aceptar una sola cosa a la vez. Por ahora, apoyaba su decisión de trabajar, y eso era suficiente.

Katya iba a trabajar y le encantaba. A pesar de que le costó acostumbrarse a estar rodeada de cadáveres, le entusiasmaba pensar que contribuía a la resolución de los crímenes. Abu se dio cuenta de que apenas le quedaba tiempo o energía para hacerlo todo y empezó a ocuparse de una parte de las tareas. Limpiaba y lavaba la ropa, incluso iba a hacer la compra, pero cocinaba solo cuando realmente tenía hambre, lo cual, a sus sesenta y cuatro años, ocurría raras veces. «Tiene el apetito de un viejo y yo comería por los dos», solía pensar Katya. Se dio cuenta de que Abu sufría una leve depresión. ¿Y quién no se deprimiría tras la muerte de una esposa con quien había estado treinta años y tras jubilarse del trabajo de toda la vida? Katya había pensado que con el tiempo disminuiría su tristeza, o, al menos, se haría más soportable. A veces, al regresar a casa, encontraba una fantástica cena preparada para ella: cordero,

arroz, berenjenas y pan. Otras veces, en cambio, como ese día, había huevos en la nevera y un batido imbebible.

Estrujó el vaso del batido y suspiró.

—Llevo todo el día pensando en el caso de Nouf.

Abu se giró para mirarla; de sus muñecas goteaban burbujas de jabón.

—Estoy empezando a creer que la secuestraron, como dijo Othman.

Abu frunció el ceño. Su expresión daba a entender a Katya que algo le preocupaba.

—Me pregunto cuánto sabe la familia —dijo.

Ella se encogió de hombros y apoyó las gafas sobre la mesa.

—Othman me ha contado todo lo que sabe.

—Déjame que adivine... No es demasiado, ¿verdad?

—Está intentando superarlo. Además, está muy ocupado con su trabajo. —Se detuvo y alzó la mano para indicar que ya se lo había dicho en otra ocasión—. Voy a lavarme antes de cenar.

Salió de la cocina, con la esperanza de evitar las inevitables críticas a Othman. Abu no aprobaba el matrimonio y su decepción se había convertido en un continuo refunfuñar y acumular detalles insignificantes contra Othman y su familia. Katya sabía que se preocupaba por ella; temía que Othman no la amara de verdad, o que fuera a cambiar de parecer, anular el matrimonio y deshacerse de ella. Por el simple hecho de ser rico, si aparecía alguien mejor podía hacer lo que le diera la gana. Quizás Abu no conseguía aceptar que un hombre rico amara a una chica como ella, de clase media y demasiado mayor para casarse. A veces, ella misma se lo preguntaba: ¿la amaba Othman de verdad? ¿Le decepcionaba que tuviera veintiocho años? ¿Cambiaría de idea, después de casarse? Cuando estaba con Othman sus dudas se disipaban; su cariño era sincero. Probablemente la tensión de Abu se debía a su convicción tradicional de que la boda de los hijos debía ser un acuerdo entre los padres. En ese aspecto, Abu no era un igual de los Shrawi, sino un pariente de menor estatus al que se había despojado de su poder de negociación en cuanto Othman y Katya habían concordado la boda ellos mismos.

Katya conoció a Othman a través de su mejor amiga, Aisha, que se había casado con un primo cercano de Othman y era, a su vez, una prima lejana de los Shrawi. Durante la boda, hombres y mujeres habían estado separados, pero Katya y Othman habían salido fuera para escapar al bullicio de una celebración con más de quinientos invitados. Katya había salido al balcón de la enorme casa de la familia en las afueras de la ciudad y se había tropezado con Othman. Al ver que su rostro estaba descubierto, no apartó la mirada. La miró a los ojos y sonrió con tristeza, había pensado ella. Se presentó, le preguntó cómo se llamaba y hasta le estrechó la mano. Su calma y su seguridad le gustaron. Al principio estaba nerviosa, sin saber qué pensar de él, pero poco a poco empezaron a hablar con tanta facilidad como si fueran de la misma familia, y charlaron durante dos horas antes de marcharse. Más tarde,

Katya se maravillaba de que hubieran reído como viejos amigos y se hubieran contado historias sobre sus respectivas familias que probablemente, o así lo creía, no habían contado a nadie antes.

Durante los meses siguientes se encontraron varias veces. Paseaban en el coche de Othman, en el que podían charlar sin preocuparse de la policía religiosa. También solían encontrarse en los centros comerciales atestados de gente, donde, gracias al aire acondicionado, se podía pasear, y donde el bullicio de la gente hacía que fuera casi imposible que se tropezaran con conocidos. Al principio le pareció atractivo y apasionado, pero con el tiempo se dio cuenta de que no parecía tener intenciones de tipo sexual. Era el tipo de hombre que podía mirar a la cara a una mujer, estrecharle la mano y presentarse sin que nada de eso le excitara lo más mínimo. Era afectuoso y divertido, un fantástico conversador, pero Katya sospechaba que, en su interior, era una persona fría. Constató con tristeza que a un hombre moderno y culto como Othman, que podía conocer a una mujer en público sin pensar que era una cualquiera, podía faltarle lo necesario para mantener una relación apasionada.

Sin embargo, una noche, tras cuatro meses de amistad, la llevó a una zona apartada de la autopista y la besó. Katya pensó que quizá se había equivocado: era apasionado, pero también cauteloso y lento. Le gustaba más que nunca. Algunas semanas más tarde le pidió la mano y ella aceptó.

Era un escándalo que se hubiera estado viendo con un hombre soltero en público, de modo que no se lo contó a Abu, ni siquiera después de haberle anunciado sus planes de boda. Simplemente le dijo que había conocido a Othman en la boda, que él se había enamorado y que habían mantenido la amistad por teléfono. Era evidente que Abu no la creía, pero Katya no se atrevía a admitir la verdad. En algunos aspectos, su padre era terriblemente tradicional; insistía en que Katya llevara el velo en casa cuando iban sus amigos, a los que conocía desde hacía cuarenta años, o hacía comentarios desagradables sobre sus dos primas por haber escogido a sus propios maridos. Aun así, los tiempos habían cambiado y, lentamente, también Abu cambiaba y la apoyaba en su trabajo e incluso haciendo las tareas de la casa. Quizá su aversión por Othman era debida a alguna de las últimas convicciones que le quedaban en pie.

A veces Katya sospechaba que la verdadera razón por la que no se había opuesto al matrimonio era su edad. Para Abu, como para casi todo el mundo que conocía, veintiocho años eran demasiados. Tenía suerte de haber encontrado a un hombre que no tuviera ya tres mujeres y dieciséis hijos.

Al salir de la cocina fue al baño. Dejó la puerta entreabierta. Abrió el grifo, se sujetó el pelo con una pinza y, cuando estaba a punto de empezar a lavarse, vio a Abu apoyado en el marco de la puerta.

—Es una lástima lo de esa chica —dijo, mientras abría el cesto de la ropa sucia—. Me dijiste que era inteligente; supongo que debía de vivir una vida magnífica.

—Sí, al menos eso creo.

El agua se había acumulado en el lavabo. Katya cerró el grifo y sacó el tapón.

Estaba lleno de pelos y jabón. Lo limpió, echó los pelos a la papelera y se lavó las manos.

—¿Quién crees que la secuestró? —preguntó Abu.

—No tengo la menor idea.

—¿No hay ningún sospechoso?

—No, todavía no —respondió Katya—. En teoría, se escapó.

—Pero tú no crees que fuera así, ¿verdad?

Katya no respondió. Con las toallas sucias bajo el brazo y apoyado en la puerta, Abu prosiguió:

—Lo más probable es que tuviera que ver con el embarazo. Aun así me pregunto: ¿quién debía de estar más preocupado por ese embarazo? ¿Su madre? ¿Su padre? Lo más probable es que fuera Nouf la más preocupada, ¿no te parece?

Katya asintió. La observación de Abu despertó en ella una inquietud que la había perseguido desde que descubrió que Nouf estaba embarazada: ¿y si la hubieran violado? No el día de su desaparición, ya que el embarazo era de al menos unas cuantas semanas, sino antes. ¿Y si el embarazo hubiera sido algo tan horrible que la hubiera impulsado a huir? Katya había visto a Nouf un par de semanas antes de su desaparición. Ya debía de estar embarazada, pero no se mostraba diferente de las otras veces que Katya la había visto, aunque quizás estaba ocultando su angustia o su desesperación.

Sin embargo, no había encontrado rastro de ninguna violación de al menos un mes antes en el cuerpo: no había cortes, ni hematomas que ya se hubieran curado.

—Sí, tienes razón —dijo Katya—. Nouf debía de estar preocupada, pero no creo que se trate de un suicidio; además, las cicatrices en las muñecas demuestran que, aunque escapara, se peleó con alguien antes de desaparecer.

—Sí, puede que tengas razón —dijo Abu—, pero el modo de educar a los hijos de esa familia me irrita. Tú ya lo sabes, así que no voy a decirte nada más, excepto que quizá Nouf era víctima de su educación.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que quizá quisiera castigarse más que nadie. Los Shrawi intentan por todos los medios mostrarse siempre virtuosos. Tienen que hacerlo, es su trabajo. Reciben dinero de todo el mundo en nombre de Alá, de modo que tienen que ser rectos y puros. Es mucha presión, sobre todo para una chica joven con una vena rebelde.

Katya observó los grandes ojos marrones de su padre. Tenía razón. Los Shrawi eran, en cierto modo, una familia bajo presión, pero lo que más le fascinaba era el modo simple en que acababa de describir a Nouf. Se preguntaba si realmente pensaba que Nouf era una chica normal y corriente con una «vena rebelde». La hacía parecer fascinante, incluso inofensiva. Ese mismo hombre, en otras circunstancias, la hubiera definido como una cualquiera o un mal ejemplo de mujer. Quizá la jubilación le estaba suavizando. Recordaba su enfado hacía dos años, cuando, tras semanas y

semanas de negociación para concordar un matrimonio, descubrió que Katya no quería casarse con aquel hombre. No le habló durante un día entero, y cuando lo hizo, su frustración explotó en forma de violenta diatriba y la llamó «ingrata miserable», y le advirtió que iba a convertirse en una «mujer inútil». ¿Cómo la describiría ahora?

—Tal vez tengas razón —le dijo.

Mientras se secaba la cara con la toalla, vio a su padre apoyado en la puerta, con la mirada triste.

—¿Es que no vas a prepararme esos huevos? —le preguntó.

Él se enderezó con aire severo, pero sonrió.

—Yo estoy haciendo la lavadora —respondió—. Te toca cocinar a ti.

Una vez en la cocina, Katya se quitó el anillo de compromiso y lo posó con cuidado en el alféizar de la cocina. Terminó de lavar los platos que Abu había dejado en el fregadero y reflexionó sobre cómo hablar de Nouf sin sacar el tema de Othman. El caso estaba empezando a obsesionarla. ¿Con quién había luchado Nouf antes de desaparecer? ¿Era la misma persona que la había golpeado en la cabeza? ¿Por qué habían encontrado estiércol en sus muñecas? ¿Y astillas en la herida de la cabeza? Se trataba, con toda seguridad, de algo más que un ahogamiento accidental, y Katya se sentía obligada a esclarecer los hechos, posiblemente no para demostrar que se había tratado de un asesinato, sino para convencerse, y convencer a Othman, de que había sido un accidente.

Por mucho que lo intentara, sin embargo, cualquier teoría sobre Nouf acababa por sacar el tema de Othman, o, peor aún, de su trabajo.

Unos minutos más tarde, Abu entró en la cocina. Se acercó a la mesa y recogió el vaso del batido.

—¿No te ha gustado?

—No estaba mal —respondió.

Se dio cuenta de que Abu estaba de mejor humor desde que ella había vuelto a casa y se preguntaba si se sentía solo mientras ella estaba en el trabajo.

—Bueno, ¿qué tal hoy? —volvió a preguntarle.

Abu se encogió de hombros.

—Bien —dijo. Se acercó a ella, junto al fregadero—. ¿Ese compañero de trabajo sigue molestandote todavía?

—No, va todo bien.

Se refería a Qasim, uno de los técnicos de laboratorio de la sección masculina que había ido un día al laboratorio de las mujeres y les había pedido que llevaran calcetines, ya que, para su gusto, había demasiados tobillos a la vista.

—¿Es que los hombres van a menudo a la sección femenina? —preguntó Abu.

—No, Abu, no es así. Y no te preocupes, van a poner un candado en la puerta.

—¿Así que sigues sin relacionarte con los hombres?

—Sí, así es.

Pensó en Maamoon y Nayir y sintió una punzada de remordimiento. Sí, había hablado con hombres, pero Maamoon era un forense viejo y gruñón y Nayir no contaba. Estaba al servicio de los Shrawi y, por lo que solía decir Othman, era una especie de guía espiritual beduino. Una vez cada pocos meses, Othman y él iban al desierto para estar en comunión con la naturaleza.

Abrió la nevera y echó un vistazo al interior. A excepción de los huevos, estaba vacía. Sacó cuatro huevos, puso la sartén en el fuego, encendió el gas y echó un chorro de aceite en la sartén. Tenía que reconocer que antes de conocer a Nayir se había sentido intrigada por la descripción que le había dado Othman: un hombre puro y noble, una figura beduina romántica. En lugar de eso, le había parecido un ayatolá: no conseguía hablarle sin sonrojarse, no la miraba a los ojos y se había desmayado al ver el cuerpo de Nouf, como si hubiera visto al diablo en persona. Nayir era el típico hombre que detenía a las mujeres en medio de la calle para lamentarse de que no llevaban guantes o de que se les veía demasiado el rostro a través del *burka*.

Creía que conocer a Nayir le habría hecho apreciar más a Othman, pero la había hecho sentir aprensiva. ¿Es que Othman no tenía ni idea de cómo eran sus amigos? ¿O acaso Nayir era completamente diferente con Othman? Quizás era realmente un modelo espiritual y Othman se sentía inspirado por él. En cierto modo, la indignaba: uno de los privilegios de los hombres era no tener que preocuparse de la virtud de sus amigos.

Abu estaba de pie a su lado. Contemplaron los huevos en silencio, hasta que estuvieron hechos. Con gran habilidad, los sirvió en dos platos, apoyó de nuevo la sartén sobre el fogón y lo apagó.

—Me recuerdas a tu madre —dijo Abu— por cómo manejas la sartén.

Se le hizo un nudo en la garganta y no consiguió responder. Su madre había muerto hacía más de dos años, pero Katya no conseguía pensar en ella sin sentir una punzada de dolor. Últimamente, cuando se permitía pensar en su madre, era, inevitablemente, para lamentar que no iba a estar presente en su boda. Su madre, que no había conseguido tener más hijos, quería tener nietos, cuantos más mejor. Creía que el matrimonio debía ser el mayor objetivo de una mujer y la reticencia de Katya la había decepcionado.

Cenaron en silencio, y al terminar se sentaron en el patio que daba a la calle. Abu la miró con desaprobación por no llevar el *burka*. Katya murmuró que estaba demasiado cansada para volver a entrar en casa a cogerlo.

La muchedumbre que circulaba de día había desaparecido, los puestos del mercado estaban desmontados y los residentes de la zona paseaban. Algunos de ellos saludaron a Abu, otros le evitaban por miedo de ver el rostro descubierto de Katya. Los contó mientras pasaban: hombres que no saludaban a su amigo por ella, porque mirarla hubiera sido tan dañino como mirar el sol fijamente. Antes de volver a entrar en casa, había contado cuatro.

Una vez en su habitación, decidió llamar a Othman. Quería contarle que los restos de piel y sangre que había encontrado bajo las uñas de Nouf no eran suyos. Había tardado en llamar porque no sabía cómo decirle que Nouf se había peleado con alguien antes de morir. Le habría tenido que hablar de su muerte y, después, de su embarazo, y no quería que Othman la asociara con las malas noticias. Cada vez que mencionaba a Nouf, él permanecía en silencio. Sabía que la muerte de su hermana le había afectado profundamente. Por lo general, Othman no solía expresar sus sentimientos, pero le parecía extraño que no le hablara nunca de ese tema. Imaginaba que le resultaba mucho más difícil de lo que estaba dispuesto a admitir.

Cuando respondió al teléfono parecía cansado. Se excusó diciendo que había tenido una reunión tras otra.

—Me gustaría verte —dijo—. ¿Organizamos algo esta semana?

Ella asintió, con alivio. Habían hablado durante el funeral, pero no se habían vuelto a ver desde entonces. Antes del funeral, Othman había pasado doce días en el desierto, buscando a Nouf. Ella se había vuelto una zombi, no conseguía dormir a causa de su preocupación por Othman.

Le costó encontrar las fuerzas para comentarle lo que había averiguado sobre las muestras encontradas bajo las uñas de Nouf. Él permaneció en silencio, como se había esperado, y sintió una punzada de culpabilidad. «Hubiera podido esperar a mañana», pensó. Tras un largo silencio, lo oyó suspirar.

—Lo siento —le dijo—. Llevo pensando en esto todo el día. Aprecio mucho tu ayuda.

—No hay problema.

—De todos modos, gracias.

—¿Tienes idea de con quién pudo haberse peleado?

—No —dijo—, ni idea.

—Una cosa más, y después dejo de molestarte con este tema por hoy. Me gustaría obtener una muestra de ADN de su escolta. ¿Me puedes ayudar?

—¿Para qué quieres su ADN?

—Creo que si alguien la secuestró, tuvo que ser él. Me gustaría comparar su ADN con el de la muestra de las uñas.

—Buena idea —dijo Othman—, pero ya sabes que no le caigo demasiado bien. Es mejor que hables con Nayir. Él iba a hablar con Mohammed y es posible que ya lo haya hecho. Te doy su número.

Katya escribió el número de mala gana. No quería llamar a Nayir. Era el tipo de hombre que no hablaba con una mujer por teléfono.

—De acuerdo, le llamaré. Pero ¿crees que es adecuado?

—Claro que sí. Es un poco tradicional, pero si le explicas lo que necesitas te ayudará.

Ella estaba convencida de que no iba a ser así, pero lo intentaría.

—Si no te responde al teléfono —dijo Othman vacilando— tendrás que ir al

puerto a buscarle, o mandar a tu chófer.

—Oh, no, no puedo hacer eso.

—Créeme, no hay problema, me fío de ti.

Le complacía que Othman confiara en su virtud, pero no era ese el problema.

—Nayir se asustaría si me viera llegar a su barco —dijo—. Seguramente pensaría que soy una descarada.

—Sé que no es lo más apropiado —dijo Othman—, pero a veces no responde al teléfono durante días y resulta frustrante cuando quieres hablar con él.

Katya permaneció en silencio.

—Ve con tu escolta —dijo Othman—, y asegúrate de llevar el *burka*. Irá bien, ya lo verás. Nayir es muy beduino por lo que respecta a las mujeres, pero es un buen hombre, lo entenderá.

Quería explicarle lo terrible que iba a ser para ella ir a ver a Nayir. Le parecía degradante que un hombre la ignorara, que no la mirara a los ojos o que se comportara como si fuera una prostituta por el simple hecho de abrir la boca. Pero Othman sentía tanta estima por Nayir que no quería hablarle mal de él.

—De acuerdo, le llamaré —prometió.

Esa noche soñó que hacía galletas de azúcar, calientes y exquisitas, como las que hacía su madre. Al empezar a comerlas, su madre aparecía en la puerta de la cocina y le decía que no comiera demasiadas. Decía que a los hombres no les gustaban las mujeres gordas, al menos hasta que no habían tenido unos cuantos hijos, de lo contrario podían pensar que comían demasiado. Quizá se lo comerían todo, incluso la comida de los niños, y entonces estos serían delgados, retrasados y una vergüenza para el padre. ¿Qué clase de madre sería una mujer así? En el sueño, Katya lloraba.

Nayir regresó al puerto después de haberse pasado la mañana buscando, sin éxito, a Eric Scarsberry. Había ido a tres zonas residenciales americanas, pero no había logrado averiguar nada. Mientras conducía de una a otra, pensaba en el hecho de que Nouf tuviera un amante americano y en cómo sus hombres habían fantaseado con esa teoría. Una noche, sentados frente a la hoguera, habían intentado adivinar lo que el americano le había dicho a una chica como Nouf para seducirla: «En América puedes ir de compras cuando quieras»; o bien: «En América puedes tener tu propio coche». La que más le había chocado era: «En América un hombre no puede tener más de una mujer».

Cuando se hablaba de tener más de una mujer, Nayir se mostraba atento. Creía que valía la pena luchar por ser la única mujer de un hombre, y en ese sentido podía llegar a entender que Nouf rechazara un matrimonio saudí. Él mismo no aprobaba la idea de tener más de una mujer. El Corán permitía hasta cuatro, pero solo si se trataba a cada una por igual. Nayir creía que era un modo de prohibir la poligamia, ya que era imposible que un hombre pudiera tratar a cuatro mujeres por igual. ¿Qué podía hacer, darles la misma atención cada día, el mismo dinero, el mismo número de hijos? ¿Los mismos besos? ¿El mismo sexo? Ningún hombre tenía tanta resistencia a menos que no tuviera nada más que hacer. ¿De dónde sacaba el tiempo para trabajar? ¿O para criar a sus hijos? ¿O para rezar? Era absurdo, y aun así solía ver ese tipo de familias a menudo, hombres con cuatro mujeres y veinte hijos. Los veía de pícnic en el centro comercial de Corniche, los niños corriendo arriba y abajo como pequeños bandidos y las mujeres discutiendo mientras sacaban esterillas enormes, montaban fogones y sacaban docenas de neveras portátiles. Nayir se sentaba en un banco y les observaba. Se fijaba en las mujeres, con sus túnicas y sus velos, e intentaba juzgar si el marido las trataba por igual. En la mayoría de los casos, se sentaba en otra esterilla con otros hombres, lejos del bullicio. Si los niños se acercaban a él, era con respeto. Las mujeres nunca intervenían a no ser para llevarles algo de comer. Por lo menos, el marido las ignoraba a todas por igual.

A pesar de ver familias de este tipo a menudo, de que fuera algo corriente, le irritaba ver a un hombre con cuatro mujeres. No le parecía justo que algunos tuvieran cuatro y otros ninguna.

Cansado a causa del calor, estacionó el *jeep* en el aparcamiento del puerto. Solía aparcar en la sombra, aunque solo fuera una pequeña franja proveniente de un almacén destartalado. Nayir llevaba viviendo en el puerto más que los demás residentes y estos solían dejarle el sitio libre. Poco importaba que la sombra durase solo una hora, o que su *jeep* fuera el coche más hecho polvo del aparcamiento: el gesto de sus vecinos le conmovía. Ese día, sin embargo, un coche le había robado el

tan codiciado espacio. Era un Toyota negro con matrícula nueva y un ejemplar del Corán sobre el salpicadero.

Permaneció de pie un momento, preguntándose sobre el coche. Tal vez se trataba de un vecino nuevo, un hombre de negocios o un marinero de fin de semana. Echó a andar por el muelle. La madera crujía bajo sus pies y los barcos se balanceaban al mismo ritmo. Intentó buscar el barco del nuevo vecino, pero vio a una mujer en el muelle. No podía saber quién era, porque llevaba una túnica negra, el velo y el *burka*. Se le veían solo los ojos.

Al ver a Nayir, la mujer se enderezó y él adivinó enseguida que se trataba de Hijazi. No conocía a ninguna otra mujer y ella le había reconocido. ¿Qué estaba haciendo allí? Por poco no tropezó con un montón de cuerdas. Al acercarse, reconoció la forma de sus ojos y de sus hombros. Ella esperó que fuera él quien hablara.

—Hijazi —dijo.

—Señor Sharqi —contestó, sin extender la mano adrede. Observó la gabardina de Nayir de arriba abajo, pero no hizo ningún comentario.

—*Ahlan wa'sahlan* —dijo, sin saber muy bien qué hacer.

Si los vecinos la veían, empezarían a chismorrear, o quizá llamarían a la policía religiosa. Aun así, no podía esconderla en ningún lugar, ya que invitarla a subir a bordo era impensable. Era como si le pidiera acostarse con ella. El simple hecho de estar allí de pie junto a ella le hacía sentir culpable.

—¿Dónde está Othman? —preguntó, echando un vistazo al barco de Majid.

—Trabajando.

—¿Sabe que está aquí?

—Sí, fue él quien me dio la dirección.

—¿Ah, sí?

—Lo siento, he intentado llamarle pero su teléfono está siempre apagado.

Nayir sacó el teléfono del bolsillo. Estaba apagado.

—¿Tiene escolta?

—Tengo un chófer —su voz denotaba un ligero enfado.

—¿Y dónde está?

—Ha ido a dar una vuelta.

Nayir no dijo nada más. Ella bajó la vista.

—No he venido hasta aquí porque sí, señor Sharqi. Mi escolta me conoce desde que era pequeña, confía en mí.

Nayir oyó un golpe en un barco cerca de ellos y eso fue lo que le dio fuerzas para reaccionar.

—Venga —le dijo, acompañándola por el muelle—, mi barco está ahí delante.

A unos cincuenta metros, el *Fátima* ofrecía una imagen magnífica. Era una embarcación Catalina, de unos diez metros de eslora, con una vela mayor de color rojo y un foque azul marino, ambos perfectamente replegados sobre su mástil. Al

acercarse, Nayir se percató de la suciedad del puerto. En el agua flotaban páginas de revistas viejas y otros desperdicios. La acompañó a la rampa lateral, saltó a cubierta y le tendió la mano, pero ella la ignoró y subió hábilmente a bordo.

—*Tfaddalu* —dijo, señalando la entrada de la cabina.

Una cosa era subir a bordo, otra muy distinta era bajar por aquella escalera destartalada. Se giró para ayudar a Hijazi, pero no quería tocarla, ni hacerle entender que miraba bajo su falda, así que se apartó. Ella bajó la escalera con facilidad.

—Siéntese —dijo, señalando la mesa y el sofá que había enfrente.

Retiró rápidamente un montón de cartas de navegación del sofá y las tiró en la habitación, pero al regresar descubrió con asombro una colilla seca sobre el sofá. Tardó unos instantes en reconocer que se trataba de un puro, probablemente de su amigo Azim. Lo recogió y se lo metió en el bolsillo.

—*Tfaddalu*, siéntese —dijo señalando el sofá.

Ninguna mujer decente se le hubiera aparecido de improviso. Si la hubieran visto los vecinos, quién sabe lo que habría podido suceder. *Ya'Allah*, podían ser arrestados por estos. Hijazi se dejó caer suavemente sobre el sofá. Parecía estar aguantando la respiración.

—¿Todo bien? —preguntó Nayir. Ella no respondió.

Se sentía culpable al verla incómoda, a pesar de que agradecía que fuera así. Por lo menos, le daba a entender que se daba cuenta de que la situación era algo embarazosa y de que su presencia no era adecuada. Recordando sus modales, fue a la cocina y le ofreció café, dulces y dátiles. Ella los rechazó educadamente. Preparó el café de todos modos y, mientras esperaba, probó uno de sus dátiles. Parecía cemento fresco. Disimuladamente, lo escupió en el fregadero y tiró el resto a la basura.

Llevó el café a la mesa, le sirvió una taza y volvió a la cocina para poder hablarle desde una distancia razonable.

—No me dijo que conocía a la familia —le dijo.

—No quería que el forense supiera que estaba en contacto con ellos —dijo—. Estaba buscando un motivo para echarme del caso.

Nayir se sintió estúpido por no haber caído en algo así.

—He venido solo por motivos profesionales, señor Sharqi. Espero que le quede claro.

A pesar de que había hablado con humildad, Nayir no pudo evitar pensar en las otras razones por las que hubiera podido estar allí. En cierto modo, era casi una acusación: «Tiene pensamientos lascivos». Se sintió algo indignado.

—Ya he analizado las muestras —dijo él.

—¿Qué muestras?

—El detective me dio una muestra de la herida de la cabeza. Al parecer no pertenece al desierto. La sustancia de la herida era de un naranja oscuro, mezclada con barro. No se corresponde con la arena del *uadi*.

—Bien —aprobó Hijazi—. Yo no he tenido tiempo de analizar esas muestras.

Parecía nerviosa. Con los dedos de una mano jugaba con el dobladillo de la manga.

—Othman me ha dicho que sabía que estaba embarazada.

Nayir asintió, pero ella no le estaba mirando, así que tuvo que responder con un «sí».

—Me gustaría que me ayudara a obtener algunas muestras de ADN para determinar quién era el padre del bebé —dijo, con los ojos fijos en el suelo. Nayir miraba el fogón—. Las necesito de todo el mundo: de su prometido, de sus primos, de su escolta, de cualquier hombre que haya estado en esa casa. Quiero compararlas con algunas células de piel y sangre que encontré debajo de sus uñas y en sus muñecas. Probablemente el padre del bebé era quien tenía mayor motivo para secuestrarla.

—¿Es que no puede conseguir las muestras de ADN de los hermanos sola?

Parecía sorprendida, y Nayir cayó en la cuenta inmediatamente de lo que implicaba su pregunta. Sintió una oleada de vergüenza. Hijazi estaba nerviosa y durante un minuto permaneció en silencio. Por fin dijo:

—¿Está ocupado?

Él miró a su alrededor.

—¿Qué quiere decir?

—¿Tiene algo que hacer esta tarde?

—Sí, tengo planes. ¿Y usted? Creía que trabajaba.

—Sí, pero me he tomado la tarde libre —dijo—. ¿Ha hablado ya con el escolta?

«¿Es que Othman se lo cuenta todo?», se preguntó Nayir.

—Señor Sharqi —dijo enderezándose—, sé que le estoy poniendo nervioso...

—No, no es cierto —mintió.

—Sí lo es, pero lo hago por Nouf. No se trata de usted ni de mí, sino de una mujer muerta que necesita que alguien averigüe la verdad. Usted es la única persona de quien Othman se fía, el único con quien puede contar.

Nayir cruzó los brazos pero no dijo nada. Sin embargo, le complacía que Othman confiara en él.

—Se lo preguntaba porque esperaba que pudiera darme más información sobre el escolta; me parece el sospechoso principal.

—No creo —respondió, y le contó brevemente lo que le había confesado Mohammed sobre Eric Scarsberry. Aparte de una ligera tensión en los hombros, Hijazi no parecía sorprendida, pero tampoco habló—. Confío en que no se lo contará a nadie.

—Por supuesto que no.

—Esta mañana he intentado encontrar el apartamento de Eric —dijo—. Supongo que está en un barrio residencial americano. Conozco seis. He controlado tres de ellos pero todavía no le he encontrado.

Por un instante no dijo nada.

—Me gustaría ir con usted —dijo finalmente, poniéndose en pie.

—No. No, no. Puedo hacerlo solo. Usted puede... marcharse.

—No tiene que llevarme —dijo—, tengo mi propio medio de transporte; si lo prefiere puede seguirme.

Nayir dudó unos instantes. Una parte de él se rebelaba ante la idea de acompañar a la prometida de su amigo, y mucho menos a un recinto americano. Pero sabía que Hijazi tenía razón: lo hacían por Nouf, y, al fin y al cabo, era lo que Othman quería. Aun así, no había ningún motivo por el que ella tuviera que acompañarle. Lo hacía porque era tozuda, o para impresionar a Othman. En su interior, sospechaba que se estaba involucrando cada vez más en el caso. No debía de ser fácil trabajar en las pruebas de un caso que había sido designado como accidente. Lo más probable era que estuviera actuando contra las indicaciones de su jefe, o incluso arriesgando su trabajo. Tuvo que reconocer, a regañadientes, que la admiraba por querer llegar hasta el fondo del asunto.

—De acuerdo —dijo—, pero solo porque tiene su propio medio de transporte.

Nayir iba conduciendo tras el Toyota de Hijazi. Se preguntaba cómo debían de ser sus padres para permitir que trabajara en un ambiente mixto. Lo más probable era que se hubieran occidentalizado. Su padre debía de llevar siempre traje y hablar un inglés perfecto; su madre probablemente era una de esas mujeres que escribía cartas al rey para quejarse de las leyes contra las mujeres: «¿Por qué no podemos conducir? ¿Por qué no podemos ir a La Meca sin el permiso de nuestros maridos?».

Aun así, le costaba imaginar que los Shrawi socializaran con una familia occidentalizada. Era aún más inverosímil que Hijazi se casara con alguien de la familia. Le sorprendía que Othman le permitiera tener un trabajo, no solo porque significaba que se relacionaba con hombres, sino porque dejaba a entender que le hacía falta dinero. Los Shrawi no debían de estar demasiado contentos.

Llegaron a la puerta del recinto americano. A la izquierda, un cartel de neón anunciaba «Club Jed» con una escritura cargada que imitaba las letras árabes. Un guardia de seguridad se acercó al Toyota y, tras hablar unos minutos con el conductor, les dejó pasar e indicó a Nayir que podía seguirles.

Una vez dentro, el ambiente era diferente. Las casas eran casi todas de estilo saudí: edificios de estuco blanco con postigos recargados y tejados planos; los jardines, en cambio, eran extrañamente americanos, llenos de flores que Nayir no consiguió reconocer. En la zona residencial vivían americanos y otros trabajadores occidentales que tenían contratos de dos o tres años en Arabia Saudita. La mayoría iba porque el trabajo estaba muy bien pagado y libre de impuestos, y algunas empresas pagaban a sus empleados el billete para que volvieran a América un par de veces al año. Había mucha demanda de trabajadores extranjeros. Una buena parte de saudíes era lo suficientemente rica para no tener que trabajar y, según creía Nayir, pensaba que el trabajo era algo que les degradaba. A pesar de ello, Nayir sentía una punzada de rechazo ante el hecho de que fueran al país y se construyeran su pequeño mundo, su zona residencial privada, donde vivían como si todavía estuvieran en América.

Nayir siguió el Toyota de Hijazi por aquellas calles cuadriculadas hasta el aparcamiento, lleno de furgonetas y todoterrenos. Se apearon del vehículo. A la derecha había un camino que ascendía hasta una pequeña colina.

—Por lo que nos ha dicho el guardia, eso es un club —dijo Hijazi, señalando un edificio sobre la colina. Aunque el edificio era bajo y sucio, una baranda de mármol le daba un aire refinado—. Podemos ir a preguntar por Eric.

—¿Es un club para mujeres? —preguntó.

—Es un club para todo el mundo, un bar.

—¿Un bar?

Aunque estuvieran en la zona americana, el alcohol estaba prohibido.

—No sirven alcohol, por supuesto —le tranquilizó Hijazi—. Vamos a echar un vistazo, quizás encontremos a Eric o a alguien que le conozca.

—¿Su escolta no la acompaña?

Ella dudó.

—No, no hay motivo, al menos mientras esté con usted —dijo, aunque por el tono de voz parecía pensar: «A menos que no me haya equivocado».

El club estaba casi vacío. Solo había algunos clientes cansados sentados en los rincones. Las lámparas barnizadas de gomalaca del techo daban una luz mortecina. La tranquilidad de la clientela y el modo en que la luz perfilaba sus cuerpos daba al conjunto un aire melancólico de vacío, como si fuera el almacén de recambios de un museo de cera. El aire estaba viciado. Pasaron frente a una mesa donde había tres mujeres sentadas charlando. Una de ellas le lanzó una sonrisa, pero Nayir apartó la vista.

Hijazi estaba callada; quizás estaba algo nerviosa. Con un movimiento natural se levantó el *burka*. Nayir intentó no mirarla, pero le resultó imposible: su rostro brillaba como la luna. Comprobó que su belleza era extraña: tenía la nariz un poco larga y los labios algo torcidos. Si hubiera tenido un mínimo de decencia se hubiera bajado el velo frente a todos esos extranjeros, pero Nayir se dio cuenta de que nadie la observaba.

Pasaron una puerta corredera de cristal que daba a un patio exterior, ocupado por mesas de café de hierro repartidas desordenadamente. Había un parterre de césped, un montón de plantas irreconocibles y, lo más absurdo, una piscina con la superficie brillante. El olor a cloro enrarecía el ambiente.

Junto a la piscina había dos mujeres tomando el sol. A Nayir le resultaba casi imposible ignorarlas, de modo que se llevó la mano a los ojos, fingiendo que le molestaba el sol. En la esquina había un hombre bronceado y lleno de arrugas sentado en una silla de jardín. Sorbía un vaso de agua con hielo y leía el periódico que había apoyado en la mesa. Al verlos, levantó la vista del periódico.

Siguiendo su instinto, Nayir se acercó al hombre y le preguntó por Eric Scarsberry.

—Querrá decir Scarberry —dijo el hombre—. Sí, le conozco, vive aquí.

—¿Sabe la dirección? —preguntó Nayir—. Estamos investigando un crimen y queremos hacerle algunas preguntas.

—Sí, vive en la calle Peachtree. —El hombre les explicó cómo llegar y les dio el número de la casa—. Hace algún tiempo que no le veo. ¿Se ha metido en algún problema?

—No, pero es posible que pueda ayudarnos.

Nayir vio que Hijazi había retrocedido hasta la puerta y llevaba de nuevo el *burka*. Dio las gracias al hombre y se disculpó. Se acercó a Hijazi.

—Le tengo —dijo—. Puede esperar con su escolta si lo desea.

Hijazi no respondió. Le siguió hasta la piscina y cruzaron un jardín demasiado verde. El césped parecía de goma. Llegaron a una valla blanca, pasaron bajo una pérgola y se encontraron en la acera de una tranquila calle residencial. Echaron a andar, observando los edificios.

—El tipo dijo que era por aquí —dijo Nayir señalando a su izquierda.

Giraron por una de las calles laterales. Nayir se secó el sudor de la nuca. Hijazi parecía más tranquila, paseaba sin que pareciera importarle estar sola con Nayir. Quizás era el efecto americano. Nayir todavía tenía los nervios de punta.

—Tengo curiosidad por saber una cosa —le dijo—. ¿Por qué nunca llevó a Nouf al desierto?

—Su padre no se lo hubiera permitido. Creería que no estaría a salvo.

—¿Lo habría estado?

Por alguna razón, quizá por la suave brisa que les envolvía, Nayir percibió su olor. Era cálido y limpio, y le provocó un escalofrío por todo el cuerpo. Quizás ella también lo sintió, porque Nayir percibió un repentino retraimiento, una incomodidad, un no saber qué hacer con las manos.

—Habría estado a salvo conmigo —dijo.

Observó las calles a su alrededor. No era un barrio saudí, no había policía religiosa, nadie iba a detenerles y pedirles un certificado de matrimonio. Aun así, sentía que se le habían erizado los pelos de la nuca.

Encontraron una indicación para la calle Peachtree y giraron a la izquierda. Llegaron a un grupo de casas de un blanco deslumbrante. Todo estaba tranquilo y el ruido de sus pasos sobre la acera hizo que caminaran sobre el césped.

Llegaron frente a una fila de casas y encontraron el apartamento 229-B tras un muro de piedra. En las grietas crecían brotes de henna y sobre la piedra había una lagartija solitaria. Pasaron bajo otra pérgola. La casa era un dúplex y ambas partes parecían tranquilas. El apartamento de la derecha tenía un pequeño patio trasero lleno de cacharros: una pelota de béisbol, una piscina de plástico, un plato hecho añicos. Se acercaron al apartamento de la izquierda. A través de una puerta corredera de cristal vieron una habitación vacía. Nayir llamó a la puerta y, al no obtener respuesta, intentó abrirla, con éxito.

Entraron en el apartamento. En la esquina había un sillón marrón reclinable y una televisión de doce pulgadas sobre una caja.

—¡Qué peste! —dijo Nayir—. ¿Qué es?

—Olor de animal —respondió Hijazi, olfateando el aire—. Posiblemente tenía una mascota.

Recorrieron todas las habitaciones en silencio. No había mucho que ver. El único sitio donde parecía haber habido algo de actividad era el dormitorio. La ropa sucia se esparcía por todas partes, las sábanas estaban revueltas y había botellas de agua vacías amontonadas sobre el armario. No había ninguna fotografía en las paredes.

—Debo decir que no veo ningún toque femenino —dijo Hijazi.

Entraron en el estudio. Sobre el escritorio había documentos pertenecientes a Eric Scarberry. Un recibo de pago, una solicitud para una póliza de seguros. No había libros, ni ordenador, ninguna prueba de que hubiera pasado allí más que una tarde pagando sus facturas.

—¿Cree que alguien más ha podido estar aquí? —preguntó Hijazi.

—No, lo más probable es que el desorden sea suyo.

En la cocina, los platos y cubiertos de plástico parecían los utensilios preferidos. El cubo de la basura estaba vacío y en la nevera encontraron una bandeja de queso enmohecido y un cartón de leche caducado. Hijazi fue al comedor.

Nayir echó un último vistazo a la cocina y encontró un libro entre la nevera y el armario. Lo abrió para curiosarlo. Se trataba de *Las 1001 recetas de Arabia*, publicado por la Asociación de Mujeres Americanas de Jeddah. Lo hojeó y encontró algunas páginas manchadas de aceite. Alguien lo había usado, aunque, a juzgar por el polvo acumulado, fue hace mucho tiempo.

—¡He averiguado de dónde venía ese olor! —exclamó Hijazi.

Nayir fue al comedor y la encontró frente a una jaula que había sobre la mesa del café. El pájaro que había en su interior estaba muerto. Por su tamaño diría que era un periquito. El bebedero estaba vacío. Nayir observó el comedero. El pájaro se había comido todas las semillas y había dejado solo las cáscaras.

—Supongo que hace tiempo que se ha marchado de aquí —dijo—. Me parece extraño que un tipo tan desordenado tuviera un pájaro.

—Sí, es la última moda. Los pájaros son los primeros en morir en caso de ataque con armas químicas. He oído decir que los americanos suelen tenerlos en casa, especialmente en estas zonas residenciales.

Nayir miró a su alrededor.

—¿Ha visto alguna máscara de gas?

Ella frunció el ceño. Nayir metió la mano por la puerta de la jaula y sacó el papel de periódico que revestía el fondo. Lo sacudió para limpiar los excrementos y lo giró. Era la portada del *Arab News*, fechado un mes antes de la desaparición de Nouf. Dejó el periódico sobre la mesa.

—¿Así que Eric se marchó de aquí antes de que desapareciera Nouf?

Hijazi echó un vistazo al periódico.

—Tal vez volviera y se olvidó de limpiar la jaula. No parece que se ocupara mucho de la casa.

Hijazi sacó el periquito de la jaula, lo envolvió con el periódico y lo llevó al baño. Nayir observó la jaula. Se preguntaba si Eric había huido o había acabado como aquel pájaro. En cualquier caso, tenía que haber un modo de encontrarlo.

El chófer de Hijazi todavía estaba esperando cuando regresaron al aparcamiento. Nayir imaginaba que estaría furioso, o aburrido, o que habría muerto por un golpe de calor; sin embargo, estaba sentado en el coche, leyendo tranquilamente el Corán. El motor estaba encendido y el aire acondicionado debía de haber estado funcionando a toda potencia, pues cuando Nayir abrió la puerta trasera para hacer entrar a Hijazi sintió un chorro de aire frío en el pecho que le provocó un escalofrío.

Hijazi no subió al coche enseguida. Parecía no querer despedirse. Nayir se sorprendió al comprobar cómo había cambiado la idea que tenía de ella. No era exactamente virtuosa, pero tampoco descarada: era un punto intermedio entre ambas cosas y pasaba de la una a la otra como si fuera un espejismo. Al recordar que era la prometida de Othman levantó un muro en su mente y le hizo una señal para que entrara en el coche.

—Tengo que ocuparme de otro asunto antes de volver al trabajo —dijo Hijazi—. Mi chófer tiene otra cita, así que me va a acompañar y luego se marchará, y no creo poder hacerlo sola.

—¿De qué se trata?

—Um-Tahsin me dijo que la habían llamado de la óptica. Nouf había encargado un par de gafas antes de su desaparición. Um-Tahsin no tenía ni idea. Iba a mandar a uno de sus criados a recogerlas, pero me ofrecí a hacerlo. Me pareció que podía significar mucho para ella que lo hiciera. Creo que quiere conservar las gafas.

A Nayir le pareció terriblemente triste que Um-Tahsin quisiera conservar un par de gafas que Nouf habría llevado si hubiera estado viva.

—Puedo acompañarla, si es su deseo —dijo.

Ella asintió con gratitud y subió al coche. Mientras seguía al Toyota hacia el centro de la ciudad se repetía una y otra vez que estaba haciendo de escolta a la prometida de Othman por hacerle un favor. Sin embargo, en su interior sabía que no estaba haciendo ningún favor a nadie, sino que estaba cometiendo el pecado de *zina* por estar en compañía de una mujer soltera, además de pecar contra un amigo que se fiaba de él.

Pese a que su comportamiento era muy inapropiado, le ofrecía una buena oportunidad. Podría contarle cosas sobre Nouf que de otro modo nunca habría averiguado, cosas que posiblemente Othman ni siquiera sabía. A lo mejor conocía algún detalle de la autopsia que el forense había encubierto para proteger a la familia. Además, tenía que reconocer que quería acompañarla, aunque no sabía muy bien por qué.

El Toyota se detuvo en una bulliciosa calle del centro de la ciudad; Nayir lo siguió y aparcó. Salió del coche y echó un vistazo a su alrededor para ver si había

policía religiosa. Había algunos hombres en la calle, pero no le parecían sospechosos. Estaban a solo unas pocas manzanas del laboratorio forense.

Hijazi observó cómo se alejaba su chófer.

—Creo que es por aquí —dijo mientras hurgaba en su bolso.

Era un bolso enorme, parecía un pequeño barco remolcador, y le llevó algunos minutos hurgar entre los monederos, las llaves, las agendas y un montón de monedas. Contrariada, se levantó el *burka* y continuó buscando. Para evitar mirarla a la cara, Nayir observaba el bolso: un cargador de móvil, un horario de las oraciones, un *burka* de recambio y, para su sorpresa, un bote de esmalte para uñas.

—¿Se pinta las uñas? —soltó.

Ella lo miró, haciéndole apartar la vista, y continuó revolviendo en el bolso. En aquel momento, alguien apoyó una mano sudorosa sobre su hombro y Nayir se giró sobresaltado.

—Disculpe —dijo un hombre, mientras miraba fijamente a Nayir y señalaba a Hijazi—. En el nombre de Alá, que la paz de Alá esté con vosotros. Disculpe, señor, su mujer no está suficientemente cubierta.

Nayir sintió una punzada de pánico. Aun así, consiguió mirar al hombre fríamente. Era pulcro, con el pelo corto, llevaba pantalón con pliegue y una corbata con los noventa y nueve nombres de Alá. Su aspecto era demasiado occidental como para ser de la policía religiosa. Sin embargo, sus ojos negros parecían mostrar, a través de unas gruesas gafas, una ráfaga de indignación.

Nayir frunció el ceño.

—¿Acaso está mirando a mi mujer? —preguntó. El hombre abrió la boca para responder, pero Nayir le interrumpió—. ¡Es mi mujer! —gritó—. Espero que tenga una buena excusa para explicarme por qué la estaba mirando.

El hombre retrocedió.

—Disculpe, hermano, pero entenderá que se trata de un problema de decencia.

—Eso no es excusa —dijo Nayir, acercándose con mirada amenazadora—. ¿Por qué no se preocupa de su propia mujer?

El hombre enrojeció, se dio la vuelta y se alejó, doblando la siguiente esquina. Nayir sintió una oleada de culpabilidad y pidió perdón por el pecado de la mentira, que no habría sucedido de no haber cometido antes el pecado de *zina*. Se giró y vio que Hijazi se había vuelto a poner el *burka*.

—¿Se ha marchado? —murmuró.

—Sí —dijo Nayir. Se llevó la mano al pecho para calmar los latidos del corazón—. Sí, se ha marchado.

—¿Era de la policía religiosa?

—No, era un vigilante.

—¿Cómo lo sabe?

—Iba vestido de Armani.

—Ah —dijo con alivio. Le mostró una pequeña tarjeta—. La he encontrado.

—¡*Al-hamdulillah!* —exclamó Nayir.
Cogió la tarjeta, leyó la dirección y echó a andar.

El doctor Ahed Jahiz había sido uno de los mejores optómetras de Egipto. Su negocio, que había empezado como una microscópica *boutique* en un callejón en el centro de El Cairo, se había transformado en un centro comercial de tres pisos con paredes de cristal gracias a muchos años de duro trabajo y a su completa dedicación a la óptica. Tenía sus propias máquinas para estudiar el globo ocular, para tallar lentes y pulir las monturas. Vendía gafas bifocales italianas que costaban más que un automóvil. Ofrecía también becas para mandar a los paletos del país a las mejores academias de óptica de Europa, con la condición de que trabajaran para él al regresar.

Sin embargo, cuando el militarismo islámico se extendió por el mundo musulmán, El Cairo, desde siempre considerada la hermana despreocupada y obscena, resultó víctima de frecuentes ataques violentos, y el escaparate de Jahiz & Co. fue destrozado por un Chevy que provocó la muerte de doce clientes, cinco empleados y tres turistas alemanes. El doctor Jahiz se encontraba en Malí entregando un cargamento de gafas usadas para los pobres. Al volver a El Cairo encontró su edificio en ruinas, en el mismo estado en el que hubiera encontrado una tarta de cumpleaños si la hubiera dejado frente a un grupo de niños hambrientos sin vigilancia. Los restos del trabajo de una vida estaban esparcidos por toda la ciudad; se encontraron monturas incluso en el Nilo. Había habido víctimas mortales, los musulmanes pacíficos estaban furiosos y los violentos querían venganza. Jahiz decidió empezar una nueva vida. Después de cobrar la indemnización del seguro partió hacia Arabia Saudita, patria del Profeta y una de las ciudades más santas del islam. Una ciudad que, esperaba, no fuera tan miope como su querido Egipto.

Pero si El Cairo era miope, Arabia Saudita era ciega. Jahiz había pensado que la población más rica de todo el Medio Oriente apreciaría sus habilidades y su dedicación, su visión de un imperio óptico que, algún día, ayudaría a corregir cualquier defecto del ojo humano. Sus suposiciones resultaron erróneas. Los saudíes iban a las ópticas saudíes. Jahiz pensaba que se debía a que solo los saudíes conocían la fama mundial de la excelente vista de los saudíes. Muy pocos llevaban gafas, nunca había estado de moda y nunca iba a estarlo. Poco a poco se dio cuenta de que el hecho de llevar gafas era un asunto delicado, ya que los beduinos se habían jactado siempre de su habilidad para ver cualquier cosa, a cualquier distancia y a cualquier edad. Actualmente ya casi no quedaban beduinos y los saudíes se habían vuelto sedentarios y habían abandonado muchas de sus tradiciones en el desierto, como, por ejemplo, escupir cada cinco minutos, viajar de noche o lavar a los bebés con la orina de los camellos. Aun así, seguían creyéndose dotados de una vista perfecta, de modo que su gran imperio se vio inevitablemente reducido. Jahiz no perdió su estima por la óptica, pero su pasión se vino abajo como un globo tras una fiesta de cumpleaños. Se

hacía viejo, era impaciente y solía sufrir ataques de tos; y, lo que era peor, odiaba a su clientela: le parecía ridícula. ¿Qué otra cosa podía decirse de un país que obligaba a llevar el velo a la mitad de la sociedad y creía que la otra mitad era capaz de ver a través de la pared?

Esa mañana, Jahiz estaba entretenido limpiando las gafas de sol Calvin Klein de la vitrina cercana al escaparate. Las gafas de sol eran su mejor artículo y recibía un pedido cada semana. Le impedían caer en bancarrota o entregar su alma a Alá, quien todo lo ve. Hijazi y Nayir entraron en la tienda, se detuvieron sobre una fantástica alfombra persa y saludaron a Jahiz. Este guardó el trapo en el bolsillo y se irguió para atenderles, bendiciéndoles con el saludo formal que utilizaba para todos los clientes: «La paz y la misericordia de Alá estén con vosotros». Nayir le explicó lo que querían y Jahiz, suspirando, se retiró al almacén para buscar el pedido.

—Aquí está: una montura Sophia Loren, talla doce, interior de color malva, acabados de latón, lentes de plástico transparentes, sin graduar.

Nayir frunció el ceño.

—¿Sin graduar?

—Sí, eso pone —dijo Jahiz. Con la mano temblorosa, señaló el pedido—. La señora llamó el mes pasado para encargarse un par de gafas sin graduación.

—¿Sin graduación? —Nayir se rascó la barbilla y se giró hacia Hijazi—. ¿Ninguna?

Hijazi parecía no oírlos. Llevaba el *burka* y había escondido las manos dentro de las mangas de su túnica.

—Está bien —dijo Nayir—. Si eso es lo que pone...

—Por favor, pida a su mujer que se acomode.

—No, no son para ella —dijo Nayir—. Eran para una amiga que ha muerto.

—Oh —dijo Jahiz, encogiéndose de hombros—. Lo siento mucho.

—Gracias —dijo Nayir, mientras observaba cómo Jahiz colocaba las gafas en una funda de piel y se las entregaba.

—Veo que entorna los ojos —dijo Jahiz—. Diga, ¿pasa mucho tiempo en el desierto?

—¿Yo? Sí —respondió Nayir, cogido por sorpresa.

—¿Sabe? El desierto es un lugar con mucha luz. La arena la refleja y puede resultar dañina para los ojos. ¿Se los lava a menudo?

—¿Los ojos?

—Sí; tiene que lavárselos una vez a la semana, sobre todo en el desierto. La arena entra en los ojos, irrita la córnea y puede causar heridas, hinchazón y, a veces, infección. Incluso puede provocar alguna enfermedad. ¿Le cuesta ver las señales de tráfico?

—No... Bueno, quizás a veces, por la noche.

—La visión nocturna es la primera en sufrir. Creo que lo mejor sería que se hiciera una revisión, al menos para estar seguro de que su vista funciona a la

perfección.

—Ah, no —dijo Nayir—, está perfecta.

—Sí, sí, sin duda —dijo Jahiz—, pero a veces el polvo puede empeorar la condición del ojo y es difícil predecir su efecto. Tengo el mejor equipo y máquinas de gran calidad importadas de Europa. Si quiere puedo hacerle las pruebas ahora, no tardaré más de media hora.

Nayir miró a Hijazi, que fingía mirar por la ventana.

—Ahora no tengo tiempo.

—Entonces, ¿quiere que le dé hora para otro día?

Nayir siguió negándose, pero Jahiz era insistente. Al final, el doctor le ofreció un descuento por un par de gafas de sol Gucci que acababan de llegar de Roma.

—Ya sabe —dijo, colocándose las manos sobre los ojos—, a veces incluso un halcón necesita protegerse de la insoportable visión del mundo.

Nayir dudó unos instantes.

—No, gracias, no uso gafas de sol —respondió.

Jahiz dejó escapar un suspiro nervioso. Nayir pagó por las gafas de Nouf, dio las gracias de nuevo al doctor y escoltó a Hijazi al exterior. Se detuvieron en la acera.

—¿Por qué querría comprar un par de gafas sin graduar? —preguntó.

—¿Para aparentar tal vez?

Nayir asintió, poco convencido. Le entregó las gafas, pero se dio cuenta de que Hijazi no lo estaba mirando.

—Tome —le dijo—, lléveselas.

Hijazi tomó las gafas. Parecía perdida en sus pensamientos. Durante unos minutos Nayir estuvo frente a ella, intentando no mirarla y sin saber cómo despedirse.

—Gracias, Nayir —dijo—. Puedo ir a pie al trabajo desde aquí.

Nayir se sorprendió tanto al oírla pronunciar su nombre que no tuvo tiempo de despedirse antes de que Hijazi se girara. Confundido y avergonzado, regresó al coche.

En la puerta había un cartel que rezaba «SOLO MUJERES». Aun así, estaba abierta, y la gente entraba y salía. La mayoría eran mujeres, todas sin velo, sonrientes. Dos hombres árabes entraron alegremente en la sala. Ambos llevaban trajes occidentales y charlaban en inglés; uno de ellos llevaba un collar de cuentas para rezar enrollado en la mano. Nayir se abrochó la gabardina y les siguió al interior.

La sala de conferencias del hotel era como una cueva. Había alfombras gruesas y cortinas tupidas que amortiguaban el bullicio producido por la presencia de tanta gente y sofocaban el volumen de la voz y de las carcajadas que suelen caracterizar a los americanos. Algunos camareros indonesios estaban recogiendo decenas de mesas, mientras que los invitados paseaban arriba y abajo sin querer dar por terminada la fiesta.

Nayir echó un vistazo a su alrededor. En medio de la sala había una especie de mercadillo, con unas treinta mesas repletas de regalos hechos a mano, material artístico, libros, pastelería y ropa para niños. Nayir se dirigió al puesto de los libros. Echó un vistazo a los títulos: *Cómo sobrevivir un año en Arabia Saudita: Manual para mujeres de expatriados*; o bien *Coser como un beduino: patrones originales de macramé, bordado y tejido*. Pensó que, sin duda, se encontraba en la reunión de las Mujeres Americanas de Jeddah. Recorrió los otros puestos de libros y observó a sus ocupantes por el rabillo del ojo. Cuando estaba a punto de preguntar por un libro de cocina titulado *Las 1001 recetas de Arabia* se fijó en las otras mesas. En una de ellas había una exposición de objetos de papel. Era más pequeña que las demás y parecía recordar que, a veces, cuando se busca lo más evidente se encuentra lo más sutil.

Nayir sacó del bolsillo el pájaro de papel amarillo que había encontrado en la bolsa de los objetos de Nouf y se acercó a la mesa, agradecido por la presencia de otras personas que disimulaban su enorme presencia masculina.

La propietaria del puesto era una mujer pequeña que llevaba unos vaqueros y una camiseta. Estaba sentada en un taburete alto, concentrada en su trabajo. La primera sorpresa de Nayir fue ver a una mujer tan de cerca; la segunda, ver a una mujer sin velo, con ropa ajustada y, al parecer, sin ropa interior. Casi inmediatamente, por costumbre, observó sus manos. Eran hábiles y se movían con rapidez. Blandían unas tijeras que parecían hechas para un ratón y cortaban recuadros minúsculos de papel rojo. Observó también su rostro: ojos verdes, mejillas sonrojadas y arrugas alrededor de los labios y los ojos, extraño en una mujer tan delicada y joven.

Sus creaciones revelaban su sentido del humor, lo cual la descubría todavía más. Había utilizado un delicado papel de color para recrear una tetera beduina, la santa Kaaba, un camello, unas ovejas y una romántica escena del desierto, con cojines bordados y una pipa de agua incluidos. Nayir vio, además, otras creaciones algo más

cómicas: un príncipe obeso sentado en un trono con una bandeja llena de hamburguesas de papiroflexia a medio comer y crepes de McDonald's, y sus gordos muslos desparramados. Parecía asqueado, como si estuviera conteniendo un eructo. Otra composición mostraba a un hombre sobre una esterilla con un GPS incorporado, con un cartel que decía: «¡Hay que rezar siempre de cara a La Meca!». Al lado, en otra composición, se le veía gritando por el móvil: «¡Estoy harto de que los infieles invadan nuestra cultura!». La peor de todas, que hizo sonrojar a Nayir, era una composición de papiroflexia que representaba una fila de hombres con las túnicas blancas cogidos de la mano, como si fueran muñecas de papel. Había pintado sus caras y sonreían de forma lasciva. A sus pies, un cartel decía: «Los hombres son más alegres». Nayir se preguntó si era igual de irónica con su propia cultura.

Los demás clientes se habían marchado y Nayir se había quedado solo observando su trabajo; el silencio era insoportable. Ella dejó las tijeras un momento. Nayir se esforzó en mirarla a la cara. Era una cara tranquila, que admitía que la mirasen. Los americanos tenían esa habilidad. Haciendo acopio del inglés que había aprendido con los amigos de Samir, o con sus propias negociaciones con los turistas del desierto, dijo:

—Este es su trabajo.

No estaba muy seguro de si era una afirmación o una pregunta. La mujer levantó la vista y le respondió.

—Sí.

El pájaro de papiroflexia se había convertido en una bola de papel arrugada por el sudor de su mano. Lo dejó sobre la mesa e intentó alisarlo. La mujer se inclinó hacia delante, cogió el pájaro y lo observó mientras repasaba bien los pliegues.

—Un inseparable —dijo la mujer—. Para la fertilidad. Parece uno de los que yo hago. ¿De dónde lo ha sacado?

—¿Conoce a un tal Eric Scarberry?

Ella observó su abrigo de arriba abajo.

—Sí, claro que sí. ¿Quién pide por él?

—Yo.

Vio que iba en serio y rio dulcemente.

—Ah, de acuerdo.

Nayir sentía la necesidad de satisfacer su curiosidad, preguntarle cómo se llamaba, por qué estaba ahí, si estaba casada, si tenía hijos y si eran como ella, rubios y juveniles; qué hacía en Arabia Saudita una mujer como ella, no una mujer de verdad sino una que parecía casi un hombre, y si en América la gente se avergonzaba de ella o era una persona normal. Aun así, lo único que dijo fue:

—¿Sabe que Eric ha desaparecido?

La mujer dejó las tijeras sobre la mesa. Se mordió el labio inferior, pensativa.

—¿Es usted policía?

—No.

—¿Entonces?

—Un detective.

—¿Un detective de la policía?

—No, estoy investigando un caso para un amigo.

Ella asintió y después le lanzó una mirada maliciosa.

—Entonces, explíqueme por qué lleva esa gabardina.

Él observó sus manos.

—Hagamos un trato: si usted responde a mi pregunta, yo responderé a la suya. Lo que me gustaría saber es si puede ayudarme a encontrar a Eric.

Se atrevió a mirarla de nuevo a la cara y se dio cuenta de que ella no conseguía mirarle a los ojos. Cogió las tijeras y continuó su trabajo, mientras seguía mordiéndose el labio. Al alzar de nuevo la vista, era como si se hubiera puesto un velo.

—Eso no es justo —dijo—. Mi respuesta tiene más implicaciones que la suya.

—¿Cómo lo sabe?

Ella le miró a los ojos.

—Entonces, usted primero.

—De acuerdo, pero solo si me prometes que no se va a reír —dijo Nayir.

Ella sonrió. Nayir sintió un escalofrío.

—De acuerdo, no me reiré.

—Está bien. Compré la gabardina porque necesitaba un... ¿*alumeto*?

—Un amuleto.

—Sí, eso. Algo que me ayudara a... —Miró hacia el techo, incapaz de describir lo que ni siquiera había osado describirse a sí mismo.

La mujer dejó las tijeras sobre la mesa, se levantó y le tendió la mano.

—Me llamo Juliet —dijo—. ¿Y usted?

Él observó la mano, dudó un instante y la tomó entre las suyas con el mismo cuidado con que había tratado el pájaro de papel.

—Nayir ash-Sharqi.

—Encantada de conocerle.

Su sonrisa era cálida, curiosa, en absoluto provocativa como antes.

—Le di el pájaro a Eric el año pasado —explicó—. Normalmente no hago inseparables, son un cliché. Pero cuando uno se enamora, ya se sabe, cae en los clichés más absurdos. —Se sacudió los pedazos de papel del regazo y se levantó—. En realidad yo quería tener hijos con él, un montón de niños, diez, o veinte. —Sus ojos denotaban tristeza—. Ahora soy demasiado vieja para tener veinte hijos, pero todavía podría tener diez si me doy prisa.

Nayir sonrió educadamente.

—No sabría decirle dónde encontrar a Eric —dijo finalmente—. Perdimos el contacto tras nuestra ruptura. Antes vivía en el Club Jed, pero me dijeron que se había ido a vivir con un chico. —Se detuvo y miró a Nayir—. ¿He respondido a su

pregunta?

—Sí, gracias.

Nayir miró hacia el otro lado y vio a los dos hombres que habían entrado antes que él, los dos árabes con traje de George Bush. Estaban hablando con una americana rubia que llevaba un vestido tan corto que parecía ropa interior. Estaba claro que a la mujer le encantaba ser el centro de atención y que los hombres, quizás algo incómodos, intentaban ver hasta dónde podían llegar. Poner a prueba a los americanos era un estudio cultural. De repente se avergonzó de sí mismo, de haberse entretenido a charlar con una mujer que conocía desde hacía solo diez minutos y que habría podido hacer lo mismo con los hombres del traje. Era libre y ridícula, la señora «estréchame la mano y mira cómo se me mueven», la señora «me gustaría darte diez hijos; por cierto, ¿cómo te llamas?».

—Así que no sabe dónde puedo encontrar a Eric —dijo.

Ella no respondió.

—¿No siente ni siquiera una pizca de curiosidad por...? —dijo, señalando el pájaro de papel.

—No —dijo, enderezándose—. No creo que pudiera soportarlo.

Sacudió la mano como para cerrar una vieja herida que se abría con facilidad.

Nayir cogió el pájaro de papel de la mesa.

—Bueno, la mujer que lo tenía está muerta.

Juliet alzó la vista.

—¿Quién?

—Se llamaba Nouf ash-Shrawi. ¿La conocía?

Con la vista fija en Nayir, respondió:

—No.

—Murió en el desierto, la semana pasada. Llevaba consigo este pájaro cuando murió, pero estaba en mejores condiciones: lo he estrujado sin querer.

—¿Y cree que Eric la asesinó?

Nayir se encogió de hombros.

Es muy posible que la conociera, por eso lo estoy buscando.

Ella miraba inexpresivamente al suelo, presa de emociones contradictorias.

—Estoy segura de que Eric no tuvo nada que ver con su muerte —dijo con una sonrisa nerviosa—. Si lo anda buscando por un crimen sexual, créame, se ha equivocado de hombre.

—Solo quiero hacerle algunas preguntas —aclaró Nayir.

—No va a arrestarlo, ¿verdad?

Nayir negó con la cabeza.

—No tengo poder para ello.

Juliet empezó a morderse las uñas.

—Escuche, si es inocente esto lo demostrará. Lo único que quiero es una muestra de su ADN y después quedará libre de sospecha.

—¿Cómo me ha encontrado? —preguntó Juliet.

Nayir le habló del libro de cocina que había encontrado. Ella le miró con aire sospechoso cuando le habló del apartamento de Eric, pero enseguida se resignó. Empezó a recoger sus cosas. Dobló algunas de sus composiciones y las colocó en carpetas de plástico antes de meterlas en un maletín y metió las demás dentro de una caja: las escenas cómicas, el Cadillac. Nayir sintió el impulso de ayudarla, pero no se atrevió, ya que habría sido como tocar su piel.

—Eric no vive en el recinto americano —dijo Juliet—. Todavía conserva el apartamento, pero no va casi nunca. Vive en el centro, con un amigo.

Nayir captó un tono burlón en la palabra *amigo*.

—¿Y dónde vive ese amigo?

Juliet le dio la dirección. Nayir le dio las gracias, pero ella parecía absorta en sus pensamientos y le respondió distraídamente.

—No le diga que lo he mandado yo —dijo—. Y no le haga daño. Confío en que lo tratará con respeto.

—Por supuesto —dijo Nayir, y realmente lo pensaba.

Un hombre abrió la enorme puerta de madera de nogal. Debía de tener unos cuarenta años, tenía el pelo de un rubio cenizo y los ojos azules. Miró a Nayir de arriba abajo.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Estoy buscando a Eric Scarberry.

—Soy yo.

—Me llamo Nayir as-Sharqi. Soy un amigo de los Shrawi. Me gustaría charlar con usted, si no le importa.

Eric dudó unos instantes y finalmente se hizo a un lado.

—De acuerdo, cualquier amigo de los Shrawi es también amigo mío. Por favor, entre.

Nayir entró en un fresco recibidor.

—¿De qué se trata? —preguntó Eric.

—De la muerte de Nouf ash-Shrawi.

Eric asintió con una expresión seria y acompañó a Nayir por un pasillo elegante a un gran salón en el centro del apartamento. Unas vigas de cedro anchas coronaban el techo majestuoso. El suelo era de madera oscura, en contraste con el blanco de los sofás y las sillas. Una claraboya dejaba entrar la luz del sol. La habitación habría sido acogedora de no haber sido por los libros. Había miles de ellos, cada uno tan polvoriento y desgastado como si alguien lo hubiera llevado al desierto y lo hubiera traído de vuelta. Colmaban las paredes, las mesas, las sillas. Estaban apilados en el suelo, emanaban olor de moho y amenazaban con caerse.

—Siéntese —dijo Eric—, enseguida vuelvo.

Nayir echó un vistazo a los libros. Eran todos de arqueología. Nayir nunca había visto tantos en un mismo lugar. Mientras recorría los vestigios intelectuales de la obsesión de aquel hombre por las cosas muertas, las tablas de madera crujieron peligrosamente bajo sus pies.

Le llamó la atención el patio exterior. Se levantó, atravesó una puerta francesa y salió a un patio fresco protegido del sol por palmeras y limoneros. El suelo era de un azul brillante a causa de los azulejos medievales que se agrupaban alrededor de una fuente circular en medio del patio. Nayir metió las manos en el agua y se refrescó el cuello. ¿Cuánta de aquella agua se evaporaba cada día? Varios litros, pensó. Solo los ricos podían permitirse tal despilfarro. Se secó el cuello con la manga y observó el entorno. La mayoría de las casas de estilo otomano del centro eran propiedad de la realeza y de las familias de abolengo de Jeddah. Las pocas que se ponían a la venta costaban millones. Sin embargo, esta pertenecía a un estadounidense, o la había alquilado.

Nayir recordó el modo en que Juliet había hablado del «amigo» de Eric y se

preguntó si sería homosexual. Parecía imposible, e imprudente: un americano gay que vivía en Arabia Saudita. ¿Acaso no sabía que el reino ejecutaba a los homosexuales por violar la ley religiosa?

Según Azim, el amigo de Nayir, había muchos homosexuales en el distrito de Corniche, pero eran discretos y las autoridades solían dejarlas en paz. Cuando la policía quería capturar a criminales homosexuales para dar un escarmiento, perseguían a los extranjeros.

Eric regresó y se apoyó en la puerta, ágil como una mujer. Nayir continuó observando un gran mosaico que formaba una cenefa geométrica sobre la pared que daba al sur, mientras estudiaba a Eric por el rabillo del ojo. Llevaba un pantalón *beige* y una camisa de lino blanco. Su pelo, peinado hacia atrás, brillaba a pesar de estar en la sombra. Aunque su apariencia era tranquila, denotaba impaciencia, y Nayir se sentía incómodo.

—¿Té o café? —preguntó Eric.

Nayir se giró para mirarle. Le costaba encajar la imagen de aquel Eric esbelto con la que se había formado: un hombre que vivía en una casucha en el Club Jed, que nunca pagaba sus facturas y que había dejado morir a un pájaro por dejadez.

—Té, gracias.

Eric asintió y desapareció. Tampoco pegaba con Juliet, pensaba. Quizás era demasiado abierta y cordial, pero había captado una ternura verdadera en ella. Nayir no conocía a muchos americanos, pero sabía reconocer a un chacal cuando lo tenía enfrente.

Regresó al salón justo cuando Eric estaba entrando con una jarra de té helado y dos vasos. Dejó la bandeja sobre la mesita e hizo una señal a Nayir para que se acomodara en un *puff* de tejido de peluche, que parecía tan cómodo como un atrapamoscas. Eric regresó a la cocina. Con cuidado, Nayir se sentó al borde del asiento para contemplar, con sorpresa, cómo preparaba una gran bandeja con carne, paté de judías y pan, tartas de espinacas que parecían rosas, pimientos asados y berenjenas dispuestas como hojas. Se fijó en los brazos de Eric, depilados hasta el codo.

Eric sirvió el té, se sentó en la silla frente a Nayir y, sin detenerse en las formalidades, le invitó a comer.

Nayir se sentía incómodo. Rechazar la comida habría sido extraño y de mala educación. En parte, deseaba hacerlo para ver la reacción de Eric, pero se esforzó y comió un poco.

—Me gusta tratar a los invitados como si fueran reyes —dijo Eric, con voz profunda—. Es una de las cosas que más me gusta de este país.

—¿Es usted arqueólogo?

—No, soy un analista de estudios petroleros. Mi compañero de piso es el arqueólogo —respondió, señalando los libros.

—Es una extraña combinación.

—Tenemos el desierto en común.

—¿Dónde trabaja exactamente? —preguntó Nayir.

—Casi siempre en las montañas. Tenemos bastantes puntos en esa zona.

Nayir recordó que el mapa de los beduinos indicaba una plataforma petrolífera no demasiado lejos del *uadi*.

—Me gustaría saber la localización exacta de esos puntos, si no le importa.

—¿Por qué?

—Encontraron a Nouf en el desierto, no demasiado lejos de una plataforma.

—¿Cree que yo tuve algo que ver con eso?

—No lo sé, ¿usted qué dice?

—¡Por supuesto que no!

Nayir observó su rostro; la indignación era real.

—¿De qué conoce a los Shrawi? —preguntó.

—Hace algún tiempo financiaron el proyecto de investigación de mi compañero de piso. Son muy generosos con las donaciones.

—¿Y fue así como conoció a Nouf?

Lo único que podía dar a entender que la pregunta había preocupado a Eric era la ligera inquietud que había asomado a su rostro.

—No la conocía muy bien.

—Sé que la estaba ayudando a planear su huida a Nueva York.

Eric dejó el pan sobre la mesa y apretó los labios con fuerza.

—No sé de qué me está hablando.

—Sé que se citaba con Nouf en el centro comercial de Corniche para hablar de los detalles del acuerdo.

Eric se enderezó. Nayir se dio cuenta de que le temblaban las manos.

—Oiga, señor... ¿Sharqi? ¿Es policía?

—No, vengo de parte de la familia.

—Bien. Entonces, por respeto a la familia, le digo una cosa: no suelo cortejar a las jovencitas de familias ricas. Si usted cree que su muerte es sospechosa le sugiero que indague en su vida, especialmente en su entorno familiar, ya que probablemente era lo único que conocía.

—Según mis informadores, Nouf se reunía con usted en varios puntos de la ciudad para planear su futuro en Nueva York. Iba a ayudarla a conseguir un visado, quizás incluso un apartamento, el ingreso en la universidad... Todo lo que necesitara.

—¿Qué pruebas tiene?

Nayir hurgó en su bolsillo y sacó el pájaro de papiroflexia.

—¿Lo reconoce?

—He visto decenas de pájaros como ese.

Nayir lo dejó sobre la mesa.

—Se lo dio usted a Nouf.

Eric resopló.

—Sí, claro, imagino que podrá demostrarlo.

Impasible, Nayir volvió a hurgar en su bolsillo y sacó la llave que le había dado Mohammed.

—¿Y esta? ¿La reconoce?

Eric palideció.

—Es la llave de su apartamento de Nueva York. También se la dio a Nouf. Le dijo que podía quedarse una temporada hasta que su propio apartamento estuviera listo. — Eric permanecía callado, de modo que Nayir prosiguió—. Me parece que la estaba ayudando. Necesitaba a alguien que le organizara su nueva vida y le hacía falta un americano. A lo mejor le complacía poder ayudarla, aunque lo más probable es que hubiera dinero de por medio, un montón de dinero. Quizás incluso le gustaba. Era joven, y dulce. Era un plan perfecto, hasta que descubrió que estaba embarazada.

Eric resopló de nuevo, incrédulo, pero Nayir le ignoró.

—Eso suponía un problema, ¿no es cierto? Incluso en América. De repente, no era algo tan sencillo, de modo que tuvo que deshacerse de ella.

—Yo no hice nada —dijo Eric, poniéndose de pie—. Hasta aquí hemos llegado.

—Si le importa la financiación de su amigo —gruñó Nayir—, siéntese.

De mala gana, Eric se dejó caer de nuevo sobre la silla. Cruzó los brazos y esperó.

—Lo más probable es que alguien secuestrara a Nouf y la llevara al desierto. Presumo que una de sus plataformas no está demasiado lejos del lugar donde la encontraron, lo cual le convierte en el sospechoso principal.

Eric no respondió.

—Tiene dos opciones: o me dice la verdad ahora, y confía en mi discreción, o hablaré de todo este asunto con la familia —dijo Nayir—. Estoy seguro de que querrán saber todos los detalles, aunque estropee la relación con su... compañero de piso.

—De acuerdo —dijo Eric, respirando profundamente—. Yo la estaba ayudando. No tenía a nadie, yo era su única posibilidad de ser libre. No tuve absolutamente nada que ver con su muerte. ¿Por qué iba a querer matarla? Estaba a punto de pagarme casi medio millón de dólares —dijo, frunciendo el ceño—. Ahora me he quedado sin nada.

—¿Así que no le dio nada después de tantas molestias? ¿Ni siquiera una paga y señal?

—No... Sí, sí, me dio algo de dinero para el apartamento y la inscripción a la universidad, pero no era demasiado.

—Un millón de riyales —dijo Nayir—. ¿Le parece poco?

Mohammed le había dicho que la suma entregada era de un millón de riyales. Nayir estaba dispuesto a aceptar que quizás había exagerado, pero Eric parecía desconcertado.

—Ella le pagó —prosiguió Nayir—, no medio millón, sino un millón. Es un montón de dinero, y eso le pone en una situación comprometida. Dígame, ¿acaso

Nouf cambió de opinión y le pidió que le devolviera el dinero?

Eric hizo una mueca burlona.

—Claro que no tenía por qué devolvérselo —continuó Nayir—. No tenían un contrato escrito y nadie conocía sus planes, a excepción del escolta. Quizá le amenazó con contárselo a sus hermanos. Podría haberse inventado que le había robado el dinero. Habría sido su palabra contra la de usted. ¿A quién cree que habrían creído, a ella o a usted?

Nayir había enfatizado la palabra «usted» con un tono desagradable, y Eric se puso aún más nervioso. Intentó parecer tranquilo, pero al hablar le temblaba la voz.

—Lo sie... Lo siento, pero no fue así. Es cierto que habría podido revelar sus planes, pero no es eso lo que quería.

Nayir observó sus ojos para ver si le estaba mintiendo. Parecía temeroso de ser descubierto, pero era difícil decir si por sus embrollos económicos o por el asesinato.

—¿Cuánto dinero le dio? —preguntó Nayir.

—Medio millón.

—¿Cómo?

—En efectivo. La mayoría en oro. Como casi todas las mujeres de este país, así era como prefería conservar su riqueza: atada a una cadena, si me permite el símil.

—¿Cómo es posible que una chica tan joven tuviera tanto dinero?

—¡Venga, hombre! Su familia es rica. Alguien, aunque no sé quién, le había dado mucho dinero para la boda, y el resto, probablemente, era suyo.

Nayir se preguntó quién le habría dado el dinero y si se sabía que no lo había utilizado para la boda.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio? —preguntó.

—Dos días antes de su desaparición. Le juro que no la toqué. Ni siquiera sabía que estaba embarazada.

—¿Qué sucedió en esa última cita?

—Nada —dijo Eric, con voz firme—. Repasamos todos los detalles y le di la llave.

—¿De modo que iba a seguir adelante con el plan?

—Sí, así es, todo iba bien.

Nayir tuvo que combatir su repulsión por ese hombre; aun así, no estaba seguro de que fuera culpable. Se limpió las manos con la servilleta.

—¿Dónde estaba el día de su desaparición?

—Aquí, en Jeddah.

—¿En el trabajo?

—Sí, probablemente.

—¿Hay alguien que pueda confirmarlo?

—Sí.

—Bien. Necesitaré el número de su oficina y toda la información sobre las plataformas petrolíferas en las que trabaja. Pero antes de todo eso, si realmente es tan

inocente como dice, seguro que no le importará que tome una muestra de su ADN, ¿verdad?

No habría sabido decir con certeza cuál había sido el efecto de sus palabras. Eric seguía sentado en su silla, inmóvil, mirando a Nayir con curiosidad.

—Sí, claro que puede tomar una muestra de mi ADN —dijo, finalmente.

Nayir consiguió mantener la calma, pero su inquietud se hizo más profunda. Intentaba averiguar por qué detestaba a Eric. Su actitud era altanera y esnob. En cierto modo, Eric representaba al americano malvado, el hombre avaricioso que venía a Arabia Saudita y hacía cualquier cosa por dinero, causando estragos en la sociedad. En este caso, la víctima había sido una virgen inocente; aun así, no parecía darse cuenta de haber destrozado la vida de nadie. Nayir pensaba que aunque Eric hubiera asesinado a Nouf con sus propias manos habría tenido miedo de ser descubierto, pero probablemente no se habría arrepentido de sus actos.

Eric sonrió, nervioso.

—Entonces, ¿de qué parte quiere la muestra?

—Un pelo será suficiente —murmuró Nayir.

Hurgó en su bolsillo y sacó una bolsa de plástico. Eric se arrancó algunos pelos.

—¿Y el pájaro? —preguntó Nayir, recogiendo el objeto de la mesa.

—Se lo di yo, era nuestro contrato —respondió Eric.

—¿Un pájaro?

—Sí, representaba la promesa de un futuro fértil —dijo Eric. Hizo un gesto con la mano, como para indicar que sabía que no iba a haber un futuro fértil para Nouf—. Tal y como ha supuesto, no había ningún contrato, ya que corríamos el peligro de que cayera en malas manos.

—Sí, claro —respondió Nayir.

El gesto que había hecho Eric con la mano le había molestado. Parecía dar a entender que Nouf se había dejado engañar y que sus sueños nunca iban a convertirse en realidad.

—¿Cómo la conoció? —preguntó Nayir—. No creo que la familia le presentara a su hija.

—No, no lo hicieron. —Eric no parecía ofendido por las palabras de Nayir—. De hecho, fue por casualidad. Los Shrawi nos habían invitado a mí y a mi amigo a su casa una tarde. Fuimos a dar una vuelta por la playa y vimos llegar a alguien en una moto de agua. Era una chica hermosa, modesta. En cuanto nos vio se cubrió el pelo y el rostro con el velo. Ken, mi amigo, le dijo algo educadamente. Ella parecía nerviosa, pero nos preguntó si éramos americanos. Cuando le dijimos que sí, escapó; pensamos que nos debería considerar unos sucios infieles. Cuando estábamos a punto de marcharnos, un criado joven se acercó y nos pidió el número de teléfono. Era su escolta. Ella le había mandado a buscarnos cuando sus hermanos estaban distraídos.

—Así que le dieron el número.

—Sí, ¿por qué no? No sabíamos qué era lo que quería, pero... —Eric sopesó sus

siguientes palabras—. Estaba seguro de que no se trataba de... ¿Cómo podría decirlo? De algo inmoral.

Nayir sospechaba que lo primero que había pensado Eric era que las intenciones de Nouf eran inmorales. Se imaginó que Eric debía de haberse sentido desilusionado al descubrir que lo que Nouf quería era hacer negocios con él. Se dio cuenta de que estaba siendo algo exagerado.

—Una cosa más —dijo—. La primera vez que fue a casa de los Shrawi, ¿llegó a pasar de la sala de estar? ¿Acaso fue a las habitaciones de los hombres?

—¡Pues claro que no! —exclamó Eric.

Su enfado era evidente, su rostro se había vuelto rígido y había enrojecido. Nayir no comprendía su reacción, hasta que se dio cuenta de que la pregunta podía haber sugerido una posible actividad sexual.

—No, quería decir que... —pensó en hablarle de la chaqueta de Othman, pero se aturulló y prefirió dejar el asunto. Se puso en pie torpemente—. Da igual, déjelo.

Eric parecía aliviado al ver que se marchaba. Nayir le dio las gracias y se fue.

Fuera, el aire era fresco como la noche en el desierto. Respiró profundamente y se puso la gabardina, que olía todavía a la casa de Eric. Le había dado las gracias por la cena, pero estaba aún más agradecido a Alá por poder marcharse de allí y caminar libremente.

Todavía era pronto cuando llegó a casa de Mohammed. El escolta estaba en casa y le dio una muestra de su pelo. Nayir la metió en una bolsa y fue directamente al laboratorio forense. No se molestó en preguntar por Hijazi; dejó las muestras en la recepción, dentro de una bolsa de papel. El guardia de seguridad le prometió que se las daría y le preguntó si quería dejarle algún mensaje. Nayir respondió negativamente.

Nayir estaba haciendo lo que solía hacer cuando quería dejar de pensar: conducir. En círculos. No había muchas más alternativas: en Arabia Saudita no había bares, clubs, discotecas ni cines. Los lugares de reunión clandestinos eran las casas de la alta sociedad o de algunos miembros de la familia real, donde se podía adquirir una copa de vino o un vaso de *whisky*. Había incluso burdeles, donde un hombre podía encontrarse con mujeres no musulmanas, ya que era *haram* acostarse con una prostituta musulmana. Pero a Nayir no le interesaban ni los bares ni los burdeles; le llamaba la atención de vez en cuando imaginarse qué sucedía en el interior. Sin embargo, lo que sí había en gran cantidad era una cosa: a diez céntimos el litro, podía conducir hasta hartarse. Y eso es lo que hacía, junto a un millón de hombres aburridos como él. El tráfico era tan intenso que se veía forzado a trazar círculos cada vez más amplios.

La ciudad no tenía muchas intersecciones, solo rotondas que distribuían el tráfico en diez o veinte direcciones. En el centro de cada una había una escultura que distraía

a los conductores con sus formas enormes y, a veces, embarazosas: teteras beduinas gigantescas, coches volantes encastrados en un bloque de cemento, partes del cuerpo (un puño, un pie gigante). La mayor parte de las cuatrocientas esculturas de la ciudad eran abstractas, o de lo más banal, sin mostrar en ningún caso la forma humana.

Como muchos de los ciudadanos, Nayir pasaba la mayor parte de su tiempo al volante en busca de nuevas rotondas y dando a sus esculturas nombres peyorativos. Era una costumbre que había aprendido de su amigo Azim, quien había ido al funeral de una tía en Palestina hacía siete semanas y todavía no había vuelto.

Nayir tomó la primera rotonda de la calle Medina; en el centro había una enorme bicicleta con el manillar tres veces más grande que un hombre. La llamó «Made in China». Dio dos vueltas y tomó la salida este. Dejó atrás también la rotonda con la escultura del primer reactor saudí («Que Alá bendiga a América por su tecnología infiel»), hasta llegar a los atascados carriles de «Instrumentos matemáticos»: un compás, una escuadra y un semicírculo del tamaño de un Boeing.

Rodeó lentamente la escultura y la estudió desde todos los ángulos, pero no consiguió dar con un nombre inteligente. «¿Invenciones árabes? ¿Lo que hacíamos cuando todavía hacíamos cosas importantes?». ¿Y qué era lo que hacían? Lo había olvidado.

Estaba agotado, pero no conseguía abandonar la rotonda. Había demasiados coches circulando. Sintió una punzada de pánico al pensar que podía continuar dando vueltas para siempre. Desesperado, se desplazó hacia la derecha y, tras algún que otro bocinazo, consiguió liberarse y salir de la rotonda.

Sobrecogido por una repentina necesidad de abandonar la ciudad, se concentró en llegar a Corniche. Allí encontraría ochenta kilómetros de libertad. Conduciría por la costa, saldría de la ciudad y contemplaría las estrellas. Tal vez durmiera en la playa. A veces pensaba en ir a vivir fuera de la ciudad, en una pequeña casa cerca del desierto, pero era en la ciudad donde estaban todos sus contactos, donde encontraba nuevos clientes y permanecía en contacto con los ya conocidos. No podía abandonar a su tío, especialmente ahora que estaba envejeciendo. Además, vivir en el barco era como vivir al aire libre. Salía a navegar a menudo y el mar le relajaba.

Decidió no volver al barco; quería salir de la carretera y encontrar un lugar tranquilo. El simple hecho de encontrarse cerca del desierto, solo, le ayudó a tranquilizarse, y, con renovada energía, encendió la radio. Sintonizó Radio Jeddah y escuchó a un imán predicando sobre el comportamiento correcto con las mujeres. Normalmente no le gustaba escuchar esos gritos, pero esa noche le parecían extrañamente reconfortantes.

«Tocar», gruñía el imán, «es la fornicación de la mano. No se debe mirar a las mujeres *na-mehram*, ni a ninguna mujer que no sea de la familia, ya que esa es la fornicación del ojo».

Nayir pensó en Hijazi y recordó su paseo por la zona residencial americana. Había habido un momento extraño en el que su estómago había dado un vuelco:

había algo extraño en los ojos de Hijazi. ¿Admiración, quizás? ¿Por qué debía admirarle? Se imaginó a Othman hablándole de él, retratándole como... ¿qué? ¿Un musulmán correcto? ¿Un hombre que rezaba cinco veces al día, peregrinaba a La Meca una vez al año, pagaba el *zakat* y se comportaba modestamente? Dudaba de que algo así pudiera impresionar a una mujer como Hijazi. Quizás era un heroico guía del desierto, alguien capaz de disparar a un chacal.

Dejó atrás las farolas de estilo Victoriano importadas de Inglaterra, que contrastaban con las palmeras y las dunas. Su atención se posó en los edificios, en el enjambre de mezquitas que lograba divisar desde la ventanilla y en los misiles Patriot esparcidos entre ellas como abejas amenazantes. Después, el paisaje se volvía de nuevo llano: campos extensos y vacíos con algún complejo de casas horribles que parecía abandonado en el polvo. Nayir volvió a pensar en Eric. ¿Qué atractivo podía tener para una mujer como Juliet? Era demasiado viejo para ella, demasiado remilgado e infantil. ¿Se habrían acostado? Nayir se sintió sobrecogido por un repentino recuerdo de Nouf. Sacudió la cabeza y la imagen desapareció.

¿Por qué iba Eric a ayudar a una chica como Nouf? ¿A cambio de favores sexuales? ¿Por sus creencias? Nayir sospechaba que el verdadero motivo era la avaricia. Eric parecía acomodado, viviendo en una casa como esa. Aun así, Nayir podía adivinar su inseguridad: era la casa del compañero de piso. En cierto modo, era un invitado. A pesar de ello, mantenía un apartamento en la zona residencial americana. Posiblemente el acuerdo con Nouf le daba una cierta garantía en caso de que su compañero decidiera echarle.

«¡E incluso la voz!». La radio interrumpió sus pensamientos. «¡Su sutileza puede cometer la fornicación de los labios, de los dientes, del mismo respiro con que invocamos a Alá!».

Nayir se preguntaba cómo era la voz de Nouf. ¿Se pondría, como otras mujeres, monedas en la boca para amortiguar su dulzura? ¿Habría a través del *burka* o era lo suficientemente moderna como para mostrar su rostro a Eric? Eric era americano, y los americanos tenían la costumbre de aniquilar las normas; cuando se hablaba con un americano a veces era correcto actuar como ellos. Nayir lo había comprobado con Juliet, por cómo había observado su rostro. Nouf era lo suficientemente rebelde como para abandonar a su prometido y probablemente habría mostrado su rostro a Eric. Quizá le había tendido la mano y le había mirado a los ojos, para demostrarle que también ella podía ser americana.

La voz del imán, maliciosa e insistente, suponía un peligro para la conducción, así que la apagó y bajó la ventanilla, para dejar entrar algo de aire. Intentó recordar la voz de Hijazi. Para ser tan descarada, hablaba con una sorprendente suavidad. Nayir sospechaba que lo hacía para aparentar modestia, aunque careciera de ella. Su voz no era especialmente dulce ni melódica, por lo que decidió que no era pecado haberla escuchado.

Lentamente una idea se estaba abriendo paso en su interior. Probablemente Eric

desconocía la existencia de la chaqueta de Othman, y, en caso contrario, ¿por qué iba a robarla? Era ridículo, él debía tener sus propios mapas y un GPS. Nayir se sintió estúpido por habérselo preguntado. Acababa de caer en la cuenta de que había estado evitando pensar que el secuestrador de Nouf había sido alguien de la casa. Lo había sospechado desde el principio. Samir se lo había dicho y todas las pruebas apuntaban en esa dirección. Aun así, Nayir había continuado ignorándolo.

¿Qué iba a suceder? Hijazi analizaría las muestras, pero ¿le llamaría? ¿O quizás haría lo correcto y hablaría primero con Othman? Si eso sucedía, y si las muestras revelaban la identidad del padre del bebé, lo más probable era que no volviera a ver a Hijazi. Sería un consuelo no tener que volver a preocuparse de su comportamiento, pero, en realidad, no se sentía aliviado.

Se dio cuenta de que estaba rodeando una escultura en la que nunca se había fijado demasiado. Era una composición abstracta, un poste de acero que parecía una columna vertebral. Estaba partido en dos mitades; la parte superior colgaba, por voluntad artística, sobre la calle. Antes de poder evitarlo, le vinieron a la mente tres palabras: «Viagra, por favor». Con un giro brusco, atravesó el tráfico denso y entró en un callejón oscuro, donde se detuvo con un frenazo.

Había llegado a un callejón sin salida.

Era una tarde de las más sofocantes y bochornosas, teñida por un sol que se expandía por el cielo sin dejar un solo hueco. Un aire denso y penetrante envolvía cualquier superficie como si fuera lava, causando olas de calor, destellos luminosos y espejismos que hubieran podido confundir a un ejército entero y llevarlo directamente al infierno.

Katya esperaba a Ahmad en el lugar habitual, detrás de la oficina forense, pero en aquellos cinco minutos en los que permaneció de pie las suelas de sus nuevas sandalias se derritieron y se pegaron al asfalto como si fueran goma de mascar. Cuando apareció el Toyota, Ahmad la vio saltando sobre un pie y después sobre el otro, como un faquir caminando sobre brasas ardiendo. Arrancó algunas páginas de su periódico y las echó sobre la calzada para que pudiera caminar hasta el coche, no sin antes comprobar con su propio pie descalzo que amortiguarían el calor. Se les acercó un desconocido, un yemení con una túnica larga de color gris y una americana por encima. Se apresuró a ayudarles, rompiendo su propio periódico y maldiciendo aquel calor con tanto ímpetu que arrancó una sonrisa a Ahmad. Sus gestos eran amables y Katya pensó que podía agradecersele directamente; cuando lo hizo, el hombre sonrió abiertamente e hizo una reverencia.

Ahmad solía guardar en la guantera un guante de cocina para días como ese, en los que tocar la puerta del coche podía producir una quemadura de tercer grado y agarrar el volante requería una gran fuerza de voluntad. Era una manopla azul que parecía salida del programa espacial ruso. Ahmad la sacó del bolsillo y abrió la puerta a Katya, advirtiéndole que no tocara la puerta ni la ventana.

El yemení rio al ver la manopla.

—¡Ideal para hacer parir a una oveja! —exclamó.

Ahmad sonrió amablemente.

—Era de mi mujer —explicó—. Me temo que como mucho la usaba para cocinar cordero.

—Ah —dijo el yemení, alzando las cejas—, lo siento.

Katya se sentía como si la conversación se hubiera producido en otro planeta. No era extraño que en una conversación de lo más informal se acabara por hablar directamente de la fertilidad de una mujer. Se preguntó cuántas conversaciones como esa habría oído a lo largo de los años sin darse cuenta de lo que en realidad se estaba diciendo.

Subió al Toyota, que Ahmad había dejado encendido con el aire acondicionado a toda potencia. Cuando el día era especialmente caluroso, guardaba algunas toallas en un refrigerador lleno de hielo, y ahora había colocado una de ellas sobre el asiento trasero. A pesar de todos esos lujos, el calor había penetrado en su cuerpo en aquellos

cinco minutos en los que había estado esperándole y la temperatura fresca del coche no consiguió que dejara de sudar.

Se detuvieron ante la primera tienda de zapatos que encontraron. Ahmad salió del coche para comprarle un par de sandalias y volvió un par de veces para preguntarle por el precio y la talla. Las sandalias que escogió eran sin tacón, robustas, con tiras de velero, etc. Probablemente las más horribles que había tenido. Aun así, imaginaba que resistirían el calor y se las puso, agradecida.

Las autopistas estaban abarrotadas. Era la hora de comer. La gente había salido del trabajo, pero nadie estaba dispuesto a abandonar el confortante frescor de sus coches. Les llevó casi una hora salir de la ciudad, y cuando finalmente llegaron a la carretera que había de llevarles a la finca, Katya se apoyó en el respaldo del asiento y cerró los ojos.

El trabajo había sido extenuante. Aquella semana había ido todos los días temprano al laboratorio, pero Salwa estaba siempre allí, esperando que hiciera todo el trabajo, de modo que, yendo temprano, había conseguido solo cargarse con más trabajo del que tenía. En ese momento debería estar analizando las pruebas de un caso de violencia doméstica: una mujer había asesinado al marido quemándole en la cama. Katya no conocía a la mujer, pero sospechaba que, como en la mayoría de los casos, la mujer había temido por su vida.

Deseaba poder involucrarse más en las investigaciones, o conocer más detalles sobre los asesinos, pero su trabajo se limitaba a analizar las pruebas y no a resolver el misterio. En la mayoría de los casos, se consideraba afortunada si lograba descubrir los motivos del asesinato. Hacía tiempo que el departamento prometía que algún día las mujeres podrían llevar las investigaciones. A fin de cuentas, también había sospechosas. ¿Acaso no era mejor que fueran interrogadas por mujeres? Aun así, había siempre buenos motivos para mantenerlas segregadas: el departamento no tenía fondos, el gobierno no lo aprobaba, etc. Esos días estaban todos pendientes de las nuevas agentes de policía, que habían salido a patrullar por primera vez. No eran extraordinarias, pero ¿qué otra cosa cabía esperar de un grupo de mujeres a quienes no les estaba permitido conducir o ir en bicicleta, ni siquiera detener a un hombre en la calle?

El coche dio una ligera sacudida y Katya abrió los ojos. A la derecha se extendía el mar Rojo, de un azul brillante. Katya sintió un repentino y sofocante impulso de detener el coche, correr hacia la playa y arrojarle al agua, *abaaya* incluida.

—¿No podríamos detenernos un minuto? —preguntó.

Ahmad se encogió de hombros.

—Tengo otra cita en la ciudad a las dos en punto.

Katya miró su reloj. No tenían tiempo. «Esperaré», pensó. «¿A qué?», se dijo inmediatamente después. A tener un día libre. Un día en el que la temperatura bajara de los cuarenta grados, un día en el que su padre estuviera de buen humor y quisiera llevarla a la playa. Antes de conocer a Othman, había esperado años a tener un

marido: habría sido él quien la llevara a la playa, al trabajo y de compras. Sin embargo, ahora tenía un prometido, pero debía esperar hasta el matrimonio, para el que todavía no habían fijado una fecha.

Ahmad abrió el frigorífico que había en el asiento delantero, sacó una botella de agua helada y se la ofreció a Katya. Esta se levantó el *burka* y sonrió.

—Gracias, Ahmad.

—¿Has averiguado algo más sobre la muerte de la hija de los Shrawi? —preguntó.

Katya observó sus ojos reflejados en el retrovisor e intentó descifrar si su padre le había pedido que la interrogara.

—Solo un par de cosas, de momento nada definitivo —respondió.

—Me preguntaba si llevabas noticias a la familia.

—No, es solo una visita.

Sabía que Ahmad se preguntaba por qué no había esperado hasta después del trabajo. A esa hora, los hombres estarían también de vuelta y probablemente las mujeres estarían nerviosas.

—No las he visto desde el funeral —dijo—. Solo quiero asegurarme de que están bien.

Ahmad asintió, aparentemente satisfecho por su respuesta. Katya se maldijo por haberle mentado. Era cierto que quería ver si las mujeres estaban bien, pero su visita se debía también a otros motivos.

Había conseguido determinar que el ADN encontrado bajo las uñas de Nouf correspondía al del padre del bebé. Nouf había visto al padre de su hijo antes de morir. Tal vez le había comunicado que estaba embarazada y él se había asustado, se habían peleado...

Desde ahí, la historia podía tomar infinitas direcciones. ¿Habrían peleado porque él se avergonzaba del embarazo? ¿Quizá porque sabía que estaba prometida con otro? Posiblemente no habría sido necesario que se casara con ella; pronto Nouf estaría con Qazi y habría podido fingir que el bebé era de él. A menos que el bebé fuera de otra raza: rubio, negro o asiático. ¿Y si ella no quería casarse con Qazi? ¿Y si quería casarse con el padre del bebé y él la había rechazado? Algo así la empujaría a huir. La pelea podía explicar la piel encontrada bajo sus uñas y los cortes de los brazos, pero no explicaba la herida en la cabeza, que no era la causa de la muerte pero había sido suficiente para dejarla inconsciente. ¿Cómo había logrado huir después de haber sido golpeada de ese modo?

¿Y si Qazi era el padre? ¿Se había enfadado? Probablemente no. Estaban a punto de casarse, ¿qué más daba?

A pesar de que intentaba ser racional, una de las posibilidades la preocupaba más que las demás. ¿Y si Nouf le hubiera contado al padre de su hijo sus intenciones de marcharse a América y este hubiera intentado detenerla? Una cosa así podía hacer enfadar a cualquier hombre, incluido Qazi. ¿Le habría dicho algo así?

Katya suspiró. Se sentía frustrada. No conocía bien a Nouf. La mayoría de las veces se veían en la sala de estar de las mujeres, un sitio público y bastante formal. Había hablado con Nouf en privado en pocas ocasiones, suficientes para darse cuenta de que era más vivaz que las hermanas. Reía a menudo y hablaba con gran entusiasmo de sus galgos. Una vez le había confesado que amaba a los animales más que a los niños y que, si podía, tendría una familia solo de perros.

Sin embargo, al igual que las demás mujeres de la familia, Nouf era reservada y solía caer repentinamente en el silencio, a veces en mitad de una conversación, justo cuando empezaba a tomar confianza. Katya nunca sabía qué hacer en esos momentos, que solían preceder a una retirada educada. Nouf le decía que tenía cosas que hacer. Katya solía sentirse rechazada. Le gustaba Nouf porque era la favorita de Othman. No tenía hermanas y ansiaba entrar a formar parte de la vida de Nouf, poder entrar en su habitación al menos una vez, ver qué libros leía, curiosear su bisutería, sus creaciones artísticas o sus peluches. ¿Era desordenada? ¿Cómo sería su cama? ¿De qué color era la habitación? ¿Tendría sus propios criados? Katya creía que Nouf se habría mostrado más relajada en su habitación, y esperaba, una vez se hubiera casado con Othman, poder superar lo que podía parecer una situación incómoda y haberla conocido mejor.

Al llegar al puente que daba acceso a la finca se le hizo un nudo en el estómago. Desde el principio había deseado hablar con las mujeres y preguntarles lo que sabían acerca de la vida de Nouf. Pero desde esa fatídica mañana en la que había identificado su cuerpo en la sala forense no había conseguido sacar el tema sin tropezar con un muro de silencio y lágrimas. Esperaba que quizás ahora hubiera pasado el tiempo suficiente.

Ahmad bajó las ventanillas delanteras para dejar entrar una brisa ligera. Se encontraban sobre el agua y la finca empezaba a divisarse. Katya todavía se emocionaba al ver las blancas paredes de la finca a lo lejos y pensar que algún día pertenecería a esa familia, obviamente, si conseguía ser bienvenida en esa ocasión.

Había pasado suficiente tiempo con las mujeres como para saber que prácticamente vivían en la sala de estar. No cocinaban, no lavaban los platos ni la ropa ni se ocupaban de nada a excepción de sus visitas sociales, sus oraciones y sus comodidades. Los niños más pequeños jugaban en una sala distante con sus dos criadas filipinas, mientras que las madres y los niños mayores pasaban la mayor parte del tiempo en aquella sala blanca y bien iluminada, con aire acondicionado, ventanas cerradas, un televisor y fragmentos del Corán enmarcados en las paredes. En la pared del fondo de la sala, una fila de ventanas daba a la mezquita de la familia y, al otro lado, unas grandes puertas se abrían a un jardín, animado por una fuente que parecía surgir directamente de la piedra. Las vides crecían sobre la pérgola, bajo la cual había dispuestos bancos y sillas mullidos. Una fila de limoneros desprendía una alegre

fragancia, pero a pesar de la fuente y de la sombra, hacía demasiado calor para sentarse fuera y las mujeres solían permanecer en el interior de la casa.

Nusra se movía continuamente, acompañaba a las visitas y salía de nuevo a supervisar las de la casa. Las mujeres de sus hijos solían ocupar la sala con sus primas y sus amigas. Cuando Nouf aún estaba viva, solía pasar la mayor parte del tiempo en la sala con su hermana menor. Los criados no se alejaban demasiado, volvían a menudo a rellenar las cafeteras, retirar los cuencos vacíos y sustituirlos por otros. Abir solía molestar a las criadas sirviendo ella misma el café y jugando con la comida, mientras ellas se quedaban de pie sin saber si debían intervenir.

A Katya le había resultado difícil familiarizarse con los nombres de su familia política, pero por suerte siempre se sentaban en el mismo lugar. Había cuatro sofás dispuestos en forma de cuadrado. Las cuñadas ocupaban los sofás a los lados. La mujer de Fahad, Zahra, se sentaba a la izquierda, y su hermana Fátima solía sentarse junto a ella. Normalmente se peinaba, se miraba las uñas o leía. El sofá de la derecha estaba reservado para Nusra y las hijas jóvenes. Muruj, la hermana mayor de Nouf, se sentaba de espaldas a la puerta, mientras que la mujer de Tahsin, Fadilah, se sentaba frente a esta, en el sofá central.

Al llegar al salón esa tarde, Katya se levantó el *burka* y devolvió la multitud de saludos que recibió. Un incómodo silencio le reveló que había llegado en medio de alguna conversación. Las mujeres se giraron para mirarla. Ella se imaginó que tropezaría con el dobladillo de la túnica o caería sobre Abir antes de llegar a sentarse en el sofá. Moviéndose con cuidado, consiguió sentarse junto a Zahra. Estaban sirviendo café y lo agradecía; al menos le daba algo que hacer con las manos. Miró a su alrededor y vio que, como era habitual, el televisor parpadeaba y lanzaba imágenes silenciosas de La Meca.

—¿No trabajas hoy? —le preguntó Zahra.

—Me he tomado la tarde Ubre —respondió Katya.

—Lo harás más a menudo cuando te cases —replicó Zahra, guiñándole el ojo.

Katya sonrió ligeramente, pero nadie dijo nada. No sabía si se sentían incómodas por el comentario de Zahra o si debería de haberle respondido algo gracioso a su vez, pero no tenía nada que decir.

—Bien, futura esposa de Othman —dijo Fadilah—, ¿has escogido ya el vestido?

Katya se volvió hacia su futura cuñada. Fadilah era la esposa de Tahsin, y se parecía tanto a él en el carácter y la constitución que parecía una parodia. Tenían el mismo rostro redondo, los mismos labios gruesos, la misma mirada lánguida. Ambos solían llevar túnicas impecables, hechas a medida, y se sentaban de manera majestuosa y vigilante, como si sus huéspedes fueran sus siervos.

Le estaba preguntando sobre su vestido de novia, pero Katya ni siquiera había empezado a buscarlo. En realidad, los vestidos que le gustaban eran demasiado sosos o parecían demasiado baratos. A pesar de que se tratara de su propia boda, sentía la necesidad de complacer a su futura familia política, o, al menos, de no

decepcionarlos. Un par de semanas atrás, Nusra había contratado a una modista profesional que se había presentado en casa con veinte vestidos, todos demasiado recargados y caros, adornados con lentejuelas y bordados bizantinos, detalles dorados y borlas, y capas de satén y encaje. Algunos tenían incluso corsés de huesos y faldas acampanadas espantosas que la hacían sentir como una de aquellas estatuas de las rotondas que se contemplan con incredulidad. Lo peor eran los colores. Eran espantosos: mostaza y fucsia, verde pimienta y un naranja estridente, casi peligroso. Habría querido poder decir a Nusra que no le gustaban, pero no quería avergonzarla ni parecer desconsiderada. Prefería un marrón oscuro o el sencillito rojo de las mantas beduinas. Al ver que rechazaba los vestidos, Nusra se había disculpado.

—Al parecer no soy yo quien debe recomendarte una modista —había dicho indicando sus ojos ciegos.

Katya se había disculpado, añadiendo que le hacía falta algún tiempo para decidir lo que quería.

—Todavía no me he decidido —le dijo a Fadilah—. Me gustaría encontrar algo simple y elegante.

Fadilah suspiró. Era el sinónimo no verbal de una queja.

—Mi hermana es modista —dijo—. Dime qué colores te gustan y le pediré que te haga un vestido.

Katya no podía imaginar nada peor que verse obligada a llevar un vestido hecho por la hermana de Fadilah, a quien no conocía, pero había algo en las miradas de las demás mujeres que le dio a entender que era algo que Fadilah no solía proponer a cualquiera y que no debía rechazar la oferta.

—Muchas gracias —respondió Katya—. En realidad este fin de semana viene una vieja amiga de mi madre a enseñarme unos vestidos, pero tendré presente tu propuesta.

Fadilah parecía desconcertada. Quizás había intuido que se trataba de una excusa. Aun así, sonrió educadamente y la conversación concluyó ahí.

La tensión dio paso a uno de los largos silencios en los que solía caer la reunión de las mujeres. Katya se sentía frustrada, pues no lograba despertar el entusiasmo de sus futuras cuñadas. Se esforzó por encontrar el modo de romper el hielo y poder hablar de Nouf sin parecer una entrometida, pero fue en vano. La situación no hizo más que empeorar cuando, al abrirse la puerta, apareció la joven Huda. Era una prima de los Shrawi que había venido desde Dhahran para la peregrinación a La Meca. Desde su llegada, dos años atrás, había peregrinado una docena de veces. Las Shrawi, en lugar de aburrir su eterna visita, no hacían más que elogiarla. Solían decir que era la mayor peregrina del mundo y el brazo derecho de Alá. Huda, con gran modestia, nunca dejaba de agradecerles que le hubieran ofrecido la posibilidad de alcanzar La Meca.

La llegada de Huda provocó un revuelo. Muruj se levantó para darle la bienvenida. Ella sonrió apenas y anunció que era la hora de las oraciones, justo

cuando la llamada a la oración inundó la sala, entrando estrepitosamente por la ventana que daba al acantilado. Bajo el acantilado se encontraba la mezquita de la familia. Había altavoces por toda la isla, pero dos de los mayores estaban encarados a la sala de las mujeres, de modo que cinco veces al día los cantos religiosos impedían que se pudiera hablar. Huda y Muruj se dirigieron al baño contiguo para realizar sus abluciones, mientras que las demás hermanas y cuñadas permanecieron sentadas sin mirarse, avergonzadas por el hecho de permanecer excluidas pero sin ninguna intención de llevar a cabo las oraciones.

Katya también permaneció sentada. Ya había pasado por esa situación otras veces. Si Nusra hubiera estado en la sala, o si hubiera habido otras visitas que no fueran de la familia, todas habrían rezado, pero como las reunidas eran las mujeres jóvenes, hacían lo que les parecía.

Katya observó a las mujeres en silencio. Su incomodidad se debía en gran parte a la rigidez que veía en ellas en momentos como ese. Hasta entonces, su relación con ellas había sido un elegante intercambio de apariencias, agradecimientos y respuestas formales y *alhamdullilahs*. Iba a tener que pasar mucho tiempo con esas mujeres sin Othman a su lado. Nunca había pensado en casarse con un hombre por su madre o sus hermanas, a pesar de que sus amigas lo hacían. El marido importaba poco. Nunca estaba en casa, y si esta era lo suficientemente grande ni siquiera le veían aunque estuviera. Una mujer se casaba con la suegra, las cuñadas y las sobrinas de su marido. Katya se repetía una y otra vez que aprenderían a apreciarse, que su relación se volvería más cálida y tolerante, pero tenía muy pocas cosas en común con esas mujeres. Esa familia no se parecía en nada a la suya, con Abu todo el día en la cocina, preparando la cena, fumando, leyendo el periódico o viendo la televisión. En esta familia no se cocinaba, ni se leían los periódicos. Lo hacían los sirvientes. Othman le había prometido un apartamento en la ciudad, pero aun así querría que visitara a su familia con asiduidad. Pasaría allí sus vacaciones, debería llevar a su padre y, más adelante, a sus hijos. Iba a pasar más tiempo en esa sala de lo que podía imaginar.

Se preguntaba qué debía pensar Nouf sobre sus hermanas y cuñadas. Nouf, que quería vivir con los perros, en América, ir a la universidad y tener relaciones sexuales antes del matrimonio. ¿Cómo había podido convivir con mujeres como Huda y Muruj? Debía de haber sido difícil cuando Huda se había instalado en la casa. Era un año más joven que Nouf, pero diez veces más devota: la hija que cualquier madre fervorosa habría deseado. O quizás fuese al contrario, la presencia de Huda había sido una bendición, una distracción para las demás que permitía a Nouf seguir adelante con sus planes.

Frente a Katya, en el suelo, Abir estaba sentada con las piernas cruzadas. Su mirada era fría. Se parecía tanto a Nouf que podrían haber pasado por gemelas. Su túnica de estar por casa era negra y sus manos descansaban sobre su regazo en un gesto inconsciente de modestia. Había en ella un atisbo de indignación que Nouf no tenía o cuando menos había logrado esconder mejor. Abir se parecía a Nouf, no tanto

por su carácter como por su posición: era joven, elegible. La familia pensaba en ellas con cierto suspense. ¿Cómo actuarían? ¿Con quién se casarían?

Pero mientras las mujeres habían considerado a Nouf como a una adulta, todavía trataban a Abir como a una niña a quien su madre reñía por jugar con la comida. En ese momento contemplaba la puerta del baño, quizá por la presión de unirse a su hermana y a su prima o tal vez burlándose de ellas en silencio por otras razones.

Cuando Muruj y Huda salieron del baño se dirigieron a la ventana, extendieron dos esterillas que había apiladas en la esquina y empezaron sus oraciones. Katya las observaba desde atrás. Le parecía absurdo que Huda hubiera ido para una visita y nunca se hubiera marchado. La familia la había adoptado, del mismo modo que habían hecho con Othman años atrás, aunque la historia de este fuera más dramática. Katya recordaba que había sido una de las primeras cosas que su prometido le había contado sobre sí mismo.

Los Shrawi no habían conocido al padre de Othman, pero sabían que se llamaba Hussein y que era un trabajador del sur de Irak. Llevaba solamente seis meses en Jeddah cuando la constructora para la que trabajaba suspendió pagos. Sin el apoyo de la empresa no podía renovar su permiso de trabajo, pero tampoco tenía dinero para volver a Irak. Un mes más tarde, mendigaba por las calles de Jeddah con su hijo de seis años.

Un día, de camino al trabajo, Abu-Tahsin les vio desde la ventanilla de su limusina y pidió al chófer que detuviera el coche. Llevó a Hussein y a su hijo a una de las casas de acogida de la familia y se aseguró de que fueran alimentados y vestidos con ropa nueva. Mandó a Othman a la escuela del barrio y renovó el permiso de trabajo de Hussein. Les dejó dinero suficiente para que pudieran salir adelante durante algunos días y les abandonó a su suerte. Dos días después, mientras recorría la ciudad en busca de trabajo, Hussein sufrió un terrible golpe de calor y murió por la noche.

Abu-Tahsin sintió tal pena por el muchacho que arregló de inmediato los documentos para su adopción. Katya solía preguntarse qué fue lo que le llevó a tal decisión. No había sido un acto precipitado, ya que la adopción le llevó un año y medio, pero tampoco era una decisión que pudiera ser revocada más adelante: ataba a Othman a la familia de por vida. ¿Qué es lo que Abu-Tahsin había visto en el muchacho que le había enternecido de ese modo? ¿En qué se distinguía Othman de cualquier otro huérfano sin casa? En cualquier caso, era una historia sobre Abu-Tahsin y sobre lo difícil que era encontrar en la misma constelación una pasión espontánea tan grande respaldada por una generosidad de espíritu duradera.

Una vez finalizadas las oraciones, las mujeres regresaron a sus asientos. Muruj propuso que comieran algo de fruta y las mujeres empezaron a organizarse. Zahra cogió el teléfono y llamó a los sirvientes. Huda amontonó la cafetera y las tazas vacías en una bandeja. Abir estaba recogiendo distraídamente la pelusa del sofá. Katya se preguntaba cómo les habría afectado la muerte de Nouf. Parecían tan

compuestas como siempre.

Zahra colgó el teléfono y se acercó a Katya.

—Pareces cansada —le dijo.

Las demás mujeres charlaban y Katya agradeció poder dar una respuesta sincera.

—Sí, estoy cansada —replicó—. Es triste estar aquí sin Nouf.

Se hizo el silencio, e incluso Abir pareció despertar de su ensimismamiento.

—Sí, es triste —dijo Zahra en un susurro. Las demás continuaron con sus conversaciones, pero sin entusiasmo—. Me preguntaba —prosiguió— si tenías intención de seguir trabajando tras la boda.

Se hizo otro silencio y todas se volvieron hacia Katya con curiosidad, ansiosas por oír su respuesta.

—Todavía no lo he hablado con Othman —dijo.

—Pero querréis tener hijos, ¿verdad?

—Sí, claro.

No pudo evitar sonrojarse. Sabía lo que venía después, lo que Zahra diría si no estuvieran en una sala de estar tan formal como esa: «Sería mejor que empezaras a tener hijos antes de que seas mayor. Quizás eres ya demasiado mayor. ¡No querrás comparar el valor de un trabajo con el de los hijos!».

En cambio, Zahra sonrió y asintió.

—Que Alá os conceda tantos hijos como Um-Tahsin.

—Gracias —respondió Katya, mientras se preguntaba si el siguiente asalto sería de mal gusto—. ¿Cómo está Nusra? Debe de ser horrible perder a una hija.

—Es lo peor que le puede pasar a una madre —asintió Zahra.

Hubo un momento de respetuoso silencio. Katya se moría de ganas de preguntarle si creía que Nouf había huido, pero fue la suave voz de Huda la que rompió el silencio.

—Que Alá la perdone, debería de haber tenido más cuidado.

Nadie sabía qué responder. Katya observó a las mujeres, que mantenían los ojos fijos en sus manos.

—Es extraño, pero desde el principio creí que había sido secuestrada —dijo.

Muruj resopló y se enderezó en el asiento.

—No —respondió, con desdén—. Te diré lo que sucedió. Mi hermana tenía demasiadas fantasías en la cabeza, ¡desde que era niña!

Su voz había alcanzado un tono extraño. Las demás mujeres se mostraban de acuerdo con su afirmación. Fadilah asintió ligeramente y Abir resopló como si quisiera dar a entender que era algo que todas sabían.

—Se escapó por la razón más vergonzosa —continuó Muruj—. ¡Por un hombre! Probablemente con algún chico que debió de conocer en el centro comercial, o tal vez, que Alá nos proteja, a través de su chófer. Se enamoraría, o creería estar enamorada, y, cuando se escapó para estar con él, no se debería de presentar. La dejó en el desierto para que muriera.

Fadilah atravesó a Katya con la mirada, como si quisiera preguntarle por qué había sacado el tema.

—¡Ese chófer debería ser despedido! —soltó Muruj.

—Si tenéis alguna prueba, ¿no deberíais averiguar quién era el chico? —preguntó suavemente Katya.

—Da lo mismo —continuó Muruj—. Es siempre la misma historia. Él la utilizó y después la abandonó. Eso es lo que sucede cuando no se tiene un contrato matrimonial. ¡Nouf no ha sido la primera en darse cuenta!

—Es cierto —murmuró Zahra—. Estamos intentando averiguar quién fue. ¿Acaso Tahsin no está...?

Miró a Fadilah, quien levantó una mano para indicar que no quería hablar de ese tema y que estaba decepcionada por el rumbo que estaba tomando la conversación.

Frente a la expresión contrariada de Fadilah a Muruj, Katya tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para hacer la siguiente pregunta.

—¿Y nadie tiene la mínima idea de quién puede tratarse?

Nadie respondió inmediatamente, pero Huda y Muruj se miraron de modo significativo, lo cual provocó que Huda cerrara los ojos y susurrara una retahíla de oraciones.

—Quienquiera que hiciera esto a mi hermana será juzgado en el cielo —sentenció Muruj.

La tensión de su rostro desapareció y se acomodó en el sofá con una expresión triste, paralizada y decepcionada, que en cierto modo parecía más sincera que todo el jaleo que la había precedido.

Abir mantuvo la mirada fija en Katya, pero cuando esta la miró, alguien llamó a la puerta y Abir se levantó para abrir. Entraron tres mujeres, por lo que Katya se sintió frustrada, pues no había esperanza de poder continuar la conversación. Las recién llegadas eran invitadas. Cuando se levantaron el *burka* nadie las reconoció y saludaron a las demás mujeres torpemente. Una de ellas se presentó y explicó que su marido había ido a la finca a entregar un donativo. Las otras dos mujeres no se presentaron, pero Katya supuso que también sus maridos debían de estar de visita en la finca. Iban bien vestidas. Estaba claro que eran ricos. Llevaban bolsos Gucci y sus zapatos de tacón alto dejaban entrever una parte de sus tobillos. Sus túnicas eran de seda y hechas a medida para dar a entender la elegancia de las formas que cubrían. Una de ellas llevaba incluso uñas postizas de un rojo brillante. Al lado de aquellos ejemplos de la moda, las Shrawi parecían recién llegadas del desierto. No llevaban maquillaje, ni túnicas de seda, ni zapatos de tacón y, por supuesto, no se pintaban jamás la uñas. Abir contemplaba las manos de una de las mujeres, pero su expresión era inescrutable. ¿Se sentía ofendida? ¿Escandalizada? ¿Celosa? Antes de que la puerta volviera a cerrarse, Abir salió de la sala.

Muruj invitó a las mujeres a sentarse y Katya se levantó para dejarles su asiento, rechazando educadamente las protestas. Aprovechó la ocasión para disculparse con la

excusa de volver al trabajo. Fadillah la miró de una manera extraña, y solo cuando hubo salido de la sala y recorrido la mitad del vestíbulo cayó en la cuenta de haberle dicho que se había tomado la tarde libre. Se sonrojó al pensar en su mentira descarada.

Al final del vestíbulo había un pasillo. A la izquierda estaba la salida, utilizada solo por las mujeres, y a la derecha, los desconocidos aposentos de las mujeres: sus habitaciones, baños, cocinas y salas de costura. Nusra le había enseñado esa parte de la casa en su primera visita a la finca, pero desde entonces no había vuelto a verla. Abir tenía que haber ido hacia allí.

No se veía a nadie. Katya giró a la derecha y recorrió el pasillo, intentando descifrar algún sonido que denotara la presencia de la adolescente: el ruido de un lápiz que se desliza sobre un cuaderno, o las notas apagadas de música *rock* que se escapaban de unos auriculares. ¿Tendría música? Era cuanto Katya podía imaginar, eran sus propios recuerdos como adolescente, aunque sin la tecnología.

Atravesó una puerta abierta y se encontró en un baño vacío. Unos metros más adelante había otras puertas. Abrió la primera y entró en un vestíbulo, una especie de salita con una mesa pequeña cuadrada en una esquina. Sobre la mesa había una copia del Corán. Llamó suavemente a la puerta. No hubo respuesta. La abrió y echó un vistazo al interior. Lo primero que vio fueron unas letras de madera azules: «Nouf». Echó un vistazo al pasillo para comprobar que nadie la había visto y entró.

Era una habitación espaciosa. En el suelo había una alfombra azul cielo, como si fuera un enorme mar sobre el que flotarían los muebles. Una cama con un dosel blanco flotaba entre dos mesitas idénticas. Las paredes eran blancas y sin decoración, aparte de las letras de madera azules. Sobre la mesita había algunas fotografías de familia con marcos dorados. Junto a la puerta del baño había dos palmeras. Como si fueran restos de un naufragio, los objetos más pequeños (zapatillas, peluches y joyeros) habían sido amontonados en una esquina.

Carecía de ventanas, pero la luz penetraba a través de dos claraboyas. Había una lámpara junto a la cama y una mesita de cuyo cajón sobresalía una revista. Katya se acercó a la cama. Los cojines con sus corazones bordados y la suavidad de las sábanas blancas de algodón le daban un aire virginal. La mosquitera contribuía a la imagen de que esa cama había acogido algo inocente y dulce que necesitaba protección. Abrió el cajón de la mesita y sacó la revista. Estaba abierta por una página que contenía un artículo titulado «Los setenta y siete nombres del amor».

Katya miró instintivamente hacia la puerta. No había nadie. Había puertas en cada pared de la habitación, pero todas estaban cerradas. Las examinó una por una. Ninguna tenía cerradura. Cualquiera podía entrar en cualquier momento, desde cualquier dirección. Nouf debía de haberse sentido acechada, y aun así había osado dejar un artículo como ese a la vista. Sus padres no lo hubieran aprobado, a menos

que el título fuera «Los setenta y siete nombres de Alá». Katya se sentó en la cama y leyó el artículo. Quizás una adolescente podía hacer lo que le viniera en gana teniendo una madre ciega.

La puerta se abrió de golpe. Katya se levantó de un salto y escondió la revista en el bolso por alguna estúpida razón instintiva. Se arrepintió de inmediato, ya que el gesto la convertía en una ladrona.

Abir estaba de pie en la puerta.

—¿Qué haces aquí?

—Yo... Bueno... Perdona, en realidad te estaba buscando y encontré esta habitación por casualidad.

Abir bajó la vista y vio la revista metida de cualquier manera en el bolso de Katya.

—¿Por qué me estabas buscando?

—Me estaba aburriendo en la sala de estar, te vi salir y... —dijo, encogiéndose de hombros.

Abir la miró como cualquier adolescente miraría a un adulto que parece entenderle, sin saber si esa comprensión es cierta pero temeroso de que no lo sea, y asustado en ambos casos. Katya la miró. Llevaba un fular rojo y sujetaba un ejemplar del Corán abierto contra su pecho. Debía de haber estado rezando. Abir era de la misma edad que Huda.

—¿Qué *sura* estás leyendo? —preguntó Katya.

Abir cerró el libro, lo dejó sobre la mesita y se sentó en la cama.

—Solo estaba intentando leer —respondió.

Katya sintió que la habitación se llenaba de desolación. Miró las fotografías que había sobre la mesita. En ninguna de ellas aparecía Abir. Había cuatro marcos: dos eran fotografías de Abu-Tahsin y Nusra, la otra era una fotografía de Nouf en el cumpleaños de una de las hermanas pequeñas. Estaba cortando el pastel y sonreía. La última fotografía era de una pareja de perros *saluki* con la lengua fuera.

—Siento lo de tu hermana —dijo.

Abir no respondió.

—Debíais de estar muy unidas —prosiguió Katya.

Abir metió las manos bajo los muslos, nerviosa.

—Viste su cuerpo, ¿no es cierto?

Suavemente, Katya se sentó en la cama junto a Abir.

—Sí, lo vi.

—¿Sabes cómo murió?

—Sí —respondió, mirándose las manos. Sabía hasta dónde quería llegar Abir—. Se ahogó.

Abir se llevó la mano a la boca.

—¡Oh!

—Lo siento.

Katya dedujo que Abir no lo sabía. Sus padres debían haber pensado que era demasiado joven para saber la verdad. ¿Qué había de malo en ahogarse cuando la posición del cuerpo de Nouf en su funeral anunciaba que había cometido el crimen de la fornicación? ¿Acaso Abir se había dado cuenta? Aun así, era un alivio comprobar que no era ella la única víctima del secretismo de la familia.

A Abir le temblaban las manos y parecía que estuviera intentando contener las lágrimas.

—No nos cuentan nada. Sé que intentó escapar, se perdió en el desierto y murió, pero desconozco los detalles. ¡Tengo que saberlo! No dejo de preocuparme —dijo. Apretó los puños y los frotó sobre su regazo—. No dejo de pensar... ¿Y si...? ¿Y si no fue un accidente? ¿Y si se hubiera escapado y no hubiera querido regresar? Tal vez pensaba...

—¿Suicidarse? —la ayudó Katya.

Abir asintió. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—No soporto la idea de que su alma esté en el infierno. ¡Era mi hermana!

Su voz tembló y empezó a sollozar. Katya tuvo que reprimir el impulso de rodearla con sus brazos. Le pareció que no sería bienvenida.

—No sé qué es lo que sucedió exactamente —dijo—, pero estoy convencida de que no se suicidó.

Abir tragó saliva y la miró.

—Alguien la golpeó en la cabeza —prosiguió Katya—. No fue eso lo que la mató, pero es posible que quedara inconsciente, y cuando se produjo la inundación estaba indefensa.

Abir palideció.

—No lo entiendo. ¿Quién la golpeó? ¿Había alguien con ella?

—No lo sé —respondió Katya—. Escucha, Abir, ¿se te ocurre alguna razón por la que Nouf hubiera querido escapar?

Abir sacudió la cabeza.

—Sabía que estaba nerviosa por la boda.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Quizá porque no conocía demasiado bien a Qazi.

—¿Había hablado alguna vez de huir?

—No, solo alguna vez, de broma. —Abir se secó de nuevo los ojos—. Entonces, ¿huyó?

Katya dudó.

—No lo sé.

Abir pareció recuperar su compostura. Se enderezó y sus hombros dejaron de temblar. Se limpió la nariz con la manga. Se hizo un extraño silencio.

—Siento haber hecho tantas preguntas sobre Nouf. No quería preocuparte. Sé que nada hará que vuelva.

Abir asintió.

—Me habría gustado haberla conocido mejor —dijo Katya.

Abir se irguió y fue a abrir una de las puertas. Encendió la luz e hizo una señal a Katya para que entrara. Era un enorme vestidor lleno de ropa colgada en perchas y guardada en cajones, baúles y estanterías. El zapatero estaba lleno de zapatos. Todo estaba ordenado y limpio. Katya entró en el vestidor con curiosidad.

—¡Caramba! —susurró—. ¿Era siempre tan organizada?

—No, no. Tras el funeral mi madre dio órdenes para que todo estuviera ordenado.

Katya no se atrevía a tocar nada, pero Abir empezó a mostrarle la ropa. Era un surtido muy variado. Una americana de raya diplomática compartía percha con un *negligé* rojo. Había un traje de fiesta ajustado con lentejuelas, un suéter de lana *mohair* trenzada rosa y un pantalón de cuero rosa. En una estantería había pantalones cortos y camisetas, y la ropa interior parecía demasiado pequeña, había medias con ligero y sujetadores transparentes. Por primera vez, a Katya le parecía encontrar indicios de la personalidad que había esperado atisbar en la habitación. Ese lascivo vestidor, con miles de riyales en ropa, era un mundo fantástico en el que Nouf podía llevar una americana de hombre o un pantalón corto. Había pantalones vaqueros y docenas de camisetas negras y camisas azules. Parecían uniformes de una escuela privada. Junto a estos había un abrigo blanco y grueso, largo hasta los pies y hecho de las pieles más suaves. Katya se detuvo, poseída por el instantáneo y salvaje anhelo de tener un abrigo como ese y vivir en un mundo donde pudiera llevarlo. En la percha de al lado había unos guantes, una bufanda y un gorro de pieles. Acarició el pelo del gorro. Era frío y suave, y por un momento le pareció ser Nouf dentro de ese vestidor, que atravesaba el tiempo y el espacio para tocar un lago helado o el borde de un glaciar.

Al girarse, vio a Abir que le mostraba un vestido rosa formal. La falda tenía tanto vuelo que el vestido podría aguantarse de pie. Katya cayó en la cuenta de lo que era.

—¿El vestido de boda?

—Sí.

—Es extraño —dijo Katya mirando a su alrededor—. Un momento. ¿Cuánto de todo este vestidor era su dote?

—Todo lo que está en este lado y casi un tercio de aquel —dijo Abir, señalando todo lo que era interesante en aquel recinto.

Katya volvió a mirar el abrigo de pieles y se sintió decepcionada. Nouf no había comprado esos vestidos, había sido Qazi. Lo que quedaba de las posesiones originales de Nouf eran unas cuantas túnicas, un par de vaqueros, algunas camisetas y una docena de túnicas de estar por casa. Señaló los vestidos.

—Creía que ella misma había elegido todo esto.

Abir negó con la cabeza.

—No le gustaba el rosa.

Obviamente, Qazi no lo sabía. ¿Compraría los vestidos pensando que el rosa

gusta a todas las chicas? ¿O acaso era eso lo que quería, una mujer que se vistiera de ese modo? Katya pensó en su propia dote. Othman todavía estaba comprando algunas piezas. Esperaba que no le comprara toda esa ropa, esos objetos tentadores, cuyo único objetivo era simbolizar lo que la persona que tuviera que llevarlos nunca llegaría a ser.

Cuando volvió a mirar a Abir, vio que la estaba esperando para marcharse. Katya la siguió de nuevo a la habitación. La expresión de Abir se había vuelto fría y formal.

La chica recogió el Corán.

—Debo irme —dijo.

—Por supuesto.

Hubo un extraño silencio antes de que Abir se girara para marcharse.

—Lo siento —dijo Katya de nuevo.

Abir la miró y sacudió la cabeza, como si quisiera decirle que no era culpa suya, y se retiró, con un leve crujido de su túnica.

Katya echó un vistazo al interior del laboratorio. Era la hora de comer y había estado con las demás mujeres en el comedor durante quince minutos, tras lo cual se excusó con el pretexto de ir al baño y salió. Nadie la vio en el pasillo de vuelta al laboratorio. Los hombres solían salir del edificio para comer y el lugar estaba desierto.

Una vez dentro, se sentó a su mesa. Durante los últimos dos días había preparado en secreto las muestras de ADN, había extraído el ADN variable y lo había mezclado con una solución tampón de polimerasa y cebadores. Esa mañana había colocado las muestras en el secuenciador térmico. Llevaba algunas horas procesar las muestras y tenía que estar frente a la máquina cuando estuvieran listas para que nadie más pudiera retirarlas por error.

Había introducido dos muestras, una de Eric Scarberry y otra del chófer de Nouf, Mohammed. Observó cómo la máquina realizaba la última fase y volvió a mirar hacia la puerta.

Tuvo el tiempo justo para guardar los resultados en el bolso y esconder las muestras antes de que entraran Maddawi y Bassma. Las mujeres se sentaron a sus mesas sin prestar atención a Katya. Parecían contentas mientras proseguían con su charla. Katya suspiró con alivio y se puso a trabajar en las muestras de sangre de un caso que había preparado esa mañana. Echó un vistazo a su bolso. No había tenido tiempo de ver los resultados y le preocupaban. ¿Y si ninguna de las dos muestras de ADN correspondía con el ADN del feto? Iba a tener que esperar hasta llegar a casa para averiguarlo.

Ya en casa, estaba distraída. Abu se dio cuenta de que algo no iba bien, pero cuando quiso preguntarle, Katya mintió y dijo que se sentía resfriada. Durante la cena pensaba en Othman y se preguntaba cómo iba a contarle lo que había averiguado. Tras la cena llamó a Ahmad. Media hora más tarde, este llamó a la puerta. Abu le invitó a entrar y los dos hombres charlaron mientras Katya iba a su habitación, se ponía la túnica y el velo y se colocaba el *burka*. No le había dicho a su padre que iba a salir, pero si dejaba que charlara con Ahmad este acabaría diciéndoselo y así era más fácil que le diera permiso.

Tras algunos minutos, Abu llamó a la puerta de su habitación.

—Katya —dijo. Parecía enfadado.

La chica salió cubierta de pies a cabeza.

—Voy a salir un momento.

—Sí, lo sé, me lo ha dicho Ahmad. ¿Adónde vas?

—Tengo que ver a Othman, se trata de su hermana.

Abu la miró severamente.

—¿No puedes llamarle?

—Se trata de algo que no quiero decirle por teléfono.

Miraba a su padre con ojos suplicantes, pero este tenía el ceño fruncido y habría impedido que saliera de no haber sido por Ahmad, que la llamó desde el otro lado del pasillo.

—¿Lista? —preguntó—. Vamos, terminemos cuanto antes.

Katya habría querido besarle. Ahmad sabía siempre exactamente lo que tenía que decir.

Abu se volvió hacia su amigo.

—Vigíla bien —dijo enfurruñado.

Katya sintió su mirada clavada en la espalda mientras recorría el pasillo. Ahmad asintió y, con ademán severo, la acompañó al coche.

Mientras recorrían el centro de la ciudad, Katya contemplaba las tiendas cerradas y los edificios construidos con coral extraído de los arrecifes del mar Rojo. Sintió el impulso de sacar la mano por la ventanilla y tocar una de esas paredes para sentir bajo los dedos su textura rugosa, algo que la distrajera de sus pensamientos sobre Abu, Nouf, Nayir, Salwa y Abdul-Aziz. Othman.

Cuando llegaron al aparcamiento del parque de atracciones, vio que Othman ya estaba allí. Había ido con el Porsche gris metalizado. La capota estaba plegada. Llevaba una camisa azul y el pelo fuerte, rizado y negro más corto de lo habitual. Pero había algo en su figura, en sus brazos largos y en el modo en que sus manos se apoyaban al volante que le produjo un nudo en la garganta.

Tras él, el parque estaba cerrando y, una a una, las atracciones se fueron apagando: primero las norias, después las montañas rusas y el resto de las atracciones. Katya pidió a Ahmad que esperara a que se apagaran todas las luces para acercarse al coche de Othman. De ese modo había menos posibilidades de que les sorprendieran. Era ya suficientemente sospechoso que dos coches se encontraran en un aparcamiento vacío y se intercambiaran un pasajero de sexo femenino. De noche no había tanta policía religiosa, pero Katya no estaba tranquila.

—Tu padre preferiría que dejara la capota plegada —dijo Ahmad—, siempre y cuando no vayáis por autopista, claro.

Katya le sonrió y salió del coche. Cuando subió al Porsche, Othman pulsó un botón que hizo que la capota se cerrara. Tenía los ojos rojos, como si hubiera estado llorando, pero Katya sospechaba que era solo cansancio. Othman le tomó una mano para besarla.

—Es un placer verte.

Katya sintió un nudo en el estómago.

—Te he echado de menos —le dijo, atreviéndose a inclinarse y besarle en la mejilla. Le resultaba siempre extraño. «Será más fácil cuando Ahmad no nos esté vigilando», se decía.

Othman aceptó el beso y le acarició el rostro.

—¿Estás bien? —le preguntó, pasándole la mano por el pelo.

—Sí.

—Me gusta tu corte de pelo.

Él sonrió.

—¿Quieres ir a dar una vuelta?

—Sí.

La besó en la frente, dejó su mano y arrancó el coche. Salieron del aparcamiento. Othman echó un vistazo al retrovisor para comprobar que Ahmad les seguía y condujeron en silencio, dejando que el rugido del motor llenara el espacio. Ahora, en su presencia, se sentía invadida por el afecto. No conseguía recordar por qué había dudado de él y sospechaba que era solo a causa de su propio estrés y de aquellos días de silencio entre ellos, por mucho que no fueran intencionados.

En su interior sintió miedo de su frágil lealtad, que ahora esquivaba observando sus manos firmes y sus ojos melancólicos y sintiendo su olor a almizcle.

Veinte minutos más tarde llegaron a una playa solitaria al sur de la ciudad, donde había algunas playas privadas. Como las demás, esta estaba rodeada de altos muros de piedra. En una esquina había una puerta metálica. Entraron en el recinto de la playa y cerraron la puerta tras ellos. A través de los barrotes de hierro de la puerta veían a Ahmad en su coche, con el reflejo de su reproductor de DVD portátil en los ojos.

—¿Qué está viendo? —preguntó Othman.

—Una versión pirata de *Hour el-Ayn*.

—¿Y eso qué es?

Le sorprendía que no conociera *Las bellas vírgenes*.

—Es una serie famosa sobre los últimos ataques a los recintos americanos.

—¿Y se llama *Hour el-Ayn*?

—Sí, cuenta la historia de la gente que murió y de los atacantes. Supongo que debe de haber vírgenes también.

Othman sonrió y sacudió la cabeza, y la llevó hacia la arena. Cerca del agua había una cabaña con la puerta cerrada con un candado.

—¿Es la playa de tu familia? —le preguntó.

—Sí, pero hacía años que no venía. Ahora tenemos playas en la isla.

—Es fantástica.

Había estado en algunas playas privadas, pero los muros de protección se extendían hasta dentro del agua. Los muros de esta playa, en cambio, llegaban a unos diez metros del agua. Aunque no se oía ningún ruido procedente de las playas vecinas, la luz de la luna les iluminaba, por lo que Katya no se atrevió a quitarse el velo. Othman propuso que se sentaran en la arena. Se sentaron lo suficientemente cerca para que sus piernas se tocaran. Con las manos sobre las rodillas, Othman observó el agua, y en su mirada Katya reconoció el deseo de introducirse en ella.

Cuando vio que le observaba, Othman inclinó la cabeza.

—¿Quieres nadar? —le preguntó.

—No, no, estoy rendido.

—No te prives por mí.

Othman suspiró.

—No, no es eso. Estoy muy cansado. He tenido una reunión tras otra. ¡Siempre reuniones! Me gustaría poderme escapar.

—¿No puedes tomarte un día libre?

—Esta semana no. Mi padre todavía está en el hospital y estamos trabajando todos el doble de lo normal —dijo, sacudiendo la cabeza—. No sé qué vamos a hacer cuando, que Alá me perdone, muera.

Al oír hablar de su padre se acordó de las muestras de ADN y de Nouf. No quería sacar el tema repentinamente, así que dejó que Othman hablara. Era mejor escucharle un rato para poder juzgar su estado de ánimo. Othman habló de su trabajo y de uno de los donantes, que tenía la costumbre de cuestionar todas y cada una de las donaciones que realizaba la familia, por muy pequeñas que fueran. Katya le escuchaba y reía en los momentos oportunos, pero sus pensamientos iban por otros derroteros. «Cuando hablamos de Nouf se entristece siempre. Me da miedo contrariarlo. ¡No debería darme miedo! Tenemos que poder hablar abiertamente para que este matrimonio funcione. Debería darse cuenta de que es importante. Entiendo su dolor, pero...».

—Me pareces distraída —le dijo por fin.

No era un reproche, sino más bien una observación objetiva. Katya sintió una punzada de alivio.

—Lo siento. Yo también estoy preocupada por el trabajo —dijo. Othman miraba su mano. La tomó distraídamente entre las suyas y la acarició—. Ayer vi a tu hermana Abir.

Othman sonrió.

—Eso me han dicho.

Estaba dibujando espirales y trazos en la palma de su mano. Tardó unos instantes en darse cuenta de que estaba escribiendo un mensaje. Katya lo deletreó: «... ¿C-A-S-A-R-T-E... P-R-O-N-T-O?». Ella sonrió, tomó su mano y le respondió: «S-I».

Othman le estrechó la mano.

—Y bien, ¿qué es lo que te preocupa del trabajo?

—Mi jefe, como siempre —dijo—. De hecho, hoy he trabajado en el caso de Nouf.

Othman se puso rígido, casi imperceptiblemente, sin que ella se diera cuenta.

—Ah —dijo.

—Siento haber tardado tanto en obtener los resultados. He tenido que hacer la mayor parte del trabajo a escondidas.

—No estarás comprometiendo tu trabajo, ¿verdad?

—No demasiado —dijo, a sabiendas de que no la creía—. He sido rápida.

Se hizo un extraño silencio. Othman soltó su mano y suspiró, mesándose el cabello.

—*Ya Allah*, ni siquiera lo había pensado.

—No te preocupes —respondió Katya.

—No, no. ¡Debería pedirte disculpas! Lo siento, no se me ocurrió que tendrías que... No lo sé, escabullirte y esconder las pruebas. Porque es eso lo que haces, ¿no?

Katya no pudo negarlo.

—¡Qué idiota he sido, Katya! —Tomó otra vez su mano, esta vez firmemente—. Lo siento.

—No te disculpes, yo quiero hacerlo —dijo, estrechándosela—. No hay problema. He estado intentando determinar el ADN del padre —dijo suavemente—. Esperaba que coincidiera con el de su chófer.

—¿Y coincide? —preguntó. Le estrechaba la mano con menos fuerza ahora.

—No —respondió.

Quería hablarle de Eric, pero le parecía demasiado. De repente, cayó en la cuenta de que probablemente Othman no sabía nada sobre Eric. ¿Cómo iba a explicarle lo que Nayir le había contado? Que Nouf planeaba trasladarse a Nueva York, que se veía con un americano. Era arriesgado confesarle la verdad, sobre todo si Eric seguía en contacto con la familia. «No puedo decírselo esta noche», pensó.

—¿Hay algún otro sospechoso?

Katya apretó los dientes.

—No, espera —dijo Othman—. No tienes por qué contestarme. Lo siento. Ni siquiera es tu trabajo. Me siento un egoísta por haberte cargado con todo esto.

—No, por favor, no te disculpes.

—Katya —dijo con voz penetrante—. Sabes que valoro mucho tu dedicación al caso de mi hermana, pero creo que deberías dar más importancia a tu trabajo.

Katya estaba desconcertada.

—Lo que quiero decir es que no todas las mujeres tienen el valor de trabajar —prosiguió Othman—. Aunque ya te lo he dicho alguna vez, me siento muy orgulloso de ti. No quiero que hagas nada que comprometa tu trabajo.

—Confía en mí —respondió Katya—. Soy muy prudente.

Tras un incómodo silencio, Othman asintió. Sin embargo, Katya se dio cuenta de que se había encerrado en sí mismo. Algo en su mirada le recordaba a Nouf antes de la desaparición.

En silencio, Othman se abrazó las rodillas con las manos. Su rechazo era como una punzada de dolor. Katya intentó convencerse de que no era personal, que así era como demostraba su dolor. Sin embargo, el ambiente se había cargado de tristeza y Katya sentía que nunca iban a superarlo.

—Lo siento —dijo.

Othman pareció despertar de una ensoñación.

—No te disculpes, pero escúchame. Aprecio mucho todo lo que has hecho y cuánto te has preocupado por Nouf. Me lo has demostrado. Sé que te importa, pero lo hecho, hecho está. Piensa en lo caro que te puede costar esto. No puedes devolvernos a Nouf —dijo. La miró fijamente—. Creo que sería mejor que abandonases.

Katya estaba tan sorprendida que no sabía qué decir.

—¿Abandonar qué?

—Todo este trabajo que estás haciendo. Lo aprecio mucho y yo también deseo averiguar qué es lo que sucedió, pero es peligroso. Además, creo que el asunto del bebé no hará más que acarrearos más dolor. ¿Qué sucederá cuando descubras quién es el padre? No queremos castigar a nadie, no queremos más sufrimiento.

Parecía que estuviera a punto de romper a llorar. Katya se dio cuenta de lo difícil que le debía de resultar esconder siempre sus sentimientos.

—Sé que ha sido un golpe duro —dijo—. No quiero causarte más dolor, pero pensaba que el padre del bebé podía tener algo que ver con su desaparición.

—Sí, es posible —dijo, enterrando las manos en la arena—. Pero, aun así, ¿qué podríamos hacer? ¿Castigar a alguien por enamorarse? ¿Por haber quebrantado las reglas?

Su voz se había vuelto aguda. Katya esperó a que el silencio le tranquilizara.

—Mi familia está empezando a aceptar que estuviera embarazada. Cualquier otra noticia podría ser devastadora y, además, te estás jugando el puesto.

—Lo siento —murmuró Katya—. Me estoy entrometiendo demasiado.

—No, no es eso.

—Pero es posible que el padre del bebé tuviera algo que ver con su muerte. ¿No sería mejor que supierais quién es?

—Creo que por ahora es mejor que mi familia crea que la muerte de Nouf fue un accidente —dijo, levantando la mano para acallar sus protestas—. He dicho por ahora. Si te sorprenden haciendo esto no te perdonaré que te hayas jugado tu carrera.

Katya apartó la mirada, luchando con un torbellino de emociones. Quería decirle que le parecía sospechoso, y que si sabía quién era el padre, si estaba protegiendo a alguien, era mejor que se lo contara.

—Por favor, no te arruines la vida —dijo Othman. La tomó de la barbilla para poder mirarla a los ojos—. Nouf está muerta, pero tú no.

Katya asintió. Aunque no comprendía todas las frases de Othman, sí aceptaba sus razones. La besó suavemente y acarició su mejilla. En lugar de apartarse, continuó besándola con una creciente pasión. Katya sintió un escalofrío de placer cuando su mano se deslizó alrededor de su cintura. En aquel instante escucharon un ruido detrás de ellos, como si Ahmad hubiera bajado la ventanilla. Los sonidos de su DVD eran más fuertes. Era una clara señal de advertencia: «Es suficiente». Othman retiró la mano y se sentó.

Katya estaba preocupada por sus palabras. ¿Acaso creía que quería llevar a cabo la investigación para demostrarle algo? ¿Por qué le preocupaba tanto que perdiera el

trabajo? Era ella quien debía preocuparse. ¿Qué sucedería si, una vez casados, decidía dejar de trabajar? Algún día querría tener hijos. ¿Othman le perdonaría que se despidiera? ¿Lo entendería? El simple hecho de que nunca hubieran hablado de tener hijos, o al menos no lo suficiente para que ella se sintiera satisfecha, hacía que se sintiera nerviosa.

Las dudas iban creciendo en su interior. La había sorprendido que Othman se hubiera mostrado tan inflexible sobre su trabajo. Sabía que no le gustaba hablar de Nouf, ya que siempre se volvía taciturno. Esa noche parecía haber sufrido una catarsis. ¿A qué se debía? Katya no quería especular. Era tarde y estaba harta de adivinanzas.

Estaba tumbado debajo de ella. Su pelo negro le caía sobre el pecho y el rostro, acariciándole las mejillas. La habitación era fresca, pero ahí donde su piel rozaba la de ella sentía un agradable calor. Había soñado esa mujer cientos de veces, pero nunca había visto su rostro. Su abundante pelo largo y negro lo cubría todo, y justo cuando intentaba apartarlo, ella desaparecía. Era como si al intentar alcanzarla la empujara, y cuanto más fuerte lo hacía más rápido desaparecía. Aprendió que el único modo para conseguir alcanzarla era dejar de desearla, dejar de insistir y consentir que su melena le acariciara en la oscuridad, que su cuerpo le envolviera en un espejismo de sensaciones. Algún día conseguiría ver su rostro, pero hasta entonces podía disfrutar del peso de su cuerpo y la suavidad de su piel.

Al abrir los ojos, Nayir creyó estar soñando todavía. Le dolía la entepierna y algo le rozaba las mejillas. Sin embargo, se despertó de golpe al darse cuenta de que había alguien en cubierta. Escuchó un ruido en la entrada. Nayir apartó las sábanas, se levantó de un salto y vio a Hijazi en lo alto de la escalera, sujetando con la mano el borde de la túnica.

—¿Nayir? ¿Está ahí? —preguntó.

Nayir se precipitó al baño.

—¿Nayir? Lo siento, pero tenía que hablarle. Intenté llamar por teléfono, pero su móvil estaba apagado. —Se hizo un extraño silencio—. ¿Puedo entrar un momento?

Nayir cerró la puerta del baño y se lavó la cara. Habían pasado algunos días desde la última vez que había visto a Hijazi. Había intentado no pensar en ella.

—Voy a bajar —le anunció, con voz entrecortada.

Nayir echó un vistazo desde la puerta del baño y la vio bajar por las escaleras. Entrevió su tobillo y cerró la puerta de nuevo.

—No quería molestar —gritó Hijazi—, pero su vecino estaba mirando.

—¿Y no se le ocurrió otra cosa que entrar?

—Le dije que era su hermana.

—¡Oh, no!

—¡No tenía otra opción! He intentado llamarle, ¿por qué no enciende su maldito teléfono?

—Estoy ocupado. ¿Othman sabe que está aquí?

—Se trata de algo importante. Tengo los resultados del ADN que me entregó, finalmente conseguí analizarlo. Resulta que ni Eric ni Mohammed son los padres del bebé de Nouf.

Molesto y con dificultad para procesar lo que le decía, abrió el grifo. El agua era tibia y viscosa. Se miró en el espejo. Se veía exhausto. ¿A qué hora se había dormido? Había pasado la noche en vela estudiando mapas del desierto, intentando

localizar la plataforma petrolífera donde trabajaba Eric.

—Nayir, ¿me ha oído? El padre tiene que ser otra persona.

Haciendo acopio de paciencia, Nayir se puso el albornoz que colgaba de la puerta. Abrió la puerta lo justo para poder pasar, desapareció hacia la habitación y cerró la puerta tras él. Por el rabillo del ojo vio que Hijazi estaba de espaldas a la puerta, y se lo agradecía. Se despojó del albornoz, recogió un pantalón del suelo y encontró una camisa sobre la cama. Estaban arrugados, pero se los puso igualmente.

—Significa que tiene que haber un tercer hombre —exclamó Hijazi.

Unos instantes más tarde, Nayir salió de su habitación y la encontró de pie en la cocina.

—Le aseguro que no fui yo.

Ella soltó una carcajada y se llevó la mano a la boca, escondida tras el *burka*.

Nayir frunció el ceño.

—Lo siento —dijo ella.

—No debería estar aquí —le soltó Nayir—. Es un pecado de *zina*, ya sabe. ¿Le dijo a Othman que iba a venir aquí?

—No, pero...

—¿Y por qué no está en el laboratorio? Creía que tenía un trabajo.

—Me tomé la mañana libre. Mire, siento haberle molestado —dijo, como si de verdad lo sintiera. Nayir evitó su mirada. Aunque llevara el *burka*, no le gustaba mirarla a los ojos—. Necesito su ayuda —añadió.

—¿De qué se trata?

—Quiero investigar un lugar que podría tener relación con la muerte de Nouf.

—¿Y qué quiere que haga? Para eso ya tiene chófer y un prometido.

Ella no respondió. Se volvió hacia la ventana, cruzó los brazos y se agarró los codos con las manos. Nayir esperó, impacientándose cada vez más.

—Othman no quiere que siga con esto —dijo con voz temblorosa—. Lo hablamos, y me dijo que estaba arriesgando mi trabajo.

Lentamente, Nayir se sentó en el sofá y echó un vistazo a su alrededor para buscar sus zapatos.

—¿Y es eso cierto?

—No... Puede que un poco. Pero voy con mucho cuidado, y se trata de Nouf, de su hermana. Cabría esperar que aceptara toda la ayuda posible.

Nayir se sentía confuso. Habría querido decirle que de nada iba a servirle lamentarse de Othman; era su amigo y eso no iba a cambiar. A pesar de que no podía verle la cara tras el *burka*, la expresividad de sus ojos denotaba que estaba enfadada. Aun así, sintió un atisbo de comprensión.

—Sé que Othman desea averiguar lo que le ocurrió a Nouf —dijo con cuidado. Intentó evitar pensar que a lo mejor no quería que ella se entrometiera. Quizás a Othman empezaba a incomodarle el hecho de que ella tuviera un trabajo, y de que fuera tan atrevida con este caso. Se preguntaba si le habría contado a Othman que

habían ido al apartamento de Eric y a la óptica.

—¿Por qué cree que Othman le ha pedido que deje de trabajar en el caso? —le preguntó.

Ella suspiró.

—No lo sé. Creo que se sentía incómodo.

—¿Le dijo que fuimos al apartamento de Eric?

—Le conté que habíamos estado investigando juntos —respondió—, pero eso fue hace ya algunos días. Fue ayer por la noche cuando se enfadó. Sucede siempre que le hablo de Nouf. Anoche le conté lo del ADN. Creo que no soporta hablar de su embarazo y esta vez se enfadó. Me dijo que estaba preocupado por mí. Le dije que no tenía motivos, pero insistió en que dejara el caso. Me dijo que si no lo hacía nunca me perdonaría el haber comprometido mi carrera.

Nayir estaba sorprendido. A pesar de que entendía el recelo de Othman, estaba claro que se trataba de algo más. Era sospechoso. Había algo que no cuadraba. A Othman le preocupaba que ella perdiera su trabajo. ¿Acaso le importaba? ¿Quería que ella trabajara?

Hijazi parecía esperar su respuesta. Aunque se sentía halagado, le preocupaban las consecuencias que podía acarrear expresar su opinión. Se levantó, abrió el armario y sacó su abrigo.

—No logro entender el comportamiento de Othman —dijo.

—¿Pero no le parece extraño?

Nayir no respondió. Tal vez Othman sabía algo sobre la desaparición de Nouf y no quería que Hijazi se enterara. Eso no le hacía culpable de nada.

—Cree que no confía en mí —dijo.

—Yo no he dicho nada.

—Lo he leído en su rostro.

A pesar de que esa observación le incomodaba, le impresionaba que ella hubiera podido fijarse en su rostro mirándole por el rabillo del ojo. Todavía tenía los brazos cruzados en actitud desafiante y Nayir recordó su silencio obstinado en la oficina forense. «No va a dejar el caso», pensó. «Ni siquiera por Othman». Nayir sintió la misma mezcla de indignación y respeto de aquella vez. Era una insolente, pero no podía desaprobare sus razones.

—Hablaré con él —dijo Nayir—. Es eso lo que quiere, ¿verdad?

Ella se giró para mirarle, pero él apartó la vista rápidamente.

—Sí, gracias. Pero más que eso... —Se giró de nuevo hacia la ventana—. Lo que quiero es saber si está conmigo en el caso.

Nayir dudó.

—Quiero averiguar lo que ocurrió. Y creo que también Othman, aunque quizás ahora no lo tenga claro.

Parecía aliviada, o agradecida, y descruzó los brazos.

—Bien, entonces, ¿puede venir conmigo ahora? Es importante, necesito su

habilidad.

Nayir dudó de nuevo.

—Para un rastreo —dijo ella, como si eso lo explicara todo.

Tras una pausa, Nayir asintió.

—Deme tiempo para las oraciones de la mañana.

Hijazi le había dicho que iban a ir al zoológico. El olor extraño que había notado en casa de Eric le había hecho recordar el estiércol encontrado en la muñeca de Nouf. Se trataba solo de una pequeña cantidad, pero estaba tan pegado a la piel que ni siquiera la inundación había conseguido hacerlo desaparecer. Nayir le había dicho que su tío Samir había descubierto restos de toxinas en el estiércol analizado. La noche anterior, Hijazi había hojeado el periódico y encontró un artículo titulado «El negocio de los monos» sobre la venta ilegal de chimpancés en el país. Tal práctica había sido prohibida, pero seguía dando buenos frutos. El artículo resaltaba también las deplorables condiciones en que vivían los monos en los zoológicos menores de Jeddah. Todo eso la había llevado a pensar que no había mejor sitio para encontrar estiércol de un animal envenenado.

Siguiendo de nuevo el Toyota de Hijazi, Nayir salió de la autopista y condujo hacia el interior por una carretera desierta que cruzaba un campo de arena gris. Con cada kilómetro aumentaban sus remordimientos. Ahora estaban realmente obrando a escondidas de Othman. Se dijo que este aprobaría sin duda sus motivos pese a lo que le había dicho a Hijazi la noche anterior, pero en su interior Nayir sabía la verdad: Hijazi le había pedido que la acompañara al zoológico y él había deseado estar a su lado.

No podía dejar de pensar que Hijazi le había contado a Othman su visita a casa de Eric y no se había mostrado enfadado. No es que tuviera razones para ello; al fin y al cabo se fiaba de Nayir en asuntos como ese. Sin embargo, le sorprendía que la confianza que tenía en él fuera como la que un rey puede depositar en un eunuco. Nayir era peor que un eunuco. No le faltaba ningún miembro, sino algo más: la semilla secreta que le convertía en hombre. Recordaba cómo se había reído Othman en el mercado de los abrigos. Se reía porque pensaba que Nayir era la última persona en el mundo que debía ver el cuerpo de una mujer. Era como si alguien se hubiera mostrado desnudo delante del ayatolá. Cuanto más pensaba en ello, peor se sentía por pensar de ese modo.

Subió por una empinada colina. Las ventanillas se llenaron de polvo y no conseguía ver mucho, pero sabía que, una vez alcanzado el punto más alto, el panorama se abriría. A los pies de la colina, una docena de casas blancas perfilaba el valle. Sobre estas, un alambrado oxidado delineaba el perímetro del zoológico abandonado.

Nayir bajó la ventanilla y respiró hondo. No olía a excrementos de camello,

conocía bien ese olor. Este, en cambio, era olor de zoológico. Tenía que admitir que Hijazi había tenido una buena idea yendo allí.

Dejaron los vehículos en un aparcamiento vacío cerca de un parque para niños que parecía haber estado en desuso desde hacía algunos años. Nayir salió del coche y vio a Hijazi sacando lo que parecía ser una caja de herramientas del maletero del Toyota. Su escolta la ayudaba, revoloteando a su alrededor mientras llevaba a cabo operaciones triviales, como abrir el maletero y cerrarlo después.

—Gracias, Ahmad —dijo con tono de preocupación—. No creo que tardemos demasiado.

Se acercó a Nayir y juntos llegaron frente a lo que solía ser la entrada del zoológico, una taquilla metálica situada bajo la sombra de una palmera. Junto a la taquilla había un cartel metálico que rezaba: «Los menores pueden ir acompañados por su madre o padre, pero no por ambos. Los niños mayores de diez años se consideran adultos». Junto al cartel había una hoja con los horarios para los hombres, las mujeres, los niños y los grupos escolares, para garantizar que no coincidieran.

Nayir echó un vistazo al chófer y vio que había vuelto al interior del coche con aire acondicionado. Su particular modo de dejar que Hijazi anduviera con un hombre que no era miembro de la familia seguía sorprendiéndole, aunque hubiera sucedido ya otras veces. Ahmad debía de pensar también que Nayir no representaba ningún peligro. Era digno de confianza, pero eso no le consolaba.

El torniquete estaba atascado. Nayir saltó y se giró para ayudar a Hijazi, pero esta le pasó la caja de herramientas y saltó sola.

—Ya sabe que puedo ocuparme solo de esto —dijo Nayir.

Ella lo miró de hito en hito. Nayir se sonrojó y ella agarró de nuevo la caja de herramientas. Bajaron por una amplia calle bordeada de palmeras y vieron que transcurría entre edificios y jaulas vacías, fuentes enmohecidas y bancos rotos.

—Nouf tenía restos de estiércol en la muñeca —dijo Hijazi.

—También su escolta tenía restos en los zapatos —replicó Nayir, recordando el olor de los zapatos de Mohammed.

—¿Ah, sí? Eso no me lo había dicho —dijo ella. Al ver que no iba a responderle, prosiguió—. ¿Qué cree que haría usted si fuera Mohammed y hubiera venido al zoológico? ¿Buscar a alguien? ¿Encontrarse con alguien?

Pasaron bajo la sombra de un edificio.

—Creo que la pregunta debería ser qué haría si fuera Nouf y hubiera venido al zoológico.

Ella le miró, nerviosa.

—¿Encontrarse con un hombre, quizás?

Una agradable brisa les acogió mientras caminaban bajo una hilera de palmeras que rodeaba lo que había sido una reproducción del parque del Serengeti. Había algunos huesos de animales esparcidos en los pozos, jaulas y plataformas para los visitantes. Posiblemente se trataba de huesos del cuello de una jirafa o el cráneo de un

felino. Los leones, considerados reyes de la jungla, eran los endebles del desierto, y el calor había acabado con ellos.

«No», pensó Nayir. Habían sido los saudíes quienes los habían matado gracias a su ambición de construir un zoológico exterior bajo el clima más inhóspito del mundo. Importaban a los animales, pero la gente no iba a verlos. ¿Para qué? ¿Quién iba a querer caminar bajo un calor sofocante para ver un puñado de animales sufriendo? Ciertamente no los saudíes, conocidos por su antipatía hacia cualquier cosa que estuviera por debajo de ellos en la cadena alimentaria. ¿Se trataría solo de mala gestión y falta de fondos o de negligencia profesional?

Al entrar en el terrario, sintió una suave brisa bajo su chaqueta. Aquí los huesos eran más interesantes. Vieron grandes fragmentos de columna vertebral entre restos aún más grandes, como si una serpiente se hubiera comido a su compañero de jaula y lo hubiera engullido antes de morir. ¿Acaso las serpientes no habrían podido sobrevivir si los cuidadores se hubieran molestado en dejarlas en libertad? Se decía que habían trasladado a los animales menos peligrosos a una tienda de mascotas cercana y habían abandonado a los otros allí hasta que murieran.

Volvieron a la calle principal y pasaron las jaulas de los cocodrilos y las colmenas, cubiertas ahora de parras secas. A lo lejos se veía la cima de una montaña, una imitación del Cervino que había estado poblada de cabras.

—Vamos a ver eso —dijo Hijazi.

Nayir farfulló una respuesta. Alrededor de la montaña reinaba el silencio y se acercaron con precaución. No era tan alta como parecía desde lejos; tendría solo unos diez metros de altura. A sus pies se esparcían algunas plantas en flor.

—Creo que es adelfa —dijo Nayir.

—Sí —confirmó Hijazi—. Es extraño que crezca aquí, al alcance del apetito de los animales.

Caminaron entre los arbustos, pasaron la valla que rodeaba la imitación de la montaña y atravesaron un estrecho prado de hierba que ahora estaba seca como la paja y llena de arena. Hijazi dejó la caja de herramientas en el suelo y la abrió. Extrajo una bolsa de plástico y tomó una muestra de la adelfa y de la tierra que la rodeaba.

Mientras ella trabajaba, Nayir rodeó la montaña. El exterior era de plástico verde y marrón y la cima estaba pintada de blanco para simular la nieve. En la parte inferior encontró una puerta. Empujó suavemente para abrirla y echó un vistazo al interior.

Estaba oscuro, pero la luz penetraba a través de algunas grietas. El suelo estaba sucio, las paredes eran blancas y había una manta enrollada en una esquina. El aire era húmedo y penetrante. Nayir se fijó en el suelo. Justo al otro lado del umbral de la puerta vio unas huellas anchas, como si alguien hubiera pasado una escoba recientemente. Las huellas proseguían hacia el exterior y se perdían en la hierba. No había huellas de pisadas.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó Hijazi.

—Un escondrijo.

Ella entró en la habitación.

—Huele a... —dijo, mirando de reojo a Nayir—. Huele a sexo.

—Sí, lo sé —asintió Nayir, pidiendo perdón en silencio por la mentira.

Entró en el interior del refugio cubriéndose la nariz con la manga. En su mente empezó a sonar una alarma. ¿Cómo sabía ella eso? Quizás era esencial para su trabajo saberlo, pero ¿cómo diablos se enseña algo así? La alarma seguía sonando: estaban ocupando un espacio privado muy pequeño. Un espacio que olía a sexo. Nayir salió al exterior. Hijazi salió también con la manta en la mano. La desdobló con cuidado y la levantó para estudiar su superficie.

—A lo mejor puedo obtener algo de aquí.

Nayir volvió al interior de la habitación, encendió la linterna y estudió el suelo. Se detuvo para observar unos restos de gravilla y luego prosiguió. Hijazi asomó la cabeza.

—¿Nada más?

Nayir negó con la cabeza.

—El suelo está muy limpio, teniendo en cuenta lo que hacían aquí dentro. Parece que alguien se ha dedicado a limpiarlo.

Echó un último vistazo y, una vez seguro de que no había nada más, salió de la habitación.

—Bien, me llevo la manta —dijo Hijazi—. Con suerte encontraré restos de piel.

Nayir cerró la puerta de la entrada.

—Es probable que no tenga ninguna relación con nuestro caso —dijo. Percibió una sonrisa en sus ojos—. ¿Qué?

—¿«Nuestro caso»?

He dicho «su» caso.

Divertida, Hijazi volvió a su caja de herramientas, de donde sacó una bolsa de plástico lo suficientemente grande como para meter la manta. Pasaron una media hora más rastreando la hierba, pero no encontraron nada. Cuando acabaron, salieron de la exposición alpina, pasaron una larga fila de jaulas para pájaros y tomaron un camino de tierra que llevaba a la valla que rodeaba el perímetro del zoológico. La valla estaba alambrada, pero la puerta estaba abierta. Una vez fuera del zoológico, siguieron un camino que descendía por una colina bastante empinada y llegaron a la parte sur del parque. El aire era cada vez más caliente y ambos estaban empezando a sudar.

—Necesito saber todo lo que ha averiguado hasta ahora —dijo Hijazi—. ¿Hay algo que no me haya contado todavía? Será mucho más fácil que los dos estemos al corriente de los hechos.

—Ya se lo he dicho antes: este es su caso.

—Bien. Entonces, ¿hay algo que todavía no me haya dicho?

—¿Le he contado lo de las marcas en la pata del camello?

—No —respondió ella.

Con cierto apuro, Nayir le explicó cuanto sabía sobre el camello. Ella caminaba delante de él, tropezando de vez en cuando a causa de la pronunciada pendiente.

—Siempre he pensado que la idea de echar un mal de ojo es extraña —dijo—. Personalmente, la encuentro ridícula.

Nayir no respondió.

—Creo que Nouf habría estado de acuerdo conmigo —dijo—. Yo no la conocía demasiado bien, pero por las pocas veces que hablé con ella me parecía una persona práctica, no creo que creyera en espíritus, *djinn*, ni nada de eso.

—Entonces, ¿quién hizo las marcas al camello?

Ella se encogió de hombros.

—¿Quién estaba con ella en el desierto? ¿Quién podía estar con ella? Todo el mundo tiene una coartada. Toda su familia estaba en casa. Othman me confirmó que su escolta estaba de compras con su mujer. ¿Y Eric?

—Anoche hice algunas llamadas para comprobar su coartada: estuvo en el trabajo todo el día.

Ella se detuvo a los pies de la colina.

—En mi opinión tiene que haber un tercer hombre, alguien de quien todavía no sabemos nada.

Habían llegado a un espacio de tierra circular. Era el final de un camino de acceso que Nayir creía que debía llevar de vuelta a la calle principal. Lo primero que vio fue que la tierra era de color naranja oscuro. Se agachó para rascar el suelo con los dedos y sintió la consistencia del barro.

—Como sabe, mi tío analizó los restos de tierra de la herida de la cabeza de Nouf —dijo—. Creo que esta es del mismo color.

Katya tomó una muestra de la tierra.

—De modo que puede que fuera aquí donde la golpearon.

Nayir se cobijó bajo una hilera de palmeras, cuyas anchas ramas ofrecían algo de sombra. Tras los árboles el terreno estaba cubierto de matorrales desordenados. Era un lugar desolado, ni siquiera el viento llegaba a mecer las hojas. Sin embargo, la tierra bajo las palmeras mostraba huellas de actividad. Nayir se acercó a los bordes del camino y estudió unas huellas de neumáticos.

—Apártese del camino —dijo.

Katya cogió su caja de herramientas, se arrimó a los matorrales y echó un vistazo a su alrededor. Nayir estaba siguiendo unas huellas camino abajo. Intentaba visualizarlas a través de los ojos de Mutlaq, pero había demasiadas huellas y no lograba separarlas. Parecía que ese camino solía estar frecuentado por coches y camiones. Había huellas de pisadas que se esparcían en todas direcciones, pero Nayir no lograba distinguir las.

Uno de los rastros de neumáticos se detenía en medio del espacio en el que se encontraban. Con cuidado, Nayir lo siguió hasta el borde del camino, donde parecía que el vehículo había dado la vuelta y había vuelto a salir del zoológico. Justo ahí, en

la parte más alejada, le pareció ver un brillo metálico entre los arbustos. Se acercó, pero lo único que encontró fue una lata medio enterrada. Contrariado, la recogió.

—¡Nayir! —exclamó Hijazi con voz extraña. Estaba arrodillada sobre la tierra y azuzaba algo con el dedo—. Mire esto.

Él soltó la lata y se acercó. Vio que Katya había sacudido la arena de un objeto rosa. Era un zapato de tacón aplastado por la rueda de un coche.

—Es el otro zapato —exclamó Nayir, agachándose para ayudarla a sacarlo de la arena—. Se le debió de caer.

—Si lo hubiera perdido se habría dado cuenta, ¿no? ¿No habría vuelto a recogerlo?

Nayir asintió. Nouf había conservado el otro zapato incluso en el desierto, donde era absolutamente inútil.

—No creo que lo dejara aquí adrede.

—No, a menos que hubiera querido dejar una prueba... —suspiró Hijazi—. Lo más seguro es que se trate de un secuestro.

Les invadió un escalofrío. Parecía que habían dado con una pista potencialmente importante. Nayir hubiera querido añadir emoción al momento contándole dónde habían encontrado el cuerpo de Nouf y la desaparición de la chaqueta de Othman, que sin duda alguna involucraba a alguien de la finca de los Shrawi, pero no lo hizo, pues habría hecho que Othman pareciera sospechoso.

Nayir echó un vistazo al suelo.

—¿Ve algún resto de sangre? —preguntó—. La golpearon en la cabeza, tuvo que derramarse mucha sangre.

—No necesariamente —respondió Katya—. La mayor parte pudo haber caído sobre su cara o su túnica. Pero mire, ahí... —dijo, señalando un extremo del camino—. Parece como si alguien hubiera barrido el camino. Si había restos de sangre, es probable que alguien intentara eliminarlos.

—Parecen marcas causadas al arrastrar algo —dijo—. ¿Y si la golpearon aquí? Tendría que haber caído, y el secuestrador tendría que levantarla o arrastrarla hasta la furgoneta. —Nayir siguió las marcas hasta las huellas de las ruedas—. Si eso fuera así debería haber restos de sangre en esta área.

—Pues yo no veo ninguna —dijo Katya—. Pero tomaré algunas muestras para analizarlas.

Se levantó y se acercó de nuevo a su caja de herramientas. Con cuidado, metió el zapato en una bolsa de plástico, pero antes de guardarlo de nuevo en la caja lo contempló unos instantes.

—Es extraño que llevara estos zapatos consigo —dijo.

—Sí. ¿Por qué no los dejaría en la camioneta?

—Tal vez creyó que se estropearían con el calor.

—La gente guarda el Corán en la guantera del coche —respondió Nayir—. Además, podría haber aparcado en la sombra.

Nayir seguía dando vueltas a las marcas dejadas en el suelo, buscando restos de sangre.

Puede que sí los dejara en la furgoneta —dijo Hijazi—. Podría ser que alguien la sacara a rastras de la camioneta y el zapato cayera.

Nayir la miró.

—Y el otro zapato, ¿cómo lo encontraron?

—¿Qué quiere decir?

—¿Vio si Nouf lo llevaba dentro de una bolsa?

—No, no había ninguna bolsa.

—Entonces debía de llevarlo en el bolsillo —dijo—. Si no, nunca lo hubieran encontrado con el cuerpo. La inundación fue lo bastante fuerte como para llevarse los zapatos que llevaba puestos.

—Es cierto —dijo ella, pensativa. Metió el zapato en la caja y se sacudió la tierra de la túnica—. Pongamos que Nouf viniera al zoológico para encontrarse con alguien en quien confiaba lo suficiente como para verse a solas. ¿Cómo vino hasta aquí? En la furgoneta. Debió de conducir hasta aquí y esperar.

—¿Y por qué no estacionaría en el aparcamiento? —preguntó Nayir.

—Probablemente para disimular. Era una mujer, y aunque llevara una túnica de hombre alguien habría podido descubrirla por el contorno de su cuerpo. La persona con la que debía de encontrarse llegó en su coche y ambos salieron de sus vehículos: mire, aquí —dijo ella, señalando las huellas que había alrededor de las marcas de las ruedas—. Todas estas huellas son bastante pequeñas. Parece que la persona con quien se encontraba era de estatura pequeña.

Sacó un metro de la caja y midió las huellas.

Nayir caminaba arriba y abajo.

—¿Sabe? Podría tratarse de las mismas huellas.

—No todas tienen el mismo dibujo, pero son parecidas —dijo, mirándole—. Todas son de la talla treinta y seis. Y todas parecen de zapatos de hombre.

Nayir le pasó el zapato de tacón; ella lo midió y lo miró con expresión seria.

—Talla treinta y seis.

—Si es cierto que se iba a cambiar los zapatos, sería porque no le iban bien.

—Quizá mentía —dijo Hijazi.

—Tengo el zapato que llevaba en el desierto —dijo Nayir—. Está en mi barco, esta noche lo mediré. ¿Y el camello? Lo más probable es que lo trajera el secuestrador...

Se detuvo. El resto era obvio: si el secuestrador había llevado el camello, debía de haber estado en la finca y conocerla lo suficiente para saber cómo robar un camello y una furgoneta.

Hijazi parecía incómoda.

—Bueno, de momento no sabemos si el camello estuvo aquí.

—No creo que alguien secuestrara a Nouf y volviera a la finca para robar el

camello con su cuerpo en la furgoneta.

—De acuerdo —dijo ella. Extrajo un puñado de probetas de la caja y volvió a las huellas—. Lo cierto es que no sabemos qué relación tenía Nouf con el secuestrador. Puede que ella misma trajera el camello, como parte de algún tipo de... acuerdo que tuviera con él. ¿Quién sabe?

Estaba casi sin aliento. De rodillas, recogió dos muestras de arena y cerró las probetas.

—Puede que estuviera escapando de alguien. Si la hubieran golpeado aquí, es posible que pudiera escapar tras la pelea. Tal vez podía moverse, pero estaba desorientada. Eso explicaría que perdiera el zapato y, después, el camello.

—Es posible —dijo Nayir—. Pero no explicaría la desaparición de la furgoneta. Todavía no la han encontrado. Si fue ella misma quien condujo hasta el desierto, la furgoneta tendría que haber aparecido cerca del *uadi*.

—Alguien podría haberla robado en el desierto.

Nayir se abstuvo de responder que algo así era absolutamente improbable. Era mejor no discutir sobre la furgoneta, ya que no tenían ninguna prueba. La observó mientras introducía las muestras de tierra en la caja de herramientas.

—Si alguien más se encontró con ella aquí y la golpeó, ¿no debería de haber otro coche? ¿Dónde está? —preguntó Nayir.

—Tal vez el secuestrador lo dejó aquí y regresó más tarde para deshacerse de él.

Sonaba incongruente, pero Nayir lo dejó correr.

—¿Y cómo conocía Nouf este lugar?

—¿Su escolta lo sabría? No le habló del zoológico, ¿verdad?

—No —dijo Nayir.

Siguió caminando alrededor de donde se encontraban, estudiando las huellas. Katya cerró su caja.

—Hay evidencias de que hubo gente aquí —dijo—, pero no necesariamente tienen que ver con Nouf. Creo que debería ir a hablar de nuevo con Mohammed. Él podrá decirnos cómo conocía Nouf este lugar y si solía venir por aquí. Quizá pueda darnos también una explicación sobre los zapatos.

—Ya le interrogué acerca de eso.

—Pero piense en esto: Nouf conservó los zapatos. Quizá tenía realmente intención de cambiarlos y hubiera necesitado a Mohammed para acompañarla. Tal vez por ese motivo trajo los zapatos aquí: debía encontrarse con Mohammed —dijo, mirando con recelo a Nayir—. Debe hablar con él otra vez. Le acompañaré.

—No —dijo él.

—Sí.

—No. —A juzgar por su mirada, Nayir sabía que estaba empeorando las cosas—. Sería mejor que fuera yo solo —dijo, con voz suave—. Se fía de mí, y creo que se abrirá de nuevo, lo cual no sucedería en su presencia.

Katya asintió de mala gana. Durante un momento permanecieron de pie, uno

frente al otro, demasiado acalorados o cansados para hablar. El sol caía sobre sus cabezas y el aire estaba cargado de polvo. Oyeron el insistente rechinar de un pájaro a lo lejos. Nayir cayó en la cuenta de que estaba mirando su *burka*. No le apetecía apartar la mirada. Le parecía correcto contemplar sus ojos, mirar cómo se movían sus manos y percibir el contorno de su cuerpo a través de la túnica. Era de un tejido ligero, y bajo la luz del sol Nayir casi podía ver a través de él. Tenía los brazos torneados y una cintura estrecha. Por un instante se permitió fantasear que no era la prometida de Othman, sino una mujer que había conocido. Se preguntaba si ella también fantaseaba sobre él y observó sus ojos en busca de un indicio. Ella, en cambio, le observaba con suspicacia.

—Voy a tener que contárselo a Othman —dijo Hijazi.

Nayir sintió un desagradable sobresalto.

—¿Contarle qué?

—Lo del zapato.

Nayir casi explotó de alivio. «Alá, perdona mis pensamientos pecaminosos».

—No creo que se trate de algo que podamos esconder —añadió.

—Se lo diré yo, si lo desea.

Ella se giró y entrecerró los ojos, de cara al sol.

—Será lo mejor. ¿Por qué no le dice que fue idea suya? No, de hecho, sería mejor que ni siquiera mencionara mi nombre.

—No puedo hacer eso.

Ella se volvió de nuevo hacia él.

—No, tiene razón. No quiero que mienta —dijo, frotándose la frente—. Aprecio que haya venido hasta aquí. Espero que no complique las cosas entre usted y Othman.

«Demasiado tarde», pensó Nayir.

—No hay de qué preocuparse.

Katya se inclinó para recoger sus cosas.

—¿Sabe que habla mucho de usted? Es como una especie de héroe para él.

Nayir no sabía qué decir.

—Lo mejor sería que ambos dijéramos a Othman lo que hemos encontrado. Sería diferente si lo oyera también de sus labios.

Él asintió. Con un suspiro de cansancio, Hijazi cerró la caja de herramientas, se levantó y se giró hacia la colina.

—Todavía tengo una hora y media libre antes de volver al trabajo. Deberíamos hablar de lo que vamos a decirle a Othman. Ahmad tiene que marcharse pronto. ¿Puede acompañarme a almorzar?

A Nayir se le ocurrían más de diez razones para rechazar la oferta, pero no podía acallar la impaciencia que crecía en su pecho. Sin embargo, por principio, frunció el ceño.

—No entiendo cómo podría ser posible.

—Conozco un lugar —dijo—. Sígame.

Nayir salió del coche. El calor parecía peligroso. El aire húmedo le asfixió con su hedor. Habían aparcado en los últimos dos sitios disponibles en el pequeño aparcamiento cerca de al-Barad. El aparcamiento, rodeado por altos edificios de apartamentos, estaba a la sombra, pero apenas se notaba la diferencia. El sol de la tarde lo envolvía todo, como un espejismo: los coches, las aceras, los carteles. Al fondo de una de las calles, una fuente seca y solitaria parecía estar sudando. Solo los edificios eran inmunes a ese calor gracias a su robusta estructura en piedra caliza, las ventanas de bisagras y las pantallas de látex aislantes.

Una mujer atravesó el aparcamiento y se dirigió hacia una de las calles, echando un vistazo a su alrededor para comprobar que nadie la seguía. Nayir sintió una conocida punzada de alarma al ver a una mujer caminar sola por la calle. ¿Cómo lograban caminar tan de prisa con la cara cubierta? Tan pronto como embocó la calle aminoró el paso. Quizá caminara de prisa solo por el calor.

Nayir atravesó el aparcamiento hasta el coche de Hijazi, y cuando llegó, su camisa estaba empapada y las perneras del pantalón estaban pegadas a sus tobillos. Deseó haberse puesto una túnica.

Katya sacó su caja de herramientas del maletero y se despidió de Ahmad. El chófer miró a Nayir con severidad antes de subir de nuevo al coche. En esa mirada había una advertencia para que tratara a Hijazi con respeto y una muestra de solidaridad a la vez.

—Déjeme que lleve eso —dijo Nayir, señalando la caja.

—No hace falta —respondió ella, dirigiéndose a uno de los callejones.

Nayir la siguió, refunfuñando. Caminando tras ella se sentía como un niño, pero era ella quien sabía adónde iban, de modo que resultaba imposible poder caminar delante. Debería de caminar a su lado, aunque eso tampoco le parecía correcto. Se imaginó lo que pensaría Othman de verlos juntos. Ni siquiera los matrimonios caminaban uno al lado del otro: la mujer caminaba detrás del hombre, como muestra de respeto.

Alcanzó a ponerse a su altura justo al salir del callejón. Ella giró a la derecha y aminoró la marcha, mirando a su alrededor. Se mareaba cada vez que giraba la cabeza, ya que el *burka* le impedía una buena visión periférica.

—Tiene que estar por aquí —dijo.

—¿Adónde vamos?

—A uno de esos restaurantes para familias donde se puede llevar a comer a una mujer soltera.

Nayir había oído hablar de esos lugares: bares en los que hombres y mujeres podían comer sin estar divididos en secciones *familiares*. Era un restaurante para

familias, pero no hacía falta que las mujeres se cubrieran el rostro, sino solamente el pelo. Lo más sorprendente era que podían comer solas; los hombres también podían entrar, siempre que llevaran compañía femenina. Nayir había oído que algunos hombres contrataban chicas filipinas con el único objetivo de que les ayudaran a entrar en uno de esos bares. Una vez dentro, podían ligar con cualquiera de las chicas que se encontraran allí. En realidad esos lugares solían ser bares de ligue, y Nayir rogó a Alá que ese en particular no fuera uno de ellos. ¿Cómo se lo explicaría a Othman?

Pasaron frente a algunas tiendas en cuyos escaparates se veían perfumes y baratijas. A Nayir le sudaban las manos. Se sentía estúpido por estar buscando un bar que probablemente las autoridades habían mandado cerrar tan pronto como había abierto. Sin embargo, un poco más adelante, vieron un cartel metálico sobre una puerta: «LA GRAN MEZCLA: FAMILIAS BIENVENIDAS».

—¡Es aquí! —dijo ella, sin poder contener su exaltación.

Nayir se detuvo.

—No creo que esto sea...

—No se preocupe —le interrumpió Katya con aire divertido—. No es lo que está pensando.

Antes de que Nayir pudiera responderle, Katya se dirigió hacia la entrada y empezó a subir unas escaleras estrechas de madera. Nayir la siguió, preguntándose si no le estaría tendiendo una trampa. Se imaginó el argumento: ella había decidido que él se sentía solo, que era un inepto en lo que a ligar se refería y además tenía la mala suerte de carecer de una familia que pudiera concertarle un matrimonio, de modo que se le había ocurrido llevarle hasta allí, esperando que prendiera la chispa. Si se trataba de eso, no sabía lo equivocada que estaba.

Una vez subieron las escaleras, entraron en una sala de espera de paredes de cristal.

—Una amiga mía estuvo en este local y me dijo que la comida era excelente —dijo Katya.

El *chef* los saludó y les hizo una señal para que entraran en el comedor. La sala era un patio enorme con una cúpula de cristal y una fuente en el medio. El sol que entraba por las amplias ventanas acariciaba las alfombras azules y las mesas de cristal que había en el centro. Más allá, unas escaleras conducían a otras salas de estar, donde había mesas grandes y pequeñas separadas por grandes maceteros para ofrecer algo de intimidad. El camarero les había dicho que podían sentarse donde quisieran, de modo que Hijazi le condujo a la parte superior de la sala, donde una mesa puesta para dos parecía estar esperándoles. Nayir echó un vistazo rápido a su alrededor. Había algún que otro hombre, pero estaban bastante lejos y ocupados en comer.

Hijazi dejó la caja en el suelo, tomó asiento y se levantó el *burka*. Nayir no tuvo más opción que sentarse frente a ella y preguntarse cómo iba a sobrevivir a toda una comida con el rostro de Hijazi expuesto de esa manera. Ella, sin embargo, no le

estaba mirando a él, sino que contemplaba a los clientes del local: hombres, niños, mujeres con rostro.

—Casi no puedo creerlo —dijo—. Hacía mucho tiempo que quería venir, solo para comprobar si era real.

También Nayir observó la escena que le rodeaba, intentando evitar escrupulosamente los rostros femeninos expuestos y mirando, en su lugar, a los hombres. No parecía haber un solo soltero en toda la sala, todos los hombres estaban sentados con sus esposas y sus hijos. Parecían felices y tranquilos, no parecía importarles que los rostros de sus esposas estuvieran descubiertos. Se atrevió a lanzar una mirada furtiva a un par de mujeres y comprobó que se comportaban de una manera modesta. La mayoría de ellas llevaba túnica y un velo sobre la cabeza, y mantenía toda su atención en su familia. Nayir sintió un gran alivio. Le sorprendía que un restaurante tan moderno como este pudiera ser frecuentado por gente normal que actuaba de forma adecuada.

Por el rabillo del ojo vio que Hijazi sonreía. No había dejado de admirar la cubertería y el candelabro y Nayir se complacía en comprobar que, a pesar de su independencia, era, de algún modo, una mujer todavía protegida.

Inmediatamente después cayó en la cuenta de que esa era la primera ocasión en la que se encontraba con una mujer en un restaurante. Era casi un hito, pero se sentía demasiado culpable como para poder apreciarlo. Se metió la mano en el bolsillo y encontró el *misyar*, el certificado de matrimonio falso. Tendría que escribir el nombre de Hijazi en aquella casilla si les descubrían, pero incluso eso le parecía un acto culpable.

—¿Qué le parece? —le preguntó Hijazi.

Él sacó la mano del bolsillo.

—Es un lugar acogedor.

—Y además es fresco —dijo—. No demasiado frío, como algunas tiendas. Y ahora viene lo mejor: uno puede coger su propia comida —dijo, levantándose.

—Bien, ahora voy.

Ella le miró, extrañada, pero se dirigió al bufé. Cuando se hubo alejado, Nayir sacó el *misyar* del bolsillo y buscó un bolígrafo. Se le ocurrió que hacía años que tenía ese *misyar*. Lo había comprado en previsión de una ocasión especial y esta era una, de improviso, y con una mujer a quien él no podía tener ningún acceso. Le parecía un pecado escribir su nombre en aquella casilla. No era algo que él hubiera deseado.

Dobló el *misyar*, lo guardó de nuevo en el bolsillo y se dirigió al bufé. Pasó veinte minutos curioseando la asombrosa selección de frutas y pasteles, bocadillos calientes, carnes estofadas, verduras y arroz, yogures y helados, diez tipos de té, café normal o americano. Había también chocolate caliente y frío y, sorprendentemente, cubiteras de hielo en cada mostrador. Cuando regresaron a su mesa, Hijazi estaba exaltada.

—Si pudiera, vendría todos los días —dijo, desdoblando la servilleta y cogiendo

el tenedor.

Nayir intentó imaginársela allí con Othman. Estaba tan contenta que a lo mejor él se dejaría contagiar. Probablemente era eso lo que le gustaba de ella, esa faceta suya que podía lograr suavizar su carácter severo. Nayir intentó imaginarles yendo a ese lugar en algunos años, sentados a la mesa rodeados por sus hijos. Se preguntaba si ella todavía sería feliz entonces.

Se atrevió a observar su rostro y pudo ver una alegría infantil en sus ojos. Imaginó que esa felicidad podía durar. Ella sonrió, no a él exactamente, sino en respuesta a la atención que le dedicaba. Por un instante, imaginó que ese futuro era el suyo. Se encontraba sentado en aquella mesa con ella, rodeado de sus hijos, y aquella sonrisa generosa estaba destinada a él. Era una sensación emocionante y asfixiante al mismo tiempo. «Que Alá me perdone. Soy un pecador y un egoísta. Esto no me sucedería si tuviera una esposa».

—Creo que podemos admitir que fue secuestrada —dijo Katya, volviendo al asunto de Nouf.

—Podría ser.

—Pero ¿quién lo hizo? —dijo, sin dejar de comer—. Tal vez deberíamos enfocarlo de otra manera. ¿Qué fue lo más escandaloso que hizo Nouf? Se quedó embarazada. ¿A quién debería de molestar más esa noticia?

—A su familia, si se llegaran a enterar.

—Asumamos que lo sabían —prosiguió Katya—. Qazi hubiera descubierto en la noche de bodas que no era virgen. Se hubiera divorciado. Quizá la familia la llevó al desierto para ahorrarse la vergüenza de que su embarazo fuera descubierto.

—No lo creo —dijo Nayir.

—No fue un asesinato por honor, más bien un secuestro por honor; de ese modo no se asume la responsabilidad. Al hacerlo parecer una huida pueden echarle la culpa a ella y además la gente creería que era ella quien quería evitar la boda —concluyó y permaneció en silencio, masticando.

—Pero ¿cómo habrían podido hacer algo así sin matarla desde el principio? —preguntó—. Cabía la posibilidad de que encontrara el camino de vuelta desde el desierto. ¿Qué hubieran hecho entonces?

—Sí, tiene razón.

Sus especulaciones le ponían nervioso. Ella pareció darse cuenta, pues continuó comiendo en silencio. Mientras estaba en el desierto, Nayir había considerado la posibilidad de que se tratara de un secuestro por honor, y también lo había hablado con su tío Samir, pero cuando intentaba imaginárselo le parecía ridículo. Era como una obra de teatro cómica en la que unos caballeros de la alta sociedad elegantemente vestidos intentaban meter un camello en una furgoneta sin mancharse sus botas caras para el desierto, y conseguían golpear a su hermana en la cabeza con una tubería y llevarla al desierto sin salpicar de sangre sus camisas de diseño. Nayir no pensaba que tuvieran agallas para asesinar a su hermana, especialmente por honor.

—Nayir, ¿qué es lo que realmente opina de este caso? —preguntó Katya.

Lo había cogido con la guardia bajada, no sabía qué responder.

—¡Vamos! No me diga que no hay nada que le fastidie.

—Bueno, sí. —Tardó algunos instantes en organizar sus ideas—. Nouf iba a casarse con Qazi solo para poder abandonar el país. Eso me fastidia. Iba a abandonarle durante su luna de miel.

Su sonrisa se desvaneció.

—Sí, eso es horrible, tenía que estar desesperada.

—¿Se imagina qué habría sucedido si hubiera logrado abandonar a su marido y escapar con un americano? Su familia habría enloquecido. Quién sabe lo que le habrían hecho a Mohammed. Lo más seguro es que perdería el trabajo, como mínimo. La familia mandaría a alguien a buscar a Nouf y la traería de vuelta a casa. ¿Cree que Mohammed no lo sabía? ¿O que Nouf no lo sabía?

Hijazi asintió.

—Parece que su escolta se preocupaba más por ella que por sí mismo.

—O quizá sacaba algún beneficio de todo esto.

—¿Y si simplemente le daba pena?

—¿Por qué? —preguntó Nayir—. Lo tenía todo. Su familia le permitía ir por ahí con una moto de agua, le proporcionaban un escolta por si quería ir de tiendas y además tenía dinero propio.

La expresión de su rostro daba a entender que no compartía su opinión.

—¡No podía hacer la única cosa que realmente deseaba! Su familia no aprobaba que fuera a la escuela, y no creo que hubiera aprobado que hiciera una carrera, especialmente si se trataba de trabajar con animales. No lo entiende, ¿verdad? Nouf tenía todo lo que su padre le dejaba tener.

Nayir se secó la cara con la servilleta.

—La mayoría de la gente sería feliz si tuviera la mitad de lo que tenía ella.

—No, la mayoría de la gente no sería feliz así —replicó Hijazi con voz suave.

Nayir reconoció el cambio de tono: cuanto más suave era la voz, más intensas eran las palabras. Se preparó para lo que podía venir después.

—Imagine que no pudiera ir al desierto —prosiguió—. Que ni siquiera pudiera salir de casa sin pedirle permiso a alguien. Que aunque tuviera dinero, o posesiones, no le estuviese permitido hacer algo cuando lo deseara. Lo único que se le permitiría hacer sería casarse y tener hijos.

Nayir habría querido responderle que eso era exactamente lo que deseaba, pero esa era otra historia.

—No creo que su familia la hubiera obligado a casarse —dijo, intentando no acalorarse—. Fue ella quien aceptó los planes de matrimonio.

—Sí, pero eso no importa —respondió Katya—. O se casaba o no podía llevar a cabo su sueño. Le estaba permitido alcanzar solo los sueños que su familia tenía para ella: ser una buena hija y esposa.

—¿Y eso podía hacerla enfurecer tanto como para salir huyendo?

Hijazi había dejado de comer y jugueteaba con la comida.

—Sí, probablemente eso fue lo que sucedió.

—En tal caso abandonar a su prometido sería una especie de venganza, como si escupiera en la cara a sus padres.

Ella no respondió.

—En lugar de abandonar el país iba a arrastrar a su prometido en aquel lío. Tanto le daba si le rompía el corazón, o si decepcionaba a sus padres. ¿Sabe? Podría haber salido del país sola, tenía bastante dinero para hacerlo. Habría podido pagar a alguien para que la acompañara hasta Egipto. Habría tardado menos de un día —dijo. Cayó en la cuenta de que estaba dejando entrever su rabia. Se detuvo y respiró hondo—. Su plan me parece una crueldad.

Con la mirada baja, Hijazi asintió.

—Es cierto. Habría podido marcharse de otro modo.

Mientras contemplaba su vaso, estuvieron en silencio unos instantes. Nayir se sentía frustrado. Le sorprendía que el silencio de Katya pareciera haber arrojado una luz mortecina sobre toda la sala.

Lentamente siguieron comiendo. Nayir observó sus manos y las imaginó acariciando la mejilla de Othman. Sintió una profunda vergüenza. Echó un vistazo a los demás clientes. Parecían hombres como él mismo. La gente era decente solo exteriormente. Probablemente, en el interior eran todos hombres como él, hombres que deseaban lo que no debían. Se avergonzaba de él mismo, de cómo había admirado sus manos. Era una prueba más de que hombres y mujeres no podían ser solo amigos. ¿Acaso no era eso lo que se escondía tras todas las normas y las leyes, que hombres y mujeres debían ocupar lugares distintos en el mundo? No eran los designios de los hombres, sino el mensaje de Dios, y la base de los sistemas filosóficos y legales. ¿Quién era él para oponerse? No era más que un infiel.

Hijazi pareció percatarse de su cambio de humor. Recorrió su rostro con la mirada.

—¿No siente ni una pizca de pena por Nouf? —le preguntó.

Nayir asintió.

—Sí, claro que sí. Pero eso no justifica lo que estaba tramando. ¿Acaso usted haría algo así? ¿Se casaría con un hombre solo para conseguir un visado?

—No lo sé.

—¡Oh, vamos! ¿Habría planeado todo este enredo solo para ir a la universidad? También aquí existen, ¿sabe?

Hijazi eligió bien sus siguientes palabras.

—Me casaría con un hombre si eso significara poder tener la libertad que deseara. Si fuera Nouf, quizás habría hecho lo que ella se proponía hacer.

Nayir se preguntó si eso era lo que ella estaba llevando a cabo: casarse con Othman para obtener la libertad que tenía Nouf, dinero, escoltas y jugosas cantidades

para sus compras. Se preguntaba también si Hijazi acabaría como Nouf, insatisfecha con su riqueza, hambrienta de libertad y sin preocuparse de su familia o de su marido, pensando solo en ella misma y en su insaciable apetito. Ahora se daba cuenta de que de eso se trataba: del insaciable apetito de Nouf.

Puede que se esté equivocando —dijo Katya—. Tal vez Nouf amaba realmente a alguien, al padre de su hijo, y simplemente estaba intentando estar con él.

—¿Eso cree?

—Creo que quería ir a América porque quería ser como las chicas americanas; eso no hace de ella una puta.

—¡Pero si estaba embarazada! —replicó Nayir.

—Quizá del hombre a quien realmente amaba.

—De acuerdo, es posible que estuviese enamorada y no quería escapar para ir a la universidad. Pero si eso es cierto, entonces no estaba tan oprimida como usted cree. A fin de cuentas, a lo mejor deseaba convertirse en esposa y madre.

Nayir vio en su mirada que aquella posibilidad, o más bien su inconsistencia, la sorprendían.

—Que una mujer quiera ser esposa y madre no significa que tenga que renunciar a su carrera —dijo Katya, mirándolo fijamente.

Por un instante sus ojos se encontraron y Nayir vio que suplicaba comprensión. En ese instante, toda su testarudez le pareció un débil muro que intentaba proteger una vulnerabilidad en la que no había reparado. Al descubrirla, sintió la necesidad inmediata de protegerla.

—¿Es eso lo que quiere? —le preguntó, apartando la vista de ella—. ¿Casarse y poder seguir con su carrera?

—Sí, eso es lo que quiero —respondió Katya.

—¿Y si su marido no se lo permitiera? —preguntó Nayir.

—Yo quiero un marido que respete mi trabajo.

Nayir dudó antes de formular la siguiente pregunta.

—¿Y si no fuera así? ¿Y si le dijera que no le importa y después cambiara de idea? ¿Y si le pidiera que se quedara en casa y cuidara de los niños?

Ella le observó.

—Es posible que yo también quisiese hacerlo si tuviera hijos. Lo que quiero es poder elegir.

No parecía molesta porque Nayir hablara de Othman. Siguió comiendo y Nayir permaneció en silencio, perdido en pensamientos tormentosos. Othman se estaba comportado como cualquier otro pretendiente: prometía a su futura esposa cuanto deseara. Un abrigo, un trabajo, una casa cara. Cuántas veces había oído contar a sus conocidos cómo habían decepcionado a sus esposas con mentiras, chantajes, excusas. Se ponía nervioso solo escuchando sus comentarios: «La vieja cae en su propia trampa», «la dejaré embarazada otra vez para que se mantenga ocupada», o «traeré una segunda esposa, a ver qué dice». Si la visión que le ofrecían sus amigos de las

mujeres era correcta, lo único que hacían era quejarse. Se sentían encerradas en casa y se volvían aburridas y amenazantes. Cuando los maridos regresaban al hogar, los atacaban con cualquier excusa: súplicas y peticiones, comidas lascivas, promesas de favores sexuales a cambio de un paseo, de dinero, compras, pícnicos, salidas. Algunas mujeres no se quejaban si eran felices con la vida que llevaban, pero había muchos matrimonios que no funcionaban, y le parecía que sus posibilidades de evitar caer en una situación de ese tipo eran escasas. Aun así, había observado que los hombres que más solían quejarse no eran hombres que él admirara. Sus mentiras y enredos no hacían más que mermar su estima por ellos. Se había convencido de no actuar jamás de ese modo con su esposa.

No le extrañaba pensar que quizá no deseaba casarse y que su soltería era más bien una elección. Lo que le sorprendía era esa reciente sensación de que bastaba mirar a Hijazi para que su confusión se disipara. Comía tranquilamente al ritmo de sus propias reflexiones. Nayir sintió la necesidad de preguntarle en qué estaba pensando, de ir más a fondo a pesar del ataque de culpabilidad que estaba empezando a disuadirle. «Alá, ojalá pudiera preguntarle. Solo esta vez, sin tener que preocuparme de lo que pueda significar. Quiero poder elegir».

—¿Elegir? —dijo, sorprendido de haberse decidido a hablar.

—Sí, elegir —contestó Katya, sonriendo amablemente—. Creo que eso era también lo que Nouf deseaba.

—¿Acaso pensaba que en América iba a tener más posibilidades para elegir?

Ella se encogió de hombros. Nayir pensó que podían seguir recorriendo cada recodo de su mente hasta morir sin llegar a descubrir la verdad. Le entristecía pensar que tal vez nadie la conocía. ¿Y si el padre del hijo de Nouf no la amaba, no sabía que estaba embarazada o no le importaba?

—Nunca me comentó si había encontrado pruebas de que Nouf hubiera sido forzada.

Hijazi dejó de comer.

—No, no había ningún indicio de violación.

—¿Por qué no me lo dijo en la oficina forense?

—Pensé que la juzgaría —le respondió con una mirada nerviosa.

Él asintió, sorprendido de haber adivinado sus intenciones.

—¿Hay algo más que no me haya dicho por miedo a mi desaprobación?

Ella dudó un instante.

—Ahora mismo no se me ocurre nada.

Su titubeo le sorprendió. Creía que era severo, pero era un hombre racional, prudente y decente. Podía parecer crítico, pero era solo porque creía en la virtud de la tradición. Le sorprendía también que cuando ella le miraba a la cara parecía retraerse.

—Así que me cree crítico —dijo Nayir—. No me diga que no cree en este sistema. Yo creo que sí. Está pensado para proteger a las mujeres. Todos los reclamos a la modestia, a llevar el velo, a un comportamiento decente y a la abstinencia antes

del matrimonio, ¿acaso no se proponen evitar este tipo de cosas?

—Sí, en teoría —respondió ella—. Pero tiene que admitir que esas mismas reglas pueden provocar la degradación que más asusta a las mujeres.

Estaba nerviosa. Le temblaban las manos, de modo que las entrecruzó y las apoyó sobre el regazo.

—Creo que eso es lo que le sucedió a Nouf —concluyó.

Le sorprendía comprobar que no lo despreciaba, como creía. Temía su juicio y eso indicaba que, en cierto modo, le importaba lo que él pensara. Sintió una punzada de culpabilidad y hubiera deseado disculparse y poder retirar, más que sus palabras, la tozudez y frialdad con que las había pronunciado.

—Lo siento —dijo.

Ella lo miró.

—Tiene razón —prosiguió—. Nada es perfecto: ni el sistema, ni las reglas.

Katya se había quedado sin palabras, así que asintió. A Nayir le pareció que había entendido su disculpa. Katya volvió a mirarlo.

—¿Y usted? ¿Hay algo que no me haya contado sobre el caso?

Inmediatamente Nayir pensó en la chaqueta de Othman. Dudaba de poder explicárselo sin hacer que Othman pareciera culpable, o sin que ella se enfadara.

—Sí, hay una cosa que podría ser importante —dijo con voz temblorosa.

A pesar de su reticencia, le contó lo del *uadi* y la desaparición de la chaqueta de Othman. Hijazi le escuchaba con una expresión calma, pero cuando hubo terminado frunció el ceño.

—¿Desde cuándo lo sabe?

—Bueno... —dijo disimulando—. Unos días. No lo recuerdo exactamente.

Ella lo miró y después apartó la vista, contrariada. Nayir se sentía fatal.

—No debe esconderme nada —dijo—. Si estoy llevando adelante el caso es porque creo que puedo encajar la verdad. Para mí es importante.

Nayir tenía que darle la razón. Llevaba el caso con ambición, y no precisamente para conseguir algo para ella misma. Estaba desobedeciendo a Othman, arriesgando su trabajo y comprometiendo su tiempo y su energía sin que ello le fuera a proporcionar recompensa alguna excepto la verdad. Se sintió estúpido, y le sorprendía que alguien tan estúpido pudiera actuar como detective.

Terminaron de comer en silencio. Katya parecía absorta en sus pensamientos y Nayir deseaba saber en qué estaba pensando incluso pidiendo compasión a Alá por su pecado. «Perdóname. ¿Acaso no me está permitido cometer un pecado? Estos son pecados peligrosos. Perdóname».

Tras pagar la comida la acompañó de vuelta a la oficina forense, donde se despidieron de una manera extraña. Después de dejarla, Nayir cayó en la cuenta de que no habían hablado sobre lo que iban a contarle a Othman.

Cuando Ahmad llegó a la isla, Katya sintió que el cansancio del día se apoderaba de ella. Ahmad se detuvo en la entrada para mujeres de la finca, pero ella no se movió.

—¿Prefieres que te lleve a casa? —le preguntó.

Katya cayó en la cuenta de que no se trataba solo de aquel día. Llevaba un mes así. Desde la desaparición de Nouf no había parado. Había intentado seguir con su vida normal como si nada hubiera cambiado. Pero no era así: todo había cambiado. Sus sentimientos hacia la familia Shrawi se habían visto teñidos por la sospecha y habían dado pie a un flujo constante de dudas y preocupaciones que constituían, ahora lo veía, su principal fuente de distracción. Si Nouf no había escapado a causa del matrimonio, había alguien en la familia que sabía exactamente lo que había ocurrido. Katya no podía evitar pensar en la única persona a quien conocía lo suficientemente bien como para poder juzgar con claridad: Othman, que, en teoría, era quien mejor conocía a su hermana. Un abanico de posibilidades se abría en su mente: Othman había secuestrado a Nouf, la había engañado para llevarla al desierto y se había enredado en un complicado encubrimiento. Quizás había pagado a alguien para que la secuestrara. O tal vez había descubierto que estaba embarazada y había conspirado con ella para simular una desaparición. ¿Y las pruebas? Podían ser todas falsas: el barro, la chaqueta desaparecida, el zapato. Si Othman hubiera simulado el secuestro, habría pensado en todos los detalles. Pero la única prueba que demostraba su culpabilidad estaba al alcance de su mano.

—¿Kati?

—Lo siento. No, no quiero regresar todavía. Tengo que coger una cosa, no me llevará mucho.

Abrió la puerta y salió del coche. Ahmad salió también para coger la caja de herramientas del maletero y la miró con infinita compasión.

—Gracias, Ahmad.

Cogió algunas bolsas de plástico y escobillas de la caja y dejó el resto en el maletero.

—Vuelvo enseguida.

La hermana menor de Nouf, Jannah, la recibió en la puerta. Sonrió recatadamente y acompañó a Katya a la sala de estar de las mujeres, donde se encontraba Nusra tomando el té con un grupo de mujeres. Katya reconoció a algunas tías de Othman, pero Zahra y Fadilah no estaban.

—Katya —dijo Nusra, y se levantó para saludarla.

Katya se sentía incómoda por haber sido reconocida tan rápidamente y por los ojos vidriosos de Nusra. La saludó y luchó por encontrar algo que hacer con las manos. Las demás mujeres la miraban con indulgencia, sin duda alguna pensando que

Othman cometía una locura al casarse con una mujer tan mayor como ella. Tenía veintiocho años, no muchos menos que la menor de ellas, pero no estaba ni la mitad de estropeada. Eran pálidas, con arrugas y, la mayoría, obesas por pasarse el día sentadas en el sofá sin nada que hacer. La grasa les colgaba de la cintura y de los brazos. Se parecían a su sofá. Katya bajó la vista, avergonzada de sus pensamientos.

Nusra la acompañó donde se encontraban las demás y le ofreció el té, que no pudo rechazar. Se sentó con calma en el borde del sillón. Una de las mujeres se volvió hacia ella y le preguntó:

—¿Y bien? ¿Estás emocionada por la boda?

Por un instante, la pregunta presentó diferentes posibilidades. ¿Y si decía que no? ¿Qué quería decir exactamente emocionada? ¿Emocionada por el dinero? ¿Por el sexo? ¿O por la boda en sí, por la comida y la fiesta? Se habrían escandalizado si les hubiera contado la verdad: que la emoción se había desvanecido a causa de la muerte de Nouf y de la reacción de Othman. Estaba empezando a dudar de que la boda fuera a celebrarse en los próximos meses. Othman necesitaba algún tiempo de luto y no se le debía forzar a celebrar nada en ese momento. Pero no podía decir nada de eso. Habrían pensado que estaba loca. Una mujer de su edad tenía que aceptar cualquier cosa.

—Sí —respondió—, sí, muy emocionada.

—Tiene que ser difícil para ti después de esta tragedia, ¿verdad?

—Bueno... —Katya observó a las demás mujeres, todas ellas con expresión escéptica—. La muerte de Nouf ha sido un golpe difícil para todos.

—Oh, no pienses en eso ahora —dijo Nusra—. Es algo pasado. Ya tendrás tiempo de estar de luto cuando seas vieja. Ahora tu vida se abre —dijo, abriendo las manos como una flor—. Tienes que sentirte feliz por eso.

Katya sonrió y cayó en la cuenta de que se había sonrojado.

—Gracias.

Lentamente, las miradas de las demás mujeres se alejaron de ella hacia el centro invisible del círculo y retomaron la conversación sobre sus hijos, nietos y las innumerables disputas y problemas que parecían afligir a cualquier grupo de madres. Katya se relajó sobre el sofá. Se sentía como si hubiera logrado sobrevivir a algo. Mientras las demás mujeres charlaban, repasó una y otra vez su larga lista de preguntas sin respuesta y se dio cuenta de que los asuntos que para ella eran importantes, pruebas, escenas de crimen, coartadas, nunca lo serían para aquellas mujeres, y viceversa.

Recordó la comida con Nayir, sobre todo el modo respetuoso en que la había tratado, y se sorprendió de cuánto había cambiado la opinión que se había hecho de él. En lugar de un ayatolá extremista y rígido le parecía ahora uno de esos hombres que, conscientes de su gran presencia física, desarrollaban una especie de gracia masculina. En el caso de Nayir, además, esta gracia se reflejaba en su personalidad. Ahora entendía por qué a Othman le caía bien. No era autoritario, sino más bien

amable, reflexivo, inteligente y de fiar. En estos momentos era la única persona a la que podía confiar cualquier información sobre el caso de Nouf.

Una sirvienta entró con una bandeja de galletas de dátíl. Tras probarlas, una de las tías se echó a reír extasiada.

—¡Qué sorpresa, son deliciosas! —exclamó.

Katya solía pensar que el estilo de vida de la familia Shrawi era fascinante, pero cuanto mejor conocía a las mujeres, más cuenta se daba de que no quería convertirse en una de ellas: estrechas de mira y aburridas, consumidas por las ridículas menudencias de sus cómodas vidas. Por ahora parecían aceptar que ella trabajara, y una de las tías incluso se había interesado por su trabajo, aunque se cansó pronto y un instante más tarde ya había vuelto a su conversación sobre sus hijos. Katya intentó pensar en Othman: él entendía y apoyaba su elección. Creía gustarle precisamente porque no se parecía en nada a las mujeres de su familia.

—No tienes muy buena cara —le dijo una de las tías mayores.

—No, estoy bien, gracias —respondió Katya, incorporándose—. Estoy cansada.

—Espero que no sea por los nervios —dijo otra.

—Oh, no, para nada —respondió. Dejó la taza sobre la mesa y se volvió hacia Nusra—. Siento haber venido estando casi sin energía... Quería ver cómo estabais.

Nusra, que solía saber llevar una conversación formal, apretó los labios y asintió.

—Lo siento —dijo Katya. Sentía que había metido la pata, pero no sabía por qué.

—No me ofendo porque te quedes tan poco tiempo —dijo Nusra—. Pero no quiero que te marches tan exhausta como estás. ¿Por qué no descansas aquí un rato? Una de las criadas te acompañará a una habitación libre.

—Oh, no, es demasiada molestia.

—No, no lo es. —Nusra se puso en pie e hizo un ademán a una de las criadas que estaban junto a la puerta.

—Por favor, no hace falta —insistió Katya.

—Tonterías. Aaliyah, lleva a Katya a una de las habitaciones libres y asegúrate de que tenga cuanto necesite.

—Sí, *Sayeeda*.

Katya suspiró.

—Gracias, Um-Tahsin.

—No hay de qué —respondió Nusra, tomándola de la mano e indicándole la puerta.

Agradecida, Katya siguió a la criada hacia el pasillo y cerró la puerta tras ella.

—Me gustaría colgar la túnica, si es posible.

—Sí, claro, ya lo hago yo —respondió la criada, tendiéndole la mano.

—Oh, no, deja que lo haga yo, así sabré dónde está cuando tenga que marcharme.

—De acuerdo, por aquí.

La criada la condujo por el pasillo hacia la entrada de los hombres. En el vestíbulo había una pequeña puerta que daba al vestidor. La criada encendió la luz.

Había docenas de túnicas y bufandas colgadas de las perchas. La criada se volvió hacia Katya para ayudarla a sacarse la túnica.

—Puedo hacerlo sola, gracias —dijo Katya—. Lo que sí te pido es que me traigas un vaso de agua —continuó. Se acercó a la criada y susurró—. Tengo que tomarme una aspirina.

—¡Ah! Sí, claro —dijo la criada. Sonrió ligeramente, hizo una pequeña reverencia y salió del vestidor.

Tan pronto como se hubo marchado, Katya cerró la puerta con llave. Dejó su túnica en el suelo y echó un vistazo a su alrededor. Las túnicas de los hombres estaban colgadas en uno de los extremos del vestidor y las de las mujeres en el otro. Se dirigió al extremo de los hombres, se acuclilló y empezó a buscar pelos en el suelo. Encontró unos cuantos y los guardó en una bolsa de plástico. No importaba de quién fueran, lo único que quería era una muestra de todos los hombres que había en la finca o que habían estado allí recientemente, incluidos los sirvientes.

Ni Mohammed ni Eric eran el padre del bebé de Nouf. No había otras pistas. Las muestras de pelo del vestidor eran su única esperanza. Quizá no le proporcionasen un nombre o un rostro, pero al menos demostrarían que el hombre había estado en la casa. Una vez tuviera esa certeza, podía empezar a interrogar a Othman sobre las visitas recibidas por la familia durante los últimos meses.

Se levantó y echó un vistazo a las túnicas. Hasta ese momento había evitado conscientemente cualquier razonamiento que pudiera llevar a pensar que uno de los hermanos fuera el padre del hijo de Nouf. Era terrible pensarlo, pero le parecía igual de terrible ignorar su más oscura sospecha solo porque no le gustaba.

No sabía qué era lo que los hombres de la familia llevaban en casa, pero conocía sus bufandas y túnicas. Tahsin tenía una perfecta túnica blanca con un pomposo ribete dorado. Fahad solía llevar una túnica vieja y lúgubre, mientras que la de Othman era de un color azul claro. Localizó las dos primeras, buscó algún pelo, tomó las muestras, las metió en una bolsa y las etiquetó. Al llegar a la túnica de Othman, un fuerte sentimiento de vergüenza la hizo dudar. ¿Estaba traicionando su lealtad hacia él, o acaso temía que estuviera implicado?

«Esto tendría que ser fácil», pensó. Las pruebas de ADN demostrarían que era inocente. Encontró tres pelos en la túnica y los metió en una bolsa.

Tras organizar y etiquetar todas las bolsas, colgó su túnica y abrió la puerta. El pasillo estaba vacío. Decidió no preocuparse de las consecuencias y se encaminó a la entrada.

—¿Katya?

Se detuvo, se giró y vio a Nusra de pie frente a la puerta del vestidor.

—Katya, ¿qué haces aquí?

Durante un breve instante, Katya pensó en hacerse pasar por otra persona, pero sabía que con Nusra no hubiera funcionado.

—Lo siento, Um-Tahsin, me he perdido.

—¿Dónde está Aaliyah? Le había pedido que te acompañara a una habitación.

Su voz era suave pero interrogante.

Katya se vio obligada a dar una explicación.

—Lo siento. Quería solo escapar de la sala de estar unos instantes. A veces me siento cohibida ahí dentro.

Tras una pausa, Nusra se acercó y le tendió la mano.

—Entiendo —dijo—. Debe de ser difícil para ti. Pero no debes preocuparte, nadie te juzga.

Katya sintió un gran alivio. Justo en ese momento, la puerta se abrió y se escucharon voces de hombre. Katya se sacó el velo de debajo de la camisa y lo sujetó frente a su cara, dejando al descubierto solo los ojos. Othman entró con otro hombre. La miró brevemente y se giró hacia su madre.

—¿Qué hay, *ummi*?

Nusra sonrió y abrió los brazos. Othman la besó en la frente y le presentó a su amigo. Katya se mantuvo rígida. Cayó en la cuenta lentamente, y después con una terrible punzada, de que Othman no la había reconocido y que probablemente la había confundido con una criada. Le miró insistentemente, convencida de que no se atrevería a mirarla a los ojos, al menos en presencia de su madre. ¿Acaso no reconocía sus ojos, ni la mano que sujetaba el velo, ni siquiera el bolso que colgaba de su hombro? Othman no volvió a mirarla. Habría querido enorgullecerse de él al comprobar que no era el tipo de hombre que miraba a las mujeres desconocidas, pero su corazón se había detenido, y le contemplaba como si fuera la primera vez que le veía. Era más dulce y tierno, más infantil en presencia de su madre. Parecía más abierto de cuanto lo había sido jamás con ella, y le dolía profundamente. También Nusra había cambiado. Su voz era más aguda, y había alzado el rostro hacia él. Lo más sorprendente era que sus gestos eran extraños y titubeantes, como si se hubiera quedado ciega apenas un día antes y necesitara que su hijo la guiara.

Katya esperó a que Nusra dijera algo, como por ejemplo: «Mira, Katya está aquí», o bien: «¿Acaso no reconoces a tu prometida?». Sin embargo, Nusra acompañó a Othman y a su amigo a la sala de estar de los hombres, dejando a Katya paralizada en el pasillo, con el corazón roto y por el suelo y la mente intentando decidir quién estaba más ciego, si Nusra o su hijo.

Cuando se hubieron marchado, se giró bruscamente y fue directa a la puerta, esperando que nadie la viera salir. Sentía la cabeza ligera, pero el cuerpo le parecía un yunque. En su interior se iban acumulando varias emociones: horror, tristeza y la necesidad de reír hasta llorar. Tan pronto como llegó al coche, las lágrimas salieron a raudales.

Ahmad saltó del coche, le pasó el brazo sobre los hombros y la abrazó, dejando que llorara, manteniendo su habitual silencio. Cuando hubo terminado, le limpió las lágrimas con su *shumagh* y la acompañó al interior del coche.

La mesita de café era lo suficientemente grande como para poder apoyar todas las pruebas del caso y Katya las dispuso en filas: las muestras de barro de las muñecas de Nouf y las del zoológico, los restos de madera y estiércol de la herida de la cabeza, muestras de piel procedentes de la manta que habían encontrado en el zoológico, muestras de ADN de todos y los análisis químicos correspondientes impresos en folios de papel blanco. Antes de sentarse, se cambió y se puso su túnica de estar por casa preferida, se hizo una taza de café y se recogió el pelo. Estaba lista para ponerse a trabajar. Tomó un bolígrafo y un papel y empezó a clasificar las pruebas, intentando formarse una idea diferente de los eventos que habían precedido a la muerte de Nouf.

El estiércol del zoológico coincidía con el de la muñeca de Nouf, ya que ambos contenían restos de toxinas de adelfa. No había restos de sangre mezclados con el estiércol, pero había suficiente cantidad de este para poder asegurar que Nouf, y no solo su zapato, había estado en el zoológico antes de desaparecer.

La manta que habían encontrado en el zoológico era más interesante. Había conseguido obtener células de dos personas: Nouf y el padre del bebé. Era una coincidencia perfecta. Demostraba que Nouf había mantenido relaciones sexuales en el zoológico, aunque no con Mohammed ni con Eric.

Por último, estaban las muestras de ADN que había tomado en la finca de los Shrawi. Había conseguido procesarlas por lotes en el trabajo. Salwa y otras compañeras habían estado en casa con fiebre, de modo que le había llevado solo un día y medio terminar todas las muestras. Esa tarde, había metido el último lote en el bolso sin ni siquiera mirar los resultados. Después, había vuelto a casa acompañada de la reconfortante presencia de Ahmad. La casa estaba vacía, ya que Abu había salido a jugar a cartas con sus amigos. Tomó una cena ligera. No lograba reunir las fuerzas necesarias para estudiar los resultados de las pruebas, pero ahora parecían arder sobre la mesa. Dejó la taza de café, se inclinó hacia delante y cogió el primer bloque de folios. Había analizado diez pelos diferentes procedentes del vestidor de los Shrawi. Siete de ellos pertenecían a los hombres. Estaba convencida de que, en ese último lote, encontraría la respuesta que andaba buscando.

Nayir se despertó a causa de los ruidos que acompañaban a un día de actividad en el puerto: el sonido de los pasos en el muelle, los barcos poniendo a punto los motores para salir, las voces de fin de semana gritando órdenes y el sonido de botellas y hielo en las cubiteras. En los breves momentos de silencio, alcanzaba a oír el conocido azoteo de la pequeña bandera de lienzo contra el mástil del *Fátima*, lo cual indicaba un viento fuerte y la promesa de un día de mar fantástico.

Con una vaga intención de salir a navegar, se levantó y se preparó un café. Se apoyó distraídamente en la cocina y echó un vistazo a su alrededor. La cabina era un desastre. El depósito del agua estaba vacío, y la factura del alquiler había vencido hacía dos días. Sabía de sobras que no tenía ropa limpia. Y por si fuera poco, tenía las ideas tan desordenadas que ni siquiera recordaba sobre qué tenía que hablar con el escolta de Nouf o qué era lo que había descubierto con Hijazi en el zoológico. La bandera del mástil había empezado a sonar como el ritmo de un tambor militar durante la instrucción. Olvidó su café y llevó a cabo sus abluciones en el fregadero de la cocina, cogió la esterilla y subió a cubierta a rezar.

Se pasó la mañana ordenando la cabina, lavando ropa y ocupándose de sus facturas. El aire era fresco y hacía que aquella reclusión fuera casi agradable. Mientras organizaba sus pertenencias, también su mente empezó a organizarse según sus propios designios. Las pruebas que había reunido durante la última semana empezaban a tener sentido. Había solo una cosa que no le cuadraba: ¿por qué Nouf se había metido los zapatos de tacón en el bolsillo?

Para intentar encontrar la respuesta tenía que imaginar cuándo se había puesto la túnica blanca. ¿Estaba aún en la isla cuando se cambió? Tenía que haberse cambiado antes de subirse a la furgoneta. Con una túnica negra era casi imposible que no la detuvieran en la autopista. Pero si salió de la isla en furgoneta con una túnica blanca, ¿por qué no dejó los zapatos en el asiento de al lado? ¿Por qué se los metió en los bolsillos?

Tal vez había tenido que caminar por la isla con la túnica blanca y no había querido que la vieran con los zapatos en la mano. Nayir sacó las pertenencias de Nouf de la bolsa de plástico y las colocó sobre el sofá. La túnica blanca tenía bolsillos, y era posible meter los zapatos dentro aunque el tacón sobresalía y el tejido era ligeramente transparente, de modo que se veía el color rosa de los zapatos. Aun así, era mejor que llevarlos en la mano. Pero ¿por qué no los habría metido en una bolsa de plástico?

¿Los metió en el bolsillo y se olvidó de ellos? Su reciente experiencia le decía que era difícil olvidarse un zapato de tacón de más de diez centímetros en el bolsillo. Aunque los hubiera olvidado por un momento, ¿por qué no los había sacado del

bolsillo cuando llegó al zoológico, o mientras conducía? Tenían que ser una molestia. Para demostrarlo, se metió un zapato en cada bolsillo de la túnica y se sentó en el sofá, pero tuvo que levantarse de golpe para evitar hacerse daño.

El asunto de los zapatos no tenía ningún sentido. Además, demostraba en cierto modo que Nouf había escapado: le costaba imaginar que un secuestrador se molestara en meterle unos zapatos de color rosa en los bolsillos.

Aquel día, Nayir volvió a Kilo Seven. Al entrar en el callejón frente a la casa de Mohammed, vio a las mujeres sudaníes recogiendo sus mantas. Dejó el *jeep* en la sombra, salió del vehículo y echó un vistazo a su propia sombra sobre el asfalto. Era corta y señalaba al suroeste. La oración del *zhur* estaba a punto de empezar. Se dirigió rápidamente hacia la casa de Mohammed con la esperanza de encontrarlo.

Mohammed abrió la puerta como si estuviera a punto de salir. Llevaba un pantalón elegante y una camisa de satén azul. Al ver a Nayir su expresión se volvió tímida. La timidez dio paso a la piedad, la piedad al remordimiento, hasta que pareció ser otra persona.

—*Marhaba*, Mohammed.

—Estaba a punto de salir.

—No hay nada abierto, solo la mezquita. Eres un hombre religioso, ¿verdad?

—Sí —respondió Mohammed, tragando saliva—, por supuesto.

—Entonces recemos, ¿de acuerdo?

Nayir echó a andar. A regañadientes, Mohammed cerró la puerta y le siguió.

—Hablé con Eric —dijo Nayir.

—¿Y qué dijo?

—De momento hemos descartado su culpabilidad.

—Ah...

Mohammed parecía contrariado. La llamada del muecín rasgó el aire. Nayir siguió aquel sonido y condujo al escolta por callejuelas estrechas donde los vendedores estaban bajando las persianas y apagando las luces.

Encontraron la mezquita estrujada entre una peluquería y un bloque de pisos destartado. Ambos parecían haber estado adormecidos desde hacía mucho tiempo. Los hombres entraban en la mezquita en opresivo silencio, limpiándose el sudor de la frente como si fuera sangre. Nayir y Mohammed se quitaron los zapatos y entraron. Pasaron entre la multitud hasta llegar a la fuente, mientras cada uno recitaba su propia versión del *niyyah*. La fuente estaba abarrotada, así que tuvieron que esperar. Cuando finalmente llegó su turno, Mohammed hizo ademán a Nayir para que se lavara primero, en señal de respeto, aunque Nayir no estaba seguro. Junto a ellos había otros hombres, perdidos en sus propios pensamientos. Cuando acabó de lavarse la cara, Nayir dijo:

—Estuve en el zoológico.

Mohammed prosiguió con sus abluciones, pero Nayir percibió su agitación.

—Encontré el otro zapato rosa allí —prosiguió.

Mohammed seguía en silencio. Nayir metió las manos en el agua y se limpió los oídos.

—También vi la habitación bajo la montaña.

Se levantó y vio que a Mohammed le temblaban las manos. Su estrategia había funcionado. Cuando finalmente entraron en la mezquita, Mohammed estaba pálido.

Las oraciones no consiguieron calmar el ánimo de Nayir. Se sentía culpable rezando para chantajear a Mohammed, pero sabía que Alá lo entendería. A su lado, Mohammed recitaba en voz alta. «Perdóname con Tu Perdón y apiádate de mí, pues Tú eres quien perdona, quien se apiada».

Tras recitar su último *salah* se levantaron, y Mohammed esperó de nuevo que fuera Nayir quien le precediera. Volvieron hacia la fuente de la entrada, donde los hombres se habían reunido para charlar. Mohammed creía que Nayir le habría conducido al exterior de la mezquita, pero este, en su lugar, le llevó a una hornacina que había tras la fuente, donde se sentaron en un banco de piedra empotrado en la pared. Había otros hombres de pie junto a ellos, pero el rumor de la fuente amortiguaba las conversaciones.

—Nouf solía encontrarse con alguien en el zoológico —dijo Nayir—. Y creo que eras tú. Lo olí en tu ropa la última vez que te vi.

Él palideció.

—Sé que solía ir allí.

—Para encontrarse contigo.

—No —susurró Mohammed.

—Nouf mantenía relaciones sexuales con alguien en el zoo —insistió Nayir—, y es probable que fuera allí donde se quedó embarazada.

—Le juro que no...

—Por ahora eres la única persona que sabe algo del zoológico.

—¡No es lo que se imagina! —soltó Mohammed. Dos hombres se giraron para observarle y bajó la voz, luchando por mantener la compostura—. De acuerdo. Solía encontrarla allí, pero solo porque me pedía que le hiciera algunos recados.

—¿No la llevabas hasta allí?

—No. —Mohammed cruzó los brazos—. Solía ir sola.

Nayir sentía una gran agitación que le oprimía la garganta.

—¿Y cómo llegaba al zoológico, entonces?

—Tenía una moto, sabía conducir. Solía pasear en moto por la finca con su hermana.

—¿De modo que salía de casa a plena luz del día?

—No, dejaba la moto en la playa. Salía de la isla con la moto de agua, llegaba hasta tierra y desde allí proseguía con la otra moto. —Miró a Nayir, nervioso—. Quería tener la libertad de salir con su moto, de no ser así yo mismo la habría llevado

a cualquier parte.

—¿Cómo sabías cuándo iba a ir al zoológico?

Mohammed respiró hondo.

—Me llamaba por la mañana y me decía dónde encontrarla. Normalmente me necesitaba para poder mantener su coartada. Si le había contado a su madre que iba de compras, entonces yo tenía que presentarme en el zoo con bolsas llenas de cosas. No le importaba lo que fuera, no era materialista. Para ella era más importante poder salir con su moto que tener ropa nueva.

Nayir asintió. Al menos ahora podía explicarse por qué Nouf había llevado los zapatos al zoológico.

—Iba a darte los zapatos rosas para que se los cambiaras.

Mohammed asintió, cabizbajo.

—Así que la viste el día que desapareció.

—¡No, no la vi! —exclamó Mohammed, mirando de reojo a los hombres que había allí cerca—. Me llamó por la mañana y me pidió que me encontrara con ella en el zoológico, pero cuando llegué no estaba.

—¿Qué hora era?

—Me había pedido que estuviera allí a las once. Llegué un poco más tarde y no había señal de ella.

—Entonces, si no la viste, ¿cómo es que noté el olor a zoológico en tu ropa?

Mohammed se estremeció involuntariamente.

—Desde su desaparición he estado en el zoo algunas veces para ver si podía encontrar algo que me ayudara a entender lo que había sucedido.

Nayir apoyó la espalda en la pared y cruzó los brazos.

—¿Encontraste algo?

—No.

Con las manos entrelazadas sobre el regazo y la mirada baja, parecía un chiquillo a quien hubieran regañado y castigado.

—Ni siquiera encontré el zapato.

—Estaba en el camino de acceso de la parte trasera del zoo, enterrado en el estiércol.

—¡Pero si busqué allí también! —exclamó Mohammed en un susurro.

Nayir tuvo que recordarse que Mohammed no era el padre del bebé de Nouf. Aun así, sabía de los viajes de Nouf al zoo, se citaba con ella a escondidas, había mentido a la familia durante meses, o quizás años. Y cuando Nouf desapareció, no reveló la verdad a nadie. No podía ser más culpable. Aquella tarde, en su apartamento, Mohammed le había dado la ligera impresión de ser una persona decente. Le parecía que había mantenido el secreto de Nouf para protegerla. Seguro que no tenía la conciencia limpia. Debía de haber sacado algún provecho de todo ello. Tal vez la posibilidad de compartir un secreto con una mujer hermosa, o de rebelarse contra los Shrawi, que nunca le habían gustado. O quizá se trataba de algo mucho más práctico:

si Nouf no le necesitaba, no tenía que ir a trabajar.

Nayir contempló la fuente, pensando. De repente comprendió por qué Nouf se había metido los zapatos en los bolsillos. Había conducido una moto de agua y una motocicleta. Probablemente en la moto de agua no había ningún compartimiento donde guardarlos y era más seguro meterlos en los bolsillos que llevar una bolsa colgando de la muñeca.

—¿Y la moto? ¿Dónde la guardaba? —preguntó Nayir.

Mohammed sacudió la cabeza.

—Ese era su secreto. La estuve buscando un par de veces, pero solía cambiarla de lugar.

Se secó el sudor de la barbilla y permaneció en silencio.

—¿Y cómo consiguió sacar la moto la primera vez?

—Que Alá me perdone —dijo, cerrando los ojos—. No tengo ni idea. Mire, no sé dónde la guardaba, ni cada cuándo la cambiaba de lugar. La familia posee muchas playas, es lo único que sé. Se lo pregunté, pero no quiso decírmelo. Simplemente, no quiso. Decía que solo otra persona lo sabía. Probablemente se trataba de uno de sus hermanos. Es decir, ¿cómo si no habría conseguido la llave?

—¿La llave?

—De la playa privada.

—Ah, claro. ¿Te comentó quién le había dado la llave?

—No —respondió Mohammed, frunciendo el ceño—. Creo que fue Othman.

—¿Por qué?

—No lo sé. Llevo algunos días pensándolo, más bien semanas. Pero tiene que haber sido él. Era el único de los hermanos con quien hablaba.

Nayir se frotó la barbilla.

—¿Nouf solía llevar una túnica de hombre cuando salía en moto?

—Sí, y un casco, para que nadie pudiera ver su cara. Y guantes, para esconder sus manos.

—¿Y nadie se daba cuenta de que salía de la finca vestida de hombre?

—No. Salía siempre con su túnica negra. Una vez en tierra se cambiaba y se ponía la túnica blanca. Mire, hablamos muchas veces sobre esto. Yo insistía en que era peligroso, pero ella decía que lo haría solo de vez en cuando, para divertirse. Además, nunca me hacía caso.

—Y no le dijiste nada a la familia.

Mohammed cruzó los brazos y apretó los labios. Nayir conocía la respuesta: Mohammed nunca habría contado a la familia más de lo que hubiera debido contar a la policía. Aun así, su silencio le enfurecía. El trabajo de un escolta era proteger a una mujer, no consentirla. Recordó una de las frases preferidas de su tío: «Si no sabes endurecer tu corazón, nunca podrás educar a tus hijos».

—¿Por qué no les dijiste nada? —preguntó Nayir con frialdad.

Mohammed se secó el sudor de la frente.

—Cuando llegué al zoo ese día, su moto no estaba. Esperé frente a la entrada de servicio durante una hora y después entré en el zoológico, pero no estaba allí. Me marché. Creí que habría cambiado de idea y que si me necesitaba me llamaría.

—De acuerdo, pero después, cuando supiste que había desaparecido, ¿no se te ocurrió pensar que la familia debía saber dónde debería de haberse encontrado, aunque tú creyeras que no había estado allí?

Mohammed enrojeció.

—Mire, la busqué por todo el zoo y no la encontré. Tampoco encontré ningún indicio de que hubiera estado allí. No creía que esa información pudiera ser útil... —su voz se rasgó, demostrando su remordimiento—. Sinceramente, creo que ni siquiera llegó hasta el zoo aquel día.

Nayir tuvo que tragarse su frustración frente al egoísmo y la idiotez del chico.

—¿Por qué solía ir al zoo? —preguntó.

—Le gustaba mirar las viejas exposiciones. Ya le dije que le encantaban los animales —respondió, con voz temblorosa—. Le juro que no la vi allí aquel día. Se lo juro por Alá.

Nayir consiguió a duras penas reprimir un resoplido. La gente solía jurar muchas cosas por Alá, la mayoría sinceras, pero esto le parecía deshonesto. Mohammed era la única persona en quien confiaba Nouf, y aun así no había hecho nada por encontrarla. Si hubiera contado a la familia sus excursiones al zoo, quizás habrían podido recomponer el rompecabezas más rápidamente. Incluso habrían podido encontrarla con vida.

—Ella confiaba en ti —dijo Nayir—. Seguro que te dijo con quién se encontraba ese día.

Mohammed enrojeció y su cuello se encendió lenta pero visiblemente.

—Creía que con Eric.

Intentó mostrar indiferencia, pero su voz temblaba de rabia. Nayir sintió una punzada al darse cuenta de que a Mohammed no solo le importaba la seguridad de Nouf, sino que además estaba celoso y temía que se hubiera acostado con Eric.

—Tal vez se veía con Eric cuando conseguía escapar de tu vigilancia.

Mohammed parecía furioso. Nayir permaneció en silencio. Se acordó de la hermosa esposa de Mohammed, de su bebé, de su aparente calma doméstica. No conseguía imaginar que se acostara con Nouf, pero ahora sabía que la amaba, o al menos así lo había creído. Lo que sí era cierto era que la adoraba, y se dejaba convencer en asistirle en cualquier tipo de actividad peligrosa: escapar, conducir una moto, encontrarse con desconocidos en lugares extraños. No le sorprendía que Mohammed mintiera sobre los secretos de Nouf. Lo que le extrañaba era su afán de posesión. ¿Cómo se le ocurría pretender que la chica fuera honesta con él cuando él, en cierto modo, estaba mintiéndole a su esposa?

De repente, Nayir se sintió avergonzado por haber tenido esa conversación en la *masjid*. Se levantó de golpe.

—Lo siento —dijo el escolta—. Debí contárselo todo antes.

—Yo no soy tu juez —dijo Nayir, haciéndole un ademán para que se levantara.

Mohammed se incorporó y le siguió al exterior. Cuando llegaron a la calle, Nayir se sentía tan confuso que le costaba concentrarse. Se esforzó en volverse hacia Mohammed.

—¿Tu esposa sabía de tus sentimientos por Nouf?

Un gesto de vergüenza respondió a la pregunta.

—Ya veo —dijo Nayir—. *Ma'salaama*.

Echó a andar, y a mitad de la manzana recordó un último detalle. Volvió sobre sus pasos y encontró a Mohammed, todavía de pie, frente a la puerta de la mezquita.

—¿Por qué quería Nouf comprar un par de gafas sin graduar? —preguntó Nayir.

La mirada avergonzada de Mohammed reflejaba cuánto se odiaba.

—Para su disfraz —murmuró—. Tenía una bolsa pequeña para la ropa que iba a llevar a Nueva York. Quería abandonar a Qazi en la biblioteca, de modo que compró un traje que la hiciera parecer una bibliotecaria.

—¿Qué más había en esa bolsa?

—Una peluca, un traje marrón y unos zapatos de tacón. También iba a ponerse las gafas.

Nayir le echó una última mirada de desaprobación y volvió al coche.

Nayir salió de la ciudad y condujo en dirección sur hacia la finca de los Shrawi. El sol abrasaba la carretera, y a su derecha el océano parecía holgazanear bajo el calor. Siguiendo la autopista de la costa, pasó el puente y llegó a una playa blanca y amplia, muy popular entre los surfistas, que estaba al sur de la finca. Durante alguna excursión veraniega por la costa, había pasado cerca de esa playa en barco muchas veces, pero la presencia de incontables barcas pequeñas y surfistas le habían hecho desistir de aproximarse a la orilla.

Aparcó el *jeep* en un extremo de la playa, cerca de unas palmeras. El agua era tranquila, no había nadie haciendo surf. A su izquierda, la arena se extendía hasta donde alcanzaba la vista, pero a su derecha había una extraña zona rocosa que albergaba una serie de enclaves privados, cada uno de ellos rodeado por altos muros de piedra. Los muros continuaban incluso una decena de metros mar adentro. Las familias solían acudir al lugar en busca de intimidad, para que las mujeres pudieran disfrutar del agua. No había casas en los alrededores, y las playas tenían grandes verjas de hierro y candados.

Le parecía lógico que si Nouf había salido en moto de agua desde la isla hubiera ido hasta allí. No solo la corriente era favorable, sino que además era la costa más cercana para poder atracar. El resto de la costa era rocosa. Tampoco era probable que hubiera arrastrado la moto fuera del agua. Era más fácil dejarla en un lugar tranquilo, protegida por los muros de piedra que delimitaban las playas privadas.

Para poder acceder a las zonas restringidas, Nayir tuvo que atravesar la parte rocosa. Le llevó un buen cuarto de hora pasar entre las rocas. Las piedras eran, obviamente, de importación, aunque le resultaba difícil imaginar su finalidad. Quizá los ricos propietarios de las playas privadas esperaban usarlas para defenderse de un ataque de surfistas. Cuando finalmente consiguió llegar al primer muro de piedra estaba exhausto, se había arañado en varios lugares y estaba casi tan furioso como para abandonar su *jeep* y nadar de vuelta a su barco, por mucho que llevara la gabardina.

El muro se encontraba en un estado de abandono. En algunos puntos faltaban las piedras, y una mezcla de arena, polvo y estiércol cubría la superficie. Primero caminó hacia la costa e inspeccionó la verja. Estaba cerrada y era impenetrable, parecía un muro de hierro. Después recorrió el muro en busca de un agujero que le permitiera colarse. No encontró ninguno y, además, meterse por un agujero nunca había sido su fuerte. Iba a tener que llevar a cabo un asalto vertical.

Gracias a la estructura irregular del muro, no le costó demasiado escalarlo. Cuando llegó arriba, se puso en pie y echó un vistazo a su alrededor. Frente a él se extendían muchos otros muros como ese, que delimitaban una porción de playa de unos diez metros. Justo a sus pies había una cala privada.

Enseguida cayó en la cuenta de que aquella iba a ser una misión demasiado ardua. Iba a llevarle una semana entera investigar cada playa, escalar cada muro, pasar al otro lado y buscar... ¿qué? ¿Una cabaña? ¿Un muelle? Probablemente cada una de las playas tuviera una u otro. Y aunque tuviera una semana a disposición, dudaba de su capacidad de escalar todos aquellos muros.

Bajó hacia la primera cala. La playa estaba desierta, pero echó un vistazo a su alrededor por si acaso. Probablemente Nouf había escogido este extremo de la playa. Hacia el norte, el otro muro llegaba hasta el puente que llevaba a la finca. Era probable que no hubiera aparcado allí, ya que estaba demasiado cerca de su casa. Habría tenido que utilizar la carretera principal para llegar a la autopista, era demasiado arriesgado. Cualquiera que fuera hacia la finca podía verla. Lo más lógico era que hubiera escogido este extremo de la playa. Por lo menos, eso es lo que él hubiera hecho, de haber sido Nouf.

Tras inspeccionar en vano la cala, escaló el siguiente muro y miró hacia abajo. Había una barca pequeña, que parecía abandonada desde hacía décadas, atada con un gancho al muro. Cerca de este había una vieja cabaña, desgastada pero con aire acogedor. Nayir se sentía emocionado. Imaginaba la silueta negra de avispa de Nouf saltando sobre las olas a bordo de su moto de agua amarilla y atracando en esa playa.

Bajó a la arena, donde encontró un caos de huellas. Algunas de ellas eran lo suficientemente pequeñas como para pertenecer a una mujer. Se sacó el zapato rosa del bolsillo. Una primera comparación demostró que al menos tres pares de huellas eran de la talla de Nouf. Muchas de ellas conducían a la cabaña.

La puerta estaba bien cerrada con un candado. Nayir rodeó la cabaña en busca de

una entrada alternativa, pero ni siquiera había ventanas, de modo que volvió a la puerta. El candado era tozudo, pero al sacudirlo fuertemente se escuchó un crujido y toda la cerradura metálica, candado incluido, cayó en su mano y la puerta se abrió.

Echó un vistazo al interior y soltó un silbido de admiración. Era justo como lo había imaginado. En el centro había una motocicleta de un negro brillante apoyada elegantemente sobre el caballete.

Cerca de la puerta encontró una linterna, que utilizó para mantener la puerta abierta. El sol iluminó aquel reducido espacio: era austero, había polvo por todas partes y olía ligeramente a crema solar. Un cesto colgaba de un clavo en la pared. En su interior encontró un pintalabios, colorete, loción y una caja de goma de mascar al cardamomo. Junto al cesto, una túnica blanca colgaba de una percha y, a su lado, un casco con un par de guantes en su interior. En el suelo, medio escondido tras la parte inferior de la túnica, encontró un viejo mapa de la ciudad. Lo cogió y leyó las notas que había en el margen. Era una escritura elegante, de mujer. «La segunda a la izquierda tras el semáforo». «La primera calle sin asfaltar justo después». Alguien había señalado el zoológico.

Nouf. Nayir se masajeó el cuello, había sentido un escalofrío. Se la había imaginado muchas veces, pero nunca había tenido esa sensación. Era como si en cualquier momento fuera a entrar en la cabaña. Salió fuera y echó un vistazo a su alrededor, convencido de que iba a encontrar a alguien. La playa estaba desierta, pero la sensación etérea de la presencia de Nouf flotaba en el aire.

Se pasó una mano por el rostro y volvió a entrar en la cabaña. La moto era fina y elegante. La rodeó, y, al pasar tras ella, en la sombra, metió el pie en una ranura y, con un crujido, el suelo se quebró y acabó con el pie en la arena. Sacó el pie del agujero y vio algo negro bajo una fina capa de arena. Se agachó y estudió el suelo. Encontró un espacio bajo este, como si fuera un compartimiento. En su interior había un cuaderno negro del tamaño de su mano. Estaba tan sorprendido que al principio no se atrevió a tocarlo. Se limitó a contemplarlo como si esperara que se convirtiera en un ladrillo viejo o en un tablón de madera podrida. Pero no sucedió así: se trataba de un cuaderno con cubierta de cuero en buenas condiciones. Sacudió la arena de la superficie con cuidado y lo sacó.

En el compartimiento vacío se veía una luz que llegaba de la parte izquierda. Nayir acercó el rostro al suelo lo más que pudo y vio que el hueco tenía una longitud aproximada de un metro. Lo más probable era que alguien hubiera introducido el cuaderno desde el exterior.

Al abrir el cuaderno comprobó que se trataba de un diario, tan abarrotado de texto como si fuera un Corán comentado, con la misma escritura elegante que había encontrado en el mapa.

«Que Alá me perdone».

Abrió el cuaderno y leyó una página al azar:

En nombre de Alá piadoso y omnipotente. Hoy he estado a punto de suicidarme, pero estaba demasiado asustada. No he encontrado las fuerzas para ver mi propia sangre. Así que he cogido mi moto de agua y he salido disparada, sin detenerme, hasta que me he quedado sin gasolina y me he encontrado sola, en medio del mar. Todavía veía la costa, pero estaba anocheciendo y creía que iba a morir. Justo en ese momento me he dado cuenta de que no quería morir, sino escapar. Me sentía feliz y, al mismo tiempo, asustada al darme cuenta de que probablemente iba a morir a causa de mi estupidez. En ese momento, como un ángel del cielo, ha llegado él, con su barca. Se ha acercado con el foco, las sirenas y alguien más, y me han sacado del agua. Alá, perdóname. Le he abrazado y he llorado, y no me he separado de él hasta que me ha traído a casa. Y ni siquiera le he preguntado cómo me había encontrado.

Nayir pasó algunas páginas y leyó otro pasaje al azar:

Alá, perdóname. Sé que no es correcto amarle, que me encadenaría y arruinaría mi vida, pero mi cuerpo le necesita desesperadamente. No consigo dejar de pensar en él. Recuerdo cualquier cosa que hace. Ojalá pudiera ver siempre su sonrisa, escuchar su voz suave e inteligente. Anhele una caricia y él lo sabe, pero no hace nada. No puede. Yo tampoco. Acarrearía solo dolor, sería un peligro para mí. Y también para él, estoy segura.

Nayir apartó la vista. ¿Sobre quién estaba escribiendo? Ese alguien tenía una barca, o conocía a alguien que tenía una, pero podía ser cualquiera. Salir en barca era un pasatiempo muy popular, especialmente en las noches de verano en las que estar en el agua era el único modo de refrescarse. ¿Qué tipo de hombre la habría seguido hasta el mar?

Hijazi tenía razón: tenía que haber un tercer hombre. Nayir hojeó el cuaderno pero no encontró ningún nombre, solo una amplia descripción de anhelos frustrados. Decidió leerlo más tarde, con las ideas más claras, de modo que se lo guardó en el bolsillo.

Se incorporó para echar un vistazo a la moto. Estaba cubierta de una fina capa de arena. La guantera estaba abierta pero vacía. Era demasiado pequeña como para poder contener un par de zapatos. Estudió a fondo el manillar, los pedales, el asiento, cualquier lugar que Nouf hubiera podido tocar, solo para asegurarse de haber considerado todas las posibilidades. Las ruedas estaban cubiertas de arena. Metió el dedo en una de las hendiduras e hizo caer la arena en la palma de la mano. Era de grano fino, de color *beige* claro. Lo más probable era que procediera del desierto.

Al ponerse en pie reparó en el logo que había sobre el depósito. Era el logo de Honda. Recorrió con los dedos aquel conocido dibujo: un pájaro con una ala extendida. Cada pluma estaba grabada profundamente. Y entonces lo vio.

«¡Alá, qué idiota he sido!». Volvió a tocar el logo. Cinco plumas, tan bien definidas como las líneas que había visto en la pata del camello. Al mirar de cerca, vio restos de sangre y pelos sobre el logo, probablemente pertenecientes al camello.

De golpe, lo entendió todo. Así era como el asesino había vuelto del desierto. Nouf había ido al zoológico en moto y allí se había encontrado con el asesino. Este lo golpeó y lo metió en la furgoneta. Después metió la motocicleta en la parte trasera, junto al camello, y se dirigió al *uadi*. El calor debía de haber convertido el logo en una marca de fuego, y de ahí las cicatrices en la pata del camello. Tras abandonar a

Nouf, el camello y la furgoneta en el desierto, el asesino había vuelto a la cabaña con la moto.

Nayir salió de la cabaña y examinó la arena. Había una decena de huellas que llevaban hasta la orilla y otras que proseguían hasta la verja. Al menos una cosa estaba clara: tras dejar la moto, el asesino podía haberse marchado en cualquier dirección.

Sacó una raíz del bolsillo y empezó a mascar. Aunque el asesino no había dejado huellas determinantes en la arena, había dejado la prueba más clamorosa de todas: había devuelto la moto a la cabaña. Resultaba obvio que conocía a Nouf lo suficientemente bien como para conocer esa playa y la cabaña donde podía guardar la moto. Quizá la había seguido desde una barca. Y, sobre todo, una vez devuelta la moto, ¿adónde había ido?

Nayir se acercó a la orilla. No había ninguna moto de agua, solo una barca pequeña. Buscó los remos, pero no los encontró. Mohammed le había dicho que Nouf solía ir a esa playa con su moto de agua. Según Othman, los sirvientes la habían encontrado en el muelle de la isla la tarde en que había desaparecido, de modo que quienquiera que hubiera devuelto la moto a la cabaña había vuelto a la isla con la moto de agua. Probablemente lo había hecho para esconder la prueba de que Nouf había estado allí. ¿O era el único modo de volver a casa?

Nayir observó de nuevo las misteriosas huellas esparcidas por la arena y decidió que era hora de llamar a Mutlaq.

Esa misma tarde, los dos hombres saltaron el muro de piedra. Cuando Mutlaq vio la arena, soltó un silbido.

—Aquí ha habido mucha actividad —dijo, frotándose las manos.

Nayir le siguió arriba y abajo, escuchando cada exclamación de sorpresa e intentando adivinar su significado observando la expresión de Mutlaq, pero su amigo mostraba solo una gran concentración.

—Tú has estado aquí —observó Mutlaq—, y también tu amigo Othman, aunque no al mismo tiempo.

Nayir intentó imaginar cómo había llegado a esa conclusión y recordó que habían encontrado huellas de Othman en el desierto.

—Él vino antes que tú —dijo Mutlaq—. Esas son sus huellas, son bastante recientes.

Las huellas eran profundas. Una vez que Nayir consiguió diferenciarlas de las otras, vio algo más.

—¿Vino con alguien?

—Creo que con una mujer —dijo Mutlaq, señalando otras huellas más pequeñas—. Es extraño que la gente deje huellas más profundas en la arena de noche.

Nayir pensó que quizás Othman había estado en la playa con Katya, aunque

también podía haber ido con una de sus hermanas.

—¿Así que estuvieron aquí de noche?

—Sí, al menos cuando era bastante oscuro.

—¿Reconoces alguna otra huella del desierto?

—Sí. Othman no vino aquí con la chica del desierto, pero también ella estuvo aquí, antes que él. Mira.

Señaló otras huellas que llevaban del embarcadero a la cabaña y de esta a la verja. A parte del tamaño, no se parecían en nada. Cuando Nayir se lo comentó, Mutlaq se encogió de hombros.

—Debió haberse cambiado los zapatos en la cabaña. De ahí hasta la verja iba arrastrando la moto, aquí están las marcas de la rueda. Probablemente necesitaba zapatos más robustos para poder ir en moto después.

Nayir no sabía qué decir, confiaba ciegamente en Mutlaq.

—En cualquier caso, estas son las mismas huellas que las que vimos en el desierto —dijo, señalando las huellas que había junto a las marcas de las ruedas.

—De acuerdo. Imaginemos que Nouf salió de aquí con la moto —dijo Nayir—. ¿Quién la trajo de vuelta? Está ahí, en la cabaña.

Mutlaq estudió los alrededores. Consiguió ver por dónde había vuelto la moto, pero las huellas junto a las marcas de las ruedas estaban borradas. Había solo una huella clara, y pertenecía a Nouf.

Mutlaq la rodeó y la observó desde todos los ángulos. Se agachó y se acercó a la huella, incluso apoyó la mejilla sobre la arena para inspeccionarla lateralmente. Después se levantó y se sacudió la arena de la mejilla.

—La huella es de Nouf. Fue ella quien trajo la moto de vuelta a la cabaña.

Nayir estaba sorprendido.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Ves algo más que demuestre que fue secuestrada aquí?

—No, todavía no.

Mutlaq continuó inspeccionando la arena. De vez en cuando se agachaba, trazaba señales con el dedo, tocaba la parte del talón y de la punta de las huellas y comprobaba la dureza. Nayir le observaba con admiración. Parecía un experto de rescate que conocía un territorio lo suficientemente bien como para saber todos y cada uno de sus secretos. El territorio de Mutlaq era un paisaje en miniatura, valles y colinas de las señales en la arena. «En el agua que Alá hace bajar del cielo, vivificando con ella la tierra después de muerta [...], en la variación de los vientos [...] hay, ciertamente, signos para gente que razona». Alá podía ser reconocido por sus señales y el mundo era uno de sus mayores escenarios, pero el escenario de Mutlaq, hecho a medida del hombre, contenía sus propios secretos divinos.

No consiguió descifrar nada nuevo, pero pudo confirmar lo que ya había descubierto antes: Nouf no había sido secuestrada allí y había sido la última persona

en devolver la motocicleta a la cabaña.

Nayir sintió una terrible punzada de desesperación e intentó barajar nuevas posibilidades.

—¿Es posible que se encontrara aquí con alguien? —preguntó—. Quizá después de devolver la moto se marchó de aquí en coche con alguien.

—No hay pruebas. Las huellas más recientes llevan directamente al agua. Creo que se marchó en barca.

Nayir recordó lo que había leído en el diario. Nouf había visto a un hombre misterioso en una barca. Quizás el secuestrador llegó en barca hasta la playa, pero de ser así, ¿dónde estaba la moto de agua que había utilizado ella para llegar hasta allí? ¿Acaso el secuestrador se había deshecho de ella? ¿O había vuelto Nouf a la isla?

Se sentía confuso, y su única teoría decente, que sostenía que Nouf había sido secuestrada en el zoo, estaba a punto de derrumbarse frente a esas nuevas pruebas. Mutlaq reparó en su preocupación. Cuando Nayir le expuso sus dudas, Mutlaq se ofreció a acompañarlo al zoológico para echar otro vistazo. Agradecido, Nayir aceptó.

Al día siguiente por la mañana, Nayir llegó a la isla de los Shrawi con una caja de dátiles que se había procurado en el zoco de Balad. Era uno de los pocos lugares donde todavía los enrollaban a mano, los extendían siguiendo formas geométricas y los envolvían en un decorativo papel dorado. Aparcó frente a la casa y, con cuidado, cogió los dátiles que había dejado sobre el asiento. La caja era pesada y cálida, y quería conservarla, no porque hubiera sentido un antojo de dátiles, o por su elaboración, sino porque la misión que tenía que llevar a cabo no era agradable. Si hubiera regalado algo tan simple habría sido un gesto decepcionante.

Una mujer le abrió la puerta. Llevaba una túnica de estar por casa negra y un *burka*, también negro, a través del cual se veían solo los ojos. Nayir observó sus manos. Llevaba las uñas cortas y un rosario enrollado en la muñeca. Ella hizo una reverencia con la cabeza, metió las manos dentro de las mangas y acogió a Nayir con un *Ahlan Wa'sahlan*. Él evitó cruzar su mirada.

—Disculpe —dijo con voz suave y humilde—. Nuestro mayordomo tiene el día libre, pero puedo acompañarlo al salón.

—No, no. Si es tan amable, diga a alguno de los hermanos que Nayir ash-Sharqi está aquí.

Ella dio un paso atrás, nerviosa, y susurró:

—Por favor, *Ahlan Wa'sahlan*. Siéntase como en su casa. Si sabe dónde está el salón, no dude en ir.

Como si se avergonzara de su propia desfachatez, se giró rápidamente y desapareció por el pasillo.

Nayir la observó mientras se marchaba. Cuando hubo desaparecido, entró y cerró la puerta. Mientras recorría el vestíbulo se preguntó si habría avisado a los hombres de su llegada.

Diez minutos más tarde, una mujer vestida con una túnica y un velo apareció en la puerta con el servicio del café. Parecía nerviosa, titubeante, y agarraba la bandeja fuertemente. En lugar de dejarla junto a la puerta, entró para llevársela a Nayir, pero era de corta estatura y la bandeja pesaba demasiado a causa de su contenido: tazas, un plato de dátiles y una cafetera de latón. Para acabar de empeorar las cosas, había cojines esparcidos por todas partes y alguien había dejado un libro por el suelo, otra bandeja con un juego de café y una baraja de cartas. Nayir se levantó y se dirigió hacia ella, pero no pudo evitar que pisara uno de los cojines.

—¡*Ya 'rub!* —exclamó la chica, tropezando.

Nayir logró alcanzar dos tazas antes de que cayeran de la bandeja. Observó sus manos y cayó en la cuenta de que era la misma chica que le había recibido en la puerta. Ella le tendió el servicio de café y Nayir se lo cogió, dándole tiempo para que

se levantara el *burka*. Cuando retiró el velo negro, Nayir dio un paso hacia atrás.

Era la viva imagen de su hermana, Nouf.

La chica se sonrojó, recuperó la bandeja e inclinó la cabeza. Nayir parpadeó algunas veces e intentó apartar la vista, pero sus ojos volvían incontroladamente hacia su rostro. Había visto solo una fotografía de Nouf, pero conservaba un claro recuerdo de la oficina forense.

—Discúlpeme... Es usted una Shrawi.

—Sí.

—La hermana de Nouf.

«La que iba en la moto de agua». Creía recordar que se llamaba Abir, pero no estaba seguro. Era la única hermana de una edad parecida a Nouf. No lograba apartar la vista de su rostro y, cuanto más la contemplaba, más fácil le resultaba continuar mirándola, repasar la curva de sus sienes, su barbilla, su mandíbula, intentando encontrar un indicio que demostrara que no era Nouf. Al menos, eso era lo que quería creer. Aunque era una locura, le parecía que la conocía y que, en cierto modo, también ella debía de conocerlo a él.

Tras unos instantes, la chica reunió las fuerzas necesarias para apartar los cojines y dejar la bandeja en el suelo. Se arrodilló y le sirvió una taza de café. Al dársela, se sonrojó. Nayir cayó en la cuenta de que todavía la estaba observando. Ella apoyó las manos en el regazo.

—Mi padre dice que es usted un hombre honesto.

Todo su ser gritaba con fuerza: «¡Soy un hombre honesto!».

—Un hombre del desierto —añadió, mirándole furtivamente.

De repente, su corazón se detuvo. Quizás esa chica era como Nouf, capaz de casarse con un hombre honesto para poder abandonarle después por una fantasía. Esa idea le devolvió a la realidad y cogió la taza de café, agradecido de tener algo entre las manos. En cualquier caso, sabía que su presencia le ofrecía la posibilidad de conocer más detalles sobre Nouf. Aun así, no se le ocurría ninguna pregunta; las únicas que le venían a la mente no eran precisamente apropiadas. Cuando volvió a mirarla, vio el miedo en sus ojos.

—Perdóneme —susurró—. No suelo hablar así a los hombres. Por favor, créame. Lo hago solo porque debo hacerlo. Nuestras vidas han cambiado mucho desde la desaparición de Nouf. Nos han encerrado en la isla, no podemos salir de aquí. Mis hermanos temen que nos volvamos como Nouf. Eso es lo que dicen, pero en realidad lo que temen es que descubramos algo indebido.

Percibió el pánico en su voz y eso desencadenó su instinto protector.

—¿Y de qué se trata?

—Lo siento, yo... Oí que usted estaba investigando lo sucedido; de no ser así yo no me hubiera atrevido a... Siento mucho sacar el tema, pero...

—Tranquila, por favor, continúe, señora Shrawi.

Ella respiró hondo.

—Hijazi estuvo aquí. Nos interrogó sobre Nouf. Yo quería decirle lo que sabía pero no pude —dijo, manteniendo la mirada fija en sus manos.

Nayir quería saber por qué había escondido información a Hijazi y por qué había preferido confiar en él, pero temía romper el hechizo. Tras un largo silencio empezó a ponerse nervioso, de modo que, con suavidad, la instó a hablar.

—¿Y qué es lo que sabe?

Los ojos de la muchacha pasaron de la bandeja del café a la rodilla de Nayir; parecía estar intentando contener un gran horror.

—El día que Nouf desapareció se había peleado con mi hermano.

Nayir sintió un nudo en el estómago.

—¿Con cuál de ellos?

—Con Othman.

Nayir intentó mantener la calma. Su corazón latía violentamente.

—Fue una pelea fuerte —continuó—. Estaban en la cocina discutiendo sobre algo. Yo no podía oírles porque al principio susurraban. Iban a sacar a pasear a los perros, pero de repente empezaron a gritar. No entendía nada de lo que decían. Nouf corrió hacia su habitación. Othman permaneció allí, de pie, paralizado. Después, la siguió.

—¿Qué sucedió a continuación?

La chica temblaba y echó otro vistazo a la puerta.

—Parecía tranquilo, seguían discutiendo en susurros, pero después alzaron la voz. Nouf gritaba y no sé qué hacía Othman. Yo estaba fuera, así que no podía verles.

—¿Y qué decían? —preguntó Nayir.

—Algo sobre... No lo sé, no lo entendí. Algo como que no podían dejar que sucediera una cosa como esa. Ella dijo algo y él se enfureció. Creí entender que ella quería hacer algo y que Othman no quería que lo hiciera. No sé de qué se trataba. Él estaba enfurecido. Nouf parecía asustada.

—¿Y qué pasó después, cómo acabó?

—Mi hermana salió corriendo de la habitación y Othman salió tras ella. Ella... —su voz se quebró y se llevó una mano a los labios—. Tenía sangre en el brazo. Salió de casa corriendo por la puerta de la cocina. Creo que fue a la playa con los perros. Mi madre entró y preguntó qué estaba sucediendo. Othman dijo que no era nada, que Nouf estaba nerviosa por la boda. Ella le creyó.

—¿Y usted no le contó la verdad?

—No me hubiera escuchado, era mi palabra contra la de Othman.

Nayir volvió a sentarse, confundido. Othman no le había contado nada de eso y le resultaba difícil imaginarse a su amigo enfurecido. Debía de haber tenido un buen motivo. ¿Qué le había dicho Nouf? ¿Le había confesado que estaba embarazada? ¿O que planeaba escaparse a Nueva York? ¿Por qué haría algo así?

—Entiendo que no quisiera contárselo a Hijazi —dijo Nayir—. Muy considerado por su parte.

Ella asintió, nerviosa. Oyeron un ruido en el vestíbulo y la chica se levantó de golpe, pero no entró nadie.

—¿Puedo preguntarle otra cosa? —dijo Nayir.

Ella miró hacia la puerta.

—Sí.

—¿Vio alguna vez a Nouf entrar en la habitación de Othman? ¿Habló alguna vez de sus chaquetas?

Ella parpadeó confundida.

—No, que yo recuerde. ¿Por qué?

—Una de las chaquetas de Othman ha desaparecido.

Ella frunció el ceño.

—Ahora que lo dice, recuerdo que mi hermano la había estado buscando. Uno de los sirvientes nos preguntó si la habíamos visto. Nunca vi a Nouf entrar en su habitación, pero es extraño. Antes de desaparecer, mi hermana mencionó la chaqueta de Othman. Estábamos hablando sobre su ajuar. Estaba emocionada por ver las chaquetas que le había comprado Qazi. Dijo algo como: «Ojalá me regale una chaqueta para el desierto como la de Othman». En ese momento pensé solo que estaba emocionada por su ropa nueva. Quería una pieza de cada, sin importarle si se las pondría alguna vez o no, pero ahora me resulta extraño.

Nayir se inclinó hacia delante.

—¿Ha desaparecido algo más, aparte de la chaqueta y del camello?

—Sí —dijo ella, mirándole a la cara y apartando rápidamente la vista—. Se llevó sus joyas. Por eso creí que había escapado.

—¿Tenían mucho valor?

Ella se detuvo.

—Mis hermanos no saben nada de esto.

—No diré una palabra a nadie.

Ella asintió.

—Casi dos millones de riyales, incluidas las piedras preciosas.

Nayir se quedó paralizado. Dos millones de riyales bastaban para vivir cómodamente durante años.

—¿Por qué no se lo ha contado a sus hermanos?

—Creía que se las había llevado y no quería empeorar las cosas. Tenía miedo de traicionarla. Después, cuando me enteré de que había muerto... —tragó saliva e intentó recomponerse—. Me daba miedo contárselo a mis hermanos. Empecé a pensar que quizás había escapado y alguien la había secuestrado, o le habían robado el dinero. Me daba miedo incluso contárselo a mi madre por si se lo contaba a mis hermanos... ¿Y si Oth... y si él sabía qué era lo que le había sucedido a Nouf? Sé que puede parecer una locura —dijo, encogiéndose de hombros—. No debe contarle a nadie lo que le he dicho.

—No lo haré —la tranquilizó Nayir—. Pero, dígame, ¿podía Othman acceder a su

caja fuerte?

La muchacha temblaba. Era incapaz de hablar. Nayir contempló horrorizado cómo se deslizaban las lágrimas por sus mejillas. Rebuscó en sus bolsillos, aunque sabía perfectamente que no iba a encontrar un pañuelo para ofrecérselo.

Justo en ese momento oyeron unos pasos en el vestíbulo. Abir alcanzó a cubrirse con el *burka* en el mismo instante en que se abría la puerta. Tahsin entró con su hermano Fahad pegado a su espalda. Nayir intentó recomponerse, pero nadie se dio cuenta. Tahsin tenía cara de haber acabado de comer y estar listo para una siesta. Echó un vistazo al desorden, pero al ver a Nayir se tranquilizó.

—Hermano, ¿cómo estás? —atravesó la sala, echando una mirada amenazadora a su hermana.

Esta se escabulló hacia la puerta, pero Fahad la sujetó por el brazo.

—¡Eh! —exclamó.

Tahsin se giró.

—¿Quién es?

—¡Tu hermana! —respondió Fahad, sujetándola firmemente por el brazo—. ¿Qué estabas haciendo aquí?

—Sirviendo el café.

—Hay un centenar de sirvientes en esta casa, ¿por qué lo sirves tú?

Fahad intentó agarrarla por el *burka*, pero ella se liberó y salió corriendo. Fahad la siguió. Sus voces resonaron en el vestíbulo.

—¿Le has mostrado el rostro?

—¡Estaba solo sirviendo café y dátiles!

—¿Y qué otras delicias le has ofrecido?

Tahsin se giró hacia Nayir.

—Disculpa, por favor, siéntate.

—Gracias.

—Ponte cómodo.

Nayir cogió la caja de dátiles de la mesa y se la pasó a Tahsin, quien aceptó con una pequeña reverencia.

—Sé que te gustan los caramelizados —dijo Nayir—, pero estos son nuevos, están rellenos de melocotón.

—Gracias. Por favor, siéntate. —Tahsin se humedeció los labios y abrió la caja—. Parecen deliciosos. Coge uno.

Nayir tomó un dátil y lo masticó mecánicamente, con la mente ausente. Fahad regresó y comió algunos dátiles. Nayir se enteró de que Othman no regresaría hasta al cabo de algunas horas y se sintió aliviado de poder evitarlo. Prosiguieron con una conversación ligera, y tan pronto como le fue posible se marchó.

«La mente de una chica es increíble». Apartó el cuaderno a un lado y se levantó de la mesa, frotándose los ojos. El diario era más largo que un Corán comentado y el tema principal era la obsesión por el amor y una romántica concepción del futuro. Lo había leído con interés, rápida pero minuciosamente, esperando terminar lo antes posible porque le parecía una violación de la intimidad de los muertos.

Hasta ese momento se había hecho solo una vaga idea sobre Nouf, no muy diferente a cualquier mujer. Ahora podía finalmente escuchar su voz y ver cómo se movía y pensaba. Se la imaginaba de corta estatura y enjuta, sus gestos probablemente eran suaves pero firmes. Le gustaban los caramelos de menta, las gomas negras para el pelo y no le importaba ensuciarse. Le encantaban todos los animales, pero especialmente sus perros, Shams y Thalj, que vivían en el establo. Los sacaba a pasear cada día. A veces los dibujaba e indicaba cada parte con su elegante caligrafía. Tomaba muchas notas sobre su comportamiento. Parecía un estudio científico digno de la admiración de Samir.

La mayor parte del texto trataba sobre el hombre misterioso que la había rescatado en su barca, pero no proporcionaba suficientes detalles como para revelar su identidad. A pesar de que había evitado escribir su nombre, le había descrito. Era provocativo, reservado e inteligente. Era casi un superhéroe por haberla salvado, pero no era alguien con quien hablara con total confianza, sino más bien alguien a quien escondía sus secretos y que veía solo ocasionalmente. No podía ser Mohammed. Nayir creía que Nouf hablaba con Mohammed, que se sentía cómoda con él y se conocían bien. El hombre sobre el que escribía en el diario era un romántico desconocido.

A pesar del caudal de lujuria, faltaba algo: una idea de qué era lo que había convertido sus fantasías de adolescente en un acto imprudente. Cuando se trataba de hablar de algunas cosas, como su corazón, sus encuentros secretos, sus planes de futuro, era muy explícita. Había pagado a Eric, pero no mencionaba ningún contacto, hablaba solo de *amistad y confianza*. Le había pagado la mitad por adelantado y le había dado algún que otro extra. ¿Por qué escapar a Nueva York era la única respuesta? ¿Acaso no podía haber encontrado otro modo de llevar a cabo sus sueños, cerca de casa, en un lugar más seguro? ¿Era solo una romántica irremediable? ¿O es que su casa no era en realidad un lugar seguro?

En el diario no había ninguna referencia a las llamadas telefónicas furtivas con Qazi, lo cual era extraño, pues se prodigaba en detalles sobre su otra aventura. Si su amante era Qazi, las llamadas eran el último de sus pecados. A menos que Qazi le hubiera mentado y no hubiera habido ninguna llamada, sino encuentros secretos. Sin embargo, su instinto le decía que Qazi no era el amante de Nouf. Esta le mencionaba

solo en la última parte del cuaderno:

Hoy he aceptado la oferta de matrimonio de Qazi. Me asusta pensar en casarme con él, pero es el único modo...

¿El único modo para qué? Para dejar el país, suponía. ¿Por qué? Solo porque Qazi era lo suficientemente inocente como para sospechar de sus planes e iba a mantener su palabra de llevarla a Nueva York.

Era desconcertante comprobar que en medio de tanto romanticismo había una mente calculadora. Sin embargo, encontró algo en el diario que le llamó la atención. En una de las páginas había escrito «Las setenta y siete palabras para el amor» y había hecho una lista de todas las palabras con su explicación. Entre otras, había escrito *hubb*, que significaba amor y semilla; *ishq*, enredo y la hiedra que ahoga el árbol; *hawa*, gustar y error; *fitna*, deseo pasional y caos; *hayam*, caminar sediento por el desierto; *sakan*, tranquilidad, e *izaz*, amor noble. A partir de ahí la lista se volvía oscura: seducción, confusión, aflicción, depresión, dolor, duelo, y culminaba en *fanaa*, la inexistencia. La página parecía una obra de arte, con decoraciones florales en las esquinas y, como título, un simétricamente perfecto «En nombre de Alá, inmenso y omnisciente». Cada una de las palabras había sido copiada con una caligrafía perfecta, cada acento ocupaba su lugar correcto. Era extraño que esa fuera la única página del diario que hacía referencia al islam y la única reflexión filosófica sobre el amor. Eso demostraba que Nouf no estaba llena solo de sueños adolescentes.

Lo que más le sorprendía era el título. A pesar de que se podía discutir sobre si las setenta y siete palabras se referían al amor, lo que sí era cierto era que describían el comportamiento de los amantes. Tal derroche de vocabulario contribuyó solo a reforzar su sensación de escaso romanticismo. ¿Cómo podía haber tantos tipos de amor, cómo podía un hombre morir sin conocer la mitad de estos? Tras contemplar la página durante algunos minutos, llegó a la conclusión de que eso era lo que Nouf deseaba: conocer todos los tipos de amor, aunque algunos de ellos fuera mejor ignorarlos.

Estaba en la cocina, esperando a que hirviera el café. De vez en cuando se tomaba un descanso de la lectura del diario y se sentaba a la mesa de la cocina del *Fátima*, rodeado de mapas de navegación, del desierto y del mar. A veces, cuando se aburría, o cuando estaba demasiado cansado para hacer cualquier otra cosa, contemplaba sus mapas y encontraba algunos buenos recuerdos, además de una paz mental que solo aquellos espacios vacíos podían inspirarle. Esa noche, sin embargo, había sacado los mapas para poder visualizar el recorrido de Nouf, como si marcando su punto de partida y el de su muerte pudiera encontrar la pieza que faltaba.

Había llegado a la conclusión de que Nouf se había marchado de la isla con su moto de agua por la parte oeste. De ese modo, no habría pasado bajo la sala de estar de las mujeres y estas no habrían oído el zumbido de su motor. Había aparcado en tierra y se había cambiado de ropa, sacando los zapatos de los bolsillos de su túnica

negra y metiéndolos en los bolsillos de la túnica blanca. Después había ido al zoológico con la moto, disfrutando de su libertad.

La visita de Mutlaq al zoológico lo había confundido todo. Había encontrado huellas de Nouf en el camino de acceso y había señales de forcejeo, pero había tal caos sobre la tierra que resultaba imposible determinar si había habido un atacante. Parecía que Nouf había caído al suelo cerca de los arbustos, probablemente cuando perdió el zapato rosa. Habían encontrado señales de un cuerpo arrastrado, pero no parecía el de Nouf, puesto que esta se había vuelto a poner en pie y había vuelto a la furgoneta. ¿Se habría desmayado a causa del embarazo? Lo más desconcertante era que Mutlaq había encontrado marcas de motocicleta en el camino de acceso, justo al lado de las de la furgoneta. Era el mismo modelo que habían encontrado en la cabaña.

Mutlaq encontró también huellas de Othman en el zoológico, pero no en el camino de acceso, sino fuera de la maqueta de la montaña. También había huellas de otro hombre, pero Mutlaq no las reconoció.

Othman había estado en el zoológico, pero Mutlaq no sabía determinar si había estado allí cuando Nouf había sido secuestrada. La tierra cerca de la maqueta del Cervino era seca y polvorienta, por lo que no era tan fácil de leer como la del camino de acceso. Tal vez Othman sabía de los viajes de Nouf al zoológico y había ido a echar un vistazo. No era algo que tuviera obligación de contar a Nayir, aunque hubiera podido ser útil. La explicación de las actividades de Nouf en el zoológico podía llevar a tener que contestar preguntas desagradables, y puede que Othman hubiera querido protegerla. En cualquier caso, tenía sentido.

Pero lo demás no lo tenía. Según las huellas, Nouf había ido al zoológico en motocicleta y después la había devuelto a la cabaña. De ahí probablemente había vuelto a la isla con su moto de agua. Era aún más probable que ella misma hubiera robado la furgoneta de la casa. Después había vuelto al zoológico. Mutlaq estaba convencido de que las marcas de la furgoneta y las de la moto eran del mismo día. ¿Para qué había vuelto al zoológico? ¿Había ido a buscar el zapato que había perdido? Nayir sabía por el diario que Nouf iba al zoológico a menudo, sola, para leer las informaciones sobre los distintos animales, o quizá para poder tener un poco de intimidad. Pero era también donde se encontraba con su amante.

Nayir dejó el café sobre la mesa y volvió a mirar el mapa. Se fijó en la zona del *uadi* y repasó todo lo que faltaba en la escena del crimen: la bolsa de Nouf con la ropa de bibliotecaria, ahora en posesión de Mohammed. Las gafas que no había ido a recoger. La llave del apartamento de Nueva York. Si iba a escapar, lo lógico era que Nayir hubiera encontrado alguno de estos elementos cerca del cuerpo. En su lugar, había encontrado el zapato de color rosa, la coartada de Nouf para salir de casa. Había salido con los zapatos por la mañana y después había vuelto a casa, había robado la furgoneta y el camello y había conducido de vuelta al zoológico. Todo con un solo zapato en el bolsillo. ¿Por qué el zapato y no los otros objetos?

Nayir fue al baño y se aclaró los ojos. Parecía que alguien se los hubiera frotado

con arena: estaban enrojecidos y veía borroso. «Quizá debería volver a ver a ese oculista loco», pensó.

Volvió a sentarse y cogió el diario. Casi había llegado al final. Durante la última parte, Nouf hablaba solo del comportamiento de su perro: ninguna referencia a sus planes de huida a América, ningún nombre. Aunque los pasajes románticos eran cada vez más dolorosos, eran también menos confusos. Parecía haberse cansado de su amor no correspondido y había concentrado toda su atención en los animales, en cuyo misterioso comportamiento parecía haber encontrado refugio. De vez en cuando hacía referencia al amor. «Hoy le he visto y su mirada me ha mandado al más oscuro rincón del infierno. Moriré si esto continúa». ¿De qué se trataba?, se preguntaba Nayir. ¿De un coqueteo opresivo? ¿Con quién?

Llegó a la última página del diario. Había solo dos párrafos. La caligrafía era más descuidada que antes, casi frenética:

Ya no soy una niña, lo he hecho. Lo HEMOS hecho, y lo más extraño es que no me arrepiento. Me siento estúpida al pensar en todo el miedo que tenía. Alá, estuve a punto de cometer el más grave de los pecados, ¡estuve a punto de suicidarme! Ahora veo que todo lo que me asustaba es solo el principio de algo hermoso. Me siento viva, por primera vez. Lo más extraordinario es que no sabía qué iba a suceder. Él me evitaba y cuando le veía ni siquiera me miraba. Creía que había desistido. Pero cuando llegué al zoológico, me estaba esperando cerca de la maqueta de la montaña donde solían estar las cabras. ¡Qué sorpresa! Le pregunté cómo me había encontrado. Yo nunca se lo he contado a nadie. Me dijo que lo había averiguado solo, pero no me dijo cómo. Yo estaba nerviosa, pero él me abrazó. Casi me desmayé por la sorpresa y entonces... ¡me besó! Intenté negarme, pero él me dijo: «Mi corazón me dice que no lo dices en serio».

Me dijo que nunca dejaría de amarme, que no importaba dónde fuera o con quién me casara. Yo empecé a llorar y él me tomó en sus brazos y me llevó dentro de la montaña. Estaba oscuro y fresco. Se disculpó porque no era un lugar caro o romántico, pero sabía que yo adoro ese lugar y que no había otro mejor.

Lentamente, Nayir cerró el cuaderno y lo dejó sobre la mesa. Cerró los ojos y una lágrima rodó por su mejilla. A pesar de haber muerto joven, había aprendido una de las palabras del amor.

El barco se balanceó, denotando la presencia de alguien en cubierta. Nayir parpadeó, hizo una mueca de dolor y se levantó para echar un vistazo desde el pie de la escalera. Una figura negra caminaba arriba y abajo y supo, antes de verla, que se trataba de Hijazi.

—¿Nayir? —le llamó con voz entrecortada.

Nayir subió por la escalera y vio sus ojos, rojos y llenos de lágrimas.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Ella tropezó y Nayir le tendió una mano para evitar que cayera hacia atrás.

—¿Qué ha pasado?

—¿Podemos hablar?

—Sí, claro.

Él bajó primero y se mantuvo cerca de ella, por si volvía a tropezarse. Para su sorpresa, su corazón latía con fuerza.

En cuanto entró en la cabina pareció colapsarse. Nayir consiguió agarrarla por los

hombros y llevarla hacia el sofá, donde aterrizó pesadamente, algo difícil de imaginar en una mujer tan delgada. Doblada por el dolor, se llevó las manos al rostro.

Nayir se mordió el labio y echó un vistazo a su alrededor. Se suponía que debía consolarla, pero no sabía cómo hacerlo. Fue a la cocina y pensó en preparar café, pero al final se decidió por el té. Puso la tetera al fuego. A sus espaldas, Katya se había acurrucado con las rodillas junto al rostro, los brazos alrededor de las piernas y el rostro escondido en su túnica. Lloraba. Cuando el té estuvo listo, Nayir le llevó una taza y la dejó sobre la mesa.

—Beba algo —dijo, sentándose en el sofá junto a ella.

Katya respiró hondo y levantó la cabeza. Después, lentamente, dejó caer las piernas, se alisó la túnica y se sentó. Se levantó el *burka* y tomó la taza de té. Nayir apartó la mirada para no incomodarla.

—He averiguado quién era el padre del bebé de Nouf —dijo.

Nayir no pudo evitar mirarla. Su expresión lo confesó todo: Othman.

—Bien mirado no es su hermano —continuó Katya, con una risa nerviosa—, pero nunca pensé que...

Nayir estaba demasiado sorprendido para hablar.

—También encontré sus células bajo las uñas de Nouf. ¿Recuerda las heridas que tenía? Era sangre de otra persona.

—¿De él?

Ella asintió y rompió a llorar. Nayir tomó la taza de té y la dejó en la mesa. Su propia calma le sorprendía. Después, cuidadosamente, le pasó el brazo alrededor de los hombros. Se esperaba que ella le rechazara, pero se volvió hacia él y se abandonó como una niña.

—¡Othman se acostaba con su hermana! —gritó.

Lloraba desconsoladamente y Nayir esperó, preguntándose si olía a ajo, si debería de haber dicho algo diferente o cómo iba a terminar todo eso. Se maravillaba de él mismo. No conseguía recordar por qué había sido tan duro con ella. En esos momentos, era así como lo sentía: que él había sido duro con ella y no al contrario. Ella temblaba y Nayir la mecía suavemente susurrándole «*ism'allah ism'allah*» al oído. En el mismo instante en que empezó a llorar, todas las barreras que había entre ellos cayeron.

Por fin dejó de llorar y, muy lentamente, se separó de él.

—Lo siento mucho —dijo.

—No digas eso.

Nayir retiró los brazos y la observó mientras utilizaba una esquina del velo para limpiarse la nariz.

—¿Sabes qué solía decir mi madre? —le preguntó—. Que cuando veas a una mujer sonándose con el velo es mejor que te divorcies de ella.

Nayir sonrió.

—¿Sabes qué es lo más irónico? Mi padre no quería que me casara con Othman

—dijo. Se limpió la nariz y colocó de nuevo el velo bajo el cuello de la camisa—. Supongo que tenía razón. Me he salvado justo a tiempo. Si me hubiera casado con él, nunca me habría amado. ¡Tal vez me hubiera matado a mí también!

—Eso no significa que fuera él quien mató a Nouf.

—Entonces, ¿cómo explicas que encontrara sus células bajo sus uñas?

—Puede que se pelearan antes de que ella fuera secuestrada.

—¿Crees que la secuestró otra persona? Venga, hombre, él tenía todos los motivos: tenía que esconder el embarazo, estaba celoso de que ella se casara con otro. Seguro que había averiguado sus planes de huir a Nueva York y la existencia de Eric, y se había vuelto loco. La conocía lo suficientemente bien como para secuestrarla y hacer ver que se había escapado. Y conoce suficientemente bien el desierto como para saber dónde llevarla, pues era demasiado cobarde para matarla él mismo. Quería que muriera en el desierto para no sentirse culpable.

A Nayir le costaba imaginar a Othman secuestrando a Nouf, golpeándola en la cabeza y llevándola al desierto. Pero Katya tenía razón: tenía motivos y el modo de hacerlo. En ese caso, si Othman la había secuestrado, ¿por qué continuaba insistiendo en encontrar al asesino?

—¿Has hablado con él? —preguntó Nayir.

—No —dijo ella, llorando todavía—. Lo haré mañana, cuando me haya calmado. Él asintió.

—Siento haber venido aquí y haberte soltado todo esto —dijo.

—Lo habría averiguado de todos modos.

Recordó el diario y entendió por qué Nouf no había escrito su nombre. Quienquiera que leyera el diario se habría escandalizado, de haberlo descubierto. De hecho, la mayor parte del diario era motivo de escándalo, pero Nouf se había preocupado de ocultar su identidad.

Se le ponía la piel de gallina solo de pensarlo.

Vio el diario sobre la mesa. Quería contarle a Katya lo que había leído, pero no quería que ella lo leyera. No esa noche, e incluso mejor que no lo leyera nunca. Se levantó, recogió los mapas, metió el diario entremedias y lo llevó todo a la mesa de la cocina.

Katya puso los pies sobre el sofá y se rodeó las piernas con los brazos. Nayir le llevó una almohada de la habitación. Ella se lo agradeció y estrujó la almohada contra el pecho. Nayir fue a la cocina y se tomó todo el tiempo necesario para preparar más té. Cuando volvió con la tetera, Katya se esforzó en sonreír.

—Gracias, Nayir. Sé que esto debe de ser incómodo para ti.

—No —respondió—. No es incómodo, para nada.

Se sentó junto a la mesa y sirvió el té.

Una hora después, subió a cubierta. Abajo, Katya dormía profundamente en el sofá.

Se había quedado dormida y Nayir había decidido que era mejor no despertarla. Había cogido un par de mantas viejas y las había extendido sobre cubierta y había utilizado un viejo chaleco salvavidas a modo de almohada. El barco se balanceaba rítmicamente y, a excepción del agua que salpicaba el casco, el resto del mundo parecía tranquilo y silencioso. Le parecía que todo había quedado atrás: Nouf, Othman, el bebé que no había nacido. Pensaba solamente en Katya.

Diez minutos más tarde, el chófer de Katya apareció en el muelle, llamándola. De golpe, Katya se levantó y se llevó una mano a la boca.

—¡Estoy bien, Ahmad! Lo siento, puedo explicarlo todo.

Nayir se levantó y echó un vistazo a los barcos de sus vecinos. No había nadie y se odió por sentirse tan aliviado.

—Kati —soltó Ahmad, sin poder casi contener su enfado—. ¡Te he llamado un montón de veces!

Ella bajó al muelle.

—Lo siento mucho.

—Me dijiste que ibas a dejar el móvil encendido. Tu padre está muy preocupado. ¡Menos mal que no ha llamado a la policía!

—*Wallahi* —murmuró, mientras sacaba el móvil y llamaba a su padre.

Nayir observó la conversación e intentó ignorar la mirada inquisidora del chófer.

—No ha sucedido nada —le dijo—, si es eso lo que piensa...

—Yo no pienso —le interrumpió Ahmad.

—Yo no haría nada que...

El chófer resopló y se alejó por el muelle.

Después de que Katya se marchara se dio cuenta de que le iba a resultar imposible dormir, de modo que preparó café y se sentó en la cocina, incómodo por sus propios pensamientos. Le disgustaba pensar en Othman haciendo el amor con Nouf. Se los imaginaba encontrándose por casualidad en los patios tranquilos de la finca de los Shrawi, asustados, incómodos, alejándose rápidamente uno del otro como si la fuerza de su atracción se hubiera vuelto contra ellos. Imaginaba el triunfo del deseo, el encuentro en el zoológico, cargado de suciedad, sudor y sexo, la consumación. Y el vuelco final: el descubrimiento de Othman de los planes de Nouf, sus propios planes para arruinar los de ella, un golpe en la cabeza, el abandono en el desierto. Como poco, Othman había mentido y había jugado sucio. A lo peor, la había asesinado. A pesar de todo, Nayir sentía un desagradable alivio: ahora Katya no iba a casarse con él.

«¡Perdona mis pensamientos impuros!», rogó. Cerró los ojos e intentó imaginar lo ocurrido como un hecho aislado de los demás, un error que cualquiera hubiera podido cometer y no un lado oscuro de Othman. Su situación era difícil. Cuando un hombre se enamora de su hermana es prisionero de su vida. No puede evitar conocerla, ni apartar la mirada fácilmente. Se requiere un control de uno mismo que incluso para Nayir resultaría casi imposible. Conocía a Katya desde hacía poco tiempo y ya tenía

pensamientos ilícitos sobre ella. Si tuviera que vivir con ella, sabiendo que en realidad no era su hermana, sería probable que incluso él mismo cayera en pecado.

Aun así, Othman había sido siempre el prototipo de la decencia, era modesto a pesar de su inmodesta riqueza. Nayir se sentía terriblemente decepcionado. ¿Acaso la bondad de un hombre se mostraba solo en la superficie, en la parte que se podía ver? ¿Acaso el corazón era siempre malvado? Parecía que incluso los hombres más decentes luchaban siempre por mantener el control. ¿Y qué había de Katya? ¿Confiaba en ella solo porque quería, porque su cuerpo se lo pedía? Si no podía fiarse de un hombre como Othman, ¿cómo podía fiarse de una mujer?

Le sorprendió pensar que se había marchado, quizá para siempre. Sería extraño llamarla ahora. Justo cuando se había librado de Othman era más inaccesible que nunca.

A una noche insomne siguió un día vacío. Estaba demasiado cansado para salir, pero a la hora del almuerzo caminó hasta el aparcamiento y compró un *schawarma* al vendedor ambulante. Consiguió evitar a Majid, pero al volver al barco y encontrar la soledad que le esperaba se dio cuenta de que aquel día iba a ser más vacío de lo que creía. Nunca se había sentido tan perdido y desanimado, y le llevó algún tiempo darse cuenta de que lo que sentía era el grande, paralizante y amenazador peso de saber que tenía que ir a hablar con Othman. Prefería arrojarse al mar, pero sabía que hasta que no hablara con Othman no podría hacer nada más.

Esa misma tarde condujo hasta la finca. Un mayordomo le recibió en la puerta y le acompañó hasta la sala de estar, donde encontró a Tahsin frente a un nervioso Qazi. Le parecía extraño que Qazi estuviera allí. ¿Se llevaba bien con los hermanos? Le había dicho que había estado en la finca solo durante su noviazgo con Nouf. Othman nunca hablaba de él. De hecho, nunca le había mencionado hasta la desaparición de su hermana.

Frente a Tahsin, Qazi parecía un muchacho larguirucho. Había apoyado sobre su regazo una taza de té, pero estaba demasiado nervioso como para tomar un sorbo y su frente brillaba por el sudor. Al ver a Nayir su rostro mostró un alivio evidente antes de volver a la rigidez anterior. Tal vez había ido para dar de nuevo el pésame a la familia.

Tahsin saludó a Nayir y le invitó a sentarse. Nayir estrechó la mano de Qazi y se sentó junto a él, preguntándose cuál sería el motivo de su agitación.

—Estábamos hablando del futuro —dijo Tahsin.

Qazi sonrió nerviosamente, sorbiendo el té. Nayir creía los motivos que Qazi le había dado de su amor por Nouf, que ella no era rígida ni formal. En aquella sala de estar parecía completamente fuera de lugar.

—Podemos seguir hablando de ello más tarde —añadió Tahsin.

En ese momento se abrió la puerta y aparecieron Othman y Fahad, ambos

acompañando a su padre, Abu-Tahsin.

Tahsin se apresuró a recoger las almohadas esparcidas por el suelo. Lentamente, como la aguja minutería del reloj, los tres hombres entraron en la habitación. La decrepitud de Abu-Tahsin era dolorosa a la vista. Durante las últimas tres semanas, ese hombre sociable y ágil se había secado como una ciruela pasa. Su pecho y sus brazos se habían encogido y una nueva red de arrugas cubría su rostro. Apenas podía sostenerse y a cada paso que daba su expresión se volvía más taciturna. Reparó en su invitado solo cuando se encontró casi encima de él.

—Es Nayir, padre —dijo Tahsin—. Nayir ash-Sharqi.

La voz de Abu-Tahsin luchó por salir de las profundidades de su garganta.

—Ah...

Nayir estaba sorprendido.

—Abu-Tahsin, estoy a su servicio.

—Mmmmm...

Nayir se incorporó para dejarle pasar. Recordaba a Abu-Tahsin sobre el *uadi* de Jawwah, cerca de Abu-Arish, apuntando con la pistola a una bandada de cigüeñas con la mirada encendida. Era al anochecer. El sol caía sobre sus espaldas como un velo dorado, acentuando el color de su piel. Nayir recordaba el repentino estallido del disparo, el chillido sobrenatural de la bandada de cigüeñas, la pólvora flotando en el aire como una línea de seda blanca. Abu-Tahsin se había vuelto hacia él y le había dicho con voz profunda: «Las aves que vuelan por el cielo son incontables; cada una de ellas sigue un diseño preciso. ¿Crees que es una señal para los hombres prudentes?».

Nayir le había respondido que probablemente sí era una señal. En aquel momento pensó en el significado de la afirmación: como dice el Corán, la existencia de Alá se reconoce por sus señales, entendidas como las estructuras misteriosas del universo. Ahora, en la sala de estar, otra señal era aún más obvia: la decrepitud, tan oscura y predecible como la noche.

Othman miró a Nayir. Su mirada era inescrutable. Al pasar frente a él le susurró:

—El doctor dice que debe caminar. Tres veces al día, en casa. Le va bien para la circulación.

Nayir asintió con tristeza. El padre se había alejado.

Tahsin hizo un ademán a Fahad para que soltara a Abu-Tahsin y fue él quien tomó el brazo de su padre. Ambos hermanos le acompañaron hasta la puerta de la terraza.

Unos instantes más tarde, Othman volvió a entrar en la sala. Los demás hombres se giraron, esperando que quizás Abu-Tahsin le siguiera. Othman les miró torpemente y para ahorrarles su evidente desazón les suplicó que se acomodaran. Nayir no se encontraba a sus anchas y se dio cuenta de que, al menos para él, la amistad con Othman se estaba desvaneciendo, reemplazada por la fría y temida formalidad de la sala de estar. Parecía que también Othman lo percibía. Evitó la mirada de Nayir y se sentaron.

Nayir intentó no mirarle, pero no pudo evitarlo. Othman no se había afeitado, llevaba la ropa arrugada y estaba pálido por la falta de sueño. Fahad preguntó a Qazi acerca del negocio de su padre y Qazi empezó a hablar de zapatos, libros de contabilidad, empleados y exportación. Nayir esperó, desesperándose con cada minuto que pasaba. Se sentía ridículo e inferior, incapaz de tomar parte en la conversación o ni siquiera de entenderla. Tenía que recordarse una y otra vez que era Othman el impostor, era él quien había mentido y quien debía sentirse avergonzado de sí mismo.

De repente, Othman se inclinó hacia delante, cogió una caja de dátiles y se la ofreció a Nayir.

—Por favor, toma un dátil.

—No, gracias —respondió Nayir, indicando su estómago.

—Por favor, solo uno.

Nayir levantó la mano.

—No, de verdad, no debería.

A su lado, Qazi y Fahad estaban absortos en su conversación.

—Estás pálido —dijo Othman.

Nayir se separó el cuello de la camiseta para darse un poco de aire.

—Será por el calor.

—Pues no te lo vas a creer, con todo este calor finalmente he encontrado mi chaqueta.

—¿Dónde estaba?

—En el fondo del armario.

—¿Habías buscado allí?

—Creía que sí —dijo Othman. Parecía haber perdido el interés. Cogió un puñado de dátiles y se levantó de golpe—. ¿Por qué no salimos a dar un paseo para que se te pase el calor?

A pesar de haber tenido que admitir que él, Nayir ash-Sharqi, el extraordinario guía del desierto, tenía calor, murmuró una vaga protesta y siguió a Othman al pasillo. En silencio, atravesaron oscuros pasadizos y amplias habitaciones vacías, hasta que llegaron a la puerta de una terraza. Othman le precedió al exterior. La terraza daba al mar. Nayir estaba desorientado. Nunca había estado en aquella parte de la casa. El suelo descendía peligrosamente hacia el acantilado. Un pequeño muro de piedra les separaba de un acantilado de cien metros sobre la playa rocosa a sus pies.

Othman le hizo un ademán para que lo siguiera y entró a través de una puerta estrecha al fondo de la terraza.

—Cuidado con las escaleras.

Bajaron por una oscura escalera metálica suficientemente ancha para los hombros de Nayir. El aire tenía un olor pegajoso. Las escaleras se convirtieron en escalones de cristal brillante que filtraban una luz azulada. Nayir caminaba despacio, luchando por

vencer el temor. De repente, vio que algo se movía bajo sus pies con el ritmo ondulante de una anémona o el rápido movimiento de un pez rojo: habían entrado en un acuario.

Se encontraban en el centro de una enorme cueva de cristal, tan ancha como la propia casa, rodeada de luz fosforescente. A cada extremo el océano se agitaba con sus luminosas criaturas perdidas en su propio aislamiento. Hacía fresco, pero Nayir sentía un gran bochorno y la presión parecía un peso sobre su pecho. Le parecía haber entrado en una prisión.

—Es impresionante —murmuró—. ¿Lo ha construido tu familia?

Othman asintió y echó a caminar. Permanecieron en silencio, contemplando la gran variedad de peces. Nayir reconoció un pez mariposa y Othman le señaló una raya de topos azules. La observó mientras se escabullía. No conseguía dejar de pensar en la imagen de Othman que describía el diario de Nouf. Othman que la rescataba en alta mar. Le asaltó también la imagen de Othman que la agarraba por las muñecas, la golpeaba en la cabeza y arrojaba su cuerpo al fondo de un *uadi*. Era horrible y egoísta. Nayir se sentía traicionado. Un hombre no conoce verdaderamente a un amigo hasta que no conoce su rabia.

¿Era posible que Othman, con su estricto sentido de la tradición y del honor familiar, hubiera sido capaz de hacer algo así? Fornicar, secuestrar y, quizás, matar. El hombre que estaba junto a él de pie en el acuario parecía más bien víctima de un secuestro.

—Siéntate —dijo Othman, señalando un banco metálico que había frente a la pared de cristal más ancha.

Ambos se sentaron. Un grupo de peces paguara atravesó frente a ellos en la luz brillante. Othman los observó, pero parecía encerrado en él mismo, presa de la melancolía.

Nayir cruzó los brazos para esconder sus manos temblorosas.

—Creía que solo el rey poseía un acuario subterráneo.

—Esta finca había sido una residencia real.

—Ah, sí.

Nayir se alisó la camiseta. Sentía que estaba a punto de escuchar una confesión.

—Hermano, siento mucho haberte involucrado en todo esto —dijo Othman. Parecía sincero, pero había algo en su voz que hizo que Nayir se girara para observarle—. He hablado con Katya esta mañana, me ha dicho que...

Nayir dudó.

—Lo siento, debería de haberte dicho que la había visto.

Othman le observó, extrañado.

—Fuimos a comer juntos —dijo Nayir. Le fue aún más difícil pronunciar sus siguientes palabras—. También fuimos al zoológico.

—Ah. El zoológico.

—Sé que debí decírtelo antes.

Othman esbozó una sonrisa.

—No me debes ninguna explicación. Mis pecados son mayores que los tuyos.

Nayir estaba de acuerdo, pero sentía la necesidad de consolarlo.

—Un pecado no deja de ser un pecado.

—Aprecio todo lo que has hecho, Nayir.

Sus palabras sonaban lejanas, vacías, como si estuviera profundamente harto de tanta formalidad. Nayir sentía que algo estaba a punto de romperse y que bastaba solo un pequeño golpe para que el muro de continencia se derrumbara.

Othman seguía contemplando la pared de cristal.

—Solía venir aquí con Nouf.

Se llevó una mano frente a la boca y durante un instante parecía haberse arrepentido. Cuando apartó la mano, su expresión era amarga y oscura.

—Eso fue antes de que se prometiera.

Nayir sintió un tic en el ojo.

—Debe de haber sido duro para ti.

Othman no respondió; quizá le parecía que era una afirmación demasiado obvia. Levantó la cabeza.

—Le encantaba que le contara cosas sobre los peces. Había un pez que veíamos siempre. Era una especie de mero. Estos peces suelen nacer hembras y algunos de ellos, al crecer, se convierten en machos —dijo, tragando saliva—. Le encantaba. Decía que quería ser como ese pez, de modo que, al crecer, pudiera actuar como un hombre.

Nayir sintió la misma tristeza profunda que había sentido en la cabaña. Siguió sentado en silencio, esperando.

—Incluso se lo conté a mi padre —dijo Othman, riendo amargamente—. Menudo error. Le dije que quería casarme con Nouf. Al principio creía que estaba bromeando y yo le seguí el juego, pero después empezó a sospechar que iba en serio y le dio hasta asco. Tanto que, cuando apareció Katya, no le importó que su familia no fuera como la nuestra, ni siquiera que ella fuera mayor. Lo único que quería era que yo me casara. De modo que hicimos la propuesta. Pero con Katya he cometido el mayor de los errores. —Se detuvo, midiendo sus siguientes palabras—. Ella era una buena amiga y yo no supe decirle lo que realmente sentía.

—¿Que no la amabas?

Othman asintió.

—No como amaba a Nouf.

Nayir sintió una peligrosa mezcla de alivio, culpa y rabia. La idea de Othman enamorado de su hermana no era tan repugnante como su comportamiento con Katya. La había utilizado. Primero, para guardar las apariencias con su familia y, después, como una presencia que le consolara y pudiera hacerse cargo de su corazón destrozado, sin que le hubiera importado romper el de ella. Quizás incluso la había utilizado para castigar a Nouf, que se había atrevido a prometerse con otro hombre.

Nayir recordó el mercado de los abrigos y aquellas chaquetas tristes y vacías destinadas a algún armario olvidado.

—¿Así que tu padre conocía tus sentimientos hacia ella? —preguntó Nayir.

—Más o menos. No se lo conté todo.

—¿Sabía que eras el padre de su hijo?

—Creo que lo sospechaba.

Nayir sabía que sus próximas palabras iban a responder a la cuestión que más le preocupaba, es decir, si Othman la había secuestrado. Temía preguntárselo, pero tenía que hacerlo.

—¿Y por eso pagaste a un detective privado, para demostrar que no la habías secuestrado tú?

A su lado, Othman permanecía inmóvil, como en estado catatónico. Nayir sabía que tenía que decirlo.

—La secuestraste tú.

Othman cerró los ojos. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Nayir apartó la mirada.

—Lo siento —dijo Othman—. Sé lo que piensas. —Tras un doloroso momento durante el cual incluso los peces parecieron alentar su movimiento, Othman levantó la cabeza—. Es cierto que yo la amaba, pero, créeme, no sé qué es lo que sucedió. Me he vuelto loco, ¡loco!, intentando averiguarlo. No he llegado a ninguna parte, no he encontrado nada —su voz se quebró y se detuvo—. Contraté a un detective porque no sabía qué era lo que había sucedido, y esa es la verdad.

—Nouf presentaba hematomas en las muñecas.

Othman asintió.

—Yo no la secuestré.

—Hemos encontrado células tuyas alrededor de esos hematomas.

Othman parecía confuso, posiblemente por el uso del «hemos». Pero no dio a entender si le había molestado.

—Nouf y yo nos peleamos antes de que fuera secuestrada —dijo, tragando saliva—. Me dijo que iba a huir a Nueva York. No podía creerlo.

—¿La agarraste?

—No. Estaba sorprendido. Le dije que quería planificar una vida con ella, que podíamos ir a Nueva York juntos, que se lo concedería todo y le dejaría hacer cualquier cosa, pero... —Se detuvo—. Ella no quería. Quería empezar de cero.

—¿Y cómo acabaste agarrándola por las muñecas?

—Le supliqué que no se marchara, que me arrancarían el alma. Ella también lloraba y empezó a golpearme. La agarré para detenerla, pero era difícil.

Othman se desabrochó la manga de la camisa y le mostró unas marcas descoloridas de la muñeca hasta el codo. Parecían restos de cicatrices producidas un par de semanas antes.

—Ella también me hirió. Tuve que detenerla, estaba histérica. No me di cuenta de

que le había hecho daño.

—¿Por qué estaba tan furiosa?

Othman volvió a bajarse la manga de la camisa con mano firme.

—Cuando me di cuenta de que me estaba diciendo la verdad, de que no quería que fuera con ella, dije algo que no debí decir. Le dije que iba a detenerla. No quería decir que iba a secuestrarla, sino que iba a contárselo a mi padre. —Se cubrió el rostro con las manos y sacudió la cabeza—. Me disculpé, le dije que en realidad no quería hacerlo, y era cierto. Lo único que quería era que no se marchara.

Nayir asintió. No sabía qué creer, pero la sinceridad de Othman le había tocado.

—De modo que te encontrabas con ella en el zoológico.

—Sí, allí era donde nos encontrábamos. Era un lugar discreto y a ella le gustaba.

—¿Cada cuánto os veíais allí?

Othman dudó.

—Una vez a la semana.

—Nouf fue al zoológico el día de su desaparición —dijo Nayir.

Othman le miró.

—¿Estás seguro?

—Sí. Encontramos su zapato y sus huellas en un camino de acceso detrás del zoológico. También encontramos restos en su cuerpo. La arena que encontramos en la herida de la cabeza corresponde a la del camino de acceso. Había también restos de estiércol en la muñeca. Pero hay algo que no entiendo. Se peleó contigo esa mañana y después fue al zoológico. ¿Para qué inventaría la excusa de tener que cambiar los zapatos de su boda para ir al zoológico, si tú no ibas a estar?

Nayir esperó la respuesta, pero Othman permaneció sentado, contemplando los peces.

—No lo sé —susurró finalmente.

—¿Es probable que fuera a encontrarse con otra persona? —preguntó Nayir.

—No, eso es ridículo. Tal vez fue para... No lo sé, quizá le recordaba lo nuestro. —Se llevó la mano a los ojos y los apretó con fuerza—. A lo mejor fue para despedirse.

—¿Quién más podía saber lo del zoológico?

Othman suspiró.

—No lo sé. Posiblemente se lo dijera a Mohammed. Se lo contaba todo.

—¿Y a alguien de la familia?

—No se lo contó a nadie de la familia, era demasiado arriesgado.

—¿Tenía amigos?

Othman sacudió la cabeza.

—Tenía algunos amigos, pero no era el tipo de persona que confía un secreto como este a cualquiera. Se encontraba más a gusto con sus perros.

—Entonces, de momento, tú eres la única persona que sabía dónde podía haberse dirigido ese día —dijo Nayir.

Intentó que su voz no revelara sus pensamientos. Le parecía obvio: no solo Othman sabía lo del zoológico, sino que también era el único que tenía un motivo para seguirla ese día. Acababan de pelearse, Nouf se había marchado de casa con un portazo. Probablemente Othman fue tras ella para arreglar las cosas, o para impedirle que se marchara a Nueva York.

—¿Adónde fuiste tras la pelea? —preguntó Nayir.

Othman cruzó los brazos sobre el pecho.

—Estaba demasiado enfadado como para quedarme aquí —respondió—. Fui a dar una vuelta con el coche. Cuando volví, ella ya no estaba.

—¿Estabas solo en el coche?

—Sí.

—Ya veo.

—Sí, lo sé —dijo Othman—. Me gustaría poder darte alguna prueba, pero no la hay. A mí también me ha sorprendido todo este lío. Todavía lo estoy. Pero nunca consideré el hecho en sí mismo —dijo, remarcando cada palabra con un gesto que demostraba su vergüenza y su rabia—. Nunca me atreví. Ella no se abrió nunca conmigo. Pasé meses intentando que lo hiciera, intentando hacerla feliz, hacer que confiara en mí.

Othman apretó los labios para contener su rabia.

—Cuando pasó, cuando le dije que la amaba, me alejé todavía más. Y, ¡maldita sea! —Su voz se quebró—. Yo todavía la amaba.

Se giró, secándose las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Sobre ellos, un generador se apagó y se hizo el silencio. Nayir, sintiéndose un inepto en lo que a asuntos del corazón se refiere, permaneció absorto en sus pensamientos, esperando a que su amigo prosiguiera.

—Yo nunca le hubiera hecho daño —dijo Othman—. Por muy repugnante que te parezca, yo la amaba y ella había concebido un hijo mío.

Nayir regresó a su coche. Una sensación de impotencia se había colado en su interior como la arena de un reloj, llenándolo, volviéndolo pesado. Lo único que quería era regresar a su barco y salir a navegar hacia algún lugar tranquilo costa abajo. Soltar el ancla. Pescar. Sí, pescaría, se tumbaría al sol y contemplaría a los surfistas, las gaviotas y las barcas que pasaran cerca. Era lo único que necesitaba. Unos cuantos peces y un lugar tranquilo para olvidar lo que más le preocupaba: Othman no le había preguntado qué más había descubierto sobre el caso. Había demasiadas preguntas pendientes. ¿Por qué habían encontrado el cuerpo tan cerca del lugar donde habían acampado? ¿Por qué habían metido el camello y la moto en la parte trasera de la furgoneta? ¿Lo habría podido hacer Nouf sola? ¿Dónde estaba la furgoneta? Si Othman estaba realmente sorprendido por el secuestro de Nouf, ¿no querría encontrar respuesta a esas preguntas?

Justo cuando Nayir estaba a punto de subir al coche, le pareció ver una figura negra de mujer saliendo de un Toyota aparcado no muy lejos. Era Katya. Le sorprendía que tuviera el valor de ir a enfrentarse con Othman tan pronto. Al verle, se sonrojó y apartó la mirada.

—Hola —dijo.

Él la saludó, pero Katya parecía no encontrar nada que decir y un extraño silencio se instaló entre ellos.

—Gracias por todo lo que hiciste anoche —dijo Katya.

—No hay de qué.

Él sentía la necesidad de decir algo, cualquier cosa, pero nada le parecía correcto. Se sentía sumamente consciente de sí mismo. No sabía qué decir, de modo que se despidió y volvió al coche. Ella se giró con idéntica rapidez y se encaminó hacia la casa.

El barco flotaba tranquilamente sobre las olas. Nayir estaba sentado en cubierta con la caña de pescar en la mano, contemplando la inmensidad del mar. A su izquierda oyó el zumbido de una moto de agua y unos segundos más tarde vio a una extraña mujer cabalgando las olas. Llevaba un bikini que parecía hecho de retales y que probablemente explotaría si la mujer estornudaba. Con una mano jugueteaba con un teléfono móvil y con la otra conducía imprudentemente. Desafiante, Nayir no apartó su mirada. Esperó, observándola. ¿Cuánto le llevaría caer en la cuenta de que la estaba observando? Ella no reparó en él. Estaba absorta con su teléfono. Sus muslos esbeltos y bronceados no consiguieron despertar su interés. En lo único que pensaba era en los peces que aquella mujer estaba espantando.

Dos días en alta mar le habían ayudado a distanciarse de los eventos de las últimas semanas. Esa mañana finalmente había conseguido pensar en la conversación con Othman. Ahora le parecía completamente falsa. Othman había golpeado a Nouf, la había arrastrado al desierto y la había abandonado allí. ¿Qué más daba que no hubieran encontrado sus huellas en el camino de acceso al zoológico? Quizá se habían borrado durante la pelea. Incluso Mutlaq le daría la razón.

¿Por qué Othman había hecho algo así? ¿Necesitaba desahogar su rabia? ¿Por qué no hacerlo de otro modo, olvidando, o pasando a otra cosa? «Los creyentes que emigraron y lucharon por Alá, y quienes les dieron refugio y auxilio, esos son los creyentes de verdad. Tendrán perdón y generoso sustento». Esa era la verdadera *yihad*, saber desprenderse de los bienes, de las esperanzas y de los deseos cuando la vida lo requiere, o cuando no hacerlo puede conducir al mal. Pero Othman no había sabido renunciar y se había convertido en un impostor. ¿Su amor por Nouf era también una mentira?

La cuestión ahora era qué hacer. En teoría, debería dejarlo en manos de la policía, de los jueces o de la mezquita, y de los hombres encargados de las leyes. Sin embargo, el forense había cerrado el caso, o, mejor dicho, había decidido que no había caso alguno. ¿Qué esperanza tenía de obtener justicia de un sistema tan fácilmente corrupto por los ricos? Ni siquiera todas las pruebas recogidas por Katya podían demostrar que Othman había secuestrado a su hermana o le había asestado el último golpe o lo que fuera que la hubiera dejado inconsciente y provocado su muerte en el *uadi*. Nayir era consciente de que podía estar equivocado con respecto a Othman y su mente volvía constantemente a acariciar esa esperanza.

Lo que sí era posible era condenar a Othman por *zina*, y concretamente por mantener relaciones sexuales fuera del matrimonio. La familia le castigaría por ello, lo cual equivalía a no castigarle o, quizás, todos serían castigados. Nayir podía imaginar la expresión de Nusra si se enteraba de que Othman había mantenido

relaciones íntimas con Nouf. Personalmente, Nayir esperaba que no se enterara. Se podía procesar a Othman por incesto, pero eso tampoco sería justo. No se trataba de un incesto en el sentido estricto de la palabra. No llevaban la misma sangre. Aunque el tribunal determinara que eran hermanos por ley y que Othman era *merham* para ella, Nayir no creía que fuera humano procesar a un hombre por haberse enamorado, si realmente es lo que había pasado.

No podía hacer nada más que llevar a cabo su propia *yihad*, y renunciar a su amistad con Othman, a modo de silenciosa pero fuerte protesta frente al comportamiento de su amigo.

«Alá es perdonador e indulgente», dice el Corán, pero solo cuando el hombre comete un pecado sin saberlo y se arrepiente inmediatamente. No lo es para aquellos que cometen los mismos pecados una y otra vez hasta que la muerte se lo impide.

Aun así, el Corán también dice que Alá perdona todos y cada uno de los pecados y que es inmensamente piadoso.

El zumbido de la moto de agua se alejó y escuchó un timbre en el interior del barco: era su móvil. Molesto, se tomó el tiempo necesario para dejar la caña de pescar, bajar por la escalerilla y rebuscar el objeto maldito entre el desorden reinante sobre su mesa. Continuó sonando hasta que lo abrió y escuchó un carraspeo.

—¿Nayir? Soy Katya.

—Hola...

—Perdona si te molesto, pero he estado reflexionando sobre tu pregunta. Ya sabes, la que me hiciste en el restaurante, sobre si yo sería capaz de engañar a un marido como Nouf pensaba hacerlo. Ese día te dije que quizá sí lo haría, y te diría lo mismo ahora: sería capaz de hacerlo si estuviera desesperada. Pero ¿sabes? Esa es la cuestión. No lo estoy, y no creo que lo esté nunca.

Nayir no sabía qué decir.

Ella suspiró.

—Siento llamarte de esta manera. Debes de pensar que estoy loca, pero le he estado dando vueltas. Creo que hay que estar desesperado para engañar a alguien de esa manera. Nouf lo hizo con Othman. No le contó nada de Eric, ni de sus intenciones de huir a Nueva York hasta el último momento. Y eso es lo que le hizo enfurecer, el hecho de que ella se lo escondiera. Pero creo que esa es la cuestión: Nouf quería escapar a causa de él, porque se avergonzaba de sus sentimientos. En América podía llevar la vida que quisiera, pero Othman estaría siempre aquí, y no importaba con quién se casara o lo que hiciera, iba a tener que verle siempre.

Nayir recordó un párrafo del diario. Escarbando entre los montones de papeles que había sobre la mesa, lo encontró, lo abrió y pasó algunas páginas. Allí estaba, un corto y simple párrafo que en su momento no le había llamado demasiado la atención:

No puedo permanecer aquí más tiempo. No lo soporto. Este sentimiento estará siempre aquí. Si permanezco aquí no podré escaparme jamás.

Al leerlo, creía que se refería a un sentimiento de opresión general, pero Katya tenía razón. Lo más probable era que se refiriera a sus sentimientos por Othman.

—¿Qué es lo que quieres decir, exactamente? —preguntó Nayir.

—Nouf estaba lo suficientemente desesperada como para huir a Nueva York, pero eso demuestra solo que le amaba realmente. Estaba aterrorizada.

—De acuerdo.

—Ella estaba desesperada e iba a huir, pero no creo que Othman estuviera tan desesperado como para asesinarla.

Nayir cerró el diario y se sentó. Imaginó a Katya sentada también frente a su mesa, como él, ambos intentando encontrar el modo de perdonar a Othman. Sabía lo que ella pensaba, o esperaba, o pretendía: que Othman la amaba a ella y no a Nouf. No podía evitar sentir pena por ella, más que por él mismo. A fin de cuentas, él había conseguido aceptar la posibilidad de una verdad repugnante.

Katya soltó una risa forzada.

—Othman no es lo suficientemente bestia, ¿no crees?

Nayir no respondió. Cayó en la cuenta de que no le había contado nada sobre el diario. Pero no podía hacerlo, al menos no en ese momento, quizá jamás. En el diario, Othman no era una bestia exactamente, pero daba la imagen de ser un hombre desesperado, que la seguía en alta mar, o al zoológico. Se hizo un extraño silencio, pero Nayir no conseguía encontrar una sola palabra para romperlo.

—Nayir.

—Sí.

—Por favor, dime qué estás pensando.

Nayir dudó.

—Algunas cosas pueden convertir a un hombre en una bestia, aunque normalmente no lo sea —dijo.

Se hizo otra pausa, que pareció eterna.

—Crees que estoy intentado justificarlo —dijo—. Pero no es así. Piensa. Fue él quien contrató al detective privado y quien te mandó al desierto.

—Sí, pero también quien intentó persuadirte para que no analizaras el ADN.

—Está claro que no quería que yo descubriera que era el padre del bebé, por razones obvias. Pero sí quería saber lo que le sucedió a Nouf en el desierto, porque no tenía ni idea.

Nayir tenía que admitir que esa podía ser la causa de la inconsistencia.

—Puede que tengas razón —dijo, con una extraña mezcla de emoción y desencanto—. Quizás Othman no fuera culpable. Entonces, ¿quién la asesinó?

—No lo sé. ¿Quién podía estar tan desesperado?

Le parecía que habían discutido la misma cuestión una y otra vez. ¿Quién había querido hacer callar a Nouf? ¿Quién podía tener un motivo? No tenía ninguna prueba que pudiera ayudarlo a ordenar sus pensamientos. Se encontraba de nuevo a la deriva en el mar de su imaginación, alejándose cada vez más de la comprensión de lo

sucedido.

—Hablé con Othman —dijo Katya, con voz titubeante—. Se disculpó. Creo que lo decía de verdad.

—Lo supongo.

—Aun así, hemos decidido anular la boda.

Nayir sintió un nudo en el estómago.

—Lo siento.

—Sí, bueno...

Suspiró, queriendo demostrar su fuerza, pero lo único que logró fue dar a entender cuán perdida se sentía. O, al menos, eso le pareció a Nayir. El resto de la conversación fue extraño. Hablaron brevemente sobre la pesca, y del tiempo que hacía en alta mar. Nayir le contó que había encontrado la moto en la cabaña y le habló de la inconsistencia de las huellas que habían visto en el zoológico, pero sentía que en realidad debían hablar sobre Othman. No conseguía hacerle determinadas preguntas, ni moverse libremente por aquellos rincones desconocidos del corazón. Pero el simple hecho de reconocer su ignorancia sobre el asunto le aterrorizaba. Se alegraba de poder hablar sobre la pesca. Solo después de colgar el teléfono pensó que quizá Katya no deseaba hablar sobre Othman, y que el hecho de poder hablar del tiempo la había consolado. O, al menos, así lo esperaba.

Esa noche, tumbado sobre la cubierta, mecido por las olas, pensó en Fátima. Reconoció que lo que más le había herido fue que le hubiera ocultado la verdad, que no hubiera admitido que veía a otros hombres mientras él la cortejaba. Las mentiras y las omisiones de Othman quizá no eran tan personales, pero, a su modo, habían causado otras heridas. Se preguntaba si también él mentía a los demás. ¿Qué era lo que no contaba a quienes quería? Su *yihad* contra Othman le parecía cobarde, y le hacía parecer un príncipe cubierto de un deshonesto silencio, lleno de falsa piedad. Recordó un pasaje del Corán: «Hemos hecho bajar para vosotros una vestidura para cubrir vuestra desnudez y para ornato. Pero la vestidura del temor de Alá, esa es mejor». Se decía que Alá creaba al hombre libre de todo mal y vergüenza, pero una vez este era tocado por el pecado, sus pensamientos y actos se convertían en los vestidos que le cubrían y le representaban. Nayir sabía que, para ser honesto, tenía que dejar de esconderse tras la vergüenza del pecado de Othman y enfrentarse a él.

De pie, frente a la finca de los Shrawi, sobre el mármol blanco del patio teñido por el atardecer, Nayir observaba el disco rojizo del sol poniente que se cernía sobre el mundo. La fachada de la casa era preciosa, bajo aquel color rojo pálido que acariciaba las nubes y el mar que brillaba rindiendo honor a su nombre. Contemplaba maravillado los detalles en los que jamás se había fijado: la elegante curva de las tejas, la complejidad del muro sobre el acantilado, el grano fino del mármol bajo sus pies.

La brisa levantó el borde de su túnica azul cielo y llevó el olor del estiércol de los establos. Era un olor reconfortante. Le vino a la mente una oración, y la murmuró para sí mismo:

*¡Por el cielo y el astro nocturno!
Y, ¿cómo sabrás qué es el astro nocturno?
Es la estrella de penetrante luz...
No hay nadie que no tenga un guardián.*

También él deseaba un guardián para sí mismo. Se giró, cruzó el patio que había frente a la puerta principal y pasó junto a las ventanas, hasta el camino que llevaba a los establos. Quería ver de nuevo el camello. «Quizá por última vez», pensó. Estaba más oscuro de lo que recordaba, pero llevaba su linterna y le bastaba para poder bajar las escaleras.

El patio inferior estaba vacío. La luz de la casa iluminaba la escena, de modo que apagó la linterna y cruzó el patio hacia la puerta del establo. Estaba abierta, y entró. Tras un minuto, volvió a sacar la linterna y la cubrió con la mano. No se percibía ningún movimiento. Pasó un establo tras otro hasta llegar al último de la izquierda. A través de un resquicio en la madera, vio que el camello de Nouf estaba durmiendo. Dudó de si debía despertarlo. Podía asustarlo y despertaría a los demás. Escuchó un movimiento tras la puerta. Llevó los labios a la abertura y sopló dulcemente. Volvió a mirar al interior y vio que el camello se había movido.

En ese momento, escuchó un crujido tras él. Se giró y apuntó con la linterna al pasillo, pero no vio nada. Esperó. Al no oír ningún otro ruido ni sentir ninguna otra presencia, se giró de nuevo hacia el establo.

El camello se había despertado. Nayir abrió la puerta, entró y tendió una mano para acariciarle las orejas. El camello olisqueó su brazo y Nayir le pasó la mano por el cuello y la grupa. Sus dedos encontraron la quemadura de la pierna y la recorrió, comprobando su forma. Era, sin duda alguna, el logo de Honda.

Continuó acariciando al camello, que gruñía para obtener su atención. Fuera, volvió a escuchar el crujido. Era como el que producían las túnicas al caminar. Se giró y escuchó. Por curiosidad, salió del establo y cerró la puerta. Lo escuchó de nuevo. Cuando se detenía, el sonido desaparecía. Sentía una presencia. Había alguien entre él y la puerta de salida de los establos. Apagó la linterna y dejó que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad; dio un paso, y después otro. El crujido continuaba. Caminó hacia aquel sonido, manteniéndose lo más cerca posible de las puertas de los establos. El intruso se estaba acercando. Tan pronto como sintió el calor de su cuerpo, encendió la linterna y vio el rostro de una mujer.

Con la sorpresa dibujada en el rostro, la figura se alejó. Nayir reconoció a la hija del cuidador de los camellos. El morado del ojo estaba descolorido pero aún se veía. Aunque llevaba un velo sobre la cabeza, su rostro estaba descubierto. La chica no se giró, sino que permaneció pacientemente en pie mientras él la observaba. Finalmente Nayir recordó sus modales y bajó la linterna, aunque no apartó la vista de su rostro.

—¿Cómo te hiciste ese morado? —le preguntó.

Su rostro se volvió rígido, posiblemente debido a la ansiedad. Levantó un dedo tembloroso y le hizo una señal para que se acercara. Él la miró, sorprendido, pero ella empezó a alejarse, haciéndole señas para que la siguiera.

Él la siguió, arrastrado por la curiosidad. A mitad del pasillo, se detuvo frente a la puerta de un establo y apoyó la mano sobre el candado. Esperó a que Nayir se acercara con la linterna.

Abrió la puerta del establo de modo que Nayir pudiera colocarse a un lado y ella al otro. Se encontró frente a un establo vacío, mientras ella le esperaba al otro lado de la puerta, con la mano apoyada en el marco.

—¿Qué...? —se aclaró la garganta—. ¿Qué es lo que quieres que haga?

Creyó oír un suspiro.

—Echa un vistazo al interior —susurró.

Con cierta timidez, estudió el interior del establo. Iluminó las paredes con la linterna. Al fondo había una lona gris bastante gruesa, pero, a parte de eso, no había nada más.

—En el suelo —dijo ella.

La linterna iluminó algo metálico sobre el suelo. Era un tirador, parecía una trampilla. Se agachó, apartó la lona y la paja. El candado se abrió con un leve crujido, y levantó la tapa lentamente. Debajo había un pequeño compartimento. Iluminó el interior con la linterna y encontró una bolsa negra, del tamaño de un monedero de mujer. La cogió, la desató y aflojó los cordones. Estaba llena de oro. Había anillos y pulseras, pendientes y collares, todo de veinticuatro quilates. Los rubíes y los diamantes brillaban bajo la luz de la linterna. La mayoría de los objetos de oro llevaban una letra «N» grabada. Cerró la bolsa y salió del establo.

La chica sujetaba todavía la puerta con las manos. Aunque quería ver su rostro, Nayir pensó que era mejor mantener la puerta entre ellos.

—¿Quién metió esto aquí? —preguntó. Ella no respondió—. Dímelo. ¿Quién te hizo ese morado? ¿Te golpearon el día que Nouf desapareció?

Silencio. Nayir estuvo a punto de abrir la puerta de golpe, pero no quería asustarla.

—¿Quién fue? —le preguntó amablemente.

—No lo sé —susurró ella.

—Pero confías en mí.

Ella no respondió.

—Has confiado en mí lo suficiente como para mostrarme esto, así que hazlo ahora también.

Sus manos desaparecieron tras la puerta y Nayir la oyó correr hacia la puerta del establo.

Nusra ash-Shrawi se encontraba frente a la casa, en la penumbra creada por la oscuridad de la noche y la luz del vestíbulo. Al oír sus pasos provenientes del camino, se giró.

—Nayir —dijo.

Él se metió la bolsa de terciopelo en el bolsillo.

—Buenas noches, Um-Tahsin.

—¿Dónde estabas? —preguntó—. He oído tu coche, pero después no aparecías.

Nayir se detuvo junto a ella.

—He pasado a saludar a los camellos.

Nusra chasqueó la lengua, se agarró de su brazo y le condujo hacia la casa.

—Quizá no lleves sangre beduina, pero lo eres en el alma.

—Gracias —murmuró Nayir.

—Te acompaño a la sala de estar.

Nayir cruzó la puerta, agitado. Si Um-Tahsin sabía que estaba ahí, ¿quién más lo habría notado?

Una vez dentro, Nusra soltó su brazo y le hizo un ademán para que la siguiera. En lugar de tomar el camino habitual para llegar a la sala de estar, le condujo al interior de la finca, a través de pasillos tan oscuros como su ceguera. Nayir se vio forzado a aminorar la marcha y seguirla. Quería preguntarle a dónde le llevaba, pero no encontró el valor para romper aquel frío silencio, y durante un terrible momento se preguntó si acaso le estaba conduciendo a una trampa.

De repente, entraron en un patio de muros altos en el que resplandecía la luz de las estrellas. En el aire flotaba la humedad que se desprendía de las fuentes. Nusra le condujo a través de otra puerta a un pasillo estrecho, y de ahí a una espaciosa galería que parecía ser únicamente un enorme espacio atravesado por los sirvientes. Con una rapidez que le sorprendió, Nusra se detuvo.

Volvió a coger su brazo, esta vez firmemente.

—Puede que no vea —dijo—, pero conozco mi casa mejor que nadie. —Se acercó todavía más, tanto que Nayir podía sentir su calor—. Sé que has estado en los establos de los camellos.

Nayir no se movió. El brillo de una vela cercana cubría el rostro de Nusra de sombras, oscureciendo aún más su expresión.

—Te he oído ir hasta allí y ahora puedo olerlo en tu ropa —espetó, apretando su brazo con fuerza—. Se llama Asiya. En lugar de destrozarle la vida, sería mejor que te casaras con ella.

Nayir, que había estado conteniendo la respiración, dejó ir un suspiro imperceptible.

—Por favor, Um-Tahsin. Soy un hombre honesto.

Ella alzó la barbilla severamente y Nayir se sonrojó.

—Ya va siendo hora de que te cases.

Nayir no conseguía hablar. Tras una larga e incómoda pausa, Nusra soltó su brazo y se apartó de él, recobrando su dignidad habitual.

—Hablando de bodas, ¿Othman te ha contado la novedad?

—No, ¿de qué se trata?

—Nuestra hija Abir se casará el próximo mes.

—Felicidades.

—Se casará con su primo, Qazi, el joven que iba a casarse con Nouf.

—Ah, eso es conveniente.

Era por ese motivo que había visto a Qazi en la casa aquel día. Nayir pensó en su cara de niño, joven e incómodo.

—Sí, y también es lo más prudente. —Se detuvo frente a la puerta de la sala de estar—. Abir es la más adecuada para él.

Sus palabras flotaron en el aire. ¿Más adecuada que Nouf? Um-Tahsin abrió la puerta y le hizo ademán para que entrara.

—No creo que Othman haya llegado todavía, pero iré a ver. Mientras, haré que un sirviente te traiga un té.

Sin decir nada más, se marchó.

Nayir echó un vistazo a la sala. Dos de las cortinas habían desaparecido, y en el marco de las ventanas una hilera de velas parpadeaba con una luz dorada. Se sentó en el sofá y esperó impacientemente, intentando imaginar la llegada de Othman y la incomodidad en la que sabía que caerían ambos. Todo lo que había planeado decirle sonaba demasiado duro. «Sé que mataste a tu hermana. La golpeaste, la llevaste al desierto y la abandonaste. Querías que muriera». ¿Acaso no era eso, vista la ausencia de pruebas, una especie de orgullo pecaminoso?

Se metió la mano en el bolsillo y sacó la bolsa de terciopelo que había pertenecido a Nouf. Era probable que Othman hubiera robado el oro y lo hubiera escondido para evitar que su hermana escapara. ¿Pero cómo había obtenido la combinación de la caja fuerte donde se guardaba el oro?

«Alá, necesito tu ayuda, guía mis pensamientos». Repasó mentalmente los escenarios de sus descubrimientos: el zoológico, el apartamento, la cabaña de la playa. ¿Habría ignorado algo? ¿Algún pequeño detalle fuera de lugar? «Alá, ayúdame. Ayúdame a ver los detalles». Cerró los ojos e intentó despejar su mente, pero los pensamientos se aceleraban. ¿Y si no había ningún detalle? Quizás el asesino no había dejado ninguna prueba que pudiera descubrirlo. Una imagen le volvía a la cabeza: el mapa que había encontrado en la cabaña, escondido bajo la parte inferior de una túnica. «¿De qué se trata?», se preguntó. No había nada extraño sobre ese mapa. Nouf lo había utilizado para encontrar el zoológico. Metió la mano en el bolsillo y tocó el rosario. Cerró los ojos y empezó a rezar una oración larga que se repetía una y otra vez, como un sueño, y cuyo estribillo se correspondía a la estrofa:

Oh Alá, mi Luz, mi Guía,
muéstrame la verdad.
Dame el corazón de un león
y la vista de un águila.

Llevaba cinco repeticiones cuando la puerta se abrió y entró una mujer. Nayir abrió los ojos de golpe. Sorprendido, contempló la túnica negra, el *burka* y las manos, que pertenecían a Abir. Se incorporó.

Esta vez, Abir dejó el juego de té sobre la mesa. Con el velo cubriéndole el rostro, llenó una taza de té y se la sirvió a Nayir, derramando apenas una gota. Nayir estaba sorprendido por su habilidad.

—He estado practicando —dijo—. Tenga cuidado, está caliente.

Nayir tomó la taza, se sentó de nuevo y se sorprendió contemplando la manga de la túnica de Abir. De repente, lo vio claro. No se trataba del mapa, sino de la túnica que lo había escondido.

En la cabaña había una túnica de hombre. Al verla le había parecido normal. Nouf se ponía la túnica blanca cuando salía en moto. Tenía que vestirse de hombre. Mohammed le había dicho que Nouf llevaba su túnica negra cuando salía de la isla, y que se ponía la blanca al llegar a la playa. Cuando murió llevaba la túnica blanca. ¿Dónde estaba su túnica negra? ¿Y por qué había otra túnica blanca en la cabaña? ¿Quién más podía llevar una túnica blanca y dejarla en la playa?

Nayir estaba sorprendido por su descubrimiento, fascinado al mismo tiempo que maravillado por su ignorancia. Observó a Abir, preguntándose para qué había ido. ¿Estaba intentando obtener información, o tenía miedo de que fuera a decirle algo a Othman?

—Creo que sé lo que le sucedió a tu hermana —dijo, con voz tranquila.

Abir dio un paso hacia atrás y cruzó los brazos sobre el pecho, a la vez que fruncía el ceño.

—Y creo que también tú lo sabes —añadió.

Abir inclinó la cabeza en un gesto de falsa modestia que Nayir ahora reconocía.

—¿Y cómo iba a saberlo?

—He encontrado esto.

Dejó la bolsa negra sobre la mesa. Abir la miró, fingiendo confusión y dejando que sus ojos mostraran poco a poco que la reconocía. Sin embargo, el resultado fue una mirada salida de una función de teatro infantil.

—¿Es la bolsa de las joyas de Nouf? —preguntó en un susurro.

Descruzó los brazos, se arrodilló frente a la mesa, se levantó el *burka* y abrió la bolsa. Al ver su contenido, puso los ojos en blanco y dejó escapar un gemido que parecía de auténtico dolor.

—¿Por qué la dejó en casa? —preguntó, llevándose la bolsa al pecho.

—¿Cómo sabes que estaba en casa?

Ella palideció.

—Ya es hora de que dejes de fingir —dijo. La sorpresa de Abir era hostil—. Para empezar, Nouf nunca la sacó de la caja fuerte —prosiguió, animado por su repentina claridad de ideas—. Tú la sacaste, tenía que parecer que había escapado. Sabías que si desaparecía, alguien iba a comprobar si también su oro había desaparecido. Mi única pregunta es: ¿por qué no pensaste en un lugar mejor donde esconder las joyas?

—¿Acaso cree que yo...? —borbotó, de manera poco convincente.

Abir tragó saliva, parpadeó y sacudió la cabeza como si quisiera espantar a una mosca. En su rostro se dibujó una tenue sombra de miedo, pero enseguida dio lugar al aspecto frío y educado típico de una sala de estar de los Shrawi.

—Se equivoca —dijo, simplemente—. No tengo ni idea de lo que sucedió...

—No sigas —dijo Nayir, levantando la mano—. Mentir no hará más que aumentar tu pecado. Sé lo que has hecho.

Creó entrever la agitación en sus ojos. Luchaba por mantener la compostura. Abir dejó la bolsa con las joyas sobre la mesa. Intentó ponerse en pie, pero parecía incapaz de hacerlo. Temblaba.

—No sabe lo que se dice —dijo, pero se leía el miedo en sus ojos.

—He oído que vas a casarte —dijo Nayir—, con el prometido de Nouf.

—No es su prometido —dijo, con más vehemencia de cuanto Nayir había esperado.

—Iba a casarse con ella.

—Pero no la amaba —soltó Abir—. Ni tampoco ella a él.

Nayir vio la rabia en su rostro y decidió arriesgarse.

—Lo tenía todo, ¿verdad? Todo lo que tú querías.

—No lo sé —respondió ella, frunciendo el ceño.

—Estabas celosa porque iba a casarse con Qazi. Tú querías casarte con él, pero no podías. Nouf era mayor que tú, así que podía elegir antes.

—Ella no le amaba —repitió Abir. Se abrazó y empezó a temblar. Los ojos se le llenaron de lágrimas de rabia—. Sé lo que hacía Nouf. Se escapaba y fornicaba con Mohammed.

—¿Te lo contó ella?

—De lo contrario, ¿cómo se quedó embarazada? ¡Lo que hizo es repugnante! Quería casarse con Qazi solo porque algún día sería rico, y porque no le importaba si ella le engañaba.

No había duda de que decía la verdad, al menos tal y como ella la conocía. Su rabia era evidente, y las lágrimas que rodaban por sus mejillas eran sinceras. Pero, a parte de eso, su teoría era un puro encaje de suposiciones basadas en pruebas insuficientes y en su propia imaginación.

—¿Por qué no me cuentas lo que pasó? —preguntó Nayir—. El Corán dice que hay perdón para el arrepentido.

Abir miró al suelo, cerró los ojos y negó orgullosamente con la cabeza.

—De acuerdo. Esto es lo que yo creo: tú lo planeaste. Te debió llevar algún tiempo planearlo todo: cómo llevarla al desierto, qué furgoneta utilizar, cómo robar el camello, todo. Había mucho trabajo. Pero creo que sabías que se encontraba con alguien en el zoológico.

Ella abrió los ojos y le miró con una mezcla de curiosidad y miedo.

—¿Te dio asco?

—Se veía con Mohammed —soltó Abir.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo Nayir—. No se trataba de Mohammed. Se acostaba con otra persona.

—¿Con quién?

Nayir se acomodó, feliz de obtener por fin alguna respuesta. No quería mencionar a Othman todavía.

—Déjame ir más atrás todavía —dijo Nayir—. Querías deshacerte de ella para poder obtener a Qazi. —Vio que sus ojos resplandecían y alzó la mano—. O quizás para protegerle de ella. La única manera era que pareciera que había escapado. Lo mejor era llevarla hasta el desierto, donde nadie la encontrara. Pero para simular que había escapado al desierto, tenías que robar un camello.

Ella le respondió con una mirada llena de repulsión que Nayir encontró extrañamente alentadora.

—Es difícil robar un camello, especialmente a la luz del día, pero tú lo conocías bien. Era el preferido de Nouf, y probablemente se fiaba de ti. No te debería de resultar difícil meterlo en la furgoneta. ¿Cómo lo hiciste? ¿Lo hiciste caminar por una rampa? ¿La misma que utilizaste para cargar la moto en la furgoneta?

Al mencionar la moto, la rigidez de Abir pareció sufrir un golpe, pero mantuvo la mandíbula bien cerrada.

—Cualquiera hubiera podido robar ese camello —dijo.

—Sí, pero es una gran hazaña para una muchacha de tu tamaño. Sentía curiosidad por la organización. Es un camello bastante dócil, pero aun así... —Al ver que Abir no iba a darle ninguna explicación, prosiguió—. Creo que la rampa era la mejor solución. Había algunos tablones en el patio. Trajiste la furgoneta desde el

aparcamiento principal. Te resultó fácil robarla, ya que tus hermanos guardan las llaves en el armario de las chaquetas junto a la puerta principal. Lo sé porque he tenido que ir a buscarlas más de una vez para poder equiparlas para nuestros viajes al desierto. De modo que robaste el vehículo del aparcamiento, lo llevaste al patio trasero y metiste el camello dentro. También cogiste una tubería que había tras la puerta del establo. Nadie se dio cuenta, excepto la hija del cuidador. La golpeaste con la tubería. Probablemente la dejaste inconsciente.

Abir parecía extrañamente complacida, pero bajó la mirada. La habían educado para no mostrar su orgullo. Su satisfacción le irritaba. Seguro que había cometido un error.

—No, claro... —dijo, tras reflexionar un instante—. Sabías perfectamente cuándo era el mejor momento para robar el camello. Cuando no había nadie. Quizás la hija del cuidador te sorprendió mientras escondías el oro. —Los ojos de Abir se encendieron por la rabia, y Nayir sabía que había dado en el blanco—. ¿Era el mismo día en que secuestraste a Nouf?

Abir no respondió.

—No importa. Así que metiste el camello en la furgoneta —prosiguió Nayir—. Tenías un arma: la tubería. Metiste los tablones de madera en la furgoneta. Lo único que te faltaba era Nouf, y sabías dónde encontrarla. Debió de hablarte de sus excursiones al zoológico.

—Eso lo descubrí sola —lo corrigió Abir.

—¿Cómo?

—El hecho de que estuviera al corriente de su comportamiento no quiere decir que la asesinara.

Nayir se esforzó en ser paciente.

—¿Cómo lo descubriste?

—Un día la seguí hasta la cabaña, y encontré el mapa. Cuando ella volvió a casa, fui a la playa, cogí la moto y fui al zoológico. —Alzó la barbilla. Su mirada mostraba el inconfundible destello de la decencia—. Encontré condones en la motocicleta.

—Pero no sabías con quién se acostaba —señaló Nayir. Intentó buscar una reacción pero se topó con el muro de la justicia moral—. Llegaste al zoológico antes que ella, y esperaste a que llegara. Cuando apareció con la motocicleta, la golpeaste. Pero ¿cómo?

Abir mantuvo silencio.

—Ahora que lo pienso, ¿cómo podías estar segura de que Nouf no estaba con su amante? No creo que quisieras secuestrarlos a los dos.

—¿Lo ve? —dijo Abir, con un destello de satisfacción en sus ojos—. Su historia no tiene ni pies ni cabeza.

—Debiste planear llegar antes de que lo hiciera su amante, o después de que este se hubiera ido. Sabías que Nouf iba al zoológico sola, disfrutando de esos momentos de libertad sobre la moto... —Nayir observó su rostro atentamente—. Sabías que se

encontraba con Mohammed, y que él le hacía los recados para mantener su coartada en casa.

—Era un imbécil —dijo Abir.

—¿Solía volver a casa llena de bolsas de ropa que nunca se ponía?

—Volvía a casa apestando como un animal.

La hostilidad de su voz le hizo sentir un escalofrío. Contenía toda la rabia que la había llevado a matar a su hermana. Aunque no hubiera perdido su compostura, esta pequeña grieta era ya un indicio satisfactorio de su culpabilidad.

—Así que imaginaste que en algún momento Mohammed se marcharía para hacer las compras necesarias —prosiguió Nayir—, y que Nouf estaría sola. Tuviste la suerte de llegar cuando estaba sola, probablemente antes de que Mohammed llegara. Me estaba preguntando cómo la golpeaste. La moto debía de estar aparcada en el camino de servicio, y no te debió llevar demasiado tiempo meterla en la furgoneta. ¿Y después? ¿Te escondiste entre los matorrales y te abalanzaste sobre ella? ¿O acaso hablaste con ella? —Observó su rostro en busca de una pista, pero la expresión de Abir era reservada—. No creo que lo hicieras. ¿Cómo le hubieras explicado por qué estabas allí, o por qué habías llegado en una furgoneta con un camello y su motocicleta en la parte trasera? No, debiste sorprenderla. Te abalanzaste sobre ella desde los matorrales...

Nayir señaló en su cabeza el punto donde Nouf había recibido el golpe.

—Por eso presentaba la herida en un lado de la cabeza. Seguro que la dejaste inconsciente, ni siquiera se despertó cuando empezó a llover. Pero estoy adelantando acontecimientos. La golpeaste. Ella cayó. Encontramos las huellas por donde arrastraste el cuerpo hasta la furgoneta.

Abir parecía estar soportando la charla de algún tío viejo.

—Es gracioso —prosiguió Nayir—. Mi especialista en huellas confundió las vuestras, parecía que Nouf se había vuelto a poner en pie. Pero eran tus huellas las que vimos, y también las que encontramos en la playa.

—Su historia es ridícula —dijo Abir.

—Es tu historia también —replicó Nayir. Vio que sus mejillas se encendían y prosiguió—. Tu siguiente problema era cómo llegar al desierto, pero también lo habías planeado. Habías robado la chaqueta de tu hermano, con sus mapas y su GPS, y no te costó mucho aprender a utilizarlos. Tenías que encontrar un lugar a donde pudieras llevarla sin que nadie la encontrara, de modo que pensaste que te podías dirigir al último campamento donde Othman había estado, así su GPS podía llevarte y traerte de vuelta, ¿no es así? Ya estaba programado, y aunque es un aparato de alta tecnología no es tan complicado como para que no pudieras usarlo. Una vez allí podías alejarte del campamento y arrojar el cuerpo donde nadie pudiera encontrarlo. De ese modo, quedaba abandonada en el desierto, pero tú no, porque podías volver *uadi* arriba hasta el campamento y de allí llegar a la finca gracias al GPS. No era demasiado difícil llegar hasta el campamento, ¿verdad?

Ella le miró con frialdad, y Nayir imaginó que quizá la había insultado. Su orgullo era evidente, y la única señal de recato que le quedaba era el modo de cruzar los brazos sobre el pecho, con las manos bajo las axilas.

—Una vez en el desierto, podías conducir hasta la orilla del *uadi*, abrir la puerta de la furgoneta y empujar a Nouf. Quizá no sabías que era un *uadi*. Te debió parecer un barranco, donde era más fácil que el cuerpo pasara desapercibido.

—Sé muy bien lo que es un *uadi* —puntualizó Abir.

—Así que la empujaste desde la furgoneta y la arrojaste al *uadi*. ¿Adónde fuiste después? ¿*Uadi* arriba? Tenías que encontrar un lugar donde abandonar el camello, lo suficientemente lejos de Nouf para que no la encontrara.

Abir mantenía un obstinado silencio.

—Después condujiste de vuelta hacia la ciudad. Tenías que deshacerte de la furgoneta. Es evidente que escogiste un buen lugar. Todavía no la han encontrado. De allí cogiste la moto y volviste a la ciudad. Fue una buena idea, utilizar su moto. Así es como volviste a casa. Pero dejaste algunas pruebas. El logo de la moto dejó una cicatriz en la pata del camello.

Un temblor casi imperceptible atravesó su rostro.

—¿Y qué?

—Eso demuestra que el camello y la moto estuvieron en estrecho contacto, en un lugar donde hacía mucho calor —dijo Nayir. Abir parecía a punto de hablar, pero no le concedió ese placer—. El viaje debió de llevarte unas tres horas. Media hora hasta el zoológico, una al desierto, media para deshacerte del cuerpo y otra hasta la cabaña. Antes de que nadie se diera cuenta de que habías desaparecido, estabas de vuelta, y cuando apareciste con la moto de agua seguro que creyeron que habías salido a dar una vuelta. Ahora que lo pienso, es increíble que hicieras todo eso sola, eres solo una chica.

—Usted no sabe nada de chicas —respondió ella.

El comentario le dolió más de lo que hubiera deseado, pero lo ignoró y se concentró en su rostro. Encontró la dureza que cabía esperar en un asesino. No sabía decir si se debía a la herencia de la familia Shrawi o a su personalidad, pero le sorprendió. Casi no había interrumpido su reconstrucción de los hechos, y aunque sus protestas traicionaban sus celos, era su silencio lo que más le preocupaba: aceptaba su historia. A juzgar por su mirada ausente, Abir no creía enfrentarse a una culpa, sino más bien se escondía tras el velo de su feminidad, el derecho a permanecer en silencio.

—Felicidades —dijo, amargamente—. Es increíble que hayas conseguido salirte con la tuya y confundir a todo el mundo.

—La gente es estúpida.

Nayir permaneció sentado, controlando su rabia.

—Si la gente es estúpida, entonces también tú lo eres. Había un montón de detalles que tuviste que prever, pero te olvidaste de uno.

—¿Ah, sí?

—La ropa. Cuando volviste a la cabaña tuviste que deshacerte de la túnica blanca, la que llevabas para hacerte pasar por un hombre. Así que la colgaste en la percha.

El orgullo desafiante que había mostrado la abandonó.

—Si Nouf había huido, ¿no deberíamos haber encontrado su túnica negra colgada de esa percha?

Abir se recompuso inmediatamente, cubriendo su rostro con la satisfacción a modo de velo.

—Esa túnica podría ser de cualquiera —objetó.

—Creo que demuestra que alguien estuvo en la cabaña tras la desaparición de Nouf. Esa persona robó su túnica negra para disimular que había estado allí. Pero dejó una túnica blanca que no debía estar allí. ¿Quién haría algo así?

—No lo sé.

Nayir estaba enfurecido y se acercó a ella.

—Tú. Tú abandonaste a tu hermana en el desierto para que muriera. Quizá prefieras pensar que fue un accidente, pero el golpe que le asestaste en la cabeza la dejó inconsciente, y cuando empezó a llover no tuvo ninguna opción de sobrevivir. Se ahogó. ¿Acaso piensas que no fue culpa tuya, que fue culpa de Nouf por no despertar a tiempo y salir del *uadi*? Permíteme que te diga que aunque hubiera conseguido salir del *uadi*, el calor y la luz del sol la hubieran matado de todos modos. No le dejaste ni un camello, ni un vehículo, ni siquiera una botella de agua. La abandonaste para que muriera.

El desprecio del rostro de Abir se igualaba al suyo propio, pero se mantuvo en silencio.

—Me avergüenza decirlo —prosiguió Nayir—, pero nunca pensé que pudiera tratarse de una mujer. Reconozco que fue por mi ignorancia. No se me hubiera ocurrido —respiró hondo, intentando calmarse, pero no lo consiguió—. ¿Y todo por Qazi? Entonces supongo que no sabías que Nouf iba a abandonarlo durante la luna de miel.

Abir no intentó disimular su sorpresa.

—Sí —dijo Nayir—. Estaba planeando vivir en Nueva York. Incluso había encontrado a alguien que le ofreciera un alojamiento hasta que encontrara su propio piso.

—¡No es cierto!

—Sí lo es. —No sentía ninguna satisfacción al contemplar su horror, sino que le hacía enfurecer todavía más—. No quería estar con Qazi, quería a otra persona, y quería otras cosas.

Abir se mordió el labio tan fuerte que Nayir creía que iba a sangrar.

—Iba a casarse con Qazi solo por el dinero —dijo, no muy convencida—. No iba a dejarle así como así.

—¿Estás segura?

El miedo ensombreció el rostro de Abir, pero la rabia de Nayir le impidió sentir alguna piedad por ella, solo una remota sensación de repugnancia. ¿Acaso las hermanas se habían torturado tanto como para que ese odio cimentara? Lo desconocía. Quizás Katya sí lo sabía, pero Nayir creía que Abir era extremadamente egoísta. Apartó la mirada, se apoyó en el respaldo del sofá y contempló el juego de café.

—No creo que se viera con otra persona —dijo Abir—. Lo dice solo para hacerme enfadar.

—Había otra persona —dijo Nayir—. Alguien a quien Nouf amaba más que a Qazi. Pero no voy a decirte de quién se trataba porque causaría solo más dolor.

«Y, además, te daría motivos para echar la culpa a otro», pensó.

—¡Pero estaba utilizando a Qazi! —exclamó Abir, con voz estridente—. ¡Le mentía y se acostaba con otro!

Nayir asintió, reacio a mostrar que estaba de acuerdo.

—Eso no justifica que la asesinaras. No tiene ningún sentido. Hubieras podido impedir el matrimonio contando a Qazi lo que sabías.

Abir estaba arrodillada, con las manos sobre los muslos, pellizcando fuertemente su túnica con los dedos. Había algo en el movimiento de los músculos de su rostro que indicaba que eso era lo más inquietante de todo. Nayir se inclinó hacia delante, con curiosidad.

—¿O acaso no te hubiera creído? —preguntó.

—Por supuesto que me hubiera creído —respondió, sin demasiada convicción.

—Quizás amaba tanto a Nouf que no le hubiera importado.

—¡No es cierto! —gritó Abir—. No me hubiera creído, pero solo porque Qazi no piensa mal de las personas.

—No parece muy convencida —prosiguió Nayir—. ¿Y si se lo hubieras contado y él hubiera pensado que estabas loca?

—¡Yo no estoy loca!

—Una sola cosa podía ser aún peor —dijo Nayir—. ¿Y si te hubiera creído pero hubiera decidido estar con ella de todos modos?

—¡Nunca habría hecho algo así!

—Pero no saber lo que habría hecho te confunde, ¿verdad?

Abir se sentó. Lo observaba con odio, pero Nayir se sentía inmune.

—¿Hablaste con Nouf alguna vez sobre esto?

Abir soltó una carcajada.

—No se puede hablar con Nouf. Lo único que le importa es ella misma.

A Nayir le sorprendió que hablara en presente.

—¿Lo intentaste alguna vez?

—Sí —respondió Abir—. Lo intenté, pero no me escuchó. Iba a llevar a cabo la boda a pesar de todo. —Su boca se torció en una mueca—. Entonces fue cuando le dije que sabía lo que estaba haciendo, que quería casarme con Qazi y que no tenía

ningún derecho a casarse con él. ¿Y sabe qué hizo ella? —Miró a Nayir, desafiante—. Nada. No le importaba.

—Así que la odiabas.

—Sí.

A pesar de su rigidez, su sinceridad le había conmovido y sintió una pena repentina. Entendía sus sentimientos, pero no la consecuencia de estos.

—Es extraño, pero en cierto modo me siento más ciego que nunca —dijo Nayir, mirando a Abir—. Veo la verdad frente a mí, pero no sé qué es lo correcto.

Abir permanecía inmóvil, tensa.

—No irá a entregarme —dijo—. Sabe lo que me harían.

Se levantó bruscamente. Sus manos temblaban. Con cuidado, cogió la bolsa de terciopelo que había dejado sobre la mesa.

—Además, no tiene ninguna prueba —dijo.

Se bajó el *burka* y se dirigió hacia la puerta.

—¡Espera! —Nayir se levantó y metió la mano en el bolsillo—. Iba a dar esto a la familia —dijo, sacando el diario de Nouf—. Lo encontré en la cabaña de la playa.

Abir miró el diario, aterrorizada.

—Es su diario. Puede que quieran tener algo para recordarla.

Abir tendió la mano para coger el diario, pero Nayir lo apartó. Sus miradas se cruzaron.

—No es para ti —dijo Nayir.

Abir se giró y se precipitó fuera de la sala. Nayir no hizo ningún esfuerzo por detenerla, convencido de que no iría a ninguna parte. Le hubiera gustado ver la última mirada en su rostro.

Cuando dejó de oír sus pasos, se metió la mano en el bolsillo y sacó el último objeto: el pájaro de papel. Tocó la cola, que conservaba aún su forma a pesar de haber pasado todo aquel tiempo en su bolsillo. Había pensado en entregar aquellos objetos a Othman, pero ahora no se sentía cómodo dejándolos en la casa, donde Abir podía apoderarse de ellos. Volvió a meter el diario y el pájaro en el bolsillo.

Las velas se habían apagado. Podía oír, más allá de la ventana, el ruido del mar estrellándose contra las rocas. Le sorprendía no haberlo escuchado nunca desde esa altura. Abrió la puerta de la terraza y salió al exterior, envuelto en la oscuridad.

A lo lejos oyó el motor de una moto de agua. Sintió la necesidad de decírselo a alguien, de llamar a la policía, o incluso a Qazi, y contárselo todo. Al menos eso arruinaría sus planes de boda. Pero no tenía el valor suficiente. La confesión de Abir había mermado sus fuerzas. A pesar de su crueldad, su rabia y su repugnancia, tenía razón: Nayir sabía lo que le harían. Pero lo que le impedía reaccionar era saber lo que le sucedería a la familia.

En su interior algo se estaba derrumbando: el muro que contenía la fuerza de sus creencias. Le dolía sentirse débil, sentir tanta compasión por mujeres como Nouf, atrapadas en sus vidas, por el dictamen de modestia y obediencia que podía ser

adecuado para las mujeres del Profeta, pero no para las mujeres de este mundo infectado por el deseo de ir a la escuela, viajar, trabajar y tener más oportunidades y apetitos. Intentaba no pensar que el mundo se estaba colapsando, pero así era, y no podía hacer nada más que sentir una dolorosa y amarga pérdida.

Se apoyó en la barandilla de mármol. Metió la mano en el bolsillo. Había un último objeto: su viejo *misyar*. La casilla destinada al nombre de la novia estaba vacía, y su propio nombre empezaba a borrarse. Contempló el documento. Lo acarició. Admiró el sello. Parecía auténtico. Era un *misyar* muy bonito.

El ruido del motor de la moto de agua se intensificó al pasar bajo la ventana. Vio su luz reflejada sobre el agua. Sacó un mechero y lo encendió bajo el *misyar*, contemplando la suave llama que acariciaba el papel. Dudó un instante. Sabía que sería difícil de reemplazar. Sabía la verdad: nunca lo usaría.

Con mano firme, acercó la llama y observó cómo el papel prendía fuego, arrugándose y consumiéndose. Lo soltó, y el viento se llevó los restos carbonizados por encima de la barandilla, hasta el mar.

En las tardes calurosas de cualquier día entre semana el parque de atracciones nunca estaba lleno. Se lo había dicho su amigo Azim, añadiendo que era el mejor lugar donde llevar a una mujer. En los parques de la parte norte de Corniche, hombres y mujeres estaban estrictamente separados, pero este era para familias y la gente pensaría automáticamente que eran pareja. Era algo aburrido, pero les permitiría hablar, y desde lo alto de la noria podrían contemplar el mar.

Después de haber pasado dos días navegando solo, Nayir había atracado en el puerto y había encendido el móvil, en el que había encontrado dos mensajes de Katya. El primero era un mensaje simple y formal: «Por favor, llámame cuando puedas». El segundo dejaba traslucir un antojo: «¿Qué me dices de aquel restaurante para familias?».

Al principio se había sorprendido de que Katya le hubiera llamado, pero su indignación se había derretido como el hielo en verano. Estaba contento de saber de ella. Cuando la llamó, también ella parecía contenta, lo cual le hacía sentir nervioso y feliz. Se pusieron de acuerdo para verse en el parque de atracciones. Nayir había insistido en que llegaran en coches separados y en que Katya fuera acompañada de su escolta.

Al día siguiente, a la una en punto, Nayir se encontraba de pie frente a la entrada del parque. Algunas familias pasaron frente a él, saliendo del parque. Estaba empezando a hacer mucho calor para los niños. Todas las mujeres llevaban el rostro cubierto con un velo negro e iban acompañadas por un hombre. Se le ocurrió pensar que quizás aquellos hombres no eran sus esposos ni sus hermanos, y observó a las diferentes parejas intentando adivinar cuál era su relación. Algunos niños les llamaban «mamá» y «papá», pero había parejas sin hijos y Nayir las estudió, memorizando su postura, sus gestos, su tono de voz. Se dio cuenta de que la mayoría no hablaba. Parecían mustias, listas para marcharse. Un hombre hablaba con una mujer con una ligereza que indicaba una relación familiar. Otro hablaba a su esposa sin demasiada atención, sin preocuparse siquiera de mirarla a la cara. Nayir intentó imaginarse a sí mismo hablando con Katya de ese modo, pero no lo consiguió.

Finalmente, Katya apareció frente a la entrada de hierro. Nayir reconoció su forma incluso antes de ver a Ahmad, y durante un segundo sintió pánico al pensar que Ahmad no había venido. Pero el fiel chófer apareció. Su pelo gris brillaba bajo el sol. Cuando Katya se acercó, Nayir reconoció una sonrisa bajo su *burka*.

—Hola, Nayir —dijo—, me alegro de verte.

—Yo también.

Ahmad se acercó y le tendió la mano. Se dirigieron los tres hacia la noria. Katya se detuvo frente al puesto de los helados y Nayir se detuvo a su lado. Un helado era

una idea excelente. El problema era el tiempo que transcurriría entre que compraban el helado y se dirigían a un lugar donde Katya pudiera levantarse el *burka* y comérselo. Quizás, si lo planeaban bien, les llevaba tres minutos comprar el helado y los billetes, dirigirse hacia la góndola y esperar a que la noria les llevara hacia el punto más alto, lejos de la vista de los demás. Pero tres minutos bajo aquel calor suponían la muerte de cualquier sustancia helada.

Nayir explicó el problema al vendedor de helados, a quien le costó algún tiempo comprender el asunto, pero cuando lo consiguió les prestó una nevera portátil y una bolsa de hielo. Colocaron los helados en la nevera y, tras haber prometido devolverla, se dirigieron a la noria.

Tres minutos más tarde estaban sentados en la noria, solos, uno al lado del otro. Una góndola más atrás estaba Ahmad, leyendo el periódico. El responsable de la noria, que parecía acostumbrado a parejas extrañas sin niños pero que se comportaban como tales, les dijo que les dejaba montar cuanto quisieran, bastaba con que gritaran cuando quisieran bajarse; de ese modo Katya podía gozar de la intimidad necesaria para poder levantarse el *burka*.

Cuando la noria se puso en marcha se levantó una suave brisa, y Nayir y Katya sacaron sus conos de la nevera. Cuando Katya se levantó el velo, Nayir no pudo evitar observar su rostro. No le pareció distinto a como lo había visto la última vez; quizás había esperado encontrar más tristeza.

Esperó, nervioso, incapaz de comerse el helado, contemplando cómo le goteaba sobre el dorso de la mano. Uno de los dos debía decir algo, pero no se le ocurría nada. Mientras iban hacia arriba, Nayir contemplaba el mar, y al bajar, el helado; mar y helado, mar y vainilla, hasta que Katya finalmente encontró el valor necesario para preguntar:

—¿Has visto a Othman últimamente?

A pesar de que su helado se estaba derritiendo, Nayir mantuvo sus ojos fijos en él.

—No he vuelto a verle desde el día en que nos encontramos en el aparcamiento frente a la finca.

—¡Ah! —tras una breve pausa siguió lamiendo su helado—. ¿Todavía sois amigos?

Nayir tenía que pensar en esa pregunta. Primero, ¿con qué espíritu la había formulado? ¿Curiosidad? ¿Celos? Segundo, la respuesta era de lo más improbable.

—Sí, todavía lo considero un amigo.

—Pero no sois... amigos íntimos.

Nayir vio cómo su helado se derretía peligrosamente.

—¿Por qué me lo preguntas?

Ella se encogió de hombros. Era el peor gesto de indiferencia que había visto en su vida. El helado de Katya se derramó sobre su pierna y su zapato.

—¡Alá! No puedo creerlo.

Se sacudió el pie y el helado salió volando de la góndola, pasó sobre la cabina del

responsable de la noria y acabó en el suelo.

Nayir no sabía si reír o no, pero Katya parecía avergonzada, así que le ofreció su cucurucho. Tras dudar un instante, lo aceptó.

—Gracias.

Nayir se frotó los dedos en la túnica, pero consiguió solo que se volvieran aún más pegajosos. Se hizo el silencio. Nayir ya le había contado la conversación con Abir, pero por teléfono no había mostrado más reacción que el desconcierto. Se preguntaba cómo se debía de sentir Katya, pero no se atrevía a preguntárselo.

—Por cierto —dijo ella—, el departamento ha decidido reabrir el caso de Nouf.

Nayir la miró.

—¿De verdad?

—Sí. Mostré a mi jefa el trabajo que habíamos hecho y todas las muestras del cuerpo. Ella llevó todo a su jefe y este realizó la solicitud. El jefe del departamento acaba de aprobarla.

—¿Y qué va a suceder ahora?

—Van a mandar a la policía a interrogar a la familia —respondió Katya, encogiéndose de hombros—. Los Shrawi son una familia poderosa, seguramente intentarán encubrirlo todo otra vez. Ya he hablado con Nusra.

Él la miró con curiosidad.

—¿Qué le dijiste?

—Le conté lo que habíamos descubierto en el zoológico, es decir, lo del zapato. También le conté que teníamos motivos para sospechar de Abir, basándonos en la túnica que habíamos encontrado en la cabaña y las joyas desaparecidas.

—Estoy seguro de que Abir ha vuelto a esconderlas.

—No lo sé —dijo Katya—. Cuando hablé con ella, Nusra no tenía ni idea de lo que había sucedido y me prometió que colaboraría en la investigación.

Nayir estaba sumamente admirado. No solo por su valor al entregar las pruebas, sino por haber hablado con Nusra, que había perdido una hija y estaba a punto de perder otra.

—Me sorprendes —le dijo.

Katya contuvo una sonrisa.

—Mi jefa se tomó la libertad de llamar a Qazi para informarle de que su prometida era sospechosa.

Nayir sonrió.

—A eso se le llama justicia creativa.

—Sí, a mí también me lo parece. No sé qué es lo que le sucederá a Abir si al final descubren que es culpable. Supongo que pasará algún tiempo en la cárcel.

—Creo que se lo merece.

—También quería decirte que el departamento podría estar interesado en un investigador como tú —añadió—. ¿Alguna vez has considerado trabajar para el gobierno?

Sus ojos se abrieron como platos.

—No.

¿Para eso quería verle?

—¿Por qué no?

—No es una buena idea.

—¡Venga, hombre! Eres bueno en la investigación, mejor que algunos de los...

—No me gustan los cadáveres —dijo, rápidamente.

Katya dejó de comer el helado.

—Es cierto, se me había olvidado —dijo, sonriendo.

—Muy generoso por tu parte.

—Pero podrías superarlo —insistió Katya, conteniendo una carcajada.

—Katya, no puedo quedarme mucho tiempo.

Se sentía aturrullado, sacó un pedazo de hielo de la nevera y lo utilizó para lavarse las manos.

—¿Por qué no? —preguntó ella. Parecía desilusionada, y a él le gustó.

—Tengo una cita con el oculista —respondió finalmente.

—¡Ah, bueno! Puedo ir contigo. ¿Es ese oculista que vimos?

—Sí, pero no tienes que venir.

—Pero me gustaría acompañarte. —Le miró de una manera extraña, según Nayir, y continuó comiendo su helado—. Considérame una escolta profesional. Si alguna mujer quisiera abalanzarse sobre ti, pensaría que soy tu esposa.

Nayir se sonrojó como un idiota.

—Las mujeres no se abalanzan sobre mí.

—Sí que lo hacen. Lo que pasa es que no te has fijado.

—¡Me alegro mucho de verle! —dijo el doctor Jahiz. Les condujo a través del vestíbulo hacia la sala donde hacía las revisiones—. Me dijo que sentía molestias en los ojos a causa del desierto, ¿verdad?

—Sí.

Nayir acompañó a Katya hasta una silla que había cerca de la puerta y después intentó encaramarse al asiento para la revisión.

—Creo que es el polvo lo que ha agravado mi vista.

—Sí, por supuesto.

El doctor Jahiz atenuó la luz y encendió un panel luminoso lleno de letras dispuestas en columnas.

—Déjeme que le diga una cosa: ¡se trata siempre del polvo!

Nayir contempló el panel, pero no conseguía leer ninguna de las letras.

—De hecho, es solo en la ciudad donde no veo bien, no sé por qué. En el desierto veo perfectamente.

El teléfono sonó en la sala contigua, y el doctor dio un respingo.

—Discúlpenme, enseguida vuelvo.

Cuando se hubo marchado, Katya se levantó el *burka*, cruzó las piernas y puso las manos sobre las rodillas. «Quiere algo», pensó Nayir. Se preguntaba cómo lo sabía. No era algo que le hubiera visto hacer antes, pero le parecía un gesto universal.

—Me gustaría invitarte a cenar la próxima semana. Mi padre y yo estamos planeando una pequeña fiesta, con poca gente, y me gustaría que vinieras.

Nayir alzó las cejas educadamente, pero sintió un vuelco en el estómago. ¿Cena? ¿Con su padre? No, no, no estaba preparado, no para eso.

—Significaría mucho para mí —le dijo Katya, que parecía un corderito—. Sé que puede parecer extraño, pero habrá otra gente, y a mi padre le gustaría conocerte.

Nayir asintió, aunque podía tratarse de un temblor.

—Como ya te he dicho, habrá otra gente.

En la otra sala se escuchaba la voz de Jahiz: «¡Deje de ponerse las gotas! No, no aplique calor, ¡está inflamado! ¡Alá! ¿A quién se le ocurre aplicar calor sobre una inflamación?». Katya estaba esperando su respuesta. No podía evitarla. No solo quería que conociera a su padre, sino que además quería que conociera a los amigos de su padre. La manga de su túnica se había atascado en el brazo móvil del asiento y, agradecido, pasó unos instantes intentando librarse. Escuchaba todavía la voz de Jahiz. «Sí, aplique un poco de hielo. Si consigue encontrar un cubito de hielo en este desierto que se mantenga sólido lo suficiente como para poder reducir la inflamación, la próxima vez que venga le haré un descuento para un par de Gucci. Sí, sí, le doy mi palabra: ¡Gucci!».

—¿Qué día vais a dar esa fiesta? —preguntó Nayir.

—El jueves por la noche.

—¡Vaya! Los jueves ceno con mi tío.

—Ya.

—Me encantaría ir, pero mi tío se lo tomaría mal. No tiene a nadie más, y...

—Entiendo —dijo, asintiendo—, de verdad.

En lugar de sentir alivio, se sentía mal por haberla decepcionado.

—Quizás otro día —propuso Nayir.

—Sí, estaría bien —dijo Katya.

El doctor regresó y Katya se bajó el *burka*. Jahiz se sentó en una silla con ruedas y se lanzó hacia Nayir como un cangrejo enérgico.

—Recuerde: respire con normalidad, no va a dolerle.

Agradecido, Nayir se concentró en el doctor. A pesar de algún que otro comentario negativo, como «¡Dios mío, cinco dioptrías en el ojo izquierdo!» o «Debe ser difícil leer cualquier cosa, ¿no?», la revisión le pareció relajante. Estaba oscuro, y el ambiente era tranquilo. Aquellos instrumentos complejos, utilizados con delicadeza y en silencio reverencial, le proporcionaron una sensación de bienestar. El doctor podía arreglarle la vista. Gracias a Alá, cualquier cosa podía arreglarse si caía en las manos justas.

«¡Cinco dioptrías!».

Recordó la pata del camello, y pensó en Othman, en su amor desesperado por Nouf y en los sentimientos de esta. «Nouf quería ser como un mero». Pero la Nouf de sus pensamientos era libre, conducía por la autopista sobre una Harley Davidson, llevaba un casco que la hacía parecer un escarabajo, guantes de cocodrilo y una túnica blanca de hombre. La túnica azotaba sus tobillos mientras ella adelantaba camiones y todoterrenos, como un beduino lunático sobre un camello espacial.

Jahiz se levantó y cerró la carpeta de Nayir.

—Empezaremos con sus gafas. Tardaremos solo una hora. Mientras espera, ¿quiere que haga una revisión a su hermana?

Nayir miró a Katya. Su cabeza se inclinó ligeramente. Parecía un «no».

—No, gracias —dijo Nayir, apartándose de la silla.

—¿Sabe? No muchas mujeres se revisan la vista. Los hombres se lo impiden. Solo las mujeres fuertes y liberadas vienen a hacerse una revisión.

A pesar de que llevaba el velo y había metido las manos dentro de las mangas, Nayir pudo intuir una ligera duda. Katya se giró hacia él, como si le dijera: «¡No es mala idea!».

—Al fin y al cabo —prosiguió Jahiz—, llevando el velo todo el día, se sabe que lo único que quieren las mujeres es poder ver el mundo claramente, amigo, claramente.

Nayir contempló el *burka* de Katya, que se movía lentamente con su respiración. Quería decir algo. Estaba pensándolo...

—Gracias —dijo Nayir—, pero creo que mi hermana tiene una vista perfecta.

E imaginó que ella le sonreía.